

Hunt
Vonnegut

HOCUS
POCUS

se

Kurt Vonnegut

Hocus Pocus

Título original: *Hocus Pocus*

Kurt Vonnegut, 1990

Traducción: Argelia Castillo C. y A. Hornero Flores

Nota del editor

El autor no dispuso de hojas de papel de tamaño y calidad uniformes para escribir este libro. Redactó el texto en el interior de una biblioteca que contiene alrededor de ochocientos mil volúmenes, carentes de interés excepto para él. Como la mayoría de los libros ahí reunidos nunca han sido leídos y quizá nunca habrán de serlo, nada le hubiera impedido arrancar las guardas y convertirlas en cuartillas. Cosa que no hizo. El porqué no lo hizo se desconoce. Cualquiera que haya sido la razón de ello, el autor escribió su libro a lápiz, echando mano de todo tipo de material, desde papel de estraza hasta el reverso de tarjetas comerciales. Las líneas no convencionales que separan los pasajes incluidos dentro de cada capítulo indican el final de uno de los trozos de papel utilizados y el principio de otro. Así, la extensión del pasaje depende de la amplitud del trozo de papel empleado.

Se podría suponer que el autor, al hurgar en la basura en busca de algún material de escritura, pretendía establecer una reputación de humildad o de locura, puesto que enfrentaba un juicio procesal. Sin embargo, también, es igualmente probable que haya comenzado a redactar el texto de manera impulsiva, sin tener ninguna noción de que éste llegaría a convertirse en un libro, garabateando palabras en el trozo de papel que tenía más a mano. Después, pudo ser que considerara conveniente continuar su labor de trozo en trozo, como si cada uno fuera una botella por llenar. Quizá, cuando terminaba de rellenar alguno, sin importar su tamaño, se sentía satisfecho por haber escrito todo lo que había que anotar sobre algo.

Enumeró todas las páginas, con objeto de que no hubiera duda alguna con respecto al orden secuencial de éstas, ni tampoco con respecto a su esperanza de que alguien, sin dejarse impresionar por el aspecto fragmentario del texto, las leyera de corrido, tal como se procede con los libros. En efecto, él mismo afirma en algunos pasajes, con una confianza mayor en las páginas finales, que lo que está haciendo es escribir un libro.

Se incluyen varios dibujos de lápidas. El autor sólo trazó uno de ellos; los demás son copias, que tal vez obtuvo utilizando papel transparente y calcando el

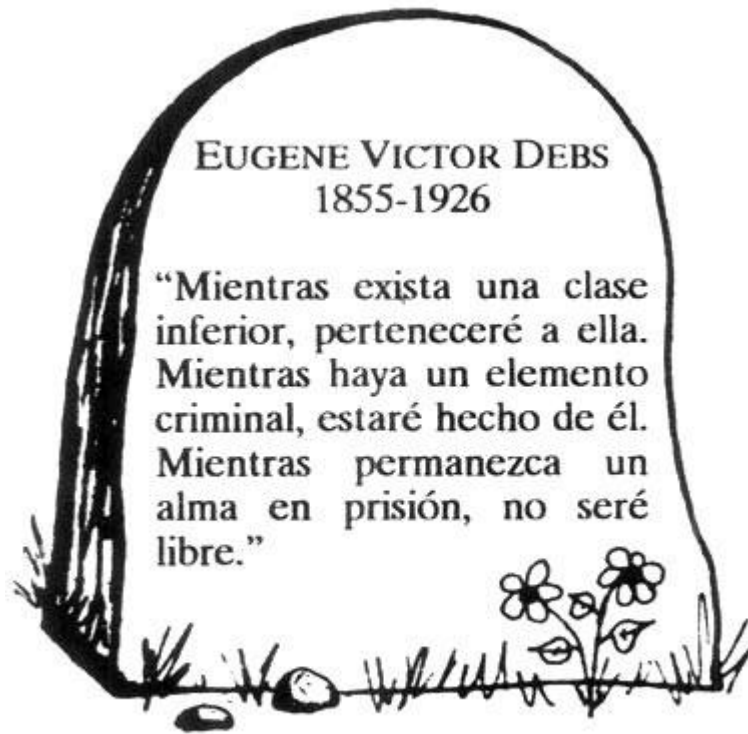
original a contraluz sobre el cristal de alguna de las ventanas de la biblioteca. Las lápidas contienen inscripciones, y sólo en un caso aparece simplemente un signo de interrogación. En virtud de que tales caracteres no se pueden reproducir adecuadamente en una página impresa, se han transcrito en letras de imprenta.

El autor es responsable de las mayúsculas iniciales de ciertas palabras, que un editor metódico preferiría escribir con minúsculas. Asimismo, por razones inexplicables, Eugene Debs Hartke decidió emplear cifras, salvo al principio de cada frase, en lugar de expresar los números con palabras; por ejemplo, el lector se topará con «2» y no con «dos». Quizá haya considerado que los números pierden gran parte de su poder cuando se ven diluidos por el alfabeto^[1].

Al cabo de una prolongada reflexión, dejé prácticamente todas sus peculiaridades; apliqué lo que otro autor me señaló en alguna ocasión como la palabra más sagrada del vocabulario de un gran editor. Dicha palabra es «respétese».

K.V.

Este trabajo de ficción pura está dedicado a la memoria de



1

Mi nombre es Eugene Debs Hartke y nací en 1940. Me llamaron así a petición de mi abuelo materno, Benjamin Wills, quien era Socialista y Ateo, un modesto jardinero de la Universidad Butler de Indianápolis, Indiana, y seguidor de Eugene Debs, oriundo de Terre Haute, Indiana. Debs fue Socialista, Pacifista y Organizador Sindical; contendió varias veces para la Presidencia de los Estados Unidos de América y obtuvo más votos que cualquier otro candidato nominado por un tercer partido en la historia de ese país.

Debs murió en 1926, cuando yo tenía 14 años de edad.

Ahora estamos en el año 2001.

Si todo hubiera sucedido según las expectativas de mucha gente, Jesucristo estaría de nuevo entre nosotros y la bandera estadounidense habría sido plantada en Venus y Marte.

¡No tuvimos esa suerte!

Lo cierto es que el Mundo se va a acabar, un acontecimiento esperado con júbilo por muchos. Se terminará muy pronto, pero no en el año 2000, que ya vino y se fue. De lo que infiero que Dios Todopoderoso no es muy ducho en Numerología.

El abuelo Benjamin Wills murió en 1948, cuando yo tenía +8 años de edad, pero no lo hizo sin antes asegurarse de que me sabía de memoria las palabras más famosas pronunciadas por Debs:

«Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella. Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él. Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre.»

A pesar de mi tocayo Debs, nunca he sido alguien a quien se pueda acusar de subversivo. De los 21 a los 35 años de edad, fui un soldado profesional, Teniente en el Ejército de los Estados Unidos. Durante esos 14 años, hubiera matado al

Mismísimo Jesucristo, si me lo hubiera ordenado un oficial superior. Cuando tuvo lugar el abrupto, humillante y deshonoroso final de la Guerra de Vietnam, yo era Teniente Coronel, con 1 000es y 1 000es de subordinados a mi mando.

En el transcurso de esa guerra, que no fue otra cosa que un negocio de municiones, supongo que existió una microscópica posibilidad de que haya alcanzado, durante un ataque con fósforo blanco o en un bombardeo con napalm, a un Jesucristo que hubiese estado de regreso.

Aunque nunca quise ser un soldado profesional, me convertí en uno bueno, si es que puede haber tal cosa. La idea de que yo debería asistir a West Point surgió tan inesperadamente como el final de la Guerra de Vietnam, durante mi último año de estudios en la escuela de segunda enseñanza. Tenía todo listo para acudir a la Universidad de Michigan, donde tomaría cursos de Inglés, Historia y Ciencias Políticas, y trabajaría en el periódico estudiantil, en preparación para la carrera de periodista.

Pero de repente mi padre, quien era un ingeniero químico involucrado en la fabricación de plásticos con un periodo de vida media de 50 000 años, y un ser tan lleno de excremento como un pavo de Navidad, dijo que yo debería estudiar en West Point. Él nunca estuvo en el Ejército. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue tan valioso como civil creador de sustancias químicas que no mereció ser enfundado en traje de soldado, ni convertido en 13 semanas en un imbécil suicida y homicida.

Yo había sido aceptado en la Universidad de Michigan, cuando surgió de la nada este ofrecimiento de asistir a la Academia Militar de los Estados Unidos. La propuesta se planteó en un momento de abatimiento en la vida de mi padre, en una etapa en la que necesitaba algo de qué jactarse y que impresionara a nuestros candidos vecinos, quienes sin duda creían que estudiar en West Point constituía un gran premio, algo así como ser contratado por un equipo profesional de béisbol.

En consecuencia, mi padre aseveró, tal como yo hice más tarde ante los relevos de infantería recién desembarcados en Vietnam: «Ésta es una gran oportunidad.»

Dado un mundo perfecto, en verdad me hubiera gustado ser pianista de jazz. Quiero decir jazz. No rocanrol. Me refiero a la música siempre original que el pueblo negro de Estados Unidos dio al mundo. Toqué el piano en una banda integrada por músicos blancos, en mi escuela de Midland City, Ohio, a la que

asistían exclusivamente alumnos blancos. Nos llamábamos «Los Mercaderes del Alma». ¿Qué tan buenos éramos? Teníamos que ejecutar la música popular de la gente blanca o nadie nos hubiera contratado. Pero, de vez en cuando, nos desviábamos hacia el jazz. Nadie parecía notar la diferencia. En esas ocasiones, nos enamorábamos de nosotros mismos. Caíamos en éxtasis.

Mi padre nunca debió hacerme ir a West Point.

No importa lo que le haya hecho al ambiente con sus plásticos no degradables. ¡Miren lo que me hizo a mí! ¡Qué papanatas era! Y mi madre siempre estuvo de acuerdo con las decisiones por él tomadas, lo que la convertía en otra tonta de capirote.

Murieron hace 20 años en un extraño accidente, cuando les cayó encima el techo de una tienda de regalos situada en el lado canadiense de las Cataratas del Niágara, a las que los indios de este valle solían llamar «Castor de Trueno».

No hay términos indecentes en este libro, excepto «infierno» y «Dios», por si alguien teme que algún niño inocente pueda ver 1. La expresión que utilizaré para referirme al final de la Guerra de Vietnam es la siguiente: «Cuando el excremento llegó al aire acondicionado.» Quizá el único precepto que me enseñó el abuelo Wills y que he respetado durante toda mi vida adulta es aquél que reza que las palabrotas y las obscenidades autorizan a las personas que no quieren oír información desagradable a hacerse las sordas y ciegas.

Los soldados más despiertos que estuvieron bajo mi mando en Vietnam comentarían con cierto asombro que yo nunca utilicé groserías, lo que me diferenciaba de cualquier otro sujeto del Ejército. Tal vez se hayan preguntado si esto se debía a que yo era un hombre religioso.

Al respecto, les contestaría que la religión no tuvo nada que ver. De hecho, mi postura es muy parecida a la de un Ateo, como la del padre de mi madre, aunque esta afirmación la guardo para mí mismo. ¿Para qué discutir con alguien sobre la probabilidad de alguna clase de Vida Después de la Muerte?

«No digo indecencias», les respondería. «Y eso se debe a que tu vida y la de aquéllos que te rodean puede depender de que entiendas lo que te digo. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?»

Renuncié a mi grado en 1975, después de que el excremento llegó al aire acondicionado. Sin siquiera enterarme, engendré un hijo en el camino de regreso a

casa, durante una breve escala en las Filipinas. Sin duda, di por sentado que la futura madre, una joven corresponsal de guerra de la publicación *The Des Moines Register*, utilizaba un anticonceptivo infalible.

¡Me volví a equivocar!

Abundan las trampas en todos lados.

Creo que la mayor trampa que el Destino me preparó fue una hermosa y agradable mujer llamada Margaret Patton, quien me permitió cortejarla y casarme con ella poco después de mi graduación en West Point, así como engendrarle 2 hijos sin haberme informado de que existía una marcada tendencia hacia la locura en su familia materna.

En consecuencia, su madre, que vivía con nosotros, se volvió loca y luego ella misma perdió la razón. Nuestros hijos tenían motivos para sospechar que también enloquecerían al llegar a la edad madura.

Nuestros hijos, adultos en la actualidad, nunca nos perdonarán por habernos reproducido. Qué confusión.

Me doy cuenta de que al referirme a mi primera y única esposa con una palabra inhumana como la de trampa, corro el riesgo de ser considerado también un artefacto dañino. Sin embargo, muchas otras mujeres no han experimentado problemas para relacionarse conmigo como persona, ni para hacerlo de modo apasionado, y mi interés en ellas ha ido mucho más allá de lo meramente mecánico. Casi siempre he quedado hechizado tanto por sus almas, sus intelectos y la historia de sus vidas como por sus tendencias amorosas.

Pero después de que hube regresado de la Guerra de Vietnam, y antes de que Margaret o de que su madre nos hubiesen mostrado a mí, a los niños y a los vecinos síntomas inconfundibles de su locura hereditaria, ese equipo madre-hija me trataba como una especie de electrodoméstico, aburrido pero necesario, cual vil aspiradora.

Las cosas buenas han sucedido también inesperadamente, «maná del Cielo» en opinión de algunos, pero no en tal cantidad como para hacer de la vida un lecho de rosas o algo que se le asemeje. Justo al cabo de la guerra, cuando no tenía ninguna noción de qué hacer el resto de mi vida, me topé con un ex comandante en jefe que se había convertido en Director del Colegio Tarkington, ubicado en Scipio, Nueva York. En ese entonces, sólo tenía 35 años, mi esposa aún estaba cuerda y mi

suegra todavía no enloquecía del todo. Me ofreció un puesto magisterial, y yo acepté.

A pesar de mi falta de créditos académicos más allá del grado de Licenciado en Ciencias obtenido en West Point, pude aceptar ese trabajo con la conciencia limpia porque todos los estudiantes del Tarkington eran de lento aprendizaje, completamente estúpidos o letárgicos, o algo por el estilo. Mi antiguo COM me aseguró que, sin importar la asignatura, tendría pocos problemas para mantenerme al frente de ellos.

Además, la asignatura que él quería que yo enseñara era precisamente aquélla en la que había sobresalido en la Academia: Física.

Ahora bien, mi mayor golpe de suerte, mi mayor porción de maná del Cielo, fue que en el Tarkington había la necesidad de que Alguien tocara el Carillón Lutz, un gran conjunto de campanas ubicadas en la cima de la torre de la biblioteca del colegio, en donde me encuentro escribiendo ahora.

Le pregunté a mi antiguo COM si las campanas eran tocadas por cuerdas. Me contestó que solían serlo, pero que las habían electrificado y que en la actualidad se tocaban mediante un teclado.

—¿Qué apariencia tiene el teclado? —inquirí.

—La de un piano —me respondió.

Nunca había tocado campanas. Muy pocos han tenido esa sonora oportunidad. Sin embargo, como yo sabía tocar el piano, le dije: «Estrecha la mano de tu nuevo campanero.»

Sin duda alguna, los momentos más felices de mi vida tuvieron lugar cuando tocaba el Carillón Lutz al principio y al final de cada día.

Hace 25 años vine a trabajar al Tarkington y, desde entonces, he vivido en este hermoso valle. Éste es mi hogar.

Aquí fui maestro. Luego, durante cierto tiempo, me desempeñé como Alcaide, una vez que el Colegio Tarkington se convirtió en el Reformatorio Estatal Tarkington, lo cual ocurrió en junio de 1999, hace 20 meses.

Hoy día, yo mismo soy un recluso de esta institución. Todavía no he sido

condenado por nada. Estoy esperando que se presente el caso ante un tribunal, lo cual se llevará a cabo en Rochester, donde se analizará mi supuesta responsabilidad intelectual en una fuga masiva de la Institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos del Estado de Nueva York, situada en Athena, al otro lado del lago.

Resulta que también tengo tuberculosis, y que mi pobre y podrida esposa, así como su madre, han sido enviadas por orden del juez al asilo para lunáticos de Batavia, Nueva York, algo que yo nunca tuve el valor de hacer.

Ahora, me siento tan impotente y despreciado que el hombre en honor del cual me llamaron Eugene Debs, si aún viviera, se habría por fin encariñado un poco conmigo.

En tiempos más optimistas, cuando no se comprendía cabalmente que los seres humanos estaban destruyendo el planeta con los desechos de su propia ingenuidad y que, de todas formas, una nueva Edad de Hielo había comenzado, el nombre genérico asignado al carromato tirado por caballos que transportaba mercaderías y colonos a través de las llanuras que se convertirían en territorio de Estados Unidos de América y, más tarde, desde las Montañas Rocallosas hasta el Océano Pacífico, era el de «Conestoga», en virtud de que el primero de estos vehículos se construyó en el Valle de Conestoga, Pennsylvania.

Tales carromatos abastecían a los pioneros de cigarros, entre otras cosas, motivo por el cual, hoy día, en el año 2001, todavía se denomina a los pitillos «stogies», que es un diminutivo de «Conestoga».

Hacia 1830, los carromatos más sólidos y populares fueron fabricados por la Mohiga Wagon Company precisamente aquí, en Scipio, Nueva York, en la estrecha cintura del Lago Mohiga, el más profundo, frío y occidental de los largos y delgados Finger Lakes. Así que los sofisticados fumadores de cigarros podrían dejar de referirse a sus bombas apestosas con el término de «stogies» y, en su lugar, llamarlas «mogies» o «higgies».

El fundador de la Mohiga Wagon Company fue Aaron Tarkington, un brillante inventor y fabricante que, sin embargo, no sabía leer ni escribir. En la actualidad, se le diagnosticaría como un heredero libre de culpa del defecto genético denominado dislexia. Él decía de sí mismo que, al igual que el Emperador Carlomagno, estaba «muy atareado para aprender a leer y escribir». Sin embargo, no lo estaba tanto, puesto que hacía que su esposa le leyera durante 2 horas cada tarde. Como tenía una excelente memoria, dictaba conferencias cada semana a los trabajadores de la fábrica, las cuales adornaba con citas prolijas de Shakespeare, Homero, la Biblia, etcétera.

Procreó 4 niños, un hijo y 3 hijas; todos ellos sabían leer y escribir. Sin embargo, en virtud de que aún portaba el gene de la dislexia, era probable que varios de sus propios descendientes no pudieran llegar muy lejos dentro de los

esquemas convencionales de la educación. Dos de los hijos de Aaron Tarkington no heredaron el defecto en cuestión, ya que ellos mismos se convirtieron en autores de libros, los cuales apenas ahora acabo de leer y que sin duda nadie leerá de nuevo. El único hijo varón de Aaron, Elias, redactó un informe técnico de la construcción del Canal de Onondaga, que conectaba el extremo norte del Lago Mohiga con el Canal Erie, justo al sur de Rochester. Y la hija más joven, Felicia, escribió una novela, *Carpathia*, que versa sobre una muchacha testaruda y aristócrata del Valle de Mohiga que se enamoró de un individuo medio indio encargado del funcionamiento de las esclusas del canal mencionado.

Ese canal fue relleno y cubierto con cemento; hoy día, es la Carretera 53, que se bifurca en el nacimiento del lago, donde se hallaban las esclusas. Una de las bifurcaciones lleva al sudoeste, atraviesa una serie de granjas y culmina en Scipio. La otra conduce al sudeste, corre bajo la penumbra perpetua del Bosque Nacional Iroqués y concluye en la cima pelada de la colina coronada por las murallas de la Institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos del Estado de Nueva York, esto es, en Athena, aldea situada directamente enfrente de Scipio, al otro lado del lago.

Ténganme paciencia. Esto es historia. Intento explicar cómo este valle, este verde callejón sin salida, se convirtió en lo que hoy es.

Las 3 hijas de Aaron Tarkington se casaron con integrantes de prósperas y emprendedoras familias de Cleveland, Nueva York y Wilmington, Delaware; de ese modo, extendieron inocentemente la amenaza de una pandemia de dislexia a una naciente clase hegemónica de banqueros e industriales, desplazados ampliamente en mi época por alemanes, coreanos, italianos, ingleses y, por supuesto, japoneses.

El hijo de Aaron, Elias, permaneció en Scipio y tomó posesión de las propiedades de su padre, añadiéndoles una cervecería y una fábrica de alfombras accionada por vapor, la primera de su clase en el estado. En Scipio, no había energía hidráulica y su prosperidad industrial no estuvo basada, antes de la introducción del vapor, en el uso de energía barata y de materias primas locales, sino en la inventiva y los altos niveles de destreza de sus habitantes.

Elias Tarkington nunca se casó. Fue herido gravemente a los 54 años de edad, cuando asistía como observador civil a la Batalla de Gettysburg, luciendo chistera y toda la cosa. Estaba ahí para ver el estreno de 2 de sus invenciones: una cocina móvil o de campaña y un mecanismo neumático de retroceso para la

artillería pesada. Cabe señalar que la cocina en cuestión, con ligeras modificaciones, fue adoptada más tarde por el Circo Barnum & Bailey, y después por el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial.

Elias Tarkington era un hombre alto, delgado y patilludo, que usaba sombrero de copa. En Gettysburg, una bala le atravesó el pecho, pero no lo hirió mortalmente.

El hombre que le disparó fue 1 de los pocos soldados Confederados que alcanzaron las líneas de la Unión durante el Ataque de Pickett. El soldado, Johnny Reb, falleció en éxtasis entre sus enemigos, con la creencia de que había dado muerte a Abraham Lincoln. Una vieja crónica periodística, que encontré en lo que alguna vez fue la biblioteca del colegio y que ahora es la biblioteca de la prisión, da cuenta de sus últimas palabras: «Regresen a su casa, Panzas Azules. El Viejo Satán ha muerto.»

Durante los 3 años que pasé en Vietnam, escuché un montón de últimas palabras expresadas por soldados estadounidenses moribundos. Sin embargo, ninguno de ellos tuvo la ilusión de haber hecho algo valioso en el momento del Sacrificio Supremo.

Un muchacho de sólo 18 años de edad me dijo, mientras agonizaba y yo lo sostenía en mis brazos: «Es una sucia broma, una sucia broma».

Elias Tarkington, el herido grave que se parecía a Abraham Lincoln, fue trasladado en 1 de sus propios carromatos a su finca de Scipio, desde donde se podía contemplar el pueblo y el lago.

No era una persona que tuviese muchos estudios; era más un mecánico que un científico. Sus últimos 3 años de vida los dedicó a tratar de inventar lo que cualquiera que conozca las leyes de Newton sabe que es imposible, una máquina de movimiento perpetuo. Construyó no menos de 27 artefactos, de los que esperaba tontamente que se mantuvieran en movimiento después de haberles dado una vuelta o empujón iniciales, hasta el Día del Juicio Final.

Alrededor de un año después de mi arribo al Tarkington, encontré 19 de tales obstinadas y chistosas máquinas en el ático de lo que solía ser la mansión del inventor y que luego se convirtió en la casa del Director del Colegio. Las regresé al piso de abajo y al Siglo 20. Junto con algunos de mis discípulos, las limpiamos y les repusimos las partes que se habían deteriorado durante los 100 años transcurridos. Por lo menos, eran unas joyas exquisitas: sus soportes estaban hechos de granate y amatista; sus brazos y patas, de maderas exóticas; sus esferas, de marfil, y sus conductos y contrapesos, de plata. En apariencia, el moribundo Elias intentaba superar a la ciencia con la magia de los materiales preciosos.

El mayor tiempo que mis alumnos y yo pudimos mantener en movimiento al mejor de los artefactos fue de 51 segundos. ¡Toda una eternidad!

En mi opinión, la cual manifesté a los estudiantes, los aparatos restaurados no sólo demostraban la rapidez con que las cosas en la Tierra dejan de funcionar cuando no se les proporciona una energía constante, sino que también llamaban la atención sobre un oficio que había dejado de practicarse. En aquellos días, ya no se fabricaban objetos tan ingeniosos y bellos.

Así que elegimos las 10 máquinas que nos parecieron más seductoras y las colocamos para su exposición permanente en el vestíbulo de esa biblioteca, bajo un letrero cuyas palabras, en la actualidad, se pueden aplicar con toda seguridad a este arruinado planeta:

LA COMPLICADA FUTILIDAD DE LA IGNORANCIA

Al leer periódicos, cartas y diarios de ese entonces, descubrí que los hombres que construyeron las máquinas para Elias Tarkington sabían desde un principio que éstas nunca funcionarían, cualquiera que fuese la razón de ello. Sin embargo, ¡cuánto amor prodigaron a los materiales que las componían! He aquí una definición del gran arte: «Hacer lo más que se pueda con la materia prima de la futilidad.»

Otra de las máquinas de movimiento perpetuo imaginada por Elias Tarkington fue lo que en su testamento denominó «Instituto Gratuito del Valle de Mohiga». Después de su muerte, la nueva escuela tomaría posesión de su finca de 3 000 hectáreas, más la mitad de las acciones de la constructora de carromatos, de la fábrica de alfombras y de la cervecería. La otra mitad de los títulos pertenecía desde hacía mucho tiempo a sus hermanas. En su lecho de muerte predijo que algún día Scipio sería una gran metrópoli y que su prosperidad transformaría al pequeño colegio en una universidad que rivalizaría con las de Harvard, Oxford y Heidelberg.

Ofrecería una educación universitaria gratuita a las personas de cualquier sexo, edad, raza o religión que habitaran a una distancia no mayor de 60 kilómetros. Aquellos que llegaran de más lejos pagarían una cuota modesta. Al principio, sólo el Director sería un empleado de tiempo completo. A los profesores se les reclutaría entre los pobladores de Scipio. Estos individuos invertirían unas cuantas horas libres a la semana para enseñar lo que sabían. Por ejemplo, el ingeniero que laboraba en la constructora de carromatos, cuyo nombre era André Lutz, nativo de Lieja, y quien había sido aprendiz en una fundidora belga de campanas, impartiría clases de Química. Su esposa, nacida en Francia, enseñaría Francés y Acuarela. El maestro cervecero, Hermann Shultz, oriundo de Leipzig, transmitiría sus conocimientos de Botánica, Alemán y ejecución de la flauta. El Dignatario de la Iglesia Episcopal, Dr. Alan Clewes, graduado en Harvard, enseñaría Latín, Griego, Hebreo y la Biblia. El médico del moribundo, Dalton Polk, ofrecería cátedra de Biología y Shakespeare, etcétera.

Y así ocurrió.

En 1869, el nuevo colegio reunió a su primer grupo: 9 estudiantes, todos ellos moradores de Scipio. Cuatro tenían la edad adecuada para asistir al colegio.

Uno era un veterano de la Unión que había perdido ambas piernas en Shiloh. Otro, un antiguo esclavo negro de 40 años. Otro más, una solterona de 82 años.

El primer Director tenía sólo 26 años de edad, y había sido profesor en la escuela de Athena, distante de Scipio a 2 kilómetros por agua. Entonces no existía ninguna prisión ahí, sino simplemente un pizarral, un aserradero y unas cuantas granjas. De nombre John Peck, era primo de los Tarkington. Sin embargo, la rama de la familia de la cual provenía no estaba contaminada con la dislexia. En nuestros días, viven muchos de sus descendientes: 1 de ellos, de hecho, escribe discursos para el Vicepresidente de los Estados Unidos.

El joven John Peck, su esposa, sus 2 hijos y su suegra llegaron a Scipio en bote, con Peck y su mujer en los remos, los niños sentados en la popa, y el equipaje y la suegra en otro bote que venían remolcando.

Se establecieron en el tercer piso de lo que había sido la mansión de Elias Tarkington. Los cuartos de las 2 primeras plantas se convertirían en salones de clase, una biblioteca, que ya estaba constituida con 280 volúmenes reunidos por los Tarkington, salas de estudio y un comedor. Muchos de los tesoros del pasado fueron trasladados al ático, con objeto de contar con espacio suficiente para llevar a cabo actividades. Entre dichos tesoros se encontraban las fallidas máquinas de movimiento perpetuo, las cuales acumularon polvo y telarañas hasta 1978, año en que las descubrí, me di cuenta de lo que eran y las bajé para exhibirlas.

Una semana antes de que se ofreciera la primera clase, que fue de Latín e impartida por el Dignatario Episcopalista, André Lutz llegó a la mansión con 3 carromatos que transportaban una carga muy pesada: un carillón de 32 campanas. Las había moldeado, durante su tiempo libre e invirtiendo recursos propios, en la fundidora de la constructora de carromatos. Fueron hechas de cañones de rifles, de balas de cañón y de bayonetas, provenientes de los ejércitos de la Unión y la Confederación, y que se recogieron después de la Batalla de Gettysburg. Fueron las primeras y seguramente las últimas campanas fundidas en Scipio.

En mi opinión, nada volverá a fundirse en Scipio. Ni se practicarán de nuevo las artes mecánicas en este lugar.

André Lutz donó las campanas al nuevo colegio, a pesar de que no había ningún sitio para colgarlas. Dijo que lo había hecho porque estaba completamente seguro de que algún día el colegio se volvería una gran universidad, con su campanario y todo lo demás. Estaba muy enfermo de enfisema pulmonar, debido a

las emanaciones de los metales fundidos que había respirado desde los 10 años de edad. No tenía tiempo para esperar a que hubiese un lugar para colgar la consecuencia más maravillosa de haber podido vivir un poco más: todas esas campanas, campanas y más campanas.

La fabricación de las campanas no fue sorpresiva, duró 18 meses. Los fundidores cuyo trabajo André supervisó habían compartido los sueños de inmortalidad del belga al producir cosas tan poco prácticas y hermosas como campanas, campanas y más campanas.

Así pues, todas las campanas, salvo una de media octava, fueron untadas con grasa para evitar que se oxidaran y almacenadas en 4 hileras en el granero mayor de la finca, situado a 200 metros de la mansión. La campana que se quería utilizar de inmediato fue instalada en la cúpula de la mansión; su cuerda colgaba hasta el primer piso. Serviría para anunciar el inicio de las clases y, en caso necesario, como alarma contra incendios.

El resto de las campanas estuvieron inactivas en el granero durante 30 años. Luego, en 1899, las colgaron formando un sol o conjunto, incluyendo aquélla de la cúpula. Para tal maniobra, se valieron de unos ejes que se hallaban en el campanario de la torre de la espléndida biblioteca donada a la escuela por la familia Moellenkamp de Cleveland.

Los Moellenkamp estaban emparentados con los Tarkington, ya que el fundador de su fortuna se había casado con una hija del analfabeto Aaron Tarkington. Once de los Moellenkamp eran disléxicos y acudieron al colegio de Scipio pues ninguna otra institución de enseñanza superior los habría aceptado.

El primer Moellenkamp que se graduó en Scipio fue Henry, quien ingresó al plantel en 1875, cuando tenía 19 años de edad y la escuela sólo contaba con 6 de haber abierto sus puertas. Fue en ese entonces cuando el nombre de la institución se modificó por el de Colegio Tarkington. Encontré las amarillentas actas de la reunión de la Junta Directiva en la que se acordó dicho cambio. Tres de los 6 miembros de la Junta eran hombres que se habían casado con las hijas de Aaron Tarkington, 1 de los cuales era el abuelo de Henry Moellenkamp. Los otros 3 miembros eran el Alcalde de Scipio; un abogado que defendía los intereses de las hijas de Tarkington en el valle, y el Diputado Local, quien seguramente era también un servidor fiel de las hermanas, puesto que ellas eran socias de las industrias más importantes de su distrito.

De acuerdo con las actas, que se desmoronaban en mis manos mientras las leía, fue el abuelo de Henry Moellenkamp quien propuso el cambio de nombre, argumentando que aquel de «Instituto Gratuito del Valle de Mohiga» parecía aludir a una casa de beneficencia o a un hospital. Creo que no le hubiera importado que el nombre de la escuela remitiera a la idea de un hospicio, si no hubiese experimentado la desgracia de que su propio nieto asistiera a ella.

En ese mismo año, 1875, comenzaron las obras frente a Scipio, al otro lado del lago y sobre una colina de Athena, dirigidas a edificar una cárcel rural para los delincuentes juveniles provenientes de los barrios bajos de las ciudades. Se tenía la creencia de que el aire fresco y las maravillas de la Naturaleza sanarían el alma y el cuerpo de los muchachos hasta el punto de considerar como algo natural el volverse buenos ciudadanos.

Cuando llegué a laborar al Tarkington, sólo asistían 300 estudiantes, cantidad que no había variado en 50 años. Pero el rústico campo de trabajo forzado ubicado al otro lado del lago se había convertido en una enorme fortaleza de hierro y manipostería sobre la desnuda cima de una colina: la Institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos del Estado de Nueva York albergaba bajo llave a 5 000 de los peores criminales del estado.

Hace 2 años, el colegio todavía tenía 300 estudiantes, pero la población de la prisión, bajo monstruosas condiciones de apiñamiento, había crecido a 10 000. Después, en una fría noche invernal, se convirtió en el escenario de la mayor fuga masiva de la historia de Estados Unidos. Hasta ese entonces, nadie se había escapado de Athena.

De repente, todo el mundo tuvo la libertad para irse y también, en caso de necesitarla, para tomar un arma del arsenal de la cárcel. El lago situado entre la prisión y el pequeño colegio estaba completamente congelado, de modo que resultaba tan fácil de cruzar como el estacionamiento de un gran centro comercial.

¿Y luego qué?

Sí, cuando las campanas de André Lutz funcionaron por fin como un carillón, el Colegio Tarkington no sólo contaba con una nueva biblioteca, sino también con lujosos dormitorios, un laboratorio para estudios científicos, un edificio para las artes, una capilla, un teatro, un refectorio, una construcción para oficinas administrativas, 2 nuevos edificios de salones de clase e instalaciones deportivas que eran la envidia de las instituciones con las que se había comenzado

a competir en atletismo, esgrima, natación y béisbol; dichas instituciones eran Hobart, la Universidad de Rochester, Cornell, Union, Amherst y Bucknell.

Las nuevas instalaciones llevaban el nombre de las acaudaladas familias que estaban tan agradecidas como los Moellenkamp por todo lo que el colegio había hecho por su progeñie, a la cual los planteles convencionales consideraban no educable. La mayoría no estaba emparentada con los Moellenkamp ni con alguna otra familia que portara el gene Tarkington de la dislexia. Además, los jóvenes que eran enviados al Tarkington tampoco tenían necesariamente problemas de dislexia. Más bien, adolecían de otro tipo de males, incluyendo la incapacidad para escribir de manera legible con pluma y tinta, aunque lo que trataran de redactar tuviera sentido; una tartamudez grave que les impedía pronunciar una sola palabra en el aula, y un defecto menor que provocaba que sus mentes se pusieran completamente en blanco durante segundos o minutos, sin importar el lugar y la hora.

Los Moellenkamp fueron los primeros en desafiar al recién inaugurado colegio, al inscribir entre su alumnado a lo que parecía ser un caso irremediable de incapacidad juvenil plutocrática, encarnada por Henry. Este individuo no sólo se graduó con honores en el Tarkington, sino que además continuó sus estudios en Oxford, llevando consigo a un acompañante masculino que le leía en voz alta y plasmaba en papel sus ideas, las cuales Henry podía expresar únicamente de modo oral. Se convirtió en 1 de los más brillantes exponentes de la edad de oro de la retórica y onomatopéyica oratoria estadounidense, fue miembro del Congreso y, más tarde, Senador de los Estados Unidos por Ohio durante 36 años.

Ese mismo Henry Moellenkamp fue autor de la letra de una de las baladas más populares de fines del siglo pasado: «Mary, Mary, ¿Adonde Te Has Ido?»

La melodía de la balada fue compuesta por un amigo de Henry, Paul Dresser, hermano del novelista Theodore Dresser. Ésta fue una de las raras ocasiones en que Dresser musicalizó la letra de otra persona. Más adelante, Henry se apropió de la tonada y le escribió, o más bien dictó, una nueva letra que imbuyó de sentimiento la vida estudiantil de este valle.

Así, la composición «Mary, Mary, ¿Adonde Te Has Ido?» se transformó en el alma del campus, hasta que éste se convirtió en una penitenciaría, lo cual ocurrió hace 2 años.

Historia.

Un accidente tras otro hicieron del Tarkington lo que es en la actualidad. ¿Quién se atrevería a predecir en qué se convertirá hacia el año 2021, a sólo 2 décadas de hoy? Los 2 principales motores del Universo son el Tiempo y la Suerte.

De acuerdo con la frase clave de mi chiste favorito: «No te quites el sombrero. Podríamos ir a dar a muchos kilómetros de distancia.»

Si Henry Moellenkamp no hubiera salido disléxico del vientre de su madre, el Colegio Tarkington ni siquiera se habría llamado Colegio Tarkington. Seguiría siendo el Instituto Gratuito del Valle de Mohiga, y se hubiera extinguido junto con la constructora de carromatos, la fábrica de alfombras y la cervecería, una vez que las vías férreas y las carreteras que conectan el Este con el Oeste fueron establecidas muy al norte y muy al sur de Scipio: para no tener que edificar un puente sobre el lago y para evitar una intrusión en el oscuro y virginal bosque, ahora denominado Bosque Nacional Iroqués, ubicado al sudeste de esta localidad.

Si Henry Moellenkamp no hubiera salido disléxico del vientre de su madre, y si ésta no hubiese sido una Tarkington y no hubiera tenido conocimiento del pequeño colegio situado en la ribera del Lago Mohiga, nunca se habría construido esta biblioteca y jamás se la habría llenado con 800 000 volúmenes encuadernados. Cuando yo era profesor, ¡aquí había 70 000 libros más que en el Colegio Swarthmore! Entre los colegios pequeños de educación superior, el Tarkington contaba con una de las mejores bibliotecas, sólo superada por la de Oberlin, la número 1, que reunía 1 000 000 de volúmenes encuadernados.

Entonces, ¿qué es este edificio dentro del cual estoy sentado ahora, gracias al Tiempo y a la Suerte? ¡Es, nada menos, amigos y vecinos, que la más grande biblioteca-prisión en la historia del crimen y el castigo!

Se está muy solo aquí. ¿Hola? ¿Hola?

Podría haber enunciado el mismo tipo de planteamiento cuando ésta era una biblioteca universitaria de 800 000 volúmenes: «Se está muy solo aquí. ¿Hola? ¿Hola?»

Acabo de visitar la Universidad de Harvard. Posee hoy día 13 000 000 de volúmenes encuadernados. ¡Mucha lectura!

Y casi cada libro ha sido escrito para o versa sobre la clase gobernante.

Si Henry Moellenkamp no hubiera salido disléxico del vientre de su madre,

nunca habría existido una torre en la cual colgar el Carillón Lutz.

Esas campanas tal vez nunca habrían reverberado en el valle ni en ninguna otra parte. Quizá, habrían sido fundidas y transformadas de nuevo en armas durante la Primera Guerra Mundial.

Si Henry Moellenkamp no hubiera salido disléxico del vientre de su madre, las colinas que circundan a Scipio habrían estado sumidas en la oscuridad aquella fría noche invernal de hace 2 años, con el hielo del Lago Mohiga tan firme como el piso de un estacionamiento, cuando 10 000 prisioneros de Athena fueron liberados de repente. En cambio, esa noche brilló una pequeña galaxia de luces llamativas aquí en las alturas.

Independientemente de que Henry Moellenkamp haya salido disléxico o no del vientre de su madre, yo nací en Wilmington, Delaware, 18 meses antes de que Estados Unidos decidiera participar en la Segunda Guerra Mundial. En esa ciudad, que no he vuelto a ver, se conserva mi acta de nacimiento. Fui el hijo único de un ama de casa y, como ya lo dije, de un ingeniero químico. En aquellos tiempos, mi padre trabajaba en la E. I. Du Pont de Nemours & Company, que entre otras cosas fabricaba explosivos.

Cuando tenía 2 años de edad nos trasladamos a Midland City, Ohio, donde una compañía de lavadoras, llamada Robo-Magic Corporation, estaba comenzando a fabricar mecanismos para lanzabombas y soportes giratorios para las ametralladoras de los bombarderos B-17. La industria del plástico se encontraba entonces en pañales, y Papá fue enviado a la Robo-Magic para determinar qué materiales sintéticos de la Du Pont podrían utilizarse en el armamento, en lugar del metal, con objeto de hacerlo más ligero.

Hacia la época en que la guerra terminó, la compañía se hallaba por completo fuera del negocio de las lavadoras, había cambiado su nombre a Barrytron Limited, y fabricaba repuestos para armas, aeroplanos y vehículos de motor, todos ellos hechos de un plástico que la empresa había desarrollado por cuenta propia. Mi padre se había convertido en el Vicepresidente de Investigación, y Desarrollo de la compañía.

Cuando tenía cerca de 17 años de edad, Du Pont compró la Barrytron, a fin de recuperar varias de sus patentes. Uno de los plásticos que Papá había ayudado a desarrollar, según recuerdo, tenía la capacidad de dispersar las señales de radar, de modo que nuestros aeroplanos pudieran aparecer, ante los ojos del enemigo, como bandadas de gansos.

Este material, que desde entonces se emplea para construir patinetas, cascos protectores, esquís, defensas de motocicletas y otras cosas prácticamente indestructibles, constituyó un pretexto, cuando yo era muchacho, para aumentar las medidas de seguridad en Barrytron. Con objeto de evitar que los Comunistas se

enteraran del proceso de fabricación de ese plástico, se juzgó insuficiente la cerca con alambre de púas que ya estaba instalada. Por tal motivo se colocó una segunda cerca, alrededor de la primera, y el espacio entre ambas era patrullado las 24 horas del día por guardias armados, que lucían botas muy largas, carecían de una pizca de humor, y se hacían acompañar por delgados y hambrientos perros Doberman.

Cuando la Du Pont se apoderó de la Barrytron, de la doble cerca, de los Doberman, de mi padre y de todo, yo cursaba el último año de la segunda enseñanza y estaba listo para ir a la Universidad de Michigan, donde aprendería periodismo y podría satisfacer así el derecho a la información de la opinión pública. Dos miembros de mi sexteto «Los Mercaderes del Alma», el clarinetista y el bajista, iban a estudiar también en Michigan.

La idea era mantenernos juntos y continuar haciendo música en Ann Arbor. Pudimos habernos hecho tan populares que quizá nos habrían invitado a realizar giras mundiales, habríamos acumulado grandes fortunas, y habríamos sido superestrellas en las caravanas en favor de la paz y el amor, organizadas con motivo de la Guerra de Vietnam.

Los cadetes de West Point no hacían música. Los músicos de la orquesta de baile y de la banda militar eran Soldados Regulares del Ejército, miembros de la clase servicial.

Tenían órdenes de tocar las canciones tal como estaban escritas, nota por nota, sin importar lo que sintieran sobre la música o sobre cualquier otra cosa.

En cuanto a eso, como no existía ninguna publicación estudiantil en West Point, tampoco importaba lo que los cadetes opinaran sobre nada. A nadie le interesaba.

Yo estaba bien, pero toda suerte de problemas dificultaban la vida de mi padre. La Du Pont lo tenía a prueba, al igual que a los demás empleados de la Barrytron, mientras decidía si lo conservaba o lo despedía. Por otra parte, había iniciado una aventura amorosa con una mujer casada, cuyo marido lo sorprendió con las manos en la masa y lo golpeó.

Desde luego, en virtud de que éste era un tema delicado para mis padres, nunca lo discutí con ellos. Pero el chisme se propagó como reguero de pólvora, y Papá lucía un ojo morado. Puesto que no practicaba ningún deporte, tuvo que inventar la historia de que se había caído en las escaleras del sótano. Mi madre

pesaba cerca de 90 kilogramos en ese entonces, y le reclamaba todo el tiempo el que hubiese vendido sus acciones de la Barrytron con 2 años de anticipación. Si se hubiera aguantado hasta que la Du Pont adquirió la empresa, habría obtenido 1 000 000 de dólares, en una época en la que ser millonario significaba algo. Si yo hubiese estado incapacitado para aprender, él habría contado con el dinero suficiente para enviarme a estudiar al Tarkington.

A diferencia mía, él era el tipo de hombre que debía atravesar por una situación desesperada para cometer adulterio. De acuerdo con una narración que escuché de labios enemigos en la escuela de segunda enseñanza, Papá saltó por la ventana, atravesó brincando como canguro y con los pantalones en los tobillos una serie de patios traseros, fue mordido por un perro, se enredó en un tendedero de ropa, etcétera. Bueno, quizá se trataba de una exageración. Nunca indagué nada al respecto.

Yo mismo me encontraba profundamente preocupado por nuestro pequeño problema de imagen familiar, cuando éste se complicó como resultado de que Mamá se rompió la nariz, justo 2 días después de que Papá fue golpeado. Para el mundo exterior, tal parecía que Mamá le había preguntado a Papá la causa de su ojo morado y que Papá le había contestado con un golpe. Nunca pensé que él pudiera golpearla, sin importar el motivo.

Por supuesto, no existe ni una remota posibilidad de que lo haya hecho. Un hombre inferior la hubiera golpeado en circunstancias similares. La verdad sobre este asunto quedó para siempre fuera del alcance de los historiadores, cuando el techo de una tienda de regalos, situada en el lado canadiense de las Cataratas del Niágara, les cayó encima y acabó con ambos, hace aproximadamente 20 años. Se dijo que murieron instantáneamente. Nunca se supo con precisión qué los golpeó, lo cual resulta ser la mejor manera de irse.

Por cierto, este último era un tema que no se discutía en Vietnam ni, supongo, en ningún campo de batalla. Recuerdo que un muchacho pisó una mina antipersonal. La mina pudo haber sido una de las nuestras. Su mejor amigo del Entrenamiento Básico le preguntó qué podía hacer por él, y el joven le respondió: «Apágame como una bombilla, Sam.»

El moribundo era blanco. El amigo era negro, o más bien, de color ligeramente tostado. Sus rasgos, habría que decirlo, eran prácticamente blancos.

Una mujer con la que hacía el amor hace unos cuantos años me preguntó si

mis padres aún vivían. Quería saber más acerca de mí, ya que nos habíamos despojado de nuestra ropa.

Le contesté que habían sufrido una muerte violenta en el extranjero, lo que era verdad. Canadá se halla en el extranjero.

Pero entonces me escuché a mí mismo desenredando un fantástico cuento, según el cual mis padres se encontraban en un safari en Tangañica, región de la que casi no sé nada. Le dije a esa mujer, y me creyó, que ellos y sus guías fueron muertos por cazadores furtivos, que exterminaban elefantes a fin de obtener marfil, quienes los confundieron con vigilantes de cotos. Añadí que los cazadores colocaron los cadáveres encima de hormigueros, motivo por el cual los esqueletos quedaron rápidamente limpios. Sólo pudieron ser identificados por su dentadura.

Solía encontrar fácil y aun estimulante el mentir con tanta complejidad. Ya no lo hago. Y ahora me pregunto si desarrollé ese hábito malsano desde muy corta edad y si lo hice porque mis padres eran una vergüenza, especialmente mi madre, quien era tan gorda que parecía un fenómeno de circo. Describía a mis padres como personas mucho más atractivas de lo que en realidad eran, para que la gente que no sabía nada de ellos pensara bien de mí.

Y durante el último año que pasé en Vietnam, cuando prestaba mis servicios en Información Pública, me resultaba tan natural como respirar el sostener ante la prensa y los relevos recién desembarcados que nuestra victoria era innegable, y que en casa deberían estar orgullosos y felices por todas las cosas buenas que estábamos haciendo ahí.

Aprendí a mentir de ese modo en la escuela de segunda enseñanza.

He aquí otra cosa que aprendí en la escuela de segunda enseñanza y que me fue útil en Vietnam: el alcohol y la marihuana, en cantidades moderadas, junto con música estridente de ínfima calidad, hacen que la tensión y el fastidio se vuelvan infinitamente más soportables. Fue maná del Cielo el hecho de que yo haya venido a este mundo con un don para la moderación en materia de ingestión de sustancias modificadoras del estado de ánimo. Durante los 2 últimos años que cursé en la escuela de segunda enseñanza, no creo que mis padres hayan sospechado siquiera que me la pasaba medio borracho la mayor parte del tiempo. De lo que siempre se quejaron fue de la música, cuando encendía el radio o el fonógrafo, o bien cuando «Los Mercaderes del Alma» ensayábamos en el sótano; en su opinión, se trataba de música selvática a muy alto volumen.

En Vietnam, la música siempre era estridente. Casi todo el mundo andaba borracho o medio narcotizado, incluyendo a los Capellanes Castrenses. Varios de los más espantosos accidentes que tuve que explicar a la prensa durante mi último año en ese lugar fueron provocados por personas que habían quedado imbéciles o maniáticas como resultado de la ingestión excesiva de lo que, en cantidades moderadas, podría haber sido una droga útil. Por supuesto, atribuí todos esos accidentes a errores humanos. La prensa se mostró comprensiva. A fin de cuentas, ¿quién en este Mundo no ha cometido 1 o 2 errores?

El asesinato de un archiduque austriaco condujo a la Primera Guerra Mundial y probablemente también a la Segunda Guerra Mundial. Con la misma certeza puedo señalar que el ojo morado de mi padre me llevó al estado lamentable en que me encuentro ahora. Él buscaba una manera, casi cualquiera, de recapturar el respeto de la comunidad y de atraer una atención favorable del nuevo dueño de la Barrytron, la Du Pont. Más adelante y como era de esperarse, la Du Pont fue comprada por la I. G. Farben de Alemania, la misma compañía que fabricó, empacó, etiquetó y envió el gas de cianuro utilizado para matar civiles de todas las edades, incluyendo niños de brazos, durante el Holocausto.

Qué planeta.

De modo que Papá, cuyo ojo herido parecía una grieta en medio de una tortilla púrpura y amarilla, me preguntó si me graduaría con honores en la escuela de segunda enseñanza. No lo dije, pero buscaba frenéticamente algo de qué jactarse en su trabajo. Se encontraba tan desesperado que intentaba reclamarme mi falta de participación en los deportes escolares, en la mesa directiva estudiantil o en las actividades extracurriculares patrocinadas por el plantel. Mis notas eran lo suficientemente altas para ser admitido en la Universidad de Michigan y, de vez en cuando, en el cuadro de honor, pero no en la Sociedad Honorífica Nacional.

¡Daba tanta lástima! Sin embargo, al mismo tiempo, me ponía furioso, porque trataba de hacerme responsable en parte del deterioro de nuestra imagen familiar, que era completamente culpa suya.

—Siempre me apenó que no salieras a jugar fútbol —señaló, como si un *touchdown* hubiera podido componer las cosas.

—Demasiado tarde —repuse.

—Permitiste que se te escaparan esos 4 años sin hacer nada, salvo tocar

música salvaje —concluyó.

Se me ocurre ahora, apenas 43 años después, que debí mencionarle que al menos organizaba mi vida sexual mejor que él. Que fornicaba todo el tiempo gracias a la música salvaje, y que también lo hacían los otros «Mercaderes del Alma». Además, que no sólo me acostaba con muchachas, sino también con cierta clase de mujeres maduras, quienes nos veían como encantadores espíritus libres en el estrado, donde imitábamos a los negros, fumábamos marihuana, nos amábamos a nosotros mismos al hacer música y nos reíamos casi todo el tiempo de sólo Dios sabe qué cosas.

Supongo que mi vida amorosa ha terminado. Aunque pudiera salir de la cárcel, no me gustaría contagiar de tuberculosis a alguna mujer confiada. Ella estaría muerta de miedo ante el peligro de contraer SIDA, y yo en cambio, le transmitiría TC. ¿Acaso no sería divertido?

Así que ahora sólo me quedan los recuerdos. Como una prótesis para mi memoria, he empezado a elaborar una lista de todas las mujeres, excluyendo a mi esposa y a las prostitutas, con las que «he recorrido todo el camino», tal cual solíamos decir en la escuela de segunda enseñanza. Me resulta imposible recordar con claridad las conquistas logradas durante la adolescencia, separar lo real de la fantasía. Todo fue como un sueño. De modo que comencé mi lista con Shirley Kern, a quien le hice el amor cuando tenía 20 años. Shirley es mi punto de referencia.

¿Cuántos nombres contendrá la lista? Es muy pronto para saberlo, pero ¿no sería ese número, cualquiera que resulte ser, tan bueno como cualquier otro para ser puesto en mi lápida a modo de enigmático epitafio?

Ciertamente, me sentiría apenado si hubiese arruinado la vida de esas mujeres que me creyeron cuando les dije que las amaba. Sólo me queda aterrarme a la esperanza de que Shirley Kern y todas las demás aún estén bien.

Una forma de consuelo para todas aquellas que no lo estén consistiría en enterarse de que mi propia vida fue arruinada por una Feria de la Ciencia.

Papá me preguntó si no había alguna actividad extra-curricular patrocinada por la escuela en la que todavía pudiera participar. ¡Faltaban solamente 8 semanas para mi graduación! Le respondí, de modo irónico puesto que ambos sabíamos que la ciencia no me agradaba tanto como a él, que mi última oportunidad para

conseguir algo era la Feria de la Ciencia del Condado. Tenía buenas notas en Física y Química pero, en lo que a mí tocaba, podría haber rellenado su trasero con esas materias.

Papá se levantó de la silla en un estado de excitación enfermiza.

—Bajemos al sótano —dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunté. Era cerca de la medianoche.

—Vas a participar y a ganar en esa Feria de la Ciencia —contestó.

Y lo hice. O, más bien, Papá participó y ganó en la Feria de la Ciencia, sólo requirió que yo firmara y jurara que el trabajo era completamente mío, y que memorizara su explicación con respecto a lo que se estaba probando. El trabajo versaba sobre cristales, cómo crecían y por qué crecían.

Sus contrincantes eran débiles. Después de todo, él era un ingeniero químico de 43 años de edad y con 20 de experiencia en la industria, compitiendo con adolescentes de una comunidad donde pocos padres tenían una educación superior. En ese entonces, los principales negocios del condado eran todavía el cultivo del maíz, y la cría de puercos y de ganado vacuno. Barrytron era la única industria sofisticada, y solamente un puñado de personas, como Papá, entendían sus procesos y equipos. La mayoría de los empleados de la compañía se contentaban con hacer lo que se les pedía y no les interesaba saber con precisión la forma en que funcionaban los objetos prodigiosos que debidamente empaquetados y etiquetados eran turnados a las plataformas de embarque.

Me acuerdo ahora de los soldados estadounidenses muertos, adolescentes en su mayoría, todos empaquetados y etiquetados en los muelles vietnamitas. ¿A cuánta gente le importaba el modo en que eran manufacturados en realidad esos curiosos artefactos?

A poca.

Ahora bien, creo que por compasión Papá y yo no fuimos tildados de estafadores; mi trabajo no fue rechazado en la Feria, y yo estoy ahora detenido en lugar de haberme convertido en el reportero estrella de los dueños coreanos de *The New York Times*. Supongo que en nuestra comunidad existía el sentimiento generalizado de que nuestra pequeña familia ya había sufrido mucho. De todos modos, a nadie en el condado le importaba un bledo la ciencia.

Además, los otros trabajos presentados eran tan tontos y dignos de lástima que el mejor de ellos hubiera puesto en ridículo al condado, de haber participado en la competencia estatal de Cleveland. En ese contexto, el nuestro se veía ingenioso y adecuado. Otro punto a nuestro favor, desde la perspectiva de los jueces, quienes debían decidir cuál era el mejor trabajo por enviar a Cleveland: nuestra demostración era extremadamente difícil de comprender y resultaba poco interesante para las personas ordinarias.

Admití la situación de una manera filosófica, gracias a la marihuana y al alcohol, mientras la comunidad decidía si crucificarme por fraudulento o coronarme por genio. Papá debió haber apurado también hasta la última gota de vino. Algunas veces es difícil advertirlo. En Vietnam, estuve bajo las órdenes de 2 Generales que bebían un litro de whisky al día, pero que no se les notaba. Siempre se veían serios y dignos.

Así que Papá y yo fuimos a Cleveland. Su espíritu estaba en alto. Yo sabía que podíamos tener contratiempos allá. No me explico por qué él pensaba de otro modo. El único consejo que me dio fue que enderezara los hombros cuando estuviera explicando el trabajo y que no fumara delante de los jueces. Se refería a cigarrillos ordinarios. No sabía que yo fumaba otros.

No me disculpo por haber consumido drogas durante los días más negros de la escuela de segunda enseñanza. Winston Churchill abusó del brandy y los puros cubanos durante los días más negros de la Segunda Guerra Mundial.

Hitler, gracias a la avanzada tecnología alemana, fue uno de los primeros seres humanos que convirtieron su cerebro en una telaraña a causa de las anfetaminas. Se dice que en realidad masticaba alfombras. ¡Como para chuparse los dedos!

Mi Madre no nos acompañó a Cleveland. Siempre le dio vergüenza salir de casa, porque era muy grande y gorda. De modo que yo tenía que hacer la mayor parte de las compras al cabo de la jornada escolar. Asimismo, debía efectuar una buena parte de las labores del hogar, en virtud de que enfrentaba serias dificultades para desplazarse. Mi familiaridad con los quehaceres domésticos me resultó útil en West Point y, de nuevo, cuando mi suegra y más tarde mi esposa se volvieron locas. En realidad, constituía una especie de relajación, puesto que me permitía constatar que estaba llevando a cabo algo innegablemente bueno y me impedía pensar en los problemas existentes. ¡Cómo solían brillar los ojos de mi madre cuando veía lo que le había cocinado!

La historia de mi madre es una de las pocas exitosas incluidas en este libro. Se matriculó en los Weight Watchers a los 60 años, mi edad actual. Cuando el techo le cayó encima, en las Cataratas del Niágara, ¡pesaba solamente 52 kilogramos!

Esta biblioteca está llena de historias de supuestos triunfos, lo que me hace desconfiar mucho de ellas. Resulta engañoso que las personas lean narraciones de grandes éxitos dado que, según mi experiencia personal, el fracaso es la norma para la gente blanca de las clases media y alta. En particular, no es justo que se permita que jóvenes completamente impreparados desempeñen los papeles estelares de comedias de ínfima calidad.

La Feria de la Ciencia de Ohio tuvo lugar en el hermoso Auditorio Moellenkamp de Cleveland. Los asientos del teatro habían sido retirados y sustituidos con mesas para exhibir todos los trabajos. Hubo un indicio de mi entonces distante futuro en el auditorio donado a la ciudad por los Moellenkamp, la misma familia carbonera y naviera que regaló esta biblioteca al Colegio Tarkington. Esto ocurrió mucho antes de que vendiera los botes y las minas a un consorcio británico-omani con sede en Luxemburgo.

Empero, el presente ya era bastante malo. En el momento en que Papá y yo estábamos montando nuestro trabajo, ya habíamos sido tachados por otros participantes como un par de comediantes, tal vez como Laurel y Hardy, con Papá en el papel del gordo y diligente, y yo en el del flaco y tonto. El caso es que Papá trabajaba afanosamente en el montaje, mientras yo permanecía cerca de él con cara de aburrido. Todo lo que quería hacer era salir de ahí y esconderme detrás de un árbol o de cualquier cosa para fumar un cigarro. Estábamos violando la regla fundamental de la Feria, consistente en que los jóvenes participantes se harían cargo de todo el trabajo, desde el principio hasta el final. Existía la prohibición explícita de que los padres o los maestros ayudaran en lo absoluto.

Me sentía como si hubiera concursado en la Carrera de Cajas de Jabón celebrada en Akron, Ohio, compitiendo en un carro supuestamente construido por mí mismo, pero que en realidad era el Ferrari Gran Turismo de Papá.

No habíamos realizado el trabajo en el sótano. Cuando, al mero principio, Papá dijo que debíamos bajar al sótano y ponernos a trabajar, realmente bajamos; pero, sólo permanecemos en el sótano alrededor de 10 minutos, mientras él pensaba y pensaba, excitándose cada vez más. Yo no dije nada.

En realidad, *sí* dije una cosa.

—¿No te importa si fumo?

—Hazlo.

Eso fue un progreso para mí, porque significaba que podía fumar en la casa cuando me viniera en gana y sin que él me lo reprochara.

Después, encabezó el regreso a la sala. En el escritorio de Mamá, elaboró una lista de las cosas que necesitaba.

—¿Qué estás haciendo, Papá?

—¡Chist! —contestó—. Estoy ocupado. No me molestes.

Así que no lo molesté. Además, tenía mucho en qué pensar. Estaba seguro de haber contraído gonorrea. Padecía algún tipo de infección urinaria que me hacía sentir muy incómodo. Pero no había consultado ningún doctor porque éste, por ley, me hubiera tenido que reportar al Departamento de Salud, y mis padres se habrían enterado, y yo no deseaba ocasionarles otro dolor de cabeza.

Cualquiera que haya sido la infección, desapareció por sí sola, sin que yo hubiese hecho nada al respecto. No pudo haber sido gonorrea, pues ésta nunca deja espontáneamente de devorarte. ¿Por qué habría de detenerse por iniciativa propia? Si pasaba un rato tan agradable, ¿por qué dar por terminada la fiesta? Miren cuan saludables y felices son los muchachos.

Dos veces más contraería lo que sin lugar a dudas era gonorrea, una en Tegucigalpa, Honduras, y la otra en Saigón, ahora Ciudad Ho Chi-Minh, Vietnam. En ambos casos, le conté a los médicos sobre la infección que padecí en la juventud y que se había curado sola.

Quizá ayudó la levadura, opinaron. Debí haber abierto una panadería.

Así pues, Papá comenzó a llevar a casa algunas piezas que compondrían el trabajo para la Feria, pedestales y estuches de exhibición, que habían sido manufacturados bajo sus órdenes en la Barrytron, así como etiquetas explicativas hechas en la imprenta a la que solía recurrir esa empresa. Los cristales fueron abastecidos por un proveedor químico de Pittsburgh que tenía muchos negocios con la firma en cuestión. Un cristal, recuerdo, llegó desde Birmania.

El proveedor debió haber encarado ciertos problemas para reunir tan

notable colección de cristales, ya que lo que nos envió no pudo haber salido de sus bodegas. A fin de satisfacer a un cliente tan importante como la Barrytron, es probable que haya acudido a Alguien que coleccionara y vendiera cristales por su belleza y rareza, no como objetos de interés científico sino como joyas.

En cualquier caso, los cristales de calidad museográfica esparcidos sobre la mesita central de nuestra sala dieron lugar a que Papá pronunciara, con placer maligno, las palabras siguientes: «Hijo, no hay modo de que podamos perder.»

Bien, como dice Jean-Paul Sartre, en *Familiar Quotations* de Bartlett, «El infierno está en la otra gente». La otra gente se deshizo rápidamente de la invencible participación de Papá y mía en Cleveland, hace 43 años.

Me acordé de los Generales George Armstrong Custer en Little Bighorn, Robert E. Lee en Gettysburg y William Westmoreland en Vietnam.

Recuerdo que Alguien dijo en cierta ocasión que las últimas palabras del General Custer fueron: «¿De dónde salen todos esos malditos indios?»

Papá y yo, y no nuestros hermosos cristales, fuimos por un rato la obra más fascinante en exhibición en el Auditorio Moellenkamp. Hicimos una demostración completa de conducta anormal. Otros concursantes y sus mentores nos rodearon y pusieron a prueba. Sin duda, sabían qué botones oprimir, por así decirlo, para hacernos cambiar de color, movernos con incomodidad, sonreír de manera forzada o cualquier otra cosa.

Uno de los contendientes le preguntó a Papá qué edad tenía y a qué escuela de segunda enseñanza asistía.

Ése fue el momento en que debimos empacar nuestras cosas y abandonar la Feria. Los jueces aún no nos habían visto, ni tampoco los reporteros. Todavía no colocábamos el letrero con mi nombre y el plantel que representaba. Aún no habíamos dicho nada que valiera la pena ser recordado.

Si hubiésemos recogido el trabajo y desaparecido en silencio precisamente en ese entonces, dejando sólo una mesa vacía, habríamos figurado quizá en la historia de la ciencia estadounidense como no-participantes por motivos de salud o por alguna otra causa. De hecho, había una mesa vacía, que nunca fue ocupada, a sólo 5 metros de la nuestra. Papá y yo escuchamos que iba a permanecer vacía y el porqué de ello. El participante inscrito, junto con sus padres, se hallaban en el hospital de Lima, Ohio, no de Lima, Perú. Ésa era su ciudad natal. El día anterior a

la Feria, cuando apenas salían en reversa de la cochera de su casa, con destino a Cleveland, un conductor ebrio chocó contra ellos, incrustándose en la parte posterior del automóvil.

El accidente no habría sido tan grave, si el trabajo por exhibir, que se hallaba en la cajuela del coche, no hubiera incluido varias botellas de diferentes ácidos, las cuales se quebraron como resultado del golpe. Una vez que los ácidos se mezclaron con la gasolina, ambos vehículos quedaron envueltos en llamas.

Creo que el trabajo intentaba mostrar los numerosos e importantes servicios que los ácidos, a los que la mayoría de la gente les tiene miedo y en los que no le gusta pensar demasiado, prestan diariamente a la Humanidad.

Las personas que nos miraron y formularon preguntas, no estuvieron satisfechos con lo que vieron ni con lo que oyeron; por ello, mandaron traer a un juez. Querían descalificarnos. Éramos algo peor que deshonestos. ¡Éramos ridículos!

Yo quería abandonarlo todo. Le dije a Papá: «Pa, siendo honrados, creo que deberíamos retirarnos. Cometimos un error.»

Pero él me contestó que no había nada de qué avergonzarnos y que no nos iríamos a casa con la cola entre las patas.

¡Vietnam!

De manera que arribó el juez, quien fácilmente determinó que yo no entendía nada del trabajo exhibido. Luego, llevó aparte a Papá y negociaron un acuerdo político, de hombre a hombre. No quería provocar resentimientos en nuestro condado, que me había mandado a Cleveland en calidad de campeón. Tampoco deseaba humillar a Papá, miembro prominente de su comunidad que, obviamente, no había leído el reglamento con cuidado. No nos avergonzaría con una descalificación formal, que podría acarrear una publicidad desfavorable, si Papá dejaba de insistir en que yo concursara seriamente contra el resto de los participantes legítimos.

Dijo que, una vez llegado el momento, él y los otros jueces simplemente pasarían de largo frente a nosotros sin hacer ningún comentario. Mantendrían en secreto el acuerdo de que no podíamos ganar nada.

Ése fue el trato.

Historia.

La persona que ganó ese año fue una muchacha de Cincinnati. Da la casualidad de que ella había presentado también un trabajo de cristalografía. Sin embargo, a diferencia de nosotros, ella había cultivado sus propias muestras o las había recogido en lechos de arroyos, cuevas y minas de carbón, comprendidos en un radio de 100 kilómetros alrededor de su casa. Su nombre, recuerdo, era Mary Alice French y llegó a ocupar un lugar muy cercano al último en las Finales Nacionales, celebradas en Washington, D.C.

Supe después que cuando se fue a concursar a las Finales, Cincinnati se sentía tan orgullosa de ella y tan segura de su triunfo, o al menos de que obtendría un lugar muy alto con sus cristales, que el Alcalde declaró ese día como el «Día de Mary Alice French».

Ahora me pregunto, en un periodo en que dispongo de mucho tiempo para pensar en la gente que he lastimado, si Papá y yo no contribuimos indirectamente a la terrible desilusión sufrida por Mary Alice French en Washington. Existe la posibilidad de que los jueces de Cleveland le hayan otorgado el Primer Premio debido al contraste moral entre su trabajo y el nuestro.

Tal vez, durante el concurso, se hizo a un lado a la ciencia: frente a nuestra nociva reputación, ella representaba la oportunidad ideal para enseñar una regla superior a cualquier ley científica, a saber, que la honradez es la mejor política. Pero, ¿quién sabe?

Muchos, muchos años después de que a Mary Alice French se le rompió el corazón en Washington, y cuando yo ya era profesor en el Tarkington, tuve un alumno de Cincinnati, la ciudad natal de Mary Alice French. Su familia materna acababa de vender el único diario que quedaba en Cincinnati, su principal estación de TV, así como un montón de radiodifusoras y publicaciones semanales, al Sultán de Brunei, considerado el hombre más rico de la Tierra.

Este estudiante se veía como de 12 años de edad cuando llegó al Tarkington. En realidad tenía 21, pero su voz nunca cambió y sólo medía 150 centímetros de alto. Como resultado de la venta al Sultán, se decía que él personalmente poseía 30

000 000 de dólares, pero le aterrorizaba su propia sombra.

Sabía leer y escribir, y se defendía bien en matemáticas, desde el álgebra hasta la trigonometría, todo lo cual había aprendido por sí mismo. Probablemente, también fue el mejor jugador de ajedrez en la historia del colegio. Pero no tenía ningún atributo social, y quizá nunca llegaría a tener alguno, pues le atemorizaba cualquier cosa relacionada con la vida.

Le pregunté si alguna vez había oído hablar de una mujer de aproximadamente mi misma edad, que habitaba en Cincinnati y cuyo nombre era Mary Alice French.

Me respondió lo siguiente: «No sé nada de nadie ni de nada. Por favor, no me vuelva a hablar. Dígales a los demás que dejen de hablarme.»

Nunca supe qué hizo con todo su dinero, si es que hizo algo. Alguien contó que se había casado. ¡Difícil de creer!

Tal vez lo atrapó alguna cazadora de fortunas.

Chica inteligente. Debe llevar una vida muy holgada.

Pero regresemos a la Feria de la Ciencia de Cleveland. Después de que Papá y el juez hicieron su trato, me dirigí a la salida más cercana. Necesitaba aire fresco. Necesitaba todo un nuevo planeta o la muerte. Cualquier cosa era mejor que lo que estaba padeciendo.

La salida estaba bloqueada por un hombre espectacularmente vestido. No se parecía en absoluto a nadie más de las personas que se hallaban en el auditorio. Era, imposible de creer, aquello en lo que yo me convertiría después: un Teniente Coronel del Ejército Regular, con muchas hileras de condecoraciones sobre el pecho. Lucía el uniforme completo, con el cordón honorífico dorado, y el distintivo y las botas de los soldados paracaidistas. Como entonces no estábamos en guerra, la presencia de un militar todo engalanado en medio de civiles resultaba muy llamativa. Había sido enviado ahí, con objeto de reclutar a jóvenes científicos para su *alma mater*, la Academia Militar de Estados Unidos, West Point.

La Academia había sido fundada poco después del final de la Guerra Revolucionaria, debido a que el país contaba con muy pocos oficiales militares diestros en matemáticas e ingeniería, y estos conocimientos se consideraban esenciales para obtener victorias en lo que entonces se denominaba operativos

modernos de guerra, sobre todo los relacionados con la elaboración de mapas y la fabricación de balas de cañón. Hoy día, con radares, cohetes, aviones, armas nucleares y todo lo demás, ha surgido otra vez el mismo problema.

Y yo estaba ahí en Cleveland, con un gran letrero redondo prendido al pecho, como para practicar el tiro al blanco, que decía:

PARTICIPANTE

Este Teniente Coronel, cuyo nombre era Sam Wakefield, no sólo me matricularía en West Point, sino que también en Vietnam, donde era General de División, me otorgaría una Estrella de Plata por valor y heroísmo extraordinarios. Se retiraría del Ejército cuando a la guerra todavía le faltaba un año para finalizar, y se convertiría en Director del Colegio Tarkington, ahora la Prisión Tarkington. Y cuando yo mismo abandoné el Ejército, me contrataría para enseñar Física y tocar las campanas, campanas y más campanas.

He aquí las primeras palabras que Sam Wakefield me dijo cuando yo tenía 18 años y él 36:

—¿Cuál es la prisa, Hijo?

—¿Cuál es la prisa, Hijo? —preguntó—. Si tienes un minuto, me gustaría hablar contigo.

Así que me detuve. Ése fue el mayor error que cometí en mi vida. Había muchas otras salidas y yo debí dirigirme a alguna de ellas. En ese momento, cada una de las demás salidas conducía quizá a la Universidad de Michigan, al periodismo, a la composición musical y a una vida donde podía decir y usar lo que me diera la gana. Cualquiera otra salida, con toda probabilidad, me hubiera llevado a los brazos de una esposa que no se hubiese vuelto loca, y a los de unos hijos que me brindaran amor y respeto.

Siendo la vida como es, cualquier otra salida me hubiera conducido a sufrir cierta cantidad de desdicha, ya lo sé. Pero no creo que me hubiese llevado a Vietnam ni, luego, a enseñar lo que no se puede enseñar en el Colegio Tarkington ni, más tarde, a ser despedido del Tarkington ni, después, a enseñar lo que no se puede enseñar en la penitenciaría que está al otro lado del lago, hasta que tuvo lugar la mayor fuga carcelaria en la historia estadounidense. Y ahora yo mismo soy un preso.

Pero me detuve en esa salida bloqueada por Sam Wakefield.

Así fue el juego de pelota.

Sam Wakefield me preguntó si alguna vez había considerado las ventajas de una carrera militar. Se trataba de un hombre que había sido herido en la Segunda Guerra Mundial, el único conflicto bélico en el que me hubiera gustado luchar, y más tarde en Corea. Con el tiempo, renunciaría al Ejército, estando inconclusa la Guerra de Vietnam, y se convertiría en Director del Colegio Tarkington, para luego volarse la tapa de los sesos.

Le respondí que ya había sido aceptado por la Universidad de Michigan y, que no tenía ningún interés en la carrera de las armas. Él no estaba teniendo nada de suerte. El tipo de muchachos que participaban en una Feria de la Ciencia a nivel estatal deseaban honradamente continuar sus estudios en el Tecnológico de

California, en el de Massachusetts, o en cualquier otro lugar mucho más amable con los librepensadores que West Point. En consecuencia, se encontraba desesperado. Estaba recorriendo el país para reclutar la escoria de las Ferias de la Ciencia. No me preguntó sobre mi trabajo. No me preguntó sobre mis notas. Él quería mi cuerpo sin importar lo que fuera.

Y entonces papá se acercó, buscándome. Lo siguiente de lo que tuve conciencia fue que papá y Sam Wakefield se reían y estrechaban las manos.

Papá estaba más feliz de lo que había estado en años.

—Los muchachos de nuestra ciudad pensarán que esto es mejor que cualquier premio de la Feria de la Ciencia —exclamó.

—¿Qué es mejor? —Pregunté.

—Acabas de ganar un lugar en la Academia Militar de Estados Unidos —respondió—. Ahora tengo un hijo del cual puedo estar orgulloso.

Diecisiete años más tarde, en 1975, yo era un Teniente Coronel que me encontraba situado en el techo de la Embajada estadounidense, en Saigón, alejando a todo el mundo, salvo a los estadounidenses, de los helicópteros que transportaban a la gente, totalmente desconcertada, hacia los barcos que se hallaban mar adentro. ¡Habíamos perdido una guerra!

¡Perdedores!

No fui el peor científico joven que Sam Wakefield persuadió de ir a West Point. Uno de mis compañeros de clase, proveniente de una pequeña escuela de segunda enseñanza de Wyoming, había demostrado ser una temprana promesa al fabricar una silla eléctrica para ratas, con sus tiritas de cuero, una capuchita negra y toda la cosa.

Se llamaba Jack Patton. No era pariente del «Viejo y Valeroso» Patton, el famoso General de la Segunda Guerra Mundial. Pues bien, Jack se convirtió en mi cuñado. Me casé con su hermana Margaret. Ella y algunos amigos se trasladaron desde Wyoming para asistir a la graduación de Jack, y yo me enamoré de ella. Sin duda, sabíamos bailar.

Jack Patton fue asesinado por un francotirador en Hué (se pronuncia «huey»). Era teniente coronel en la sección de Ingenieros Combatientes. Yo no me

encontraba en el escenario del crimen, pero me dijeron que la bala le pegó justo entre los ojos. ¡Qué buena puntería! Quienquiera que haya sido el que le disparó era un verdadero ganador.

Sin embargo, según me enteré, el francotirador no siguió siendo un ganador por mucho tiempo. Difícilmente alguien lo logra. Algunos de los nuestros dedujeron dónde se escondía. Supe que no tenía más de 15 años. Era un muchacho, no un nombre, pero si jugaba juegos de hombre tenía que pagar con castigos de hombre. Después de que lo mataron, le introdujeron en la boca sus pequeños testículos, como advertencia a cualquier otro que decidiera ser francotirador.

Ley y orden. Justicia rápida, justicia segura.

Me apresuro a subrayar que ninguna unidad bajo mi mando fue incitada a realizar mutilaciones en los cuerpos de las filas enemigas, y que tampoco lo hubiera tolerado si lo hubiese sabido. Un pelotón de un batallón que comandé empezó por iniciativa propia a dejar ases de espadas en los cadáveres del adversario, como una especie de lección me imagino. Estrictamente hablando, esto no era mutilación, pero aun así le puse término.

Por supuesto, lo que un soldado de infantería puede hacer a un cuerpo con su insignificante tecnología no es nada comparado con los efectos perfectamente rutinarios, ordinarios e inevitables de los bombardeos aéreos y de la acción de la artillería. Una vez vi que la cabeza de un anciano barbado descansaba sobre las vísceras de un carabao destripado, el cual estaba cubierto de moscas y dentro del cráter abierto por una bomba junto a un arrozal en Camboya. El avión cuya bomba produjo el cráter se desplazaba a tal altura que no se le podía ver desde aquí abajo. Pero lo que su bomba hizo, habría que enfatizarlo, superó sin duda a los ases amonestadores de espadas.

No creo que Jack Patton hubiera deseado la mutilación del francotirador que lo mató, pero nunca se sabe. Cuando estaba vivo, era como un hombre muerto en cierto sentido: cualquier cosa parecía estar muy bien para él.

Todo, y quiero decir todo, constituía una broma para él, o eso decía. Su expresión favorita justo hasta el final fue: «Me tengo que reír como loco.» Si el Teniente Coronel Patton está en el Cielo, y no creo que muchos soldados verdaderamente profesionales hayan esperado nunca poder volar hasta allá, al menos no en épocas recientes, en este mismo instante estaría contando cómo su vida fue interrumpida de repente en Hué, y luego agregaría, sin siquiera sonreír,

«me tengo que reír como loco». Esa era la verdad: Patton narraba eventos supuestamente serios, hermosos, peligrosos, o religiosos durante los cuales se debía reír como loco, pero en realidad no lo hacía. En toda su vida, no creo que nadie lo haya visto jamás hacer lo que decía que tenía que hacer todo el tiempo, esto es, reír como loco.

Dijo que debía haberse reído como loco el día que ganó un premio en ciencias en la escuela de segunda enseñanza, cuando fabricó una silla eléctrica para ratas, pero no lo hizo. Mucha gente deseaba una demostración pública del funcionamiento de la silla valiéndose de una rata sedada; que Jack le rasurara la cabeza, la sujetara en la silla y le preguntara si quería expresar sus últimas palabras, esperando tal vez que el pequeño ser drogado manifestase los remordimientos por crímenes cometidos.

La ejecución nunca se llevó a cabo. En apariencia, había suficiente sentido común en la escuela de Patton, aunque quizá no en el Departamento de Ciencias, para denunciar este evento como una forma de crueldad hacia los animales tontos. En esa ocasión, de nuevo, Jack Patton dijo sin sonreír: «Me tengo que reír como loco.»

También dijo que se tenía que reír como loco cuando me casé con su hermana Margaret, pero que no debía ofenderme por esa actitud, porque se tenía que reír como loco siempre que alguien se casaba.

Estoy completamente seguro de que Jack no sabía que había locura hereditaria en su familia materna, y de que tampoco lo sabía su hermana, que se convertiría en mi esposa. Cuando me casé con Margaret, su madre aún lucía perfectamente cuerda, excepto por su manía de bailar, que a veces asustaba un poco pero que era inofensiva. Bailar hasta desplomarse no era un acto tan lunático como bombardear Vietnam del Norte hasta dejarlo en la Edad de Piedra o bombardear cualquier otro lugar hasta dejarlo en la Edad de Piedra.

Mi suegra, Mildred, creció en Perú, Indiana, pero nunca habló sobre esa ciudad ni siquiera después de que se volvió loca, excepto para señalar que también nació en Perú Cole Porter, un compositor de canciones populares ultrasofisticadas de la primera mitad del siglo pasado.

Mi suegra huyó de Perú cuando tenía 18 años y nunca regresó. Se abrió paso hasta la Universidad de Wyoming, en Laramie. Supongo que escogió ese lugar, porque era el punto más lejano posible de Perú por el que podía optar dentro de la

Vía Láctea. Ahí fue donde conoció a su esposo, que en ese tiempo era estudiante de la Facultad de Medicina Veterinaria.

Sólo después de la Guerra de Vietnam, cuando Jack tenía mucho tiempo de haber fallecido, Margaret y yo nos dimos cuenta de que no quería saber nada de Perú, en virtud de que mucha gente de esa ciudad sabía que ella provenía de una célebre familia productora de lunáticos en abundancia. Sin embargo se casó, escondiendo la terrible historia de su familia. Y se reprodujo.

Mi propia esposa se casó y reprodujo ignorando el peligro que ella misma corría y el riesgo que heredaría a nuestros hijos.

Nuestros propios hijos, habiendo crecido con una abuela ostensiblemente loca en casa, abandonaron este valle tan pronto como pudieron, de la misma forma en que ella se alejó de Perú. Pero ellos no se han reproducido y, como están al tanto de sus genes tramposos, dudo mucho que lo hagan.

Jack Patton nunca se casó. Jamás dijo que quisiera tener hijos. Después de todo, eso podría constituir un indicio de que tenía noticia de sus parientes locos de Perú. Pero no lo creo. Estaba en contra de que cualquiera se reprodujera, ya que los seres humanos eran, según sus propias palabras, «1 000 veces más estúpidos y despreciables de lo que creían ser».

Yo mismo, obviamente, al fin he llegado a compartir su punto de vista.

Cuando cursábamos nuestro primer año en la Academia, recuerdo que Jack decidió de repente que sería caricaturista, aunque nunca antes había pensado en serlo. Era compulsivo. Podría imaginármelo en la época en que estudiaba en Wyoming resolviendo de pronto construir una silla eléctrica para ratas.

La primer caricatura que dibujó, y la última, fue la de 2 rinocerontes casándose. Dentro de la iglesia, un sacerdote humano señalaba que si alguno de los fieles conocía alguna razón por la que esos 2 no pudieran unirse en sagrado matrimonio hablara en ese momento o callara para siempre.

Esto fue mucho antes de que yo conociera a su hermana Margaret.

Fuimos compañeros de cuarto durante 4 años. En aquella ocasión, me mostró la caricatura y dijo que apostaba a que podría venderla a *Playboy*.

Le pregunté que cuál era el chiste. Jack era incapaz de dibujar incluso unas

manzanas agrias. Tuvo que explicarme que la novia y el novio eran rinocerontes. Yo pensaba que se trataba de un par de sofás o de una pareja de coches aplastados. Eso hubiera sido divertido, imagínense: dos coches aplastados haciendo votos matrimoniales. Iban a sentar cabeza.

—¿Que cuál es el chiste? —preguntó Jack incrédulamente—. ¿Dónde está tu sentido del humor? Si alguien no detiene la boda, esos dos se unirán y tendrán hijos rinocerontes.

—Por supuesto.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué puede ser más feo y estúpido que un rinoceronte? El mero hecho de que algo se pueda reproducir no significa que se deba reproducir.

—Para un rinoceronte, otro rinoceronte es maravilloso.

—He ahí la cuestión. Cada tipo de animal piensa que su propia especie es maravillosa. Así, los individuos que se casan creen que son maravillosos y que van a tener bebés maravillosos, cuando en realidad son tan feos como rinocerontes. El que consideremos que somos maravillosos no quiere decir que en verdad lo seamos. Podríamos ser animales realmente terribles, pero nunca lo admitiríamos porque nos lastimaría mucho aceptar ese hecho.

Recuerdo que cuando Jack y yo cursábamos el tercer año de estudios en la Point, nos ordenaron marchar al estilo militar durante 3 horas en el Patio de la Academia como si en realidad hubiésemos estado montando guardia, esto es, luciendo el uniforme completo y cargando fusiles. Éste fue el castigo por no haber denunciado a un cadete que había hecho trampa en el examen final de Ingeniería Eléctrica. El Código de Honor exigía no sólo que nunca mintiéramos o trampeásemos, sino también que delatáramos a cualquiera que lo hiciera.

No vimos al cadete en el momento en que hizo trampa. Ni siquiera éramos compañeros de clase. Pero nos encontrábamos con él, y con otro cadete, en Filadelfia, donde se emborrachó al cabo de un encuentro Ejército-Marina. Se embriagó tanto que confesó que había hecho trampa en el examen recién presentado en junio. Jack y yo le dijimos que se callara, que no queríamos saber nada del asunto y que lo íbamos a olvidar porque de todas maneras, no debía ser cierto.

Pero el otro cadete, que después sería *fragmentado* en Vietnam, nos acusó.

Supuestamente, éramos tan corruptos como el tramposo, puesto que habíamos intentado encubrirlo. Por cierto, «fragmentar» es una palabra que adquirió un significado adicional en la Guerra de Vietnam, a saber, el de lanzar una bomba de fragmentación en el dormitorio de un oficial impopular. No quiero ser jactancioso pero, durante todo el tiempo que estuve en Vietnam, nadie propuso «fragmentarme».

El tramposo fue expulsado, a pesar de que sólo faltaban 6 meses para su graduación. Y Jack y yo tuvimos que marchar durante 3 horas en una helada noche lluviosa. En teoría, no debíamos hablar, ni entre nosotros ni con nadie. Pero los recorridos absurdos que teníamos que efectuar se cruzaban en un punto. Jack me murmuró en 1 de tales cruces: «¿Qué harías si te enteraras de que alguien acaba de soltar una bomba atómica sobre Nueva York?»

Transcurrieron unos 10 minutos antes de volver a encontrarnos. Pensé en algunas respuestas obvias, tales como que me horrorizaría, que me pondría a llorar, y así por el estilo. Pero comprendí que Jack no quería oír mi respuesta, sino que yo escuchara la suya.

Así que llegó con su respuesta. Me miró a los ojos y afirmó sin el más pequeño indicio de una sonrisa: «Me reiría como loco.»

La última vez que le oí decir que se debía reír como loco fue en una cantina de Saigón. Me dijo que lo acababan de premiar con una Estrella de Plata, lo que lo igualaba conmigo, pues yo ya había recibido una. Se encontraba sembrando minas con un pelotón de su compañía en los senderos que conducían a una aldea que supuestamente simpatizaba con el enemigo, cuando se inició un tiroteo. Pidió apoyo aéreo y los aviones dejaron caer sobre la aldea napalm, que es una gasolina gelatinosa creada en la Universidad de Harvard. El bombardeo mató a vietnamitas de ambos sexos y de todas las edades. Después le ordenaron a Jack que contara los cuerpos y que diera por sentado que todos pertenecían al enemigo, de modo tal que el número de cadáveres pudiera ser presentado en las noticias de ese día. Dicha tarea fue la que le valió la Estrella de Plata. «Me tendría que haber reído como loco», dijo, pero no esbozó la más leve sonrisa.

Jack hubiera querido reírse como loco si me hubiese visto, pistola en mano, en la azotea de nuestra embajada en Saigón. Me había ganado la Estrella de Plata por haber encontrado y aniquilado personalmente a 5 enemigos, quienes estaban escondidos en un túnel subterráneo. Ahora me encontraba en la azotea, mientras los regimientos del adversario se apostaban a cielo abierto, sin necesidad de

escondirse de nadie, tomando posesión de las calles sin que enfrentaran ninguna resistencia. Estaban ahí, abajo de mí, hubiese podido matar a muchos. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

Me hallaba ahí arriba para evitar que los vietnamitas que habían estado de nuestro lado subieran a los helicópteros que transportaban sólo a los estadounidenses, a los empleados civiles de la Embajada y a sus dependientes, hasta los barcos situados en mar adentro. El enemigo pudo haber derribado los helicópteros, capturarnos y/o matarnos, si hubiese querido. Pero, lo único que siempre deseó fue que abandonáramos su país. Desde luego, capturaron o mataron a los vietnamitas que no dejé que subieran al helicóptero, después de que el último estadounidense, que fue el Teniente Coronel Eugene Debs Hartke, se hubo largado de ahí.

El resto de ese día: el helicóptero que transportaba al último estadounidense que abandonó Vietnam se unió a un enjambre de helicópteros sobre el Mar de la China Meridional, los cuales habían sido desalojados forzosamente de su base y cuyas reservas de combustible eran insuficientes. He aquí una imagen para ilustrar la Historia Natural del Siglo 20: el cielo lleno de ruidosos y artificiales pterodáctilos, expulsados de modo súbito de su casa, incapaces de nadar y al borde de morir por ahogamiento o inanición.

Bajo nosotros, desplegada hasta donde alcanzaba la vista, se hallaba la flota más fuertemente armada de la historia, sin que nadie la amenazara. En lo que al enemigo concernía, podíamos quedarnos con toda la azul alta mar que quisiéramos. ¡Gócenla! ¡Gócenla!

A mi helicóptero y a otros 2, se les ordenó por radio que aterrizaran sobre un dragaminas equipado con una plataforma; ésta era utilizada por el propio pterodáctilo de la embarcación, el cual tuvo que despegar para que los nuestros pudieran aterrizar. Una vez abajo, los marinos tiraron por la borda a nuestro enorme, tonto y torpe pájaro. Ese proceso se repitió 2 veces y, luego, la inverosímil criatura del barco reclamó su sitio. Más tarde, pude echarle un vistazo. Contaba con un mecanismo electrónico capaz de detectar submarinos y minas bajo el agua, así como misiles en camino y aeroplanos en tránsito.

A continuación, el propio Sol siguió la trayectoria del último helicóptero estadounidense que abandonó Saigón, esto es, hasta el fondo de la azul alta mar.

A la edad de 35, Eugene Debs Hartke era tan disoluto en materia de alcohol,

marihuana y mujeres fáciles, como lo había sido durante sus últimos 2 años en la escuela de segunda enseñanza. Y había perdido todo el respeto por sí mismo y por la dirigencia de su país, del mismo modo en que lo había perdido, 17 años antes, por sí mismo y por su padre en la Feria de la Ciencia de Cleveland, Ohio.

Su mentor, Sam Wakefield, el hombre que lo reclutó para West Point, había renunciado al Ejército un año antes con objeto de predicar contra la guerra. Se había convertido en Director del Colegio Tarkington, gracias a poderosas conexiones familiares.

Sam Wakefield se suicidaría 3 años más tarde. Así que ahí tienen a otro perdedor, a pesar de que había sido General de División y, luego, Director de un Colegio. Creo que le ganó el agotamiento. Lo digo no sólo porque siempre lucía muy cansado, sino también porque la nota que dejó ni siquiera era original y no parecía aludir a su persona. Era, palabra por palabra, la misma nota que dejara al suicidarse en 1932, cuando yo tenía 8 años de edad, otro perdedor, George Eastman, inventor de la cámara Kodak y fundador de la ahora desaparecida Eastman Kodak, que estuvo ubicada a sólo 75 kilómetros al norte de aquí.

Ambas notas decían esto y nada más: «Misión cumplida.»

En lo que toca a Sam Wakefield, dicha misión, en el caso de que no haya deseado incluir la Guerra de Vietnam, consistió en 3 nuevos edificios, que probablemente se hubieran construido de todas maneras, es decir, sin importar quién ocupara el cargo de Director de Tarkington.

No estoy escribiendo este libro para personas menores de 18 años, pero tampoco considero dañino el aconsejar a los jóvenes que se preparen más bien para el fracaso que para el éxito, puesto que el fracaso es lo más importante que les va a suceder.

Para expresarlo en términos de baloncesto: casi todos tenemos que perder. Un alto porcentaje de los condenados en Athena, y de los ahora convictos en esta institución mucho más pequeña, sólo dedicaron su niñez y juventud al baloncesto, y siguen sufriendo palizas desde el inicio de algunos insignificantes y estúpidos torneos.

Con respecto al hipotético lector joven, permítaseme agregar que quizá habría destrozado mi cuerpo, habría sido expulsado de la Universidad de Michigan y habría muerto rodeado de los bajos fondos, si no hubiera estado sujeto

a la disciplina de West Point. Ahora, estoy hablando de mi cuerpo, no de mi mente, y no existe mejor manera de que un joven aprenda a respetar sus huesos, nervios y músculos que ingresando a una de las 3 principales academias militares.

Cuando llegué a la Point, era un mocoso con mala postura y pecho hundido y carente de antecedentes deportivos, salvo por la participación en algunas peleas ocurridas al cabo de los bailes donde mi banda tocaba. El día en que me gradué, recibí mi nombramiento de Subteniente del Ejército Regular, lancé al aire mi sombrero y me compré un Corvette rojo con el sueldo atrasado que la Academia me había reservado, mi espina dorsal era tan recta como un escobillón, mis pulmones tan poderosos como los bramidos de Vulcano, era capitán de los equipos de judo y lucha grecorromana, ¡y no había fumado ningún tipo de cigarro ni ingerido una sola gota de alcohol a lo largo de 4 años! Tampoco era promiscuo sexualmente. Nunca me sentí mejor en mi vida.

Recuerdo que, durante la graduación, les dije a mis padres: «Acaso, ¿éste soy yo?»

Estaban muy orgullosos de mí y yo también lo estaba.

Me volví hacia Jack Patton, que se encontraba ahí con su hermana y su madre —mujeres tramposas— y su padre —individuo normal—, y le pregunté: «¿Qué piensas ahora de nosotros, Teniente Patton?» Él era la oveja negra de nuestra clase, pues había obtenido las notas más bajas. Lo mismo le sucedió al General George Patton, que no era pariente de Jack y que fue un gran líder en la Segunda Guerra Mundial.

Lo que Jack contestó, por supuesto sin sonreír, fue que se tenía que reír como loco.

He estado leyendo algunos ejemplares de la revista estudiantil del Colegio Tarkington, llamada *El Mosquetero*; y lo he hecho de modo retrospectivo, hasta llegar al primer número, que apareció en 1910. Llamaron así a la publicación en honor de la Montaña Mosquete, una alta colina (no una montaña) ubicada en el límite occidental del campus, en cuya falda, junto al establo, sepultarían después a muchos de los convictos caídos durante la fuga.

Cada propuesta de mejora física de las instalaciones del colegio desataba una tormenta de protestas. Cuando los graduados del Tarkington regresaban al plantel, querían verlo exactamente igual al modo en que lo recordaban. Y, por lo menos, una cosa nunca cambió: el número del alumnado, que se estabilizó en 300 desde 1925. Mientras tanto, el crecimiento de la población de la cárcel situada al otro lado del lago, invisible detrás de los muros, fue tan incontenible como el Castor de Trueno, como las Cataratas del Niágara.

A juzgar por las cartas dirigidas a *El Mosquetero*, la modificación que generó la más apasionada resistencia fue la modernización del Carillón Lutz, emprendida poco después de la Segunda Guerra Mundial, en recuerdo de Ernest Hubble Hiscock. Este individuo fue un egresado del Tarkington que, a la edad de 21, era el artillero de un bombardero de la Marina cuyo piloto estrelló el avión, equipado con una carga completa de bombas, contra la plataforma de vuelos de un portaaviones japonés en la Batalla de Midway durante la Segunda Guerra Mundial.

Yo hubiera dado cualquier cosa por morir en una guerra tan significativa.

¿Yo? Me encontraba en el negocio del espectáculo, intentando ganar una gran audiencia de televidentes para el Gobierno, mediante la presentación de asesinatos de personas de verdad, llevados a cabo con armamento de verdad, algo que los otros anunciantes no tenían libertad de hacer.

Los otros anunciantes debían simularlo todo.

Por más extraño que parezca, los actores siempre resultaban mucho más

verosímiles que nosotros en la pantalla chica. De alguna manera, la gente real con problemas reales no es bien recibida.

¡Todavía hay tanto que aprender sobre la TV!

Los padres de Hiscock, que estaban divorciados y se habían vuelto a casar pero seguían siendo amigos, contribuyeron con una parte de los recursos necesarios para mecanizar las campanas, de modo que una sola persona pudiera tocarlas mediante un teclado. Antes de eso, muchos individuos tenían que tirar de las cuerdas y, una vez que la campana comenzaba a moverse, dejaba de balancearse tomándose su propio y dulce tiempo. No había forma alguna de frenarla.

En los viejos tiempos, 4 de las campanas eran famosas por su desafinación, pero se les quería y poseían incluso un nombre: «Salmuera», «Limón», «Juan el Chasquido» y «Belcebú». Los Hiscock las enviaron a Bélgica, a la misma fundidora de campanas donde André Lutz había trabajado como aprendiz mucho tiempo atrás. Ahí fueron reparadas y pesadas hasta que adquirieron su tono perfecto, condición en que se hallaban cuando llegué a tocarlas.

No pudo haber sido música lo que el carillón producía en los viejos tiempos. Aquéllos que dirigían sus cartas a *El Mosquetero* describían el toque de las campanas con la misma clase de amor excéntrico y gratitud enloquecida que los convictos manifestaban al hablar de su experiencia con la combinación de heroína y anfetaminas, polvo de ángel y LSD, crack solo, etcétera. Pienso en todos esos muchachos de lento aprendizaje que, al jalar las cuerdas y hacer sonar las campanas dulce y acremente, tan sonoras como truenos, de seguro encontraban la misma inmerecida felicidad que muchos de los presos hallaban en los narcóticos.

¿Y no he dicho yo mismo que los momentos más felices de mi vida tuvieron lugar cuando tocaba las campanas? Sin basarme en absoluto en la realidad, experimentaba la sensación de triunfo de muchos adictos.

Cuando me volví campanero, coloqué este letrero en la puerta de la habitación donde estaba el teclado: «Thor». Sentía que era él cuando tocaba, descargando rayos que retumbaban cuesta abajo, a través de los vestigios industriales de Scipio, sobre el lago y por encima de los muros de la prisión situada en la ribera contraria.

Cuando tocaba, se producían ecos, los cuales rebotaban en las fábricas vacías

y en los muros de la cárcel, entablaban disputas con las notas que acababan de salir de las campanas localizadas encima de mi cabeza. Cuando el Lago Mohiga se congelaba, tales disputas eran tan sonoras que la gente que nunca antes había estado en el área pensaba que la prisión contaba con su propio conjunto de campanas y que su campanero me estaba imitando.

Y yo gritaría en medio de ese frenético estrépito de campanadas y ecos: «¡Ríete, Jack, ríete!»

Después de la fuga carcelaria, el Director del Colegio dispararía a los reos desde lo alto del campanario. La acústica del valle ocasionaría que los prófugos no pudieran adivinar con certeza de dónde les llegaban los tiros.

Cuando llegué al Tarkington, las campanas ya no oscilaban. Estaban soldadas a ejes rígidos. Se les habían quitado los badajos y, a cambio, eran golpeadas por martillos accionados con electricidad proveniente de las Cataratas del Niágara. Su toque podía detenerse de inmediato mediante frenos cubiertos con neopreno.

El cuarto donde por lo menos una docena de campaneros de lento aprendizaje solían experimentar un aturdimiento como resultado de la infernal y ruidosa cacofonía, contenía un teclado de 3 octavas recargado contra la pared. Las perforaciones del techo, a través de las cuales pasaban antes las cuerdas, habían sido tapadas con yeso.

Ahora, nada funciona allá arriba. El cuarto del teclado y el campanario fueron acribillados con balas y proyectiles de bazuka disparados por los presos fugitivos, después de ser atacados por un francotirador escondido entre las campanas, quien mató a 11 de ellos e hirió a 15 más. El francotirador era el Director del Colegio Tarkington. A pesar de que ya estaba muerto cuando los convictos llegaron al campanario, fue crucificado por los furiosos prófugos en el desván del establo de los caballos, ubicado al pie de la Montaña Mosquete.

De manera que un Director del Tarkington, mi mentor Sam Wakefield, se voló la tapa de los sesos con un Colt Calibre 45. Y su sucesor, aunque en un estado insensible al dolor, fue crucificado.

Cabría señalar que se trata de una historia sumamente pesada.

Ahora bien, en materia de historia ligera, debo apuntar que los badajos de las campanas fueron colgados de acuerdo con su tamaño, pero sin ninguna nota explicativa en la pared del vestíbulo de esta biblioteca, sobre las máquinas de movimiento perpetuo. Se convirtió en toda una tradición el que los estudiantes más avanzados contaran a los de nuevo ingreso que esos objetos eran los penes petrificados de diferentes mamíferos. Se decía que el badajo más grande, que alguna vez perteneció a Belcebú, la campana de mayores dimensiones, era el pene de nada menos que Moby Dick, la Gran Ballena Blanca.

Muchos de los novatos se lo creían, y se les vigilaba para ver cuánto tiempo duraban creyéndolo, de la misma forma en que sin duda fueron observados durante su infancia a fin de corroborar el momento en que dejaban de creer en el Ratoncito Pérez, los Reyes Magos y Santa Claus.

Vietnam.

La mayor parte de las cartas publicadas en *El Mosquetero* que protestaban por la modernización del Carillón Lutz, fueron redactadas por personas que dependían de la riqueza y el poder con los que habían nacido. Sin embargo, una de ellas fue escrita por un hombre que admitía que estaba en prisión por haber cometido fraude, y que había arruinado su vida y la de su familia como resultado de su adicción doble: al alcohol y al juego. Su carta se parece a este libro, pues también constituye un discurso en el patíbulo.

Después de haber pagado su deuda con la sociedad, a ese individuo sólo le restaba una cosa por hacer: regresar a Scipio para hacer oscilar las campanas.

«Y ahora me arrebatan esa posibilidad.»

Otra carta fue enviada por una antigua campanera, sin duda ya fallecida a estas alturas, miembro de la Generación 1924 y que estaba casada con un hombre llamado Marthinus de Wet, propietario de una mina de oro en Krugersdorp, Sudáfrica. Ella conocía la historia de las campanas, esto es, que habían sido fabricadas con las armas recogidas después de la Batalla de Gettysburg. No le importaba que fueran a ser tocadas eléctricamente. Lo malo para ella era que las campanas desafinadas (Salmuera, Limón, Juan el Chasquido y Belcebú) se tornearan en Bélgica hasta entonarlas o bien arrojarlas a la basura.

«¿Ya no van los estudiantes del Tarkington a mostrar humanidad y humildad, como lo hacía yo día tras día, al escuchar el llanto proveniente del campanario por los caídos en los campos sagrados bañados en sangre, de Gettysburg?», preguntaba la anciana.

La controversia de las campanas inspiró mucha prosa cursi de ese tipo, en su mayor parte dictada sin duda alguna a una secretaria o a una máquina.

Es muy probable que la señora de Wet se haya graduado en el Tarkington sin saber escribir mejor que la mayoría de los maleducados presos hospedados al otro lado del lago.

Si mi abuelo Socialista, que no llegó a ser un jardinero en la Universidad Butler, pudiera leer la carta de la señora de Wet y darse cuenta de la dirección de la remitente (Sudáfrica), haría una mueca de satisfacción, en virtud de que ahí encontraría una prueba contundente de una mujer que goza de un alto nivel de vida con base en el trabajo de los mineros negros, sobreexplotados y sub retribuidos.

Asimismo, mi abuelo hubiera confirmado la existencia de la explotación de los pobres y los débiles en la expansión de la cárcel ubicada al otro lado del lago. En su opinión, la prisión habría sido una treta para evitar la participación de los líderes de estratos sociales más bajos en la Lucha de Clases y para ofrecerles la repugnante opción de aceptar aquello que sus voraces pagadores les den bajo la forma de condiciones de trabajo y subsistencia.

Sin embargo, hacia la época en que llegué al Colegio Tarkington, el punto de vista de mi abuelo quizá había sido erróneo con respecto al significado de la prisión situada al otro lado del lago, ya que la gente pobre y débil, sin importar cuan dócil fuera, ya no era de utilidad para los astutos inversionistas. Lo que esa gente solía hacer ahora era desempeñado, de modo heroico y sin quejas, por las máquinas.

De modo que el letrero idóneo por colocar a la entrada de Athena habría sido, en lugar de «El Trabajo Nos Hará Libres», aquél que reza, «Lástima que hayas nacido, no sirves para nada», o bien «Entren y no salgan, todos ustedes, lastre de la sociedad».

Un antiguo compañero de cuarto de Ernest Hubble Hiscock, el héroe muerto, que también participó en la guerra y que siendo Infante de Marina había perdido un brazo en Iwo Jima, escribió que el mayor anhelo del recordado Hiscock era que la Junta Directiva admitiera, al inicio de cada año escolar, al mismo número de alumnos que asistían al plantel en su época de estudiante.

En consecuencia, si Ernest Hubble Hiscock nos está mirando ahora desde el Cielo, o desde cualquier otro lugar al que los héroes de guerra vayan a dar, cuando mueren, estará consternado de ver su amado campus rodeado de alambres de púas y guardias. Las campanas fueron sacadas de la circulación. El alumnado, siempre que se acepte llamar así a los condenados, alcanza hoy día la cifra aproximada de 2 000.

Cuando aquí sólo había 300 «estudiantes», cada uno disponía de una recámara, un baño y todos los armarios empotrados que quisiera. Cada recámara era parte de una suite compuesta de 2 recámaras, 2 baños y una sala común para 2 personas. Cada sala tenía sofás, sillones y chimenea, así como el más avanzado equipo de sonido y una TV de pantalla grande.

En la cárcel estatal de Athena, tal cual lo descubriría cuando fui a trabajar ahí, había 6 hombres en cada celda, que había sido construida para albergar a 2. Cada 50 celdas contaban con un cuarto de recreo, integrado por una mesa de Ping-Pong y una TV. Además, la TV sólo transmitía programas pregrabados incluyendo noticieros, cuya emisión original databa de por lo menos 10 años atrás. El objetivo era evitar que los presos se angustiasen por asuntos verificados en el mundo exterior que aún no se hubieran resuelto.

Podían posar sus ojos en lo que quisieran, siempre que no fuera relevante.

Cuánto amaban estos escritores de cartas no sólo el colegio, sino también todo el Valle de Mohiga: las estaciones, el lago y el bosque prístino. Y había pocas diferencias entre los placeres predilectos de los estudiantes de ese tiempo y aquéllos del mío propio. En mi época, los estudiantes ya no patinaban en el lago, sino en una pista techada que fue donada en 1971 por la Familia Israel Cohen. Pero

aún celebraban en el lago, carreras de botes de vela y de canoas. Todavía llevaban a cabo días de campo en los vestigios de las esclusas, sitios en el nacimiento del lago. Muchos estudiantes aún traían consigo sus propios caballos.

En mi tiempo, varios alumnos eran dueños de hasta 3 caballos, ya que el polo era el principal deporte practicado. En 1976 y 1980, el Colegio Tarkington tuvo un equipo invencible de polo.

Por supuesto que en la actualidad ya no hay caballos en el establo. Los prófugos, acosados y hambrientos al cabo de 4 días de ocurrida la fuga, llamándose a sí mismos «Luchadores de la Libertad» y haciendo ondear la bandera estadounidense en la cima de la torre de esta biblioteca, se comieron los caballos y los perros del campus, y alimentaron con porciones de estos animales a sus rehenes, que eran los Directivos del colegio.

En apariencia, el más exitoso atleta egresado del Tarkington fue un jinete de mi propia época, Lowell Chung. Ganó una Medalla de Bronce como miembro del Equipo Ecuestre de Estados Unidos, en Seúl, Corea del Sur, en 1988. Su madre era dueña de la mitad de Honolulu, pero él no sabía leer ni escribir ni nada de matemáticas. Sin embargo, entendía bien la Física. Me podía decir cómo funcionan las palancas, las lentes, la electricidad, el calor y toda clase de plantas de energía; también era capaz de predecir correctamente el resultado de un experimento, siempre que no le insistiera en la cuestión de los números, de la cuantificación.

En 1984, obtuvo el grado de Bachiller en Artes y Ciencias. Ése era el único grado que otorgábamos, una advertencia justa para los demás planteles y las fuentes laborales, así como los propios estudiantes, de que los alcances intelectuales de nuestros egresados, aunque respetables, no eran los convencionales.

Lowell Chung hizo que montara un caballo por primera vez en mi vida cuando yo tenía 43 años. Me retó. Le dije que no deseaba suicidarme sobre el lomo de 1 de sus caballitos cabrioleros, puesto que tenía una esposa, una suegra y 2 niños que mantener. En consecuencia, le pidió prestada una gentil y vieja mula a su novia de ese entonces, que se llamaba Claudia Roosevelt.

Por cómico que parezca, la entonces novia de Lowell era un as en aritmética, pero no daba una en todo lo demás. Si se le preguntaba: «¿Cuánto es 5 111 por 10 022 dividido entre 97?»; ella respondía: «Son 528 066.4. ¿Y qué? ¿Y qué?»

¡Ciertamente y qué! La lección que yo mismo aprendí una y otra vez cuando enseñaba en el colegio y más tarde en la cárcel fue que la información es inútil para la mayoría de la gente, excepto como diversión. Si los hechos no son chistosos o temibles, o si no pueden hacerte rico, al diablo con ellos.

Cuando comencé a trabajar en la prisión, conocí a un multihomicida llamado Alton Darwin, quien también hacía mentalmente sofisticados cálculos aritméticos. Era negro y, a diferencia de Claudia Roosevelt, se expresaba con gran inteligencia. Había asesinado a toda clase de rivales, parásitos, informantes de la policía, sujetos con una identidad errónea e inocentes transeúntes en la industria ilegal de las drogas. Su manera de hablar era elegante y sugestiva.

Había matado a mucha menos gente que yo. Sin embargo, cabe señalar que él nunca estuvo en mi posición privilegiada, a saber, la de contar con la cooperación completa de nuestro gobierno.

Además, había cometido los homicidios por razones monetarias. Yo jamás me rebajé a eso.

Cuando supe que podía hacer mentalmente operaciones aritméticas, quise hacer de su conocimiento mi opinión.

—Tienes un don notable.

—No parece justo —respondió— que alguien venga al mundo con una ventaja tan grande sobre el común de los mortales. Cuando salga de aquí, me voy a comprar una hermosa tienda de campaña a rayas y le voy a colocar un letrero en la entrada que invite al público a presenciar, por un solo dólar, al Negro que hace aritmética.

Darwin no iba a salir nunca de prisión. Estaba cumpliendo una condena de cadena perpetua, sin esperanza de lograr la libertad condicional.

Dicho sea de paso, la fantasía de Darwin de convertirse en el protagonista de un espectáculo de aritmética mental se inspiraba en un acto realizado en Carolina del Sur, al cabo de la Primera Guerra Mundial, por 1 de sus bisabuelos. En ese entonces, todos los pilotos que regresaban al país eran blancos, y algunos efectuaban vuelos acrobáticos en los festivales rurales. Se les conocía como los «pilotos de feria».

Uno de esos pilotos de feria era dueño de un avión de 2 cabinas. En la cabina

delantera, sujeto con correas, viajaba el bisabuelo, a pesar de que no sabía conducir ni un coche. El piloto de feria se agazapaba en la cabina trasera, de manera que la gente no pudiera darse cuenta de que era él quien manejaba los controles. Y el público llegaba desde muy lejos, según Darwin, «para ver al Negro que pilota un aeroplano».

Cuando nos conocimos, Darwin tenía sólo 25 años, edad a la cual Lowell Chung ganó una Medalla de Bronce en equitación, en Seúl, Corea del Sur. Cuando yo cumplí 25, aún no había matado a nadie y no había tenido tantas mujeres como Darwin, quien a los 20, según me dijo, pagó un Ferrari de contado. Yo no tuve un automóvil propio hasta los 21, cuando adquirí un buen coche, un Chevrolet Corvette, pero no era ni de lejos tan bueno como el Ferrari.

Por lo menos, yo también lo pagué al contado.

Cuando platicábamos en la cárcel, bromeaba a menudo con base en la suposición de que éramos oriundos de planetas diferentes. El suyo estaba formado por la prisión; yo había llegado en un platillo volador, proveniente de un planeta mucho más grande e inteligente.

Esto le permitía expresar comentarios irónicos sobre las únicas actividades sexuales posibles intramuros.

—¿Hay bebés en tu planeta? —me preguntaba.

—Sí, los hay —le respondía.

—Aquí se ha intentado por todos los medios el tener hijos, pero nunca se ha logrado. ¿Qué crees que se está haciendo mal?

Fue el primer condenado al que le escuché usar las siglas «LC». Me dijo que algunas veces deseaba haber contraído la LC.

Creí que quería decir «TC», abreviatura de tuberculosis, otra de las enfermedades comunes de la cárcel: tan común que yo la padezco ahora.

Resultó que LC eran las siglas de «Libertad Condicional», la expresión utilizada por los convictos para referirse al SIDA.

Cuando nos conocimos, en 1991, me dijo que en ocasiones anhelaba tener la LC, comentario externado mucho antes de que yo mismo contrajera la TC.

¡Sopa de letras!

Estaba deseoso de escuchar descripciones de este valle, en el cual estaba condenado a vivir el resto de su vida y donde seguramente se le sepultaría, pero que nunca había visto. Se procuraba que no sólo los condenados, sino también sus visitantes, ignoraran en la medida de lo posible la situación geográfica precisa de la prisión, de modo que quien escapara no tuviese una idea clara de qué cuidarse o hacia dónde dirigirse.

Los visitantes eran traídos desde Rochester hasta este callejón sin salida en autobuses con ventanas oscurecidas. Los convictos eran transportados en camiones equipados con cajas de acero, carentes de ventanas y con capacidad para albergar a 10 hombres. Dentro de las cajas, los condenados viajaban debidamente esposados y sujetos con grilletes. Los autobuses y las cajas de acero nunca se abrían antes de haber atravesado los muros de la cárcel.

Después de todo, se trataba de criminales excesivamente peligrosos e ingeniosos. A pesar de que los japoneses ya se habían apoderado de la administración de Athena en la época de mi arribo, con objeto de convertirla en una institución lucrativa, el traslado en autobuses con ventanas oscurecidas en cajas de acero constituía una práctica que databa de un periodo previo. Esas morbosas formas de transporte se volvieron un espectáculo común en la carretera de Rochester hacia 1977, casi 2 años después de haberme establecido, junto con mi pequeña familia, en Scipio.

El único cambio que hicieron los japoneses en los vehículos, y que ya se había operado cuando llegué a trabajar ahí en 1991, fue montar las viejas cajas de acero en camiones japoneses nuevos.

De modo que violé la añeja política penitenciaria al contar a Alton Darwin y a otros presidiarios de por vida todo lo que deseaban saber sobre el valle. Consideré que tenían derecho a conocer la existencia del gran bosque, que ahora era su bosque, del hermoso lago, que ahora era su lago, y del pequeño colegio, donde se originaban las campanadas.

Y, por supuesto, todo eso enriqueció sus sueños de fugarse; pero, ¿acaso no eran éstos lo que en otro contexto podríamos denominar la virtud de la esperanza? Nunca pensé que en realidad fueran a escaparse y a aprovechar la información que les había proporcionado acerca de la campiña, y tampoco ellos lo pensaron.

Solía hacer la misma clase de cosas en Vietnam, es decir, ayudaba a los soldados mortalmente heridos a soñar que pronto estarían bien y en su casa.

¿Por qué no?

Me apena más que a nadie el que Darwin y los demás hayan saboreado en realidad la libertad. Eran seres horribles para sí mismos y para cualquiera. En muchos casos, se trataba de verdaderos maniáticos homicidas. Darwin no era 1 de ellos pero, cuando los presos cruzaban el lago congelado en dirección a Scipio, ya estaba dictando órdenes como si fuera un Emperador, como si la fuga hubiese sido su idea, a pesar de que no tuvo nada que ver con el planeamiento de ella. Ni siquiera sabía que se iba a realizar. Los que en realidad perforaron los muros y abrieron las celdas habían venido de Rochester para liberar a un solo reo. Lo rescataron y abandonaron el valle; no tenían ningún interés en conquistar a Scipio, venciendo a su pequeño ejército integrado por 6 policías, 3 guardianes desarmados de la escuela y un número desconocido de armas de fuego en manos privadas.

Alton Darwin fue el primer ejemplo que yo haya visto de liderazgo espontáneo. Era un hombre carente de rangos distintivos, de fórmulas organizativas previas, de planes de acción ya trazados. En la cárcel, había sido un hombre modesto e insignificante. Sin embargo, en el instante en que salió de ella, repentinos delirios de grandeza lo convirtieron en el único nombre que sabía lo que había que hacer enseguida, a saber; atacar a Scipio, donde la gloria y la riqueza aguardaban a todo aquél que se atreviera a seguirlo.

«¡Sígueme!», gritaba. Y algunos lo hicieron. Creo que se trataba de un sociópata, enamorado de sí mismo y de nadie más, que reclamaba acción por su propio bien y mostraba indiferencia ante cualquier consecuencia a largo plazo: el clásico Predestinado.

La mayoría de los reos no lo siguieron colina abajo, en dirección al hielo. Regresaron a la prisión, donde disponían de una cama propia, de abrigo contra las inclemencias del clima, y de comida y agua, aunque carecieran de calefacción y electricidad. Decidieron portarse bien, basados en la conclusión correcta de que los chicos malos, aunque erraran libres en el valle, estaban rodeados por las fuerzas de la ley y el orden. Que les dispararían en cuanto los vieran, lo que sucedería en cuestión de días, 1 o 2, o incluso antes. Después de todo, eran negros.

En el Valle de Mohiga, el color de su piel hacía las veces de uniforme penitenciario.

Cerca de la mitad de los que siguieron a Darwin hasta el hielo, se regresaron antes de llegar a Scipio. Esto sucedió previamente a que les dispararan y sufriesen su primera baja. Uno de los que volvieron a la prisión me dijo que se había sentido enfermo al reflexionar sobre la cantidad de asesinatos y violaciones que se iban a producir cuando los convictos arribaran al otro lado.

—Pensé en todos los niños que dormían profundamente en su cama — afirmó, aclarando que el arma que había robado del arsenal de la cárcel la entregó al hombre que estaba a su lado en medio del hermoso lago Mohiga—. Como no tenía un arma, yo le ofrecí una.

—¿Se desearon buena suerte o algo por el estilo?

—No, no nos dijimos nada. Nadie decía nada, salvo el hombre que iba al frente.

—¿Y él qué decía?

—¡Síganme, síganme, síganme! —contestó, con un vacío terrible.

—La vida es una pesadilla —comentó—. ¿Lo sabías?

Los carismáticos delirios de grandeza de Darwin eran ilimitados. Se autonombró Presidente de un nuevo país. Estableció su cuartel general en el Salón Samoza de la Junta Directiva; la larga mesa ahí instalada se volvió su escritorio.

Lo visité en ese sitio, ya entrada la tarde del segundo día posterior al gran escape. Me dijo que este nuevo país suyo iba a talar el bosque prístino ubicado al otro lado del lago, para vender la madera a los japoneses. Con el dinero de la transacción, restauraría las instalaciones industriales de Scipio. Aún no sabía qué se iba a manufacturar, pero estaba meditando seriamente a ese respecto. Me aclaró que agradecería cualquier sugerencia en la materia.

Según él, nadie se atrevería a atacarlo, por miedo a que hiciera daño a los rehenes. Mantenía en cautiverio a la Junta Directiva en pleno, salvo al Director del Colegio, Henry «Tex» Johnson, y a su esposa, Zuzu. Yo había ido a preguntarle a Darwin si sabía dónde estaban Tex y Zuzu. No lo sabía.

Resulta que Zuzu fue asesinada por 1 o varios desconocidos, quienes quizá la habían violado. Nunca lo sabremos con exactitud, pues no era ese el momento ideal para practicar la Medicina Forense. En cuanto a Tex, subió a la torre de la

biblioteca, acompañado de un rifle y municiones. Su intención: convertir el campanario en escondite de un francotirador.

Alton Darwin nunca se preocupó, no obstante el empeoramiento de su situación. Se rió cuando se enteró de que tropas de paracaidistas que avanzaban a pie habían rodeado la prisión situada al otro lado del lago y, de nuestro lado, se atrincheraban al oeste y sur de Scipio. La Policía del Estado y los vigilantes ya habían levantado una barricada en la carretera a la altura del nacimiento del lago. Alton Darwin se rió como si hubiera conseguido una gran victoria.

Conocí gente parecida en Vietnam. Jack Patton tenía esa clase de intrepidez. Allá, yo podía ser tan valiente como Jack. De hecho, estoy bien seguro de que maté a más gente que él. Pero estaba tremendamente preocupado la mayor parte del tiempo. En cambio, Jack nunca se preocupó, según me dijo.

Le pregunté cómo podía lograrlo. Me contestó lo siguiente: «Creo que debo tener un tornillo flojo. No me importa ni lo que me pueda suceder a mí ni lo que le pueda ocurrir a cualquier otro.»

Alton Darwin tenía el mismo tornillo flojo. Era un multihomicida que jamás mostró ningún remordimiento.

En el último año que pasé en Vietnam, durante las conferencias de prensa, yo también manejé nuestras derrotas como si hubiesen sido victorias. Pero a mí me ordenaron hacerlo. Ésa no era mi disposición natural.

Alton Darwin, y esto es igualmente aplicable a Jack Patton, hablaba de cuestiones triviales o graves con el mismo tono de voz, con los mismos gestos y expresiones faciales. Nada era más o menos importante que nada.

Recuerdo que Alton Darwin me refirió, con aparente preocupación, el gran número de presos que habían cruzado con él el lago congelado hasta Scipio y que acababan de desertar, regresando a la prisión o dirigiéndose a la barricada en busca del indulto. Los desertores eran individuos que sí se preocupaban. No querían morir ni responsabilizarse de las violaciones y los asesinatos cometidos en Scipio.

Así que me encontraba valorando el problema de la desertión, cuando Alton Darwin dijo con exactamente la misma intensidad:

—Sé patinar en hielo, ¿puedes creerlo?

—¿Perdón? —contesté.

—Sabía cómo deslizarme con patines de ruedas —aclaró—. Pero, nunca tuve la oportunidad de patinar sobre el hielo hasta esta mañana.

Esa mañana, con los teléfonos desconectados y la electricidad cortada, con cadáveres regados por todos lados y con una carencia generalizada de víveres en Scipio, como si los alimentos hubiesen sido devorados por una plaga de langosta, él se había dirigido a la Pista Cohen y calzado unos patines con cuchilla de acero por primera vez en su vida. Después de unos cuantos pasos vacilantes, logró deslizarse suavemente sobre el hielo.

—¡Deslizarse con patines de ruedas y patinar sobre el hielo son ejercicios iguales! —me dijo en tono triunfal, como si hubiera hecho un descubrimiento científico que arrojara luz del todo nueva sobre lo que parecía ser una situación desesperanzada—. ¡Se requieren los mismos músculos! —agregó de modo engreído.

Eso es lo que estaba haciendo cuando fue alcanzado por una bala, lo cual sucedió aproximadamente una hora después de nuestra charla.

Yo lo había dejado en su oficina y supuse que aún se encontraba en ella. Pero regresó a la pista para deslizarse una y otra vez.

Se escuchó un disparo y, de inmediato, se desplomó.

Varios de sus seguidores corrieron hacia él; Darwin alcanzó a decirles algo y murió.

Cabe señalar que fue un tiro precioso, siempre que Darwin haya sido el hombre al que el Director del Colegio había apuntado. Quizá la bala era para mí, puesto que sabía que yo solía hacerle el amor a su esposa Zuzu cuando él no se encontraba en casa.

Si le apuntó a Darwin, y no a mí, resolvió uno de los problemas más difíciles en materia de puntería, el mismo problema solucionado por Lee Harvey Oswald cuando le disparó al Presidente Kennedy, a saber, a dónde dirigir la bala cuando el tirador se halla muy por encima de su blanco.

Como ya lo dije: «Un tiro precioso.»

Más tarde, pregunté cuáles habían sido las últimas palabras de Alton Darwin y me dijeron que no tenían sentido. Sus últimas palabras fueron: «Vean al Negro que pilotea un aeroplano.»

Algunas veces, Alton Darwin me hablaba sobre el planeta donde había habitado antes de ser transportado en una caja de acero a Athena: «Las drogas eran alimentos. Yo me dedicaba al negocio de la comida. El que los moradores de un planeta ingieran ciertos víveres que les producen bienestar, no significa que la gente de los demás planetas deba abstenerse de comer otras cosas. Estoy seguro de que en algunos planetas hay personas que se alimentan de piedras y que, después de hacerlo, se sienten de maravilla durante un rato. Más tarde, llegará la hora de volver a comer piedras.»

Reflexioné muy poco sobre la prisión durante los 15 años que fui maestro del Tarkington, a pesar de que la cárcel era demasiado grande y cruel, y de que experimentaba un crecimiento continuo. Cuando realizábamos días de campo a la orilla del lago o cuando íbamos a Rochester por una u otra razón, veíamos muchos autobuses con ventanas oscurecidas y camiones que trasladaban cajas de acero. Alton Darwin debió viajar dentro de alguna de éstas. Debido a que los camiones se utilizaban también para transportar carga, dichas cajas podrían haber servido exclusivamente como embalaje de Diet Pepsi y papel sanitario.

Su contenido no fue de mi incumbencia hasta que me despidieron del Tarkington.

En ocasiones, cuando tocaba las campanas y se producían ecos particularmente sonoros en los muros de la prisión, lo que solía ocurrir en pleno invierno, tenía la sensación de estar bombardeando la cárcel. En Vietnam, por el contrario, cuando nos retirábamos con el apoyo de la artillería, y las armas lanzaban proyectiles a no sé qué blancos en la selva, me parecía escuchar algo similar a la música: ruidos interesantes producidos por el puro placer de hacerlo.

Durante un ejercicio veraniego de campaña, Jack Patton y yo, que todavía éramos cadetes, dormitábamos en una tienda, cuando la artillería abrió fuego cerca de ahí.

Nos despertamos.

—Están tocando nuestra pieza, Gene. Están tocando nuestra pieza — exclamó Jack.

Antes de ir a trabajar a Athena, solamente había visto a 3 reos en alguna parte del valle. La mayoría de los habitantes de Scipio ni siquiera había visto 1. Yo tampoco hubiera visto 1, si no se hubiese descompuesto, cerca del lago, un camión transportador de las cajas de acero. Me encontraba ahí de día de campo, cerca del agua, en compañía de Margaret, mi esposa, y de Mildred, mi suegra. En ese entonces, Mildred estaba más loca que una cabra, pero Margaret aún se conservaba cuerda y parecía que existía una probabilidad de que así continuara.

Yo tenía solamente 45 años y la confianza absurda de que seguiría siendo profesor en el colegio hasta alcanzar la edad de retiro obligatorio, esto es, los 70 años, lo cual ocurriría en el año 2010, a 9 años de distancia de la fecha actual. De hecho, ¿qué habrá de sucederme en los 9 años por transcurrir? Es como preocuparse por la descomposición de un queso que no se almacenó oportunamente en el refrigerador. ¿Qué más le puede suceder a un queso que ya perdió su sabor original y que apesta?

A mi suegra le encantaba pescar, y ese pasatiempo era inofensivo para ella y para los demás. Le ayudé colocando un gusano en el anzuelo y lanzando el sedal en dirección a una mancha que parecía prometedora. Ella sostenía la caña con ambas manos, segura de que algo milagroso iba a suceder.

Tuvo razón esta vez.

Miré hacia el camino y descubrí un camión de la prisión al que le salía humo del motor. Sólo había 2 guardias a bordo y 1 de ellos era el conductor. Se apearon. Ya habían llamado por radio a la penitenciaría pidiendo ayuda. Ambos eran blancos. Este incidente tuvo lugar antes de que los japoneses se hicieran cargo de la administración de Athena, es decir, antes de que los letreros de la carretera de Rochester estuvieran escritos en inglés y japonés.

Como parecía que el camión iba a incendiarse, los 2 guardias abrieron el candado de la puerta de la caja de acero y ordenaron a los reos que salieran. Ambos retrocedieron con las escopetas apuntando hacia la puerta.

Salieron los prisioneros. Solamente había 3. Se movían con torpeza, debido a los grilletes que sujetaban sus tobillos; además, las esposas estaban unidas a una cadena colocada alrededor del pecho. Dos eran negros, y 1 era blanco o, quizá, un

Hispano de piel clara. Todo esto sucedió antes de que La Suprema Corte confirmara la naturaleza cruel e inhumana del acto de confinar a una persona en un lugar donde su raza sea rebasada numéricamente por otra.

En ese entonces, las diferentes razas permanecían mezcladas en las cárceles localizadas a todo lo largo y ancho del país. Sin embargo, cuando entré a trabajar en Athena, sólo había reos que habían sido clasificados como Negros.

Mi suegra no quiso mirar el camión humeante ni todo lo demás. Estaba obsesionada con los acontecimientos en desarrollo al otro lado del sedal. Pero Margaret y yo nos quedamos papando moscas. En esa época, los prisioneros eran como material pornográfico, cosas comunes que la gente decente no deseaba ver, a pesar de que la principal industria del valle estaba consagrada a castigar delincuentes.

Después, cuando Margaret y yo hablamos del asunto, me dijo que no le había parecido una cuestión pornográfica, sino el espectáculo de ver animales rumbo al matadero.

En cambio, nosotros debimos parecer a esos condenados los habitantes del Paraíso. Era un perfumado día primaveral. Tenía lugar, un poco más al sur del sitio donde nos encontrábamos, una carrera de botes de vela. Un padre agradecido, que había vaciado las arcas del banco más grande de California, acababa de donar al colegio 300 balandros.

Nuestro Mercedes nuevecito destacaba entre los coches estacionados. Costaba más que el salario anual por mí devengado en el Tarkington. El auto me lo regaló la madre de un estudiante mío, llamado Pierre Legrand. Su abuelo materno había sido dictador de Haití; cuando fue derrocado, se trajo consigo el tesoro público de ese país. Por tal motivo, la madre de Pierre era muy rica. Él era muy impopular. Trató de ganar amigos ofreciéndoles costosos obsequios; táctica que no le funcionó. En consecuencia, intentó colgarse de una viga del depósito de agua instalado en la cima de la Montaña Mosquete. Por casualidad, yo me encontraba allá arriba, jugando entre los arbustos con la esposa del entrenador del Equipo de Tenis.

Lo descolgué cortando la soga con mi navaja oficial del ejército suizo. Así fue como obtuve el Mercedes.

Dos años más tarde, Pierre tuvo mejor suerte, pues logró saltar desde el

famoso puente Golden Gate. Una de las bromas comunes en el campus rezaba que yo debería devolver el coche.

Así pues, es probable que aquellos presos hayan visto el Paraíso en lo que realmente era un saco repleto de aflicción. No había forma de que supieran que mi suegra estaba más loca que una cabra. No podían enterarse, ni tampoco yo, de que la locura hereditaria caería sobre mi hermosa mujer, unos 6 meses después, como una tonelada de ladrillos, convirtiéndola en una bruja tan horrible como su madre.

Si nos hubieran acompañado nuestros 2 hijos al día de campo, la ilusión de que vivíamos en el Paraíso hubiese sido completa. Los hijos habrían ilustrado el caso de la otra generación que hallaba la vida tan cómoda como la nuestra. Además, ambos sexos habrían estado representados. Teníamos una hija llamada Melanie y un hijo llamado Eugene Debs Hartke Jr. Ya no eran niños. Melanie tenía 21 años y estudiaba matemáticas en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Eugene Debs Hartke Jr. cursaba el último año en la Academia Deerfield de Massachusetts; tenía 18 años y su propia banda de rocanrol; en ese entonces ya había compuesto unas 100 canciones.

No obstante, Melanie hubiera arruinado nuestra escena campestre. Al igual que mi madre antes de matricularse en los Weight Watchers, era muy pesada. Debe tratarse de una cuestión hereditaria. Si hubiese dado la espalda a los presos, al menos habría ocultado su nariz, tan bulbosa como la del último y gran comediante alcohólico, W. C. Fields. Melanie, gracias a Dios, no era alcohólica.

Pero su hermano sí.

Y ahora daría mi vida a cambio de poder jactarme ante él de que los varones de su familia paterna no han temido al alcohol, puesto que han sabido beberlo con moderación. No nos hemos comportado con debilidad y estupidez en materia de drogas.

Por lo menos, Eugene Jr. era bien parecido, pues había heredado los rasgos de su madre. Durante su infancia, transcurrida en este valle, las personas solían decirme, estando él presente para escucharlo, que era el niño más hermoso que habían visto.

No tengo idea de dónde se encuentra ahora. Hace años dejó de comunicarse conmigo o con cualquiera de este valle.

Me odia.

También Melanie, aunque ella me escribió hace apenas 2 años. Estaba viviendo en París con otra mujer. Ambas enseñaban inglés y matemáticas en una escuela estadounidense de segunda enseñanza, localizada en la capital francesa.

Mis hijos nunca me perdonaron el no haber enviado a mi suegra a un hospital psiquiátrico. Haberla retenido con nosotros constituyó un gran estorbo para ellos, porque no podían invitar a sus amigos a la casa. Sin embargo, si hubiera mandado a Mildred a un manicomio, no habría podido enviar a Melanie y a Eugene Jr. a escuelas tan caras. Aunque el Tarkington me ofrecía hospedaje gratuito, mi salario era bajo.

Además, nunca consideré que la locura de Mildred les resultara tan insoportable. En el ejército, había convivido con personas que decían disparates todo el día. Vietnam fue una gran alucinación. Si me acostumbré a eso, podía adaptarme a cualquier cosa.

Ahora bien, lo que más les disgusta a mis hijos de mi persona es que me haya reproducido en conjunción con su madre. Viven con la amenaza constante de volverse locos repentinamente, tal como ocurrió con Mildred y Margaret. Desafortunadamente, hay una gran probabilidad de que eso suceda.

Por irónico que parezca, tengo un hijo ilegítimo de cuya existencia me enteré hace poco. En virtud de que tiene una madre diferente, no corre el riesgo de perder la razón algún día. Sin embargo, sus hijos en caso de que llegue a tenerlos, heredarían quizá la tendencia de mi propia madre hacia la gordura.

No obstante, podrían acudir a los Weight Watchers, como hizo Mamá.

Resulta obvio que el tema de la herencia ha estado en mi mente en días recientes. Así que he estado leyendo sobre ese asunto en algún libro que trata también de embriología. Y puedo afirmar lo siguiente: las personas que se muestran cautelosas con respecto a lo que pueden encontrar al abrir un libro, tienen razón. Me acaba de dejar anonadado un ensayo que versa sobre la embriología del ojo humano.

Ninguna combinación de Tiempo y Suerte pudo haber producido una cámara tan excelente, ¡ni siquiera habiendo invertido una gran cantidad de tiempo cercana a 1 000 000 000 000 de años! ¿Qué les parece este misterio indescifrable?

Cuando comencé a trabajar en Athena, esperaba hallar a por lo menos 1 de los 3 condenados que nos habían visto, tiempo atrás, a Mildred, a Margaret y a mí

en pleno día de campo. Como ya lo dije, en ese entonces consideré que 1 de ellos era Blanco o quizá Hispano, el cual debió ser trasladado a una prisión para Blancos o para Hispanos antes de que yo llegara ahí. Los otros 2 eran sin duda negros, pero nunca me topé con ninguno de ellos. Me hubiera gustado saber qué pensaron de nosotros, cuan contentos lucíamos.

Quizá habían muerto. Pudieron ser víctimas del SIDA, de un asesinato, de un suicidio o, tal vez, de la tuberculosis. Cada año fallecían 30 reclusos en Athena por cada estudiante que obtenía el Grado de Bachiller en Artes y Ciencias del Tarkington.

Libertad condicional.

Si hubiera encontrado a 1 de los presos que atestiguaron nuestro día de campo, habríamos charlado sobre el pez atrapado por mi suegra mientras él nos observaba. Sobre el sedal arqueado y el rechinido del carrete, semejante a una débil sirena. Sobre su dificultad para ver al monstruo que había tragado el anzuelo y era conducido hacia Scipio porque, antes de presenciar ese espectáculo, él ya había sido reintroducido a la oscuridad de la caja de acero montada en otro camión.

El sedal que coloqué en el carrete de la caña era muy firme. Estaba especialmente diseñado para la pesca de especies de aguas profundas, como el atún y el tiburón. Con todo, hasta donde sabía, en el Lago Mohiga sólo habitaban anguilas, percas y siluros pequeños. Eso era todo lo que Mildred había atrapado en ocasiones anteriores.

Recuerdo que una vez pescó una perca demasiado pequeña para conservarla. De modo que la liberó, a pesar de que la flecha del anzuelo le había atravesado un ojo. Al cabo de un rato, atrapó de nuevo a la misma perca. Lo supimos por el ojo despedazado. Reflexionamos al respecto: ojos prodigiosos y ni una pizca de cerebro.

Coloqué ese sedal en la caña de pescar de Mildred, con objeto de que nada se le escapara. En Honduras, hice lo mismo en cierta ocasión para un General de 3 estrellas, cuyo ayudante de campo era yo.

El pez atrapado por Mildred no podía romper el sedal, y Mildred no soltaba la caña. Ella no pesaba nada y el animal pesaba mucho para ser un pez. Mildred cayó de rodillas en el agua, riendo y gritando.

Nunca olvidaré lo que gritaba: «¡Es Dios, es Dios!»

Me arrojé al agua para auxiliarla. Como no soltaba la caña, tomé el sedal y comencé a jalar, pasando una mano sobre la otra.

¡Cómo se remolinaba y bullía el agua!

Cuando atraje al pez a aguas poco profundas, dejó repentinamente de oponer resistencia. Me imagino que había agotado hasta la última gota de energía. Eso fue todo.

Este animal, que cogí de las agallas y arrastré hacia la ribera del lago, era un lucio enorme. Mildred exclamó aterrorizada: «¡Es un cocodrilo!»

Miré hacia el camino para indagar qué pensaban los presos y los guardias de un pescado tan grande. Pero, ya se habían marchado. Sólo quedaba el camión descompuesto. La pequeña puerta de la caja de acero estaba completamente abierta. Cualquiera era libre de meterse en la caja y cerrar la puerta, a fin de saber qué se siente ser un reo.

Para aquellos a quienes fascina la Medicina Forense: el lucio no mordió la carnada, sino a una perca que, a su vez, había mordido al gusano del anzuelo.

Consideré que era interesante hablar de ello con mi suegra, durante el regreso a casa a bordo del Mercedes nuevo. Pero ella no quería charlar en absoluto. El pez la había asustado en extremo y prefería olvidarse del asunto.

Años más tarde, mencioné en un par de ocasiones el incidente del pez, sin obtener respuesta alguna de su parte, salvo un silencio sepulcral. Concluí que de verdad lo había desechado de su memoria.

Ahora bien, Mildred, Margaret y yo nos mudamos, mucho tiempo después, a una vieja casa de la aldea de Athena, localizada abajo de los muros de la cárcel. En la noche que ocurrió la fuga penitenciaria, se escuchó una terrible explosión que nos despertó.

Si Jack Patton hubiera estado con nosotros, me habría dicho: «¡Gene! ¡Gene! Están tocando de nuevo nuestra pieza».

Acababan de demoler, desde el exterior y no desde el interior, la puerta principal de la prisión. El presunto jefe del cartel jamaquino de la droga, Jeffrey Turner, había sido traído a Athena en una caja de acero 6 meses antes, al cabo de un juicio televisado que duró un año y medio. Lo condenaron a 25 cadenas

perpetuas consecutivas, todo un nuevo récord. Ahora, una fuerza bien entrenada de empleados suyos, comparable a un destacamento mayor que un pelotón y menor que una compañía, se había trasladado a las afueras de la penitenciaría, trayendo consigo explosivos, un tanque y varios tractores oruga que habían sido tomados del Arsenal de la Guardia Nacional, ubicado a unos 10 kilómetros al sur de Rochester, en un punto de la carretera situado frente al Complejo de Cines Meadowdale. Después, se supo que uno de esos hombres se había mudado a Rochester e ingresado a la Guardia Nacional, jurando defender la Constitución y todo lo demás, con el único propósito de robar las llaves del Arsenal.

Los guardias japoneses estaban completamente impreparados y carentes de motivación alguna para luchar contra una fuerza semejante, especialmente porque los atacantes iban vestidos con el uniforme del Ejército de Estados Unidos y ondeaban banderas norteamericanas. De modo que se escondieron, levantaron las manos o huyeron hacia el bosque prístino. No estaba en juego su país, y vigilar prisioneros no era una misión sagrada ni nada que se le pareciera. Se trataba tan sólo de un negocio.

Los invasores desconectaron las líneas telefónicas y cortaron la energía eléctrica, a fin de que los vigilantes ni siquiera pudieran pedir ayuda o accionar las sirenas.

El asalto duró media hora. Cuando todo terminó, Jeffrey Turner ya había desaparecido y, desde entonces, no se le ha vuelto a ver. Los atacantes también se esfumaron. Sus uniformes y vehículos militares fueron encontrados más tarde en una granja lechera abandonada, propiedad de especuladores alemanes de tierras, localizada a 1 kilómetro al norte del lago. Como había huellas de neumáticos de diversos automóviles, la policía concluyó que, a bordo de vehículos civiles comunes, en apariencia inconexos y abandonando la granja a intervalos, los sujetos al margen de la ley habían logrado una huida 100% exitosa.

Mientras tanto, en la prisión, aquel que no deseaba permanecer encerrado más tiempo, estaba en libertad de salir y, en caso de tener la inclinación y habiendo llegado a primera hora, de tomar un fusil, una escopeta, una pistola o una granada de gas lacrimógeno del arsenal de la cárcel, el cual se hallaba completamente a su disposición.

Asimismo, la policía señaló que los asaltantes habían recibido un entrenamiento militar de primera clase en algún lugar, probablemente en una escuela privada de supervivencia situada en Estados Unidos o, quizá, en Bolivia,

Colombia o Perú.

De cualquier manera, Mildred, Margaret y yo fuimos despertados por la explosión que demolió la puerta principal de la prisión. No había forma de que nos hubiésemos podido imaginar lo que estaba sucediendo en realidad.

Nosotros 3 dormíamos en alcobas separadas. Margaret se encontraba en el primer piso; Mildred y yo, en el segundo. No había terminado de incorporarme, con un silbido persistente en los oídos, cuando Mildred entró en mi cuarto completamente desnuda y con los ojos bien abiertos.

Ella habló primero. Utilizó un término de caló, que yo nunca antes le había escuchado, para referirse a la idea de enormidad. No se trataba de la jerga de su generación ni tampoco de la mía, sino de aquella de mis hijos. Supongo que oyó la palabra en cuestión y que le gustó, reservando su uso para alguna ocasión realmente importante.

He aquí lo que dijo, mientras se escuchaban descargas esporádicas de armas ligeras alrededor de la prisión: «¿Recuerdas aquel pez tan *choncho* que capturé?»

Durante cierto tiempo, estuve plenamente convencido de que pasaría el resto de mi vida en este valle, pero no en la cárcel. Imaginaba mi retiro obligatorio del Colegio Tarkington en el año 2010. Habría gozado una posición modestamente acomodada, gracias a la Seguridad Social y a la pensión ofrecida por el Colegio. Hacia esa fecha, mi suegra habría muerto, por lo que sólo restaría el ocuparme de Margaret. Habría rentado una casita en el pueblo, donde había un montón de construcciones vacías.

Sin embargo, ese sueño se habría malogrado, aunque no hubiera habido una fuga en la prisión, aunque el sistema de Seguridad Social no hubiese fracasado, aunque el Tesorero del Colegio no hubiera huido llevándose los fondos de pensión, etcétera. Porque, como ya lo he señalado, en 1991 fui despedido del Colegio Tarkington.

Me encontraba al final de la edad madura, carente de amarras en una nación arruinada, cuyos bienes habían sido vendidos a extranjeros; en una nación abrumada por toda clase de plagas incontables, por la superstición, el analfabetismo y la hipnótica TV; en una nación donde los pobres no tenían acceso a los centros de salud. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer?

El hombre que me despidió fue Jason Wilder, el célebre columnista del diario *Conservador*, distinguido conferencista y famoso conductor de un programa de TV. Salvó mi vida al quitarme el empleo. Gracias a él, no me hallaba en Scipio, sino en Athena, la noche que tuvo lugar la fuga de la prisión.

Hubiera estado frente a todos aquellos presos que se deslizaban sobre el hielo, bajo la luz de la luna, en dirección a Scipio; en cambio, pude observarlos con muda admiración desde la retaguardia, tal como actuó Robert E. Lee en el Ataque de Pickett durante la Batalla de Gettysburg. No me hubiesen identificado porque yo, hasta ese momento, solamente habría visto a 3 condenados de Athena en toda mi vida.

Hubiera intentado luchar aunque, a diferencia del Director del Colegio, no habría tenido armas. Hubiese sido asesinado e inhumado junto con el Director del

Colegio y su esposa Zuzu, y con Alton Darwin y todos los demás. Me hubieran sepultado junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

La primera vez que vi a Jason Wilder en persona fue durante la reunión de la Junta Directiva en que se me despidió. Entonces, él era solamente un padre ultrajado. Más adelante, se uniría a la Junta y se convertiría en el rehén más valioso conservado por los presos al cabo de la fuga. La amenaza de atentar contra su vida inmovilizó a las unidades de la 82.^a División Aerotransportada, que habían sido trasladadas al lugar de los hechos, desde el Sur del Bronx, en un autobús escolar. Los paracaidistas rodearon el valle, ocuparon la ribera del lago situada al otro lado de Scipio y en dirección al sur, y cavaron trincheras en la falda occidental de la Montaña Mosquete. Pero no se atrevieron a aproximarse más, por temor a causar la muerte de Jason Wilder.

Sin duda, había otros rehenes, incluyendo a los demás miembros de la Junta Directiva, pero él era el único famoso. Yo mismo no era estrictamente un rehén, aunque quizá me habrían matado si hubiera intentado huir. Más bien, era una especie de poblador flotante, inteligente y no combatiente, que vagaba por un Scipio sitiado. Tal como actuaba en la Prisión de Athena, intentaba ofrecer la respuesta más honesta posible a toda pregunta que cualquiera quisiera formularme. En caso contrario, permanecía callado. En Athena, no expresaba ningún consejo por cuenta propia, ni tampoco lo hice en el Scipio sitiado. Simplemente, me limitaba a describir la realidad de la situación del indagador, de acuerdo con el contexto del mundo exterior. Lo que hiciera después era cosa de él.

A eso llamo ser profesor. A eso no llamo ser genio creador de una aventura traicionera. Lo único que siempre quise subvertir fue la ignorancia y las fantasías de autoservicio.

Fui despedido sin previo aviso el Día de la Ceremonia de Graduación. En pleno mediodía me encontraba tocando las campanas, cuando una joven que acababa de concluir su primer año de estudios, me informó que la Junta Directiva, instalada en el Salón Samoza, deseaba hablar conmigo. Ella se llamaba Kimberley Wilder, y era la hija de lento aprendizaje de Jason Wilder. Era estúpida. Consideré extraño, aunque no amenazador, el hecho de que los directivos la hubieran utilizado como mensajera. No podía imaginar qué asunto tenía entre manos que la hubiese acercado a la reunión. De hecho, había testificado ante ellos mi supuesta falta de patriotismo y, luego, le habían pedido que tuviera el honor de ir a traerme para anunciar mi liquidación.

Era una de las pocas novatas que aún permanecían en el campus. El resto se había marchado a casa, y los parientes de los estudiantes que estaban por recibir el Grado de Bachiller en Artes y Ciencias habían ocupado las habitaciones de los principiantes. Ningún familiar de Kimberley iba a graduarse. Ella se había quedado a causa de la reunión de los Directivos. Y su famoso padre había llegado en helicóptero para apoyarla. El campo de fútbol había servido como helipuerto. Parecía un criadero de pterodáctilos.

Otras personas arribaron en vehículos aéreos convencionales a Rochester, donde fueron recogidas por las limosinas que el colegio había alquilado. La madrastra de uno de los futuros graduados creyó que había aterrizado en Yokohama y no en Rochester, debido a la abundancia de japoneses. En realidad, el cambio de guardia en Athena coincidió con el Día de la Ceremonia de Graduación. Cada 6 meses, un grupo nuevo de guardias, integrado en su mayoría por campesinos jóvenes de Hokkaido, que no hablaban inglés y que nunca habían visitado Estados Unidos, eran trasladados por aire directamente desde Tokio hasta Rochester, y de ahí eran llevados a Athena en autobús. Aquéllos que ya habían cumplido con su servicio semestral en las puertas, los muros, los pasillos de los comedores, las garitas de vigilancia, etcétera, eran transportados de nuevo a sus hogares.

—¿Cómo es que aún no te has marchado a casa, Kimberley? —pregunté.

Me respondió que ella y su padre deseaban escuchar el discurso de la Ceremonia de Graduación, que iba a ser pronunciado por un amigo cercano de su padre y beneficiario, al igual que este último, de la Beca Rhodes, el Dr. Martin Peale Blankenship, economista de la Universidad de Chicago que más tarde se quedaría parálítico como resultado de un accidente de esquí ocurrido en Suiza.

El Dr. Blankenship era tío de una de las estudiantes próximas a graduarse. Eso lo trajo a Scipio. Su sobrina era Hortense Mellon. No tengo idea de qué fue de Hortense. Sabía tocar el arpa. Me acuerdo de eso y de que sus dientes superiores eran falsos. Un asaltante le había desprendido con un puñetazo los dientes verdaderos, al cabo de una fiesta de presentación en sociedad de una amiga, celebrada en el Waldorf-Astoria, hotel que fuera reducido a cenizas. Sólo queda el lote baldío, el cual fue comprado por los japoneses.

Escuché que su padre, al igual que muchos otros padres de familia del Tarkington, perdió una enorme cantidad de dinero en la estafa más grande de la historia de Wall Street, ideada por una compañía llamada Microsecond Arbitrage.

Es cierto que consideraba a Kimberley una entrometida, pero no un estudio ambulante de grabación. Durante el año escolar que estaba finalizando, nuestros caminos se habían cruzado con enigmática frecuencia. Una y otra vez, siempre que charlaba con alguien, en casi cualquier lugar del campus, me daba cuenta de que Kimberley se hallaba cerca y al acecho. Supuse que estaba un poco chiflada y que nos espiaba a todos, ávida de chismes. No se había matriculado en ninguno de mis cursos, pero asistía como oyente a la clase de Física para No Científicos y a la de Apreciación Musical para No Músicos. En consecuencia, ¿qué podría significar ella para mí o yo para ella? Nunca habíamos sostenido ninguna conversación.

Recuerdo que, en cierta ocasión, me encontraba jugando al billar en el nuevo centro de recreación, el Pabellón Pahlavi, y que ella estaba tan cerca de mí que tenía problema para mover el taco.

—¿Te gusta mi perfume? —le pregunté.

—¿Qué? —respondió.

—Como te me aproximas tanto y lo haces tan a menudo, supongo que te agrada mi perfume. Si estoy en lo cierto, me sentiré muy halagado, porque lo que estás percibiendo no es más que el olor natural de mi cuerpo. No uso ningún perfume —aclaré.

Puedo autocitarme con exactitud, en virtud de que esas palabras estaban registradas en una de las cintas que los Directivos me hicieron oír.

Ella se encogió de hombros como si no hubiera comprendido mi comentario y no abandonó el Pabellón mostrando gran perturbación. ¡Por el contrario! Me dejó libre un poco más de espacio para que pudiese mover el taco, pero se quedó ahí, prácticamente encima de mí.

Estaba jugando un pool de 8 bolas, cabeza con cabeza, con el novelista Paul Slazinger, que ese año era el Escritor Residente. Se hallaba en total bancarrota y agotado, los únicos motivos por los cuales un autor llegaba a convertirse en Escritor Residente del Tarkington. Era tan viejo que había participado en la Segunda Guerra Mundial. ¡Había ganado una Estrella de Plata, como yo, cuando su servidor tenía tan sólo 3 años de edad!

Me preguntó que quién era Kimberley y le contesté, información también que quedó registrada en la cinta: «No le hagas caso. Es sólo un miembro más de la Clase Gobernante.»

La Junta Directiva quería saber qué era lo que yo tenía en contra de la Clase Gobernante.

No lo dije en ese entonces, pero ahora me complace profundamente el poder afirmar que lo malo de la Clase Gobernante es que muchos de sus miembros son tan bobalicones como Kimberley.

En relación con su espionaje, tuve la teoría de que a ella le excitaba mi reputación de ser el John F. Kennedy del campus, en materia de sexo extramarital.

Si el Presidente Kennedy alguna vez elaboró allá en el Cielo una lista de todas las mujeres a las que hizo el amor, estoy seguro de que su catálogo sería 2 o 3 veces más largo que el que yo estoy preparando aquí abajo en la cárcel. Sin embargo, él contó con la ventaja de la fascinación ejercida por su cargo, y la cooperación plena del Servicio Secreto y del Personal de la Casa Blanca. Ninguno de los nombres incluidos en mi lista significaría algo para el público en general, mientras que muchos de la suya pertenecen a estrellas de cine. Él tuvo relaciones con Marilyn Monroe. Y yo, sin duda, no. Es evidente que ella esperaba casarse con él y convertirse en la Primera Dama, lo que constituía una broma para todos salvo para ella.

A la larga, se suicidó. Descubrió finalmente que la vida era muy desconcertante.

Apenas conocía a Kimberley cuando apareció en el campanario, el día de la Ceremonia de Graduación. Pero se mostró muy parlanchína, como si hubiéramos sido viejos, viejos camaradas. Todavía estaba grabando lo que yo decía, a pesar de que lo que ya tenía registrado en cintas bastaba para despacharme.

Me preguntó si me había parecido bueno el discurso pronunciado por Paul Slazinger, el Escritor Residente, en la Capilla. Se trataba quizá del discurso más antiestadunense que yo había oído. Lo presentó justo antes de las vacaciones navideñas y nunca más se le volvió a ver en Scipio. Acababa de ganar la llamada Beca para Genios de la Fundación MacArthur, consistente en una pensión de 50 000 dólares anuales durante 5 años. La misma noche de su discurso salió a hurtadillas hacia Key West, Florida.

Recuerdo que predijo que la esclavitud humana retornaría, que de hecho nunca había desaparecido. Afirmó que mucha gente quería venir al país, porque aquí era muy fácil robar a los pobres, quienes carecen absolutamente de alguna

protección del Gobierno. Habló sobre puentes derrumbados y cañerías obstruidas, debido a la falta de mantenimiento. Se refirió a los derrames de petróleo, los desechos radiactivos, las aguas envenenadas, los bancos saqueados y las corporaciones liquidadas.

—Y nadie es castigado nunca por nada —aseveró—. Ser estadounidense significa nunca tener que pedir perdón.

Y otros argumentos por el estilo. No importaba lo que dijera porque, de todos modos, iba a obtener 50 000 dólares anuales durante 5 años.

Le contesté a Kimberley que Slazinger había dicho algunas cosas que valía la pena considerar pero que, en general, había presentado un país mucho peor de lo que en realidad era, y que el nuestro seguía siendo, decididamente, el mejor del planeta.

No le resultó del todo satisfactoria semejante contestación.

¿Qué es lo que pienso hoy día de esa respuesta? Que fue una contestación anodina.

Me preguntó sobre la conferencia que yo había dictado en la Capilla un mes antes. Como no asistió, no la pudo grabar. Intentaba confirmar lo que otras personas le dijeron que yo había dicho. Mi conferencia estuvo compuesta de una serie de remembranzas humorísticas de mi abuelo materno, Benjamin Wills, el Socialista de antaño.

Me acusó de haber sostenido que todos los individuos acaudalados eran borrachos y lunáticos. Se trataba de una mala interpretación del pensamiento del Abuelo. Según él, el Capitalismo consiste en aquello que decide hacer la gente, ebria o sobria, cuerda o loca, con nuestro dinero. Así que le aclaré las cosas y le expliqué que ésa era la opinión de mi Abuelo, no la mía.

—Me enteré de que su discurso fue peor que el del señor Slazinger —afirmó.

—Ojalá que no lo haya sido —repuse—. Deseaba mostrar cuan obsoletas son las ideas de mi Abuelo. Quería que el auditorio se riera. Y lo hizo.

—Escuché que usted aseveró que Jesucristo era antiestadunidense —me echó en cara, con la grabadora en permanente funcionamiento.

De modo que le descifré la cuestión. De nuevo, se trataba de un planteamiento del Abuelo, quien se limitaba a repetir la descripción ofrecida por Karl Marx de una sociedad ideal: «De cada quien según sus habilidades, a cada quien según sus necesidades.» Luego, el Abuelo preguntaba, intentando ser irónico: «¿Y qué puede ser más antiestadunidense, Gene, que una teoría parecida al Sermón de la Montaña?»

—¿Y qué hay al respecto de poner a todos los judíos dentro de un campo de concentración en Idaho? —interrogó Kimberley.

—¿Cómo dices? —respondí perplejo. ¡Al fin!, ¡al fin!, y demasiado tarde, comprendí que esa niña estúpida era tan peligrosa como una cobra. Habría sido catastrófico que ella corriera la voz de que yo era Antisemita, especialmente si se tenía en cuenta que tantos judíos, cruzados con no judíos, enviaban a sus hijos al Tarkington—. Nunca, en toda mi vida, he dicho algo semejante —le aseguré.

—Tal vez no era en Idaho.

—¿En Wyoming?

—De acuerdo, en Wyoming. Encerrarlos a todos, ¿verdad?

—Dije «Wyoming» por el único motivo de que me casé en Wyoming. Jamás he estado en Idaho, ni siquiera he pensado en Idaho. Sólo pretendo explicarme por qué estás tan confundida. Tu acusación no tiene absolutamente nada que ver conmigo.

—Judíos.

—Estaba volviendo a citar a mi Abuelo.

—¿El odiaba a los judíos?

—No, no, no. Admiraba a muchos de ellos.

—Pero de todos modos quería ponerlos en campos de concentración. ¿No es cierto?

El origen de esta ponzoñosa tergiversación se hallaba en una de las remembranzas planteadas en la Capilla: en cierta ocasión, paseaba con el Abuelo en su coche, un domingo por la mañana, en Midland City, Ohio. Yo era un niño. El,

y no yo, se burlaba de todas las religiones organizadas.

Recuerdo que cuando pasamos frente a una Iglesia Católica, me dijo lo siguiente: «¿Crees que tu papá es un buen químico? Ahí están convirtiendo galletas saladas en carne. ¿Puede tu padre hacer eso?»

Cuando pasamos frente a una Iglesia de Pentecostés, afirmó: «Los gigantes mentales ahí reunidos creen en cada una de las palabras incluidas en un libro compilado por un montón de predicadores 300 años después del nacimiento de Cristo. Espero que, cuando crezcas, no serás tan tonto como para creer en todas las palabras impresas.»

A propósito, más tarde me enteraría de que la mujer con la que mi padre se relacionó cuando yo asistía a la escuela de segunda enseñanza, aventura que lo llevó a saltar por una ventana, correr con los pantalones a la altura de los tobillos, ser mordido por un perro, enredarse en un tendedero de ropa, etcétera, era miembro de esa congregación protestante.

Lo que el Abuelo dijo esa mañana con respecto a los judíos era en realidad otra broma relacionada con el cristianismo. Él tuvo que explicarme, tal como yo lo hice después con Kimberley, que la Biblia consiste en 2 obras independientes, el Nuevo Testamento y el Antiguo Testamento. Los judíos piadosos creen únicamente en lo que se supone que constituye su propia historia, el Antiguo Testamento, mientras que los cristianos toman en serio ambos libros.

«Compadezco a los judíos, porque intentan ir por la vida con sólo media Biblia», exclamó el Abuelo.

Y añadió: «Es como tratar de trasladarse desde aquí hasta San Francisco con un mapa de carreteras que terminara en Dubuque, Iowa.»

Ya estaba enojado.

—¿Por casualidad le dijiste a la Junta Directiva que yo había dicho esas cosas? ¿Es ésa la razón de que quieran verme? —le pregunté a Kimberley.

—Quizá —me contestó. Se estaba portando amable. En ese momento, pensé que su respuesta era estúpida. Sin embargo, era verdadera. Los Directivos tenían muchos otros asuntos que discutir conmigo, aparte de los malentendidos provocados por mi conferencia de la Capilla.

Me pareció ser un tanto repulsiva o como digna de lástima. Ella se consideraba a sí misma una heroína y a mí ¡una víbora! Ahora que ya me había dado cuenta de la causa por la cual había subido al campanario, trataba de demostrarme que estaba orgullosa y carente de miedo. Y es que ignoraba que una vez arrojé a un hombre, casi tan grande como ella, desde un helicóptero en vuelo. ¿Qué me impedía empujarla a través de una ventana de la torre? Me cruzó por la mente el pensamiento de hacerlo. ¡Me sentía tan ofendido! ¡Eso le enseñaría a no insultarme!

El hombre al que arrojé desde el helicóptero me había escupido en la cara y mordido una mano. Me vi precisado a enseñarle que no debía ofenderme.

Me pareció un ser digno de lástima, porque era una mentecata que pertenecía a una brillante familia y pensaba que al fin ella también había hecho algo brillante, a saber, obtener pruebas por utilizar en contra de alguien cuya forma de pensar resultaba criminal. Yo aún no sabía que su padre, beneficiario de la Beca Rhodes y miembro de la prestigiada sociedad estudiantil Phi Beta Kappa de Princeton, le había encomendado esta labor. Creí que ella se había dado cuenta de la convicción de su padre, a menudo expresada en sus columnas periodísticas y en la TV, y sin duda también en el hogar, de que algunos profesores que odiaban en secreto a su país, estaban haciendo que la juventud perdiera la fe en el futuro y la capacidad de liderazgo de la nación.

Supuse que, por iniciativa propia, ella había decidido descubrir a uno de tales villanos y conseguir que lo despidieran, demostrando así que no era tan estúpida, después de todo, y que en realidad era digna hija de su padre.

Me equivoqué.

—Kimberley, esto es ridículo —le dije, en lugar de lanzarla por la ventana.

Me equivoqué.

—Está bien, aclaremos esto de inmediato —agregué.

Me equivoqué.

Entraría con paso firme en la reunión de los Directivos enderezando los hombros y resplandeciendo de legítima indignación: yo era el profesor más popular del campus y el único miembro del cuerpo docente que había recibido condecoraciones en la Guerra de Vietnam. Empero, esa fue precisamente la razón

por la cual me quitaron el empleo. Quizá, ellos mismos no estuvieron del todo conscientes del verdadero motivo del despido: yo poseía un conocimiento personal de la desgracia encarnada por la Guerra de Vietnam.

Ninguno de los Directivos había participado en ese conflicto bélico, ni tampoco el padre de Kimberley, y ninguno de ellos habría permitido que sus hijos hubiesen sido enviados a Indochina. Desde luego, al cruzar el lago, en la prisión y abajo en el pueblo, había muchos hijos de individuos anónimos que sí habían sido mandados al frente de batalla.

Sólo me topé con dos personas al cruzar el Patio en dirección al Salón Samoza. Una de ellas era la profesora Marilyn Shaw, jefa del Departamento de Ciencias Naturales. Ella era, aparte de mí, el único miembro del cuerpo docente que había participado en Vietnam. Se había desempeñado ahí como enfermera. La otra persona era Norman Everett, un viejo jardinero del campus, al igual que mi Abuelo. Tenía un hijo que había quedado paralítico de la cintura hacia abajo, como resultado del estallido de una mina en Vietnam; este individuo permanecía internado en un hospital de La Administración de Veteranos situado en Schenectady.

Los alumnos que se iban a graduar, sus familias y el resto de los profesores almorzaban en el Pabellón. Cada uno de ellos saboreaba una langosta que había sido hervida viva.

Nunca consideré la posibilidad de conquistar a Marilyn, aunque era razonablemente atractiva y libre de compromisos. Ignoro por qué no lo hice. Quizá, existía una especie de tabú contra el incesto, porque nos hermanaba el hecho de haber estado en Vietnam.

Ella ya murió. Fue enterrada junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol. Evidentemente, la despachó una bala perdida. ¿Quién, en sus cabales, se hubiera atrevido a asesinarla?

Ahora que la recuerdo, me pregunto si no estuve enamorado de ella, a pesar de que evitábamos hablarnos cuanto fuera posible.

En realidad, debería incluirla en una lista muy breve: la integrada por todas las mujeres que amé. Ahí aparecerían Marilyn y Margaret, durante los primeros 4 años de nuestro matrimonio, antes de que yo regresara a casa enfermo de gonorrea. También quise mucho a Harriet Gummer, la corresponsal de guerra de *The Des Moines Register* quien, según supe, se embarazó durante nuestro encuentro amoroso en Manila. Creo que sentí algo que podríamos llamar amor por Zuzu Johnson, cuyo marido fue crucificado. Y entablé una amistad profunda, completamente recíproca y multifacética, con Muriel Peck, quien atendía la barra

del Café del Gato Negro el día que me despidieron y, más adelante, se volvió miembro del Departamento de Inglés.

Fin de la lista.

Muriel también fue enterrada junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Harriet Gummer también falleció, pero en otro sitio, en Iowa.

¡Oigan, chicas, espérenme, espérenme!

No pretendo batir ningún récord mundial en materia del número de mujeres a las que hice el amor, las haya amado o no. Que yo sepa, el récord establecido por Georges Simenon, el escritor francés de obras de misterio, seguirá siendo insuperable. De acuerdo con el obituario publicado en *The New York Times*, copuló con 3 mujeres diferentes cada día, durante años y años.

Marilyn Shaw y yo no nos conocimos en Vietnam, pero tuvimos ahí un amigo común, Sam Wakefield. Más tarde, él nos contrató a ambos como empleados del Tarkington y, después, se suicidó por razones desconocidas incluso para él, a juzgar por la nota plagiada que dejó en su mesita de noche.

Él y su esposa, quien se convertiría en el Decano de las Mujeres del Tarkington, dormían en ese entonces en alcobas separadas.

En mi opinión, Sam Wakefield salvó la vida de Marilyn y la mía, antes de quitarse la suya propia. Si no nos hubiera ofrecido empleo a ambos en el Tarkington, donde nos volvimos muy buenos maestros de los alumnos de lento aprendizaje, no sé qué hubiese sido de nosotros 2. El día en que ocurriría mi despido, cuando nos cruzamos en el Patio, cual dos barcos en la noche, yo era, increíblemente, Profesor de Física de Tiempo Completo y en ejercicio, y ella una profesora de Ciencias Naturales de Tiempo Completo y en ejercicio.

Cuando todavía ejercía el magisterio aquí, le pregunté a GRIOT^{MR}, el juego de computadora más popular del Pabellón Pahlavi, qué me hubiera pasado después de la guerra en el caso hipotético de que no hubiese ocurrido lo que en verdad sucedió. Para jugar GRIOT^{MR}, hay que informar a la computadora sobre la edad, raza, nivel de educación, situación actual, uso de drogas, etcétera, de una persona. El individuo en cuestión no debe ser forzosamente real. La máquina no pregunta si el sujeto es real o no. No le interesa nada. En especial, no le importa

herir los sentimientos de la gente. La alimentas con datos detallados de una vida, real o imaginaria, y ella desembucha una historia que versa sobre aquello que podría ocurrirle al ente involucrado. Dicha historia se basa en lo que le ha sucedido a individuos reales que comparten las mismas especificaciones generales.

GRIOT^{MR} no funciona si carece de cierta información. Por ejemplo, cuando ignora la raza, aparecen en pantalla las palabras «origen étnico» y la máquina queda inmóvil. Si desconoce esa característica, no puede continuar. Lo mismo es válido para la variable «educación».

Yo no hice del conocimiento de griot^{mr} que había conseguido un buen empleo en el Tarkington. Solamente le ofrecí detalles de mi vida transcurrida hasta el final de la Guerra de Vietnam. La máquina sabía todo lo concerniente a esa guerra y al tipo de veteranos que dicho conflicto armado había producido. Me describió como un caso perdido, con base en la duración de mi estancia en Vietnam, creo. Como un sujeto alcohólico que suele golpear a su esposa y vagar por los Barrios Bajos.

Si hoy día tuviera acceso a GRIOT^{MR}, le preguntaría qué le habría pasado a Marilyn Shaw en el caso de que Sam Wakefield no la hubiese rescatado. Pero los reos prófugos destruyeron el único juego que había en el Pabellón, justo después de que les mostré cómo funcionaba.

Aborrecieron la máquina, y no los culpo por ello. Me arrepentí de haberles hecho saber de su existencia. Uno a uno la alimentaron con información referida a su raza, edad, antecedentes familiares (cuando los sabían), el nivel educativo alcanzado, las drogas de su predilección, y así sucesivamente, y GRIOT^{MR} sentenció su envío directo a la cárcel para cumplir largas condenas.

No tengo idea de cuánto podía saber el GRIOT^{MR} de aquel entonces sobre las enfermeras que trabajaron en Vietnam. Los fabricantes del juego se han jactado siempre de que ningún programa distribuido en el mercado ha tenido una antigüedad mayor a los 3 meses y que, por tanto, la información concerniente a las experiencias en verdad vividas por este tipo o aquel tipo de persona, resulta del todo actualizada en el momento de adquisición del programa. Supuestamente, los programadores ponen al día el juego GRIOT^{MR} incluyendo de modo constante las novedades en materia de plomeros, pedicuros, refugiados vietnamitas, espaldas mojadas de México, narcotraficantes, paralíticos y de cualquier sujeto imaginable que habite dentro de los límites continentales de Estados Unidos y Canadá.

Ahora, existen ciertas sospechas sobre el grado de actualización del GRIOT^{MR}, porque la Parker Brothers, la compañía que creó el programa, ha sido comprada por coreanos. Los nuevos dueños están trasladando el proceso completo de manufactura a Indonesia, en donde los costos de la mano de obra son casi inexistentes. Dicen que se mantendrán al tanto de la información estadounidense vía satélite.

Lo dudo.

No necesito ninguna ayuda de GRIOT^{MR} para saber que Marilyn Shaw padeció una guerra mucho más cruda que aquella por mí sufrida. Cada uno de los soldados con los que tuvo que tratar estaban heridos y todos pretendían que ella realizara algo que a menudo resultaba imposible: el volver a hacer de ellos sujetos intactos, indemnes, ilesos.

Me enteré de que era divorciada, de que su exmarido se había vuelto a casar mientras ella todavía permanecía en Vietnam y de que eso no le había importado. Es probable que Marilyn y Sam Wakefield hayan sido amantes en ese entonces. Nunca indagué al respecto.

Parecía factible. Después de la guerra, él la buscó y la encontró asistiendo a un curso de Ciencias de la Computación en la Universidad de Nueva York. Ya no quería ser enfermera. Él le dijo que tal vez le convendría desempeñarse como profesora. Ella le preguntó si existía un grupo de Alcohólicos Anónimos en Scipio y él le contestó que sí.

Después de que él se suicidó, Marilyn, la profesora Shaw, estuvo fuera de circulación durante una semana.

Como desapareció, me encomendaron la tarea de buscarla. La hallé en el centro del pueblo, borracha y dormida en una mesa de billar situada en la trastienda del Café del Gato Negro. Estaba babeando sobre el paño. Una de sus manos descansaba en la bola blanca, como si hubiese querido arrojarla contra algo en el momento en que fuera a recuperar la conciencia.

Que yo sepa, nunca más volvió a embriagarse.

De todas maneras, el GRIOT^{MR} de los viejos tiempos, de la época anterior a que los coreanos se hubiesen comprometido a hacer de la Parker Brothers una empresa mezquina en suelo indonesio, no presentaba jamás la misma biografía cada vez que uno le informaba de cierto conjunto de características. Como la vida

misma, ofrecía gran variedad de posibilidades, desembuchando conclusiones fundamentadas en las probabilidades existentes de ganar o perder.

Después de que GRIOT^{MR} ya me había ubicado en los Barrios Bajos, le di otra oportunidad. Esta vez, me fue un poco mejor, pero no tan bien como me estaba yendo en la vida real. La máquina vaticinó que permanecería en el Ejército y me convertiría en instructor, infeliz y aburrido, de West Point. Que perdería a mi esposa y sería alcohólico (cuestiones, ambas, que ya había señalado en la ocasión anterior). Que tendría una serie de amigas que pronto se hartarían de mí y de mis depresiones. Y que moriría de cirrosis hepática (sentencia emitida por segunda vez).

Sin embargo, GRIOT^{MR} no formuló muchas opciones diferentes de aquella de la cárcel para los presos fugados. En los casos en que aludió a la libertad condicional, sólo lo hizo para de inmediato volver a poner tras las rejas al excondenado.

Lo mismo sucedía si se le informaba al GRIOT^{MR} que el pájaro enjaulado era Hispano. Se expresaba con un poco más de optimismo respecto de los Blancos, siempre que supieran leer y escribir, que nunca hubieran estado en un hospital psiquiátrico y que jamás hubiesen sido Despedidos Deshonrosamente de las Fuerzas Armadas. En caso contrario, su destino era similar al de los Negros e Hispanos.

En opinión de GRIOT^{MR}, los bichos salvajes de los reclusorios eran los Orientales y los Indios estadounidenses.

Cuando la Suprema Corte anunció la decisión de separar a los presos de acuerdo con su raza, muchas jurisdicciones no disponían de suficientes criminales que fueran Orientales o Indios estadounidenses para que resultase viable económicamente el establecimiento de instituciones independientes. Por ejemplo Hawai, tenía sólo 2 Indios estadounidenses en cautiverio, Wyoming, el estado natal de mi esposa, tenía sólo un Oriental.

En tales circunstancias, dijo la Corte, los Orientales y/o los Indios debían considerarse Blancos honorarios y ser tratados como corresponde.

Sin embargo, este estado está lleno de ellos; en particular, después de que los Indios comenzaron a amasar fortunas libres de impuestos, contrabandeando drogas a través de la frontera con Canadá por veredas ignotas. Por tal motivo, los

Indios cuentan con su propia prisión, ubicada en el lugar que sus antepasados llamaban «Castor de Trueno» y que nosotros denominamos «Cataratas del Niágara». Los Orientales tienen la suya en Deer Park, Long Island, convenientemente localizada, pues dista sólo 50 kilómetros de sus plantas procesadoras de heroína, sitas en el Barrio Chino neoyorquino.

Cuando 1 se atreve a pensar en la inmensidad del negocio ilegal de estupefacientes en este país, se ve 1 precisado a sospechar que casi todos los habitantes se la pasan drogados permanentemente, tal como yo lo haría durante los dos últimos años de la escuela de segunda enseñanza, tal como lo hacía el General Grant en la Guerra Civil y tal como lo hacía Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial.

Así que Marilyn Shaw y yo nos cruzamos en el patio cual barcos en la noche. Sería nuestro último encuentro en ese lugar. Sin que ninguno de los dos hubiese sabido que se trataba del último encuentro, ella me dijo algo muy conmovedor. Sus palabras se derivaron de la conversación exploratoria sostenida en el cóctel de bienvenida ofrecido al cuerpo docente hace mucho tiempo.

En esa ocasión le conté la manera en que había conocido a Sam Wakefield en la Feria de la Ciencia de Cleveland, y cuáles eran las primeras palabras que él me había dirigido. Ahora, al precipitarme hacia mi destino, ella repetía tales palabras: «¿Cuál es la prisa, Hijo?»

El Presidente de la Junta directiva que me despidió hace 10 años fue Robert W. Moellenkamp, oriundo de West Palm Beach, egresado del Tarkington y padre de 2 tarkingtonianos, 1 de los cuales había sido alumno. Da la casualidad de que él se hallaba al borde de perder su fortuna, que no era más que papel, en la Microsecond Arbitrage Incorporated. Los estafadores afirmaban que estaban comprando con avidez todas las gangas en materia de alimentos, vivienda, prendas de vestir, combustible, medicinas, materias primas, maquinaria, etcétera, antes de que la gente que en realidad necesitaba esos bienes se diera cuenta de su existencia. Luego, las computadoras de la compañía conseguirían, supuestamente, que las personas que en verdad necesitaban tales productos compitieran entre sí por la obtención de los mismos, lo que redundaría en enormes beneficios para los inversionistas. Todo ello podría llevarse a cabo, presuntamente, con el dinero de los clientes de la Microsecond, porque sus computadoras estarían conectadas vía satélite con los mercados ubicados en cada rincón del mundo.

Resultó que las computadoras no estaban conectadas sino entre sí y con los clientes ingenuos, como el Presidente de la Junta del Tarkington. Este último se elevaba tan alto como una cometa cuando aparecían en su impresora las descripciones de los brillantes negocios efectuados en lugares tales como la Tierra del Fuego, Uganda y sólo Dios sabe cuáles otros. En ese contexto optimista, acordó con la Vaca Sagrada del Conservadurismo estadounidense, Jason Wilder, que había llegado el momento de despedirme. La Microsecond Arbitrage era su polvo de ángel, su LSD, su heroína, su tarro de vino Thunderbird, su cocaína.

Yo mismo he sido adicto a las mujeres mayores y las amas de casa. El abogado que me asignó la Corte afirma que dicha adicción constituye el germen de algo que podríamos desarrollar y convertir en un pretexto creíble para alegar locura. Lo que más le asombró fue enterarse de que yo nunca me he masturbado.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—El padre de mi madre me hizo prometer que nunca lo haría, porque eso me volvería un ser demente y perezoso —respondí.

—¿Y le creíste? —indagó. El abogado sólo tiene 23 años; se trata de un sujeto recién desempacado de Syracuse.

—Asesor, en estos tiempos vertiginosos, en que el progreso muestra una excitación extrema, los abuelos están condenados a equivocarse en casi todo —repuse.

Robert W. Moellenkamp aún no sabía que él, su esposa y sus hijos estaban tan arruinados como cualquier condenado de Athena. De modo que cuando entré en el Salón de la Junta, allá en el año de 1991, se dirigió a mí con el tono propio del estadista que suele emplear el prudente protector de un noble legado. Saludó con la cabeza a Jason Wilder, que en ese entonces era simplemente un padre de familia del Tarkington, no un miembro de la Junta. Wilder estaba sentado en el extremo opuesto de la larga mesa ovalada, y armado con un fólter de papel de Manila, una grabadora, varias cintas y una cámara fotográfica. Desde luego, yo ya sabía quién era él y de qué modo funcionaba su mente, pues había leído su columna periodística y visto en alguna ocasión su programa de TV. Pero nunca nos habíamos encontrado frente a frente. Los miembros de la Junta, ubicados a ambos lados de la mesa, se habían amontonado con objeto de dejarle espacio suficiente para que llevase a cabo algún tipo de demostración.

Era la única celebridad. Quizá la única verdadera celebridad que haya pisado el Salón de la Junta.

Asimismo, se hallaba presente otro individuo no perteneciente a la Junta. Se trataba del Director del Colegio, Henry «Tex» Johnson, a cuya esposa Zuzu, como ya lo comenté, solía hacerle el amor cuando él se ausentaba del hogar por cualquier cantidad de tiempo. Zuzu y yo habíamos terminado con nuestra relación aproximadamente un mes antes, pero aún nos hablábamos.

—Por favor, toma asiento, Gene —dijo Moellenkamp—. El señor Wilder, quien supongo que sabes que es el padre de Kimberley, tiene una historia perturbadora que quisiera contarte.

—Ya veo —respondí, actuando como un buen soldado obediente. Deseaba mantener el empleo. Éste era mi hogar. Cuando llegara el momento, quería retirarme y, después, que me sepultaran aquí. Tuve tales anhelos antes de que se volviese evidente que los glaciares se desplazaban hacia el sur, motivo por el cual cualquiera que estuviese enterrado aquí, incluyendo a la gavilla de criminales inhumados cerca del establo y bajo la sombra de la Montaña Mosquete, iría a dar a

la larga a Pennsylvania o a Virginia Occidental. O a Maryland.

¿En dónde más podría convertirme en Profesor de Tiempo Completo, o en maestro universitario de cualquier rango, sin contar con otra que la Licenciatura en Ciencias de West Point? Ni siquiera se me permitiría ejercer el magisterio en escuelas de primera y segunda enseñanza, porque nunca había asistido a los cursos pedagógicos indispensables para hacerlo. A mi edad, que en ese entonces era de 51 años, ¿quién desearía contratarme, especialmente si se consideraba que llevaba a cuestas una esposa y una suegra dementes?

—Creo que ya sé la mayor parte de la historia, damas y caballeros. Acabo de hablar con Kimberley y ella me describió el panorama que ha dado lugar a la realización de esta reunión —afirmé, dirigiéndome a los Directivos y a Jason Wilder—. Al escuchar los cargos que ella tiene contra mí, sólo me queda esperar que no se haya perdido de vista lo que ustedes mismos han aprendido de mi persona durante los 15 años de fiel servicio que he prestado al Tarkington. Dentro de la misma Junta, hay varios individuos que podrían dar testimonio de mi solvencia moral. Además, existe la posibilidad de hacer comparecer a padres de familia y estudiantes. Escójanlos al azar. Ustedes saben, al igual que yo, que hablarán bien de mi persona. Por otra parte, quiero decir que es para mí un honor conocerlo en persona, señor Wilder. Leo sus columnas y veo su programa de TV con regularidad. He comprobado que todos sus comentarios son dignos de consideración, y lo mismo opinan mi esposa y su madre, ambas inválidas.

Deseaba traer a cuento la enfermedad de las personas que dependían de mí, por si acaso Wilder y uno que otro directivo no estaban al corriente de ello.

En realidad, no hice sino expresar mentiras bien gordas. A pesar de que Margaret y su madre eran aficionadas a la lectura (una le leía a la otra, por turnos, echando mano de una linterna y bajo una tienda de campaña que levantaron dentro de la casa, edificada con colchas, sillas y lo que fuera), nunca se interesaron en los diarios. Tampoco les gustaba la televisión, excepto *Plaza Sésamo*, programa dirigido supuestamente a los niños. Que yo sepa, la única vez que vieron a Jason Wilder en la pantalla chica, mi suegra comenzó a bailar, porque creyó que se trataba de un músico moderno.

Cuando hablaba alguno de los invitados al programa, Mildred se quedaba inmóvil. Sólo cuando Wilder expresaba sus ideas, ella comenzaba a bailar.

Desde luego, no pensaba narrar este incidente.

—Antes que nada quiero mencionar que siento gran admiración, profesor Hartke, por su magnífico desempeño en la Guerra de Vietnam —dijo Wilder—. Si el pueblo estadounidense no hubiera perdido su valor y si no hubiese dejado de apoyar esa causa, viviríamos en un mundo muy diferente y mucho mejor, sobre todo en lo que respecta a Asia. Tengo conocimiento también de la amabilidad y comprensión que ha mostrado ante su esposa y su suegra, actitud a la que me gustaría aplicar el mismo elogio ganado por su conducta en Vietnam: «cumplimiento más allá del deber.» Así que me apena el tener que advertirle que la historia que estoy a punto de contarle quizá no sea tan fácil de refutar como lo ha llevado a creer mi hija.

—Cualquier cosa que sea, señor, escuchémosla —repuse.

Y así lo hizo. Dijo que varios de sus amigos habían estudiado o enviado a sus hijos al Tarkington, razón por la cual estaba favorablemente impresionado con el éxito alcanzado por la institución en la enseñanza de los jóvenes de lento aprendizaje, mucho antes de que nos confiara a su hija. Un ujier y una dama de honor de su boda, agregó, obtuvieron en Scipio el grado de Bachiller en Artes y Ciencias. El ujier había llegado a ocupar el cargo de Embajador en Islandia. La dama de honor se hallaba en la Junta de Directores de la Orquesta Sinfónica de Chicago.

Consideraba que las técnicas no convencionales del Tarkington resultarían de gran utilidad en las escuelas sobrepobladas del país, y planeaba difundir dicha idea después de haber conocido un poco mejor las técnicas en cuestión. A propósito, la proporción de maestros a estudiantes en el Tarkington era de 1 a 6, y en las escuelas sobrepobladas, de 1 a 65.

Recuerdo que en ese entonces había una gran campaña en favor de que los japoneses compraran las escuelas públicas, tal como estaban adquiriendo cárceles y hospitales. Pero ellos eran muy inteligentes. No deseaban acercarse, ni con una vara de 3 metros de largo, a planteles llenos de niños inoportunos, hijos de padres igualmente inoportunos.

Señaló que tenía el proyecto de escribir un libro sobre el Tarkington, el cual se llamaría «Un Pequeño Milagro en el Lago Mohiga» o «Enseñando lo No Enseñable». En consecuencia, envió un telegrama a su hija pidiéndole que siguiera a los mejores maestros, a fin de grabar qué decían y cómo lo decían.

—Deseaba enterarme de aquello que los hacía tan eficientes en su oficio,

profesor Hartke, sin que se dieran cuenta de que estaban siendo estudiados. Quería que continuaran comportándose tal como eran, con pelos y señales, con total naturalidad.

En ese momento, tuve conciencia de la finalidad de las cintas. Esas noticias escalofrantes explicaban la causa por la cual Kimberley se encontraba siempre al acecho, al acecho, al acecho. Wilder me concedió la oportunidad de preguntarle cuál de todas las cintas de Kimberley había alcanzado a oír. Presionó el botón de la grabadora que estaba frente a él y escuché mi voz diciendo a Paul Slazinger, en privado o al menos eso pensaba, que las dos monedas principales del planeta eran el Yen y la felación. Esta charla tuvo lugar tan al principio del año escolar, que las clases ¡aún no habían comenzado! Ocurrió durante la Semana de Orientación a los Alumnos de Nuevo Ingreso, donde aclaré a los miembros de la futura generación 1994 que los comerciantes y tenderos del pueblo preferían recibir yenes japoneses que dólares, de modo tal que les resultaría útil pedir a sus padres que les entregaran la mesada en yenes.

Asimismo, dije que nunca fueran al Café del Gato Negro, que los habitantes del pueblo consideraban su club privado. Se trataba de un sitio al cual podían acudir los aldeanos, sin que se les recordara cuan dependientes eran de los niños ricos de la colina. Esto último no lo conté a los novatos. Tampoco les advertí que ahí podrían encontrar a veces prostitutas que trabajan por su cuenta, las cuales habían constituido en el pasado la causa de epidemias de enfermedades venéreas en el campus.

Sólo expresé a los principiantes lo siguiente: «Los tarkingtonianos son más bienvenidos en cualquier lugar del pueblo, salvo en el Café del Gato Negro.»

Si Kimberley grabó ese buen consejo, su padre no lo reprodujo. Ni siquiera reprodujo el comentario de Slazinger, planteado durante un descanso para tomar café, que me estimuló a hablar sobre las 2 monedas de mayor aceptación en el planeta. El fue el enemigo que se infiltró en el Tarkington para instar a cometer actos ilícitos.

Según recuerdo, Slazinger preguntó: «¿Quieren que se les pague en yenes?» Era tan nuevo en Scipio como cualquier novato, y nos acabábamos de conocer. No había leído ninguno de sus libros y, que yo sepa, tampoco lo había hecho ninguno de los miembros del cuerpo docente. Fue elegido de último minuto como Escritor Residente, y fue escogido porque se encontraba solo y no tenía ninguna otra cosa que hacer. Nadie lo había invitado al evento en cuestión. ¡Era tan viejo, pero tan

viejo! Se había sentado entre todos aquellos adolescentes, como si hubiese sido un chico adinerado más que acababa de reprobado el Examen de Aptitudes Escolásticas. Sin embargo, era tan viejo que bien hubiese podido ser abuelo de los alumnos.

¡Había combatido en la Segunda Guerra Mundial! Así de viejo era.

De modo que le respondí: «Aceptan dólares, si no tienen otra opción; pero prepárate a llevarlos en una carretilla.»

Del mismo modo, quería saber si los comerciantes y tenderos aceptaban la felación. Utilizó una palabra vulgar para expresar el plural del término felación.

Sin embargo, la reproducción de la cinta comenzó justo después de eso, en el momento en que yo afirmaba, en son de broma por supuesto, aunque en la reproducción de la cinta no sonaba como tal, que el mundo entero estaba a la venta para cualquiera que tuviese Yenes o estuviera dispuesto a cometer felación.

Así pues, en el lapso de una hora, fui acusado en 2 ocasiones de un cinismo que pertenecía a Paul Slazinger, no a mí. Y él se encontraba en Key West, completamente fuera del alcance de cualquier castigo, disfrutando de un seguro contra el desempleo que se prolongaría por 5 años, la Beca para Genios de la Fundación MacArthur. Cuando me referí a los yenes y la felación, sólo trataba de parecer cortés con un desconocido. Estaba prestando atención a sus dudas, para hacerlo sentir como si estuviese en casa.

En aquellos tiempos, el profesor Damon Stern, jefe del Departamento de Historia y mi amigo más cercano en el Tarkington, hablaba tan mal de su propio país como lo hacíamos Slazinger y yo, y lo hacía justo en la cara de los estudiantes, en el salón de clases, día tras día. Yo acostumbraba asistir a su curso, donde me reía y aplaudía. La verdad puede ser tremendamente divertida, sobre todo si se relaciona con la codicia y la hipocresía. Kimberley debió haber grabado también lo que él decía, y debió haber reproducido esa cinta a su padre. Entonces, ¿por qué no despedían a Damon junto conmigo?

Supongo que eso no ocurrió en virtud de que él era un comediante y yo no. Él quería que los estudiantes salieran del salón de clases sintiéndose bien, no mal; por tal motivo, las atrocidades y estupideces que expresaba correspondían al pasado lejano. No quedaba otra cosa que el alumno pudiese hacer, salvo reírse, reírse, reírse.

En cambio, Slazinger y yo hablábamos sobre la última mitad del Siglo 20, en la cual ambos habíamos sido seriamente dañados, física y psicológicamente, y de la cual sólo podían reírse los sociópatas.

Yo también pude haber pasado como un hombre chistoso, si Kimberley se hubiera limitado a grabar lo que dije sobre los Yenes y la felación. Se trataba del típico comentario humorístico de actualidad en el Valle de Mohiga, a raíz de que los japoneses se habían hecho cargo de la prisión situada al otro lado del lago y de la creciente curiosidad de los nativos con respecto al valor relativo de las diferentes monedas nacionales. Los japoneses estaban dispuestos a pagar sus deudas locales

en dólares o Yenes. Tales adeudos correspondían a la adquisición de artículos de primera necesidad, de ferretería, de tocador, etcétera, todos ellos de bajo costo y requeridos de último minuto en la cárcel; en general, eran solicitados por teléfono. Ahora bien, las mercancías caras eran compradas al mayoreo con los propios proveedores de los japoneses, localizados en Rochester o aún más lejos.

De modo que la moneda japonesa había comenzado a circular en Scipio. Sin embargo, los administradores y guardias de la penitenciaría raramente eran vistos en el pueblo. Habitaban en barracas ubicadas al este de la cárcel, y sus vidas transcurrían de forma tan invisible para los moradores de esta parte del lago como aquéllas de los prisioneros.

A pesar de que los habitantes de esta parte del lago no mostraban ningún interés en la prisión antes de que ocurriera la fuga masiva, la gente solía estar contenta de que los japoneses se hubiesen hecho cargo de ella. Los nuevos propietarios habían arrancado casi de cuajo el derroche y la corrupción. Lo que ellos cobraban al gobierno estatal por aplicar las condenas de los prisioneros correspondía solamente a 75% de lo que el Estado solía pagarse a sí mismo por la prestación de idénticos servicios.

El diario local, *El Centinela del Valle*, envió a un reportero a la penitenciaría para que averiguara qué era lo que ellos estaban haciendo de manera diferente. Todavía utilizaban las cajas de acero montadas en la parte trasera de los camiones y transmitían viejos programas de televisión, incluyendo noticieros, durante las 24 horas del día. El cambio más importante residía en que, por primera vez en la historia de Athena, había desaparecido el consumo de drogas y en que los presos ricos ya no podían comprar privilegios. Tampoco era posible engañar o corromper a los guardias, porque entendían muy poco inglés, y no deseaban otra cosa que terminar su estancia de 6 meses en ultramar y regresar de nuevo a casa.

Un viaje de trabajo normal en Vietnam era 2 veces más largo y 1 000 veces más peligroso. ¿Quién podría culpar a las clases cultas que tenían conexiones políticas por haber permanecido en casa?

Una idea nueva introducida por los japoneses y que el reportero no mencionó consistía en que los guardias utilizaban tapabocas y guantes de látex cuando estaban de servicio, aunque se encontraran en los torreones o en la cumbre de las murallas. Desde luego, no lo hacían para evitar la diseminación de las infecciones, sino para asegurarse de que no llevarían ninguna de las repugnantes enfermedades de su repugnante trabajo de regreso a casa.

Cuando fui a trabajar allá, rehusé usar los guantes y el tapabocas. ¿Quién podría enseñarle nada a nadie luciendo semejante disfraz?

En consecuencia, ahora soy tuberculoso.

Cof, cof, cof.

Antes de que pudiera protestar ante los Directivos aclarándoles que nunca habría dicho lo que dije sobre los Yenes y la felación si hubiese sabido que existía la probabilidad más remota de que un estudiante me oyera, los ruidos de fondo de la cinta se modificaron. Me di cuenta de que estaba a punto de escuchar otro comentario mío en una locación distinta. Se distinguía con claridad el pop-pop-pop de las pelotas de Ping-Pong, y la voz de un jugador de naipes que preguntaba: «¿A quién le toca distribuir las cartas?» Alguien más pedía a otra persona que le llevara un helado de vainilla cubierto de chocolate derretido, pero sin nueces. Señaló que estaba a dieta. Se percibían retumbos semejantes a los producidos por una artillería distante, pero en realidad eran los ruidos resultantes de colisión de las bolas de boliche y que provenían del sótano del Pabellón Pahlavi.

¡Oh, no! ¿Por qué me embriagué esa noche en el Pabellón? Estaba fuera de control. Y fue una desgracia el que los estudiantes me hayan visto en tal condición. Me arrepentiré de ello toda mi vida. Cof.

El incidente tuvo lugar en una fría noche de fines de noviembre de 1990, 6 meses antes de que los directivos me despidieran. Estaba seguro de que no había ocurrido en diciembre, porque Slazinger se encontraba todavía en el campus, hablando abiertamente de cometer suicidio. Aún no había recibido la Beca para Genios.

Esa tarde, cuando regresé a casa al cabo de la jornada de trabajo, con el proyecto de hacer un poco de limpieza y preparar la cena, me encontré con un espantoso desorden. Margaret y Mildred, ambas ya locas en ese entonces, habían cortado en tiras las sábanas. En la mañana, las había lavado e iba a colocarlas en las camas esa noche.

Según ellas, habían construido una telaraña. Al menos, no era una bomba de hidrógeno.

Blancas tiras de algodón, cuyos extremos estaban unidos, se entrecruzaban de todas las maneras posibles en el vestíbulo y la sala. El poste de la escalera se hallaba conectado con la perilla interior de la puerta principal, esta última con el

candelabro colgante de la sala y así *ad infinitum*.

De todos modos, el día no había comenzado con buenos auspicios. Había encontrado desinflados los 4 neumáticos de mi Mercedes. Una pandilla de jóvenes malcriados del pueblo, intoxicados con alcohol o con quién sabe qué, habían aparecido durante la noche como Vietcongs y efectuado de nueva cuenta lo que llamaban «descorche». No sólo sacaron el aire de los neumáticos de cada uno de los coches caros que hallaron al aire libre dentro del campus, Porsches, Jaguares, Saabs, BMWs, etcétera, sino que también robaron las válvulas. Según supe, almacenaban tinajas repletas de válvulas de neumáticos, para demostrar la frecuencia con que practicaban el descorche. Y lo practicaban con mi Mercedes. Siempre lo practicaron con mi Mercedes.

Así que cuando quedé atrapado en la telaraña de Margaret y Mildred, mi sistema nervioso llegó casi al punto de sufrir una crisis. Yo era quien debía arreglar ese desorden. Quien debía rehacer las camas con otras sábanas, y quien debía comprar sábanas nuevas al día siguiente. Siempre me había gustado el quehacer doméstico, o al menos no me importaba tanto hacerlo como sí parecía importarle a la mayoría de las personas. ¡Pero éste era un trabajo que estaba más allá de los límites establecidos!

¡Había dejado tan limpia mi casa esa mañana! Y Margaret y Mildred no se estaban divirtiendo con mis reacciones hacia su telaraña. Se habían escondido en algún lugar donde no pudieran verme ni oírme. Esperaban que jugara con ellas a las escondidas, yo en el papel de «gallina ciega».

Algo estalló dentro de mí. Esta vez no iba a jugar a las escondidillas. No iba a limpiar la telaraña. No iba a preparar la cena. Esperaría el tiempo que fuese necesario a que salieran furtivamente de su escondite. Las dejaría que se preguntaran, tal como yo lo hice cuando me enredé en la telaraña, qué demonios había pasado con su seguro y benévolo Universo.

Salí a la noche fría, sin ningún rumbo predeterminado, salvo aquel que me permitiera entregarme al olvido. Me encontré de pronto frente a la casa de mi mejor amigo, Damon Stern, el cómico profesor de Historia. Durante su niñez transcurrida en Wisconsin, había aprendido a andar en monociclo. Después enseñaría a hacerlo a su mujer e hijos.

A pesar de que las luces estaban encendidas, no había nadie. Los 4 monociclos de la familia se hallaban a la vista, pero la cochera estaba vacía. A ellos

nunca los descorcharon. Eran inteligentes, pues tenían una de las últimas Pulgas Volkswagen que quedaban.

Sabía dónde guardaban el licor. Me serví un par de copas de bourbon, en compensación por la ausencia de la familia. Ya llevaba cerca de un mes sin haber ingerido una gota de alcohol.

Sentí que un torrente caliente corría en mi vientre. Salí de nuevo a la noche. Me di a la búsqueda de una mujer mayor que me hiciera sentir bien, al convertir su cuerpo y el mío en una sola bestia de 2 lomos.

Una alumna no funcionaría, y no porque ella no tuviese nada que hacer con alguien tan viejo y relativamente pobre como yo. Ni siquiera podía ofrecerle una mejor nota de la que en realidad merecía, porque las notas eran inexistentes en el Tarkington.

Pero, en todo caso, no habría deseado a una alumna. En situaciones desagradables, la única clase de mujer que me excita es la de edad madura, llena de dudas no sólo con respecto a sí misma sino también con respecto al valor de la vida. Aunque nunca la conocí personalmente, viene a mi memoria la fallecida Marilyn Monroe, tal como estaba unos 3 años antes de haberse suicidado.

Cof, cof, cof.

Si existe una Divina Providencia, debe haber también una de naturaleza malvada, siempre y cuando estés de acuerdo en que hacer el amor a una mujer desequilibrada que no sea tu esposa es un acto perverso. En mi opinión, si el adulterio es malévolo, entonces también lo es la comida, porque ambas cosas hacen sentir mucho mejor después de haberlas saboreado.

Así como una persona hambrienta sabe que en algún lugar no muy lejano alguien está cocinando un manjar delicioso, del mismo modo yo supe esa noche que en los alrededores se hallaba una mujer desesperada. ¡Tenía que haberla!

No podía tratarse de Zuzu Johnson. Su esposo estaba en casa, y ella había invitado a cenar a una pareja de agradecidos padres de familia que iban a donar un laboratorio de idiomas al colegio. Cuando se concluyera dicha instalación, los estudiantes podrían sentarse en cabinas a prueba de ruidos, y escuchar conversaciones en más de 100 idiomas y dialectos, grabados por locutores oriundos del país donde se habla la lengua que se desea aprender.

Las luces estaban encendidas en el estudio de escultura del Salón Norman Rockwell, el edificio de arte, la única estructura del campus que llevaba el nombre de una figura histórica y no el de la familia donante. Se trataba de otro regalo de los Moellenkamp, quienes tal vez consideraron que ya había muchas cosas con su nombre.

Se escuchaban zumbidos y retumbos provenientes del interior del estudio de escultura. Alguien había puesto en funcionamiento la grúa, haciéndola correr de atrás para adelante sobre su carrilera. Quienquiera que haya sido debía estar jugando, pues nunca nadie había creado una pieza de escultura tan grande que tuviese que ser transportada mediante la poderosa grúa.

Después de la fuga de la prisión, se dio una discusión entre los presos acerca de la posibilidad de colgar a alguien del aguilón y pasearlo de un lado a otro mientras moría estrangulado. No habían elegido a ningún candidato en particular. Pero, en ese momento, la Compañía de Luz y Fuerza del Niágara, que pertenecía a la Asociación Evangélica de la Iglesia de Unificación de Corea, cortó el suministro eléctrico.

Esa noche, fuera del Salón Rockwell experimenté una sensación similar a aquella cuando patrullaba en Vietnam. Así de aguzados tenía los sentidos. Así de rápido mi mente construía un panorama completo a partir de las claves más insignificantes.

Yo sabía que el estudio de escultura se cerraba con llave a las 18:30 hrs., pues había tratado de abrir la puerta muchas veces, con objeto de llevar a alguna amante a ese lugar. Al principio del semestre traté de conseguir una llave, pero los miembros del Departamento de Terrenos y Construcciones me hicieron saber que únicamente ellos y el Artista Residente del año en turno, la escultora Pamela Ford Hall, tenían acceso a la llave. Esto se debía a los actos de vandalismo que los estudiantes y los lugareños habían cometido el año anterior.

Habían desprendido la nariz y los dedos de varias réplicas de estatuas griegas y habían defecado en un recipiente de arcilla húmeda. Y demás cosas por el estilo.

De modo que debía ser Pamela Ford Hall quien movía la grúa de atrás para adelante. Y ese desplazamiento sin tregua tenía que relacionarse con sentimientos de infelicidad, y no con el transporte de una obra maestra. Ella no requería de una grúa, ni siquiera de una carretilla, pues trabajaba exclusivamente con poliuretano,

un material que casi no pesa. Además, se acababa de divorciar y no tenía hijos. También estaba seguro de que, como conocía mi reputación, me evitaba.

Me trepé a la plataforma de carga del estudio. Hice sonar mi puño contra la enorme puerta corrediza. La puerta era accionada por motor. Ella sólo tenía que presionar un botón para dejarme entrar.

La grúa detuvo su continuo ir y venir. ¡Era una señal esperanzadora!

Me preguntó a través de la puerta qué quería.

—Quiero asegurarme de que te encuentres bien ahí adentro —le contesté.

—¿A quién le importa si estoy bien o mal aquí adentro?

—A Gene Hartke.

Abrió la puerta sólo un poco y me miró, pero no habló. Luego, la corrió un poco más y pude ver que sostenía una botella descorchada de lo que resultó ser licor de zarzamora.

—Hola, soldado —saludó.

—Hola —repuse con mucho cuidado.

—¿Por qué tardaste tanto en llegar?

Sin duda, esa noche, me emborraché con Pamela e hicimos el amor. Más tarde, relaté todo lo que sabía sobre la Guerra de Vietnam a un puñado de estudiantes que se hallaban en el Pabellón Pahlavi. Y Kimberley Wilder grabó mis comentarios.

Nunca antes había probado el licor de zarzamora. Y no quiero volver a ingerirlo. Me hizo cosas malas. Provocó que llorara como un bebé por el asunto de la guerra. Algo que había jurado que jamás haría.

Si en este momento pudiera ordenar alguna bebida, pediría un delicioso Rob Roy en las Rocas, a saber, un cóctel de vermut con whisky escocés. Ésa es otra bebida que una mujer me hizo tomar por vez primera; ocasionó mi risa en lugar de mi llanto, así como que me enamorara de la dama en cuestión.

Eso sucedió en Manila, después de que el excremento llegó al aire acondicionado en Saigón. Ella era Harriet Gummer, la corresponsal de guerra oriunda de Iowa. Tuvo un hijo mío y nunca me lo dijo.

¿El nombre del vástago? Rob Roy.

Después de haber hecho el amor, Pamela me formuló la misma pregunta que Harriet me había planteado en Manila 15 años atrás. Se trataba de algo que ambas debían saber. Las 2 me preguntaron si había matado a alguien en la guerra.

Le respondí a Pamela lo mismo que le había contestado a Harriet: «Si yo fuera un avión de combate, y no un ser humano, habría pocos retratos de personas pintados sobre mí.»

Debí haberme ido directo a casa después de haber dicho aquello. Pero, en cambio, me dirigí al Pabellón. Necesitaba que una audiencia mayor escuchara esa gran frase mía.

Así que entré violentamente en el salón principal, donde un grupo de estudiantes estaban reunidos frente a la gran chimenea. Durante la fuga de la

prisión, la chimenea sería utilizada para asar carne de caballo y perro. Me coloqué entre los estudiantes y el hogar, de manera que no hubiese forma de que ellos pudieran ignorarme, y les dije: «Si yo fuera un avión de combate, y no un ser humano, habría pocos retratos de personas pintados sobre mí.»

Y continué con base en esa afirmación.

¡Estaba tan lleno de autocompasión! Eso fue lo que encontré insoportable cuando Jason Wilder reprodujo mis palabras. ¡Estaba tan borracho que actué como una víctima!

Las escenas de crueldad, estupidez y desperdicio inenarrables que describí esa noche no eran más atroces que los programas ultrarrealistas de TV sobre Vietnam, los cuales se habían convertido en clásicos del entretenimiento. Cuando referí a los estudiantes el episodio de la cabeza humana que descansaba en medio de las vísceras de un carabao, estoy seguro de que ellos pensaron que la cabeza era de cera y que las vísceras pertenecían a algún animal grande pero no necesariamente a un carabao de verdad.

¿Qué diferencia podría haber habido entre una cabeza real y una de cera, entre unas vísceras pertenecientes a un carabao y unas vísceras pertenecientes a otro animal grande?

Ninguna.

Una vez concluida la cinta, Jason Wilder se dirigió a mí en tono amable y razonable.

—¿Por qué demonios quería usted contar tales historias a los jóvenes, quienes deben amar a su país?

Deseaba tanto conservar mi empleo, y la casa incluida en el contrato laboral, que ofrecí una respuesta estúpida.

—Les estaba hablando de hechos históricos, y creo que había ingerido un poco de alcohol. En general, no bebo tanto.

—Estoy seguro —repuso—. Me han dicho que usted es un hombre con muchos problemas, pero que el licor no ha sido 1 de los más consistentes. Digamos que su aparición en el Pabellón constituyó una lección de historia bien intencionada de la cual perdió de modo accidental el control.

—Eso fue precisamente lo que sucedió, señor.

Sus manos de bailarina de ballet revoloteaban de acuerdo con la lógica de sus razonamientos, antes de volver a tomar la palabra. Era un colega pianista.

—En primer lugar, usted no fue contratado para impartir la cátedra de Historia. En segundo, los estudiantes del Tarkington no necesitan instrucciones adicionales en materia de sensaciones de derrota. No estarían aquí, si ellos mismos no hubieran experimentado una y otra vez el fracaso. En mi opinión, el milagro que ha venido ocurriendo en el Lago Mohiga desde hace más de un siglo ha sido lograr que los jóvenes que han fallado en repetidas ocasiones empiecen a pensar en la victoria, dejando de abandonarse a la desesperanza.

—Sólo sucedió una vez, y lo siento.

Cof. Sólo un cof.

Wilder sostuvo que él no consideraba profesor a un individuo que se mostraba tan negativo acerca de todo.

—A un sujeto semejante lo llamaría «antiprofesor» porque, en lugar de meter ideas en la cabeza de los alumnos, las extrae.

—Yo no sabía que me mostraba negativo acerca de todo —puntualicé.

—¿Qué es lo primero que los estudiantes ven cuando entran en la biblioteca?

—¿Libros?

—Todas esas máquinas de movimiento perpetuo —aclaró—. Ya vi la exhibición y el letrero instalado en la pared. No tenía idea de que usted fuera el responsable de ese letrero —señaló, refiriéndose a aquel que reza «LA COMPLICADA FUTILIDAD DE LA IGNORANCIA»—. Todo lo que puedo decirle es que no me gusta que mi hija ni que los hijos de otras personas vean un mensaje tan negativo cada vez que entran en la biblioteca.

—¿Qué tiene de negativo?

—¿Qué palabra es más negativa que aquella de futilidad?

—Ignorancia.

—¡Ahí tiene!

De alguna manera, le había proporcionado el argumento necesario para derrotarme.

—No le entiendo —comenté.

—¡Exacto! Es obvio que usted no comprende con qué facilidad se desanima el estudiante típico del Tarkington, cuan sensible es a las sugerencias de que ya no intente ser inteligente. La palabra futilidad significa: «Renuncia, renuncia, renuncia.»

—¿Y qué significa ignorancia?

—Si se coloca ese término en la pared y si se le da la importancia que usted le ha otorgado, se convierte en un horrible eco de lo que muchos tarkingtonianos escucharon antes de llegar aquí: «eres tonto, eres tonto, eres tonto.» Y es claro que no lo son.

—Nunca dije que lo fueran.

—Usted debilita la ya de por sí menguada autoestima de los estudiantes, sin darse cuenta de ello. También los desconcierta al emplear un sentido del humor propio de los cuarteles, pero sin duda inadecuado para una institución de enseñanza superior.

—¿Se refiere a lo que dije sobre los Yenes y la felación? Nunca lo hubiera dicho si hubiese sabido que algún estudiante podía escucharme.

—Me refiero al vestíbulo de la biblioteca.

—No creo que exista otra cosa en ese letrero que lo haya ofendido.

—No fui yo quien se ofendió, sino mi hija.

—Me rindo —confesé; no actué como un sujeto insolente, sino como 1 despreciable.

—El mismo día en que Kimberley le escuchó hablar sobre los Yenes y la felación, antes de que se iniciaran las clases, 1 de los estudiantes avanzados la condujo a ella y a otros novatos a la biblioteca, para informarles que los badajos ahí

colgados son penes petrificados. Sin duda, se trataba de una broma propia de soldados que el estudiante había escuchado en los labios de usted.

En esa ocasión, no tuve que defenderme. Varios de los directivos aseguraron a Wilder que el acto de contar a los principiantes que los badajos eran penes constituía una tradición previa a mi llegada al campus.

Esa fue la única vez que me defendieron, a pesar de que 1 de ellos había sido mi alumna, Madelaine Peabody de Astor, y de que 5 de ellos eran padres de discípulos míos. Madelaine me envió después una carta, dictada por ella, donde me explicaba que Jason Wilder había amenazado con denunciar al colegio en su columna periodística y en su programa de TV, si los directivos no me despedían. En consecuencia, no se atrevieron a salir en mi auxilio.

Me aclaró también que, al igual que Wilder, era católica romana, motivo por el cual se había escandalizado de mi afirmación, registrada en la cinta, de que Hitler era católico romano, y que los nazis pintaban cruces en sus tanques y aviones porque se autoconsideraban un ejército cristiano. Wilder reprodujo esa cinta justo después de haberse aclarado mi nula responsabilidad en la costumbre de contar a los novatos que los badajos eran penes.

De nuevo enfrentaba enormes dificultades por el mero hecho de repetir lo que otra persona había dicho. Esta vez, no se trataba de una idea de mi abuelo, ni de ningún otro individuo que estuviese fuera del alcance de los Directivos, como Paul Slazinger. Se trataba de algo que mi mejor amigo, Damon Stern, había sostenido en la clase de Historia un par de meses atrás.

Jason Wilder creía que yo era un antiprofesor, porque nunca había escuchado a Damon Stern. No obstante, Stern jamás se refirió a la espantosa verdad contenida en acciones humanas supuestamente nobles de tiempos recientes. Todo aquello que solía bajar de su pedestal había ocurrido, más o menos, antes de 1950.

Sucede que acudí a la clase donde planteó que Hitler era un devoto católico romano. Señaló algo de lo que no me había percatado antes, algo que en ese momento descubrí, algo que la mayoría de los cristianos se niegan a admitir: que la svástica nazi pretendía ser una versión de la cruz cristiana, a saber, una cruz construida con hachas. Stern explicó que los cristianos habían experimentado muchos problemas intentando negar que la cruz gamada era tan sólo otra cruz; según ellos, era un símbolo primitivo perteneciente al pantano primordial del

pasado pagano.

Y la condecoración militar nazi más importante era la Cruz de Hierro.

Y los nazis cubrían de cruces ordinarias todos sus tanques y aviones.

Supongo que salí del salón de clases un poco aturdido. ¿Y con quién creen que topé? En efecto, con Kimberley Wilder.

—¿Qué se dijo el día de hoy? —me preguntó.

—Que Hitler era cristiano —le contesté—. Que la svástica es una cruz cristiana.

Y ella registró eso en la cinta.

No delaté a Damon Stern con los Directivos. El Tarkington no era la Point. En esta última, la delación constituía un honor.

Asimismo, Madelaine estuvo de acuerdo con Wilder en otra cuestión, a saber, en que no debía haber asegurado a mis estudiantes de Física que los rusos, y no los estadounidenses, fueron los primeros en fabricar una bomba de hidrógeno lo suficientemente portátil para ser utilizada como arma: «Aunque eso sea cierto, cosa que no creo, qué te ganabas con afirmarlo.»

Además, me expuso en su carta que el movimiento perpetuo era posible, sólo se necesitaba que los científicos trabajaran con más empeño en lograrlo.

Sin duda, ella sufrió un retroceso intelectual después de haber aprobado los exámenes orales para la obtención del grado de Bachiller en Artes y Ciencias.

Acostumbraba a dictar mis clases de modo tal que cualquiera que creyera en la posibilidad del movimiento perpetuo, merecía ser hervido vivo como una langosta.

También era estricto en materia del Sistema Métrico. Había adquirido fama por volver la espalda a los estudiantes que mencionaban pies, libras o millas.

Odiaban que les hiciera eso.

Desde luego, no me atreví a continuar con esas costumbres pedagógicas en

la prisión ubicada al otro lado del lago.

De todos modos, en virtud de que la mayoría de los presos habían estado en el negocio de las drogas, y eran oriundos del Tercer Mundo o trataban con gente del Tercer Mundo, el Sistema Métrico les resultaba completamente familiar.

En lugar de delatar a Damon Stern como el autor de la afirmación de que los nazis eran cristianos, expliqué a los directivos que había escuchado esa idea en la Radio Pública Nacional. Dije que me apenaba el haberla transmitido a una estudiante.

—Debí haberme mordido la lengua —agregué.

—¿Qué tiene que ver Hitler con la Física o la apreciación musical? —preguntó Wilder.

Pude haberle contestado que quizá Hitler no sabía más de física que cualquiera de los miembros de la Junta Directiva, pero que sin duda amaba la música. Según me enteré, cada vez que una sala de conciertos era bombardeada, él ordenaba que la reconstruyeran inmediatamente, como un objetivo de máxima prioridad. Creo que, en realidad, escuché eso en la Radio Pública Nacional. Empero, preferí responder de otro modo.

—Si hubiera sabido que iba a perturbar a Kimberley tanto como usted dice que lo hice, me habría disculpado. Pero, no tenía ni idea de ello, señor. Ella nunca demostró su malestar.

Lo que me hizo flaquear fue el haberme dado cuenta de que me había equivocado al creer que estaba en familia ahí en el Salón de la Junta, que todos los tarkingtonianos, sus padres y los guardias me consideraban un tío. ¡Dios mío!

¡De cuántos secretos de familia me había enterado al paso de los años, sin nunca haberlos difundido! Mis labios estaban sellados. ¡Qué criado tan fiel había sido! Eso era todo lo que yo era para los Directivos y, probablemente, para los estudiantes.

No era un tío, sino un miembro de la Clase Servicial.

Me estaban liberando de mis obligaciones.

Los soldados son dados de baja; los trabajadores, despedidos; los sirvientes,

liberados de sus obligaciones.

—¿Me van a despedir? —pregunté con incredulidad al Presidente de la Junta.

—Lo siento, Gene —respondió—. Tenemos que liberarte de tus obligaciones.

El Director del colegio, Tex Johnson, no había dicho ni pío. Se veía enfermo. Supuse equivocadamente que había sido regañado por haberme dejado permanecer en el cuerpo docente el tiempo necesario para obtener la plaza. En realidad, lucía demacrado por razones más personales, que tenían mucho que ver con el entonces profesor Eugene Debs Hartke.

Se le había invitado a desempeñar el cargo de Director del Tarkington, después de que Sam Wakefield llevara a cabo el gran truco de suicidarse, cuando trabajaba en el Colegio Rollins de Winter Park, Florida, en donde había fungido como administrador. Henry «Tex» tenía el grado de Licenciado en Administración de Empresas, que le había otorgado el Tecnológico de Texas, sito en Lubbock, y afirmaba ser descendiente de un hombre que había muerto en El Álamo.

Dicho sea de paso, Damon Stern, a quien le gustaba sacar a la luz hechos históricos poco conocidos, me contó que la Batalla de El Álamo tuvo como causa la cuestión de la esclavitud. Los valientes que ahí murieron anhelaban separarse de México, porque en este último país la esclavitud era ilegal. Los secesionistas peleaban por el derecho de poseer esclavos.

Como la esposa de Tex y yo habíamos sido amantes, sabía que sus antepasados no eran texanos, sino lituanos. Su padre, cuyo apellido no era en absoluto Johnson, era el segundo de a bordo de un carguero ruso. Cuando el buque llegó a Corpus Christi, para ser reparado de emergencia, el lituano abandonó la embarcación, Zuzu me comentó que el padre de Tex no sólo era un inmigrante ilegal, sino además el sobrino del exjefe comunista de Lituania.

Mucho por El Álamo.

—¡Tex, por piedad, di algo! —imploré—. ¡Sabes bastante bien que soy el mejor maestro que tienen! No lo afirmo yo. ¡Los estudiantes lo dicen! ¿Van a traer a todo el cuerpo docente a comparecer ante esta Junta o yo soy el único? ¿Tex?

Miró directamente hacia adelante. Parecía que se había vuelto de cemento. ¡Vaya líder!

Formulé la misma pregunta al Presidente de la Junta, que aún ignoraba que la Microsecond Arbitrage había causado su pauperización.

—Bob... —comencé a hablar; pero él hizo una mueca de disgusto.

Entonces supliqué de nuevo, habiendo captado el mensaje de que era un sirviente y no un pariente.

—Señor Moellenkamp, usted sabe muy bien, al igual que todos los presentes, que se puede seguir con una grabadora al estadounidense más patriota y profundamente religioso, y demostrar después, al cabo de un año de haber registrado todos sus comentarios, que es un traidor peor que Benedict Arnold, y que es un adorador del Demonio. ¿Quién no dice cosas, distraídamente o dominado por la pasión del momento, que luego no se quieren ni recordar? Así que vuelvo a preguntar si yo soy el único al que están enjuiciando y de ser esto cierto ¿por qué?

Moellenkamp se quedó inmóvil.

—¿Madelaine? —me dirigí a Madelaine Astor, quien más tarde me enviaría una estúpida carta.

Me respondió que no le había gustado que les dijera a los estudiantes que había comenzado una nueva Edad de Hielo, aunque hubiera leído eso en *The New York Times*. Ése era otro de mis comentarios reproducidos por Wilder. Al menos, se relacionaba con la ciencia y, al menos, no se trataba de un planteamiento original de Slazinger, de mi abuelo Wills o de Damon Stern. Al menos, era algo realmente mío.

—Los estudiantes de esta escuela ya tienen suficientes preocupaciones —aclaró—. Sé que las tienen porque yo fui 1 de ellos.

Continuó diciendo que siempre había habido personas que intentaban volverse famosas pregonando el fin del Mundo, pero que éste no se había acabado.

Hubo movimientos de asentimiento a lo largo de toda la mesa. No creo que hubiese estado presente ninguna alma que supiera lo más mínimo sobre cuestiones científicas.

—Cuando yo fui tu alumna, predecías el fin del Mundo, sólo que por otra causa: los desechos atómicos y la lluvia acida. Sin embargo, aquí estamos. Me

siento bien. ¿No es verdad que todos nos sentimos bien? Así que, ¡fu! —concluyó la idea, encogiéndose de hombros—. Ahora bien, sobre lo demás, qué puedo decir, me apena el haberlo escuchado. Me provocó náuseas. Si tuviera que oírlo de nuevo, abandonaría la sala.

¡Válgame Dios! ¿Qué habrá querido decir con «lo demás»? ¿Qué asunto queda por tratar? ¿Acaso no he escuchado ya lo peor?

«Lo demás» estaba en el fólder de papel de Manila situado frente a Jason Wilder. He ahí a Manila, desempeñando de nuevo un papel importante en mi vida. Aunque, en esta ocasión, no había ningún Rob Roy en las Rocas.

El fólder contenía un informe elaborado por un detective privado, quien había sido contratado por Wilder para que investigara mi vida sexual. El informe abarcaba sólo los sucesos ocurridos durante el segundo semestre escolar, motivo por el cual no incluía el episodio del estudio de escultura. El polizonte registró 3 de las 7 citas posteriores que tuve con la Artista Residente, 2 con la empleada de una joyería que anotaba los pedidos de anillos de graduación y, tal vez, 30 con Zuzu Johnson, la esposa del Director. No pasó por alto nada de lo sucedido entre Zuzu y yo durante ese periodo. Sólo cometió un error de interpretación. Me refiero al incidente que tuvo lugar en el desván del establo, donde el Carillón Lutz estuvo almacenado antes de que se construyera un campanario y donde Tex Johnson fue crucificado hace 2 años. Trepé al desván en compañía de la tía de un estudiante. Ella era arquitecta y tenía interés en conocer las columnas y vigas de la construcción. El agente secreto supuso que habíamos hecho el amor allá arriba. No lo hicimos.

Ese día, hicimos el amor, pero mucho más tarde, en el cobertizo de las herramientas, anexo al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Pasaron unos 10 minutos para que pudiera enterarme del contenido del fólder de Wilder. Este individuo y otro par de sujetos querían seguir discutiendo el aspecto que en realidad les molestaba de mi persona, a saber: el daño que supuestamente estaba haciendo a los estudiantes. Salvo al Director del Colegio, mi promiscuidad sexual con las mujeres mayores sólo les interesaba como un recurso a la mano para despedirme, sin verse precisados a formular la pegajosa pregunta de si estaban violando o no mis derechos, de acuerdo con la Primera Enmienda de la Constitución.

El adulterio era el tiro de gracia que me dispararían, por así decirlo, una vez

que el escuadrón de fusilamiento ya me hubiera convertido en un queso suizo.

Para Tex Johnson, el lituano de clóset, el contenido del folder constituía algo más que un artilugio para quitarme el empleo. Se trataba de algo que lo humillaba más a él que a mí.

Por lo menos, el informe señalaba que mi relación con su esposa había terminado.

Se levanto. Pidió que le excusaran. Dijo que prefería no estar presente cuando los Directivos plantearan lo que Madelaine había llamado «lo demás».

Fue excusado y, en apariencia, iba a abandonar el recinto sin decir nada. Pero entonces, cuando una de sus manos había alcanzado ya la perilla de la puerta, pronunció dos palabras, las cuales forman el título de una novela de Gustave Flaubert. Dicha obra versa sobre una mujer que se aburría con su esposo, que tuvo una aventura amorosa excesivamente tonta y que luego se suicidó.

—*Madame Bovary* —dijo, y en seguida salió.

Era un cornudo en el presente y sería un crucificado en el futuro. Me pregunto si su padre se habría escapado del barco estacionado en Corpus Christi, si hubiera sabido el final tan desagradable que le esperaba a su único hijo en el contexto de la Libre Empresa estadounidense.

Yo había leído *Madame Bovary* en West Point. Todos los cadetes lo habían hecho, con objeto de demostrar a la gente culta que nosotros también éramos cultos. Jack Patton y yo la leímos al mismo tiempo para la misma clase. Después de hacerlo, le pregunté qué pensaba de ella y me respondió, por supuesto, que se tenía que reír como loco.

Dijo lo mismo acerca de *Otelo*, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*.

Confieso que hasta la fecha no he llegado a ninguna conclusión sólida sobre cuan inteligente o estúpido era en realidad Jack Patton. Lo cual me hace dudar sobre el significado de un regalo de cumpleaños que me envió durante la Guerra de Vietnam, poco antes de que un francotirador le dirigiera un hermoso disparo en Hué (se pronuncia «huey»). Se trataba de un ejemplar envuelto para regalo de una revista pornográfica llamada *Liguero Negro*. ¿Me lo obsequió por las fotografías de las mujeres desnudas que sólo lucen un liguero negro, o por la notable historia de ciencia ficción ahí incluida, «Los Protocolos de los Sabios de Tralfamadore»?

Pero volveré a esta cuestión más adelante.

No tengo idea de cuántos de los Directivos habían leído *Madame Bovary*. Dos de ellos se habrían visto obligados a que alguien se las leyera en voz alta. En consecuencia, no era el único en ignorar por qué Tex Johnson había dicho, con la mano en la perilla, «*Madame Bovary*».

Si yo hubiera sido Tex, creo que me habría retirado del campus lo más pronto posible y, quizá, ahogado en mis penas entre los no académicos del Café del Gato Negro.

Hasta ahí fui a dar yo esa tarde. Habría resultado divertido que ambos nos hubiésemos encontrado en el Café del Gato Negro como una pareja de camaradas hechos una cuba.

Imagínenme diciéndole a él o a él diciéndome a mí, totalmente ebrios: «Te quiero, sinvergüenza, ¿lo sabías?»

Uno de los Directivos tomó la palabra. Se trataba de Sydney Stone, de quien se decía que había amasado una fortuna de más de 1 000 000 000 de dólares en 10 cortos años, como resultado de las comisiones obtenidas por la venta de propiedades estadounidenses a extranjeros. Tal vez, su obra maestra haya sido la transferencia de la empresa en que mi padre prestaba sus servicios, la E. I. Du Pont de Nemours & Company, a manos de la I. G. Farben de Alemania.

—Hay muchas cosas que quizá podría perdonar, si alguien apuntara una pistola a mi cabeza, Profesor Hartke, no así lo que usted le hizo a mi hijo.

Él no era un tarkingtoniano, sino un egresado de la Escuela de Comercio de Harvard y de la Escuela de Economía de Londres.

—¿Fred? —pregunté.

—En caso de que no lo sepa —respondió—, sólo tengo un hijo en el Tarkington. No tengo ningún otro hijo en ningún otro lugar. Así que sólo tengo un hijo.

Es probable que ese «un hijo», sin verse precisado a mover «un dedo», será dueño «un día» de 1 000 000 000 de dólares.

—¿Qué le hice a Fred?

—Usted sabe lo que le hizo a Fred.

Lo que le hice a Fred fue sorprenderlo robando un tarro de cerveza con el logo del Tarkington de la librería del colegio. Lo que Fred Stone hizo estaba más allá del mero robo. Tomó el tarro del anaquel, simuló celebrar un brindis conmigo y el cajero, que era la única otra persona que estaba presente, y después se marchó.

Yo acababa de salir de una reunión sostenida por el cuerpo docente donde se había discutido, por enésima vez, el problema de los robos cometidos en el campus. El administrador de la librería nos informó que sólo existía otra tienda de una institución educativa que padeciera un porcentaje más alto de mercancías robadas, a saber, la Cooperativa de Harvard, localizada en Cambridge.

De manera que seguí a Fred Stone hasta el Patio. Se dirigía hacia su motocicleta Kawasaki, que se hallaba en el estacionamiento para estudiantes. Me le acerqué por detrás y le hablé en voz baja.

—Creo que deberías devolver ese tarro de cerveza al sitio del cual lo tomaste, Fred. Si no, podrías pagarlo —le dije amablemente.

—¿En serio? —respondió—. ¿Es eso lo que usted cree? —preguntó, haciendo añicos el tarro contra el canto de la Fuente Conmemorativa Vonnegut—. Si eso es lo que usted cree, entonces devuélvalo usted a su lugar.

Referí el incidente a Tex Johnson, quien me dijo que lo olvidara.

Pero, como yo estaba furioso, envié una carta que informaba del asunto en cuestión al padre del muchacho, aunque no recibí la respuesta sino el día de la reunión de la junta.

—No puedo perdonarle el que haya acusado a mi hijo de ladrón —explicó Stone.

Luego, citó a Shakespeare en nombre de Fred. Se suponía que yo debía imaginar que era Fred quien se dirigía a mí:

«Quien roba mi bolsillo, roba basura; es poco, nada... Era mío, ahora le pertenece al que lo hurtó y ha sido esclavo de miles... pero el que me despoja de mi buen nombre, me usurpa algo que no lo enriquece y que a mí en verdad me empobrece.»

—Si me equivoqué, señor, le pido que me disculpe —comenté.

—Demasiado tarde —repuso.

Había un Directivo de cuya amistad estaba plenamente seguro. Todas mis afirmaciones registradas en la cinta le habrían parecido graciosas e interesantes. Pero no estaba presente. Su nombre era Ed Bergeron, y habíamos sostenido un montón de charlas amenas sobre el deterioro del medio ambiente, los abusos de confianza en el mercado de valores y la industria bancaria, etcétera. En materia de pesimismo, siempre me superaba.

Su riqueza era tan antigua como la de los Moellenkamp, y se basaba en la propiedad atávica de campos petrolíferos, minas de carbón y ferrocarriles, que había vendido a los extranjeros a fin de poder dedicarse de tiempo completo al estudio y conservación de la naturaleza. Era Presidente de la Federación de Rescate de la Vida Agreste, y sus fotografías de la fauna salvaje de las islas Galápagos habían sido publicadas en la *National Geographic*. Además, esta revista le había concedido una portada, que utilizó para mostrar a una iguana marina que digería algas bajo los rayos solares, justo al lado de un pingüino enjuto que sin duda pensaba en cuestiones cotidianas completamente distintas de los sucesos verificados ese día.

Ed Bergeron no sólo era mi amigo incondicional, sino también un veterano de los debates televisados sobre el medio ambiente y conducidos por Jason Wilder. En esta biblioteca no he encontrado ninguna grabación de aquellas reñidas discusiones, pero solía haber una en la prisión. La transmitían casi cada 6 meses a través del circuito cerrado de TV, que se encontraba en permanente funcionamiento.

Recuerdo que, en ese programa, Wilder afirmaba que el problema de los partidarios de la conservación de los recursos naturales era que nunca consideraban los costos, en términos de empleos y estándares de vida, de la eliminación de los combustibles fósiles o de la reutilización de la basura (en lugar de depositarla en el mar), y así sucesivamente.

—¡Bien! Entonces puedo escribir el epitafio de este orbe, que alguna vez fue saludable y azul-verde —dijo Bergeron refiriéndose al planeta.

Wilder le concedió su arrogante, vulpina y condescendiente sonrisa.

—La mayor parte de la comunidad científica sostendría, si no me equivoco, que la redacción de un epitafio sería un acto prematuro por varios miles de años — aclaró. Ese debate se llevó a cabo unos 6 años antes de que yo fuera despedido, lo que nos conduce a 1985, e ignoro de qué comunidad científica estaba hablando. Todos los científicos de ese entonces, e incluso los quiroprácticos y pedicuros, no se cansaban de repetir que estábamos aniquilando con gran rapidez el planeta.

—¿Desea escuchar el epitafio? —preguntó Bergeron.

—Si no nos queda otra —contestó Wilder, sin dejar de sonreír—. Sin embargo, debo comentarle que usted no es la primera persona en asegurar que la raza humana ha llegado a su fin. Incluso en Egipto, antes de que se construyera la primera pirámide, existían hombres que ganaban adeptos diciendo: «Todo ha terminado.»

—Lo que resulta diferente en la actualidad, en comparación con Egipto, antes de que se edificara la primera pirámide... —empezó a explicar Ed.

—Y antes de que los chinos inventaran la imprenta y de que Colón descubriera América —interpuso Wilder.

—¡Exacto! —repuso Bergeron—. La diferencia consiste en que tenemos la desgracia de saber lo que realmente está sucediendo, que no es en absoluto divertido.

Y esto ha dado lugar a toda una nueva clase de farsantes narcisistas como usted que, estando bajo las órdenes de los ricos y desvergonzados contaminadores, sostienen que el estado de la atmósfera, del agua y del suelo, de los cuales depende todo tipo de vida, es tan discutible como la cuestión de cuántos ángeles pueden bailar en la superficie aterciopelada de una pelota de tenis. Estaba enojado.

Cuando este viejo programa fue transmitido en Athena, antes de que ocurriera la gran fuga, despertó un interés considerable. Lo miré y escuché en compañía de varios de mis estudiantes.

—¿Quién tiene la razón, Profesor, barba o bigote? —preguntó un discípulo.

Wilder usaba bigote; Bergeron, barba.

—Barba —contesté.

Ésa fue quizá la última palabra que le dirigí a un reo antes de que tuviera lugar la fuga, antes de que mi suegra decidiera que había llegado el momento de hablar sobre su gran lucio.

Según recuerdo, el epitafio que Bergeron escribió para el planeta, y que según él debía ser cincelado en grandes caracteres en una de las paredes del Gran Cañón a fin de que lo vieran los extraterrestres, era el siguiente:

PUDIMOS HABERLO SALVADO,

PERO FUIMOS DEMASIADO MALDITOS

Y DESPRECIABLES.

Cabe señalar que los vocablos «malditos» e «y» no fueron incluidos por Ed.

No he tenido noticias recientes de Ed Bergeron. Renunció a la Junta poco después de que fui despedido, lo cual evitó que se convirtiera en rehén de los convictos fugados. Habría sido interesante escucharlo hablar con y sobre este tipo particular de captor. Una cosa que solía decirme, y que explicó a mis alumnos en cierta ocasión, era que el hombre había encarnado el mal clima: los tornados, el granizo y las inundaciones. En ese orden de ideas, pudo haber manifestado que Scipio era Pompeya y los prófugos un flujo de lava.

No renunció a la Junta a causa de mi despido. Sufrió al menos dos tragedias personales, una justo después de la otra. Resulta que había heredado una empresa que producía toda clase de productos de asbesto, cuyo polvo demostró ser tan capaz de inducir la formación de tumores malignos como las demás sustancias cancerígenas ya identificadas, con la excepción del cemento epoxídico y ciertos desechos radiactivos depositados accidentalmente en el aire y los acuíferos que circundan a las fábricas de armas nucleares y las plantas de energía. Me contó que se sentía terriblemente mal por ello aunque nunca había puesto los ojos en ninguna de las instalaciones donde se elaboran dichas mercancías. Vendió la empresa a

cambio de casi nada, porque la compañía compradora, de Singapur, aprovechó todas las facilidades legales en la materia, adquiriendo además la maquinaria y los edificios, así como el inventario de materiales acabados, que era enorme e inutilizable en este país. Los propietarios de Singapur hicieron lo que Ed no se resignó a hacer, esto es, vender todas esas baldosas, láminas para cubrir techos, etcétera, a los nacientes países africanos.

Por otra parte, su hijo Bruce, perteneciente a la Generación 1985 del Tarkington, era homosexual y había ingresado a un conjunto de patinadores llamados «Los Casquetes Polares». Eso no le molestaba a Ed, quien comprendía que algunas personas nacían homosexuales y que no había nada por hacer al respecto. Además, a Bruce le hacía muy feliz el espectáculo del patinaje sobre hielo. No sólo era un buen patinador, sino también el mejor bailarín que haya habido en el Tarkington. Él acostumbraba visitarnos y, a veces, danzaba con mi suegra, únicamente por el placer de bailar. Decía que ella era la mejor pareja de baile que había tenido, y ella le devolvía el cumplido.

No le conté a mi suegra que, 4 años después de haber egresado del Tarkington, lo encontraron estrangulado con su propio cinturón, y con algo así como 100 puñaladas, en el cuarto de un motel localizado en las afueras de Dubuque. He ahí de nuevo a Dubuque.

Shakespeare.

Creo que William Shakespeare ha sido el ser humano más sabio del que haya tenido noticia. Sin embargo, siendo completamente francos, eso no es mucho decir. Somos animales muy presuntuosos y, en realidad, del todo estúpidos. Pregúntale a algún profesor. Ni siquiera tienes que preguntárselo a un profesor. Pregúntale a cualquier persona. Los perros y los gatos son más inteligentes que nosotros.

Si afirmo que los Directivos del Colegio Tarkington eran imbéciles y que aquéllos que nos involucraron en la Guerra de Vietnam también lo eran, espero que se entienda que yo me considero a mí mismo el más grande imbécil de todos. Miren dónde me encuentro ahora y cuan duro trabajé para llegar a este sitio y no a ninguna otra parte. ¡Lotería!

Y si sostengo que mis padres eran borricos, ¿qué más puedo ser yo sino otro borrico? Pregúntale a mis hijos, tanto a los legítimos como a los ilegítimos. Ellos lo saben.

Ante los Directivos, no tuve ninguna probabilidad de alcanzar el éxito, ni siquiera aquélla remota con que contaron los inmigrantes chinos para descubrir oro en áreas desprovistas de ese metal, si se me permite un gastado refrán racista. Al menos, no la tuve con base en el informe escondido por Wilder en el fólder. Cuando intenté defenderme, ignoraba lo bien armados que estaban: situación básica en las comedias bufonescas más divertidas.

Argumenté que constituía un deber de todo maestro el hablar con plena franqueza a los estudiantes universitarios de los diferentes asuntos que atañen a la humanidad, y no sólo de aquello relacionado directamente con determinada asignatura.

—Ésa es la forma en que nos ganamos su confianza y los animamos a expresarse —afirmé—. Asimismo, es el modo en que pueden tomar conciencia de que ninguna asignatura se halla dentro de un pequeño compartimiento, sino que

forma parte inseparable de la principal asignatura que nos hemos propuesto estudiar en la Tierra, a saber, la vida misma.

Aclaré que las dudas que pude haber provocado en los alumnos con respecto a las virtudes del Sistema de Libre Empresa, como resultado de la exposición de las ideas de mi abuelo, sólo podrían reforzar a la larga su entusiasmo por dicho sistema. Dichas dudas los conducen a extraer conclusiones propias en cuanto a la causa de que la Libre Empresa sea el único sistema digno de consideración.

—Las personas nunca son más fuertes que cuando han obtenido argumentos propios para tener fe en aquello en que creen. Sólo así pueden valerse por sí mismos —agregué.

—¿Acaso no dijo usted que Estados Unidos es un recipiente de individuos cortos de entendederas? —preguntó Wilder.

Reflexioné antes de contestar. Se trataba de algo que Kimberley no había registrado en su cinta.

—Lo que pude haber dicho es que todas las naciones más grandes que Dinamarca son recipientes de individuos cortos de entendederas, pero por supuesto era una broma —repuse.

Ahora sostengo 100% esa afirmación: todas las naciones más grandes que Dinamarca son recipientes de individuos cortos de entendederas.

Jason Wilder había escuchado lo suficiente. Pidió a los Directivos que pasaran de mano en mano el fólder hasta el sitio en que yo me encontraba.

—Antes de que vea lo que hay adentro, debe saber que esta Junta me prometió que nunca mencionaría su contenido fuera de este recinto. Quedará en su exclusiva posesión siempre que firme de inmediato su renuncia —señaló Wilder.

—Dios mío —repuse—. ¿De qué puede tratarse? ¿Y qué provocó que Tex Johnson abandonara esta habitación del modo en que lo hizo?

—El último documento del fólder —aclaró Wilder—, cuya lectura fue muy penosa para él.

—¿Qué puede ser? —volví a preguntar.

Honestamente, no imaginaba el motivo por el cual podía ser yo el causante de la pena de Tex. Cuando hacía el amor a su esposa, sólo intentaba que nosotros 2 fuéramos felices. Nunca pensé en ella como en la esposa de otro. Cuando hago el amor a una mujer, la idea más alejada de mi mente es con quién pueda estar casada. Me resulta imposible hablar por Zuzu, pero yo no deseaba provocarle a Tex el más mínimo dolor. Cuando Zuzu se refería a él despectivamente, me veía precisado a recordarle quién era él y a salir en su defensa.

La primera impresión que tuve del último documento del folder fue que era una especie de horario, tal vez del autobús que va de Scipio a Rochester, una sugerencia no muy sutil de que debería abandonar el pueblo lo más rápido posible. Pero, entonces, me di cuenta de que quien hacía todas las llegadas y salidas era yo y de que la estación, por así decirlo, era la casa del Director del Colegio.

La exactitud de las horas y las fechas era atestiguada por Terrence W. Steel Jr., al que conocía simplemente como Terry. Nunca supe su nombre completo, y le había creído cuando me dijo que era el nuevo jardinero contratado por el Departamento de Terrenos en Construcción. De hecho, era el detective a sueldo de Wilder, cuya labor consistía en conseguir pruebas en mi contra. Lo poco que me había contado sobre su vida podía haber sido inventado por GRIOT^{MR} o podía haber sido verdad. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

Recuerdo que me dijo que su esposa era lesbiana y que se había enamorado de una dietista de una escuela de segunda enseñanza. Ambas mujeres desaparecieron junto con los 3 hijos de Terry. GRIOT^{MR} pudo haber tramado ese desenlace.

El horario de mis encuentros amorosos con Zuzu estaba firmado por el detective y debidamente notariado. Yo conocía al Notario. Todos lo conocían. Era Lyle Hooper, Jefe de Bomberos y dueño del Café del Gato Negro. Él también fue asesinado poco después de la fuga de la cárcel. Ese documento con el sello notarial era todo lo que necesitaba ver para comprender que mi trabajo se iría por el excusado.

Wilder dijo que el resto de los papeles incluidos en el folder eran declaraciones reunidas por su detective. Atestiguaban que yo había sido un adúltero desvergonzado desde el momento en que me establecí con mi familia en Scipio.

—Espero que esté de acuerdo conmigo en que la conducta que ha mostrado

en este valle cae justo en el centro de la definición más estrecha de vileza moral — señaló Wilder.

Coloqué el fólder sobre la mesa para indicar que no necesitaba mirar su contenido. Mi gesto fue similar al del individuo que da por concluida una mano de póquer. Al hacerlo, deposité el fólder encima del Informe Anual del Tesorero del colegio. Antes de la reunión, se habían distribuido copias del mismo en los lugares de los asistentes. Sin darme cuenta, me llevé conmigo una copia del informe cuando abandoné el recinto. Más tarde, al leerlo, me enteré de algo muy importante. El plantel había vendido todas las propiedades que tenía en el pueblo, incluyendo las ruinas de la cervecería, de la constructora de carromatos y de la fábrica de alfombras, así como el terreno donde se hallaba el Café del Gato Negro, a la misma corporación japonesa que había adquirido la prisión.

Después, el Tesorero invirtió las ganancias de la venta, una vez descontadas las comisiones estatales y los honorarios de los abogados, en acciones preferenciales de la Microsecond Arbitrage.

—Éste no es uno de los momentos más felices de mi vida —dijo Wilder.

—Tampoco de la mía —repuse.

—Lamentablemente para todos nosotros, el dedo que se mueve escribe y, teniendo un mandato, no se detiene —afirmó Wilder.

—Muy bien dicho —contesté.

En ese momento, el Presidente de la Junta, Robert Moellenkamp, tomó la palabra. Aunque analfabeto, era un sujeto legendario entre los tarkingtonianos, y sin duda también en su casa, debido a su fenomenal memoria. Al igual que el padre del fundador del colegio, su antepasado, podía aprender de memoria cualquier cosa que se leyera en voz alta unas 3 veces. Conocí a varios reos de Athena, también iletrados, que podían hacer lo mismo.

En esta ocasión, quería citar a Shakespeare.

—Deseo que quede constancia de que este episodio también ha sido para mí extremadamente penoso —aclaró.

Luego, recitó un pasaje de *Romeo y Julieta*, donde el moribundo Mercutio, el amigo garboso e ingenioso de Romeo, describe la herida que recibió en un duelo:

«No es tan honda como un pozo ni tan ancha como el pórtico de una iglesia; pero basta. Si mañana preguntas por mí, verasme tan callado como un muerto. Me han derrotado, sin duda, en este mundo. ¡Que la peste devore ambas casas!»

Desde luego, las dos casas eran la de los Montesco y la de los Capuleto, las familias enemigas a que pertenecían Romeo y Julieta. El odio implacable entre ellas provocaría indirectamente la partida de Mercutio hacia el Paraíso.

He leído ese pasaje en *Familiar Quotations* de Bartlett. Si más personas confesaran que han tomado sus perlas de sabiduría de ese libro, y no de las obras originales, se aclararían muchos malentendidos.

Si en realidad hubiera existido Mercutio y si de verdad existiese un Paraíso, Mercutio haría buenas migas con algún soldado adolescente caído en Vietnam, pues ambos estarían de acuerdo en qué se siente morir a causa de la vanidad y necesidad de otras personas.

Cuando me enteré, algunos meses más tarde, época en que ya trabajaba en Athena, de que Robert Moellenkamp y otros individuos habían sido arruinados por la Microsecond Arbitrage, y que tuvo que vender sus botes, sus caballos, su original de El Greco y todo lo demás, creí que había renunciado a la Junta. Se supone que los Directivos del Tarkington debían aportar cada año un montón de dinero al colegio. De otro modo, ¿por qué a la madre de Lowell Chung, a quien era menester traducir al chino todo lo que se decía en las reuniones, se le había tolerado como miembro de la Junta?

En realidad, no considero que la Sra. Chung se habría convertido en miembro, si otro Directivo, un caucásico y compañero de clase en el Tarkington de Moellenkamp, John W. Fedders Jr., no hubiese crecido en Hong Kong y servido como intérprete. Su padre era importador de marfil y de cuernos de rinoceronte, que eran afrodisíacos en opinión de muchos orientales. Se decía que también comerciaba, en cantidades industriales, con opio. Fedders era tal vez el civil más presumido que haya visto. Pensaba que la fluidez con que se expresaba en chino lo hacía tan brillante como un físico nuclear, a pesar de que 1 000 000 000 de personas, incluyendo sin duda a 1 000 000 de retrasados mentales, podía hablar el idioma chino.

Hace 2 años, cuando me topé con los Directivos, quienes se hallaban recluidos en el establo en calidad de rehenes, me sorprendí de ver a Moellenkamp. Se le había permitido permanecer en la Junta, aunque no tuviera dónde caerse muerto. La Sra. Chung ya se había retirado en ese entonces. Fedders continuaba. Wilder, como ya lo he dicho, se había convertido en Directivo. Además, había algunos otros miembros nuevos que yo no conocía.

Todos los Directivos sobrevivieron a la experiencia penosa del cautiverio, durante la cual sólo comieron carne de caballo asada en las llamas de los muebles que ardían dentro de la gran chimenea del Pabellón. Fedders resultó el más afectado, debido a que sufrió un ataque cardíaco y no fue atendido médicamente. En los peores momentos hablaba en chino.

No me hallaría bajo proceso legal en la actualidad, si no hubiera efectuado una visita compasiva a los rehenes. Ellos no hubiesen sabido que continuaba habitando dentro de un radio de 1 000 kilómetros de Scipio. Cuando me les aparecí, aparentemente libre de ir y venir según mi voluntad, y tratado con deferencia por el hombre Negro que en realidad me vigilaba, llegaron a la conclusión de que yo era el autor intelectual del gran escape.

Se trataba de una conclusión racista, basada en la creencia de que los Negros no pueden idear nada. Diré eso en la corte.

En Vietnam, sin embargo, yo era en realidad el genio creador. Sí, y eso aún me molesta. Durante el último año que pasé ahí, cuando mi munición era el lenguaje y no las balas, inventé tales justificaciones de todos los asesinatos por nosotros cometidos, ¡que incluso me impresionaban a mí! ¡Yo era la lumbrera que tramaba engaños u *hocuspocus* letales!

¿Desean saber de qué forma solía comenzar mi discurso ante las tropas recién desembarcadas que aún no habían sido introducidas a la picadora de carne? Enderezaba los hombros, sacaba el pecho para que destacaran todas mis condecoraciones y rugía a través del megáfono: «¡Soldados, quiero que me escuchen y que me escuchen bien!»

Y lo hacían, claro que lo hacían.

Me he estado preguntando últimamente a cuántos seres humanos maté en realidad echando mano de armas convencionales. No creo que haya sido mi conciencia la que me sugirió reflexionar en la materia. Fue la lista de mujeres que estaba elaborando, el intento de recordar nombres y rostros, lugares y fechas, lo que me llevó a formular la pregunta lógica: «¿Por qué no enlistar a todos los que he matado?»

Creo que lo haré. No puede consistir en un catálogo de nombres, puesto que nunca supe el nombre de ninguno de los que maté. Más bien, será una lista de fechas y sitios. En virtud de que mi catálogo de mujeres no incluye a aquéllas de la escuela de segunda enseñanza ni a las prostitutas, mi lista de aquéllos cuya vida arrebaté no deberá contener a los difuntos posibles y probables, ni a los aniquilados por los ataques de artillería o los bombardeos aéreos que yo ordené, ni tampoco a los que perecieron, muchos de ellos estadounidenses, como resultado indirecto de mi *hocuspocus*, de todos mis desatinos.

Desde hace mucho, una idea ronda mi cabeza. Estoy completamente seguro de que maté a más personas que mi cuñado. Acababa de ingresar como profesor a Athena, cuando se me ocurrió que sin duda había despachado a más individuos que el multihomicida Alton Darwin o que cualquier otro que estuviera cumpliendo una condena en tal prisión. Eso no me preocupaba y aún no me inquieta. Sólo creo que es interesante.

Parece ser una película antigua. ¿Significa acaso que hay algo malo en mí?

Mi abogado, un mozalbete, me pagó una llamada telefónica. Como no tengo dinero, el Gobierno Federal lo contrató para que me proteja contra la injusticia. Además, no puedo ser torturado ni obligado de ninguna manera a testificar contra mí mismo. ¡Qué Utopía!

Entre los reos de esta cárcel, y entre los 1 000es de presos que se encuentran del otro lado del lago, existe un gran regocijo en relación con la Declaración de Derechos.

Informé a mi abogado de las dos listas que estoy preparando. ¿Cómo me va a ayudar, si no le cuento todo?

—¿Por qué las está haciendo? —me preguntó.

—Para apresurar las cosas el Día del Juicio Final —le contesté.

—Pensé que era Ateo —comentó. Esperaba que el Fiscal no se enterara de ello.

—Uno nunca sabe —repuse.

—Yo soy Judío.

—Ya lo sé, por eso me da lástima.

—¿Por qué le doy lástima?

—Porque intenta ir por la vida con sólo media Biblia. Es como tratar de trasladarse desde aquí hasta San Francisco con un mapa de carreteras que terminara en Dubuque, Iowa.

Le aclaré que quería ser enterrado con mis 2 listas, a fin de que, en caso de

verificarse realmente el Día del Juicio Final, pudiera decir lo siguiente: «Juez, he descubierto una forma de ahorrarle un poco de su precioso tiempo en la Eternidad. No tiene que buscarme en el Libro Donde Todas las Cosas Están Registradas. He aquí una lista de mis peores pecados. Envíeme directamente al Infierno, sin miramientos.»

Como me pidió las 2 listas, le enseñé lo que ya llevaba escrito. Estaba encantado, sobre todo por el gran desorden. Había toda clase de anotaciones marginales acerca de esta o aquella mujer, o de este o aquel cadáver.

—Cuanto más desorden haya, será mejor —comentó.

—¿Cómo es eso? —indagué.

—Cualquier jurado imparcial que vea las listas, tendrá que creer que usted se encuentra en un estado mental profundamente perturbado y que, quizá, tal haya sido su condición desde hace mucho tiempo. De entrada, considerará que todos ustedes, los veteranos de Vietnam, están locos, porque ésa es su reputación.

—Pero las listas no están basadas en alucinaciones —protesté—. No las estoy redactando con fundamento en una transmisión radiodifundida por la CÍA, ni con fundamento en aquello que la tripulación de un platillo volador introdujo en mi cabeza mientras dormía. Todo eso sucedió realmente.

—No importa, da lo mismo.

Después de que Robert Moellenkamp, arruinado-pero-aún-sin-saberlo, dijera con grandiosidad «que la peste devore ambas casas», Jason Wilder comentó que no consideraba que, en el caso en cuestión, hubiera 2 casas involucradas.

—No creo que estén implicadas 2 casas de ningún tipo —afirmó—. Me aventuro a sostener que incluso el Sr. Hartke está de acuerdo ahora en que esta Junta no puede concebir otra opción que aquélla de aceptar su renuncia. ¿Estoy en lo cierto, Sr. Hartke?

Me puse de pie.

—Éste es el segundo peor día de mi vida —señalé—. El primero tuvo lugar el día en que fuimos echados a patadas de Vietnam. Shakespeare ha sido citado aquí en 2 ocasiones. Sucede que yo también quiero hacerlo. Siempre he tenido una mala memoria, pero mi maestra de inglés de la escuela de segunda enseñanza insistió en que sus alumnos aprendieran de memoria las frases más célebres del poeta y dramaturgo británico. Nunca esperé que adquirieran tanto significado en la vida real, pero ha llegado el momento de aplicarlas:

«Ser o no ser: tal es la cuestión. ¿Cuál es más noble acción del ánimo: sufrir los tiros y dardos de la cruel Fortuna, o empuñar las armas contra el océano de los males y acabar con ellos haciéndoles frente? Morir: dormir, no más. Y pensar que con un sueño damos fin a la pena y a los mil naturales reveses que forman el patrimonio de la carne. Es un final deseable y tentador. Morir. Dormir... Dormir... ¡Tal vez soñar! Sí, ahí está el obstáculo; pues considerar qué sueños nos podrán invadir al abandonar este cuerpo perecedero y dormirnos en la muerte es bastante para detenernos.»

Desde luego, la reflexión de Hamlet no concluye en ese punto, pero eso fue todo lo que la profesora, cuyo nombre era Mary Pratt, nos pidió que memorizáramos. ¿Para qué exagerar? Sin duda, ello bastaba para la ocasión, pues evocó el espectro de otro veterano de Vietnam y miembro del cuerpo docente que se podía suicidar dentro de las instalaciones del colegio.

Tomé de mi bolsillo la llave del campanario y la arrojé hasta el centro de la mesa circular. Como la mesa era tan grande, alguien tendría que treparse a ella o, tal vez, utilizar una vara larga, para recuperar la llave.

—Buena suerte con las campanas —dije, admitiendo mi exclusión.

Abandoné el Salón Samoja siguiendo la misma ruta que Tex Johnson había tomado. Me senté en una banca situada a la orilla del Patio, frente a la biblioteca, junto al Paseo Principal. Resultaba agradable el haber dejado de formar parte de todo ello.

Damon Stern, mi mejor amigo del cuerpo docente, se aproximó y me preguntó qué estaba haciendo ahí.

Le contesté que me estaba asoleando. No le confesaría a nadie que había sido despedido sino después de que me encontrara sentado en la barra del Café del Gato Negro. En consecuencia, el Profesor Stern se sintió en libertad de hablar animadamente de un montón de tonterías. Era dueño de un monociclo y sabía conducirlo. Me informó que estaba considerando la posibilidad de asistir en monociclo a la procesión académica por efectuarse con motivo de la ceremonia de graduación, que tendría lugar una hora más tarde.

—Estoy seguro de que existen importantes pros y contras a ese respecto —le comenté.

Damon había crecido en Shelby, Wisconsin, donde casi todos, hasta las abuelas, sabían montar monociclos. Un circo había quebrado, 60 años atrás, cuando presentaba su espectáculo en Shelby y, por tal motivo, abandonó en esa ciudad gran parte de su equipo, incluyendo varios monociclos. Muchas personas aprendieron a montarlos y adquirieron monociclos nuevos para sus familiares. De manera que Shelby se convirtió, y lo es todavía, en la Capital Mundial del Monociclo.

—¡Hazlo! —agregué.

—Me has convencido —repuso.

Damon estaba feliz. Se marchó y mis pensamientos se remontaron a través de la brisa y los rayos solares, hasta el momento en que, luciendo uniforme militar —a pesar de que la guerra ya había concluido—, me ofrecieron empleo en el Tarkington. Eso sucedió en un restaurante chino de la Plaza Harvard, en

Cambridge, Massachusetts, donde me encontraba comiendo en compañía de mi esposa y mi suegra, ambas aún cuerdas, y de mis 2 hijos legítimos: Melanie, de 11 años, y Eugene Jr., de 8. Mi hijo ilegítimo, Rob Roy, recién concebido en Manila 2 semanas antes, debía medir en ese entonces lo mismo que una bala de pequeño calibre.

Me había trasladado a Cambridge, con objeto de presentar el examen de admisión para realizar estudios de posgrado en el Departamento de Física del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Deseaba obtener el Grado de Maestría y regresar después a West Point en calidad de profesor, pero sin dejar de ser soldado, soldado hasta el final.

Mi familia, exceptuando al recién concebido, me esperaba en el restaurante chino, hacia donde me dirigí luciendo mi uniforme completo, con todo y condecoraciones. En cuanto al arreglo de mi cabello, lo llevaba muy corto en la coronilla, y afeitado en la parte posterior y a ambos lados de la cabeza. La gente me miraba como si hubiese sido un fenómeno de circo, o como si hubiera andado desnudo y con el solo adorno de un ligero negro.

Así de ridículos se veían los hombres uniformados en el seno de las comunidades académicas, a pesar de que gran parte de los ingresos de Harvard y del MIT provenían de la investigación y el desarrollo en materia de armamento. Yo habría muerto, si no hubiera sido por el importante regalo que le ofreció a la civilización el Departamento de Química de Harvard, a saber, el napalm o gasolina gelatinosa.

Casi al final de esa humillante caminata, escuché un comentario relacionado con mi persona: «¡Cielos! ¿Se ha organizado acaso una fiesta de disfraces?»

No respondí a tal insulto. No cogí del pescuezo ni reventé los tímpanos de algún estudiante desertor del servicio militar, a fin de que pensara bien las cosas antes de hablar. Seguí mi camino, porque me abrumaban razones mucho más profundas de infelicidad. Mi esposa y mis hijos se habían mudado de Fort Bragg a Baltimore, donde ella iba a estudiar Fisioterapia en la Universidad de Johns Hopkins. Su recién enviudada madre se había ido a vivir con ellos. Margaret y Mildred habían comprado una casa en Baltimore con el dinero que les dejó mi suegro. Era su casa, no la mía. Y no conocía a nadie en Baltimore.

¿Qué diablos se suponía que yo podía hacer en Baltimore? Parecía que me habían matado en Vietnam y que Margaret estaba precisada a iniciar por su cuenta

una nueva vida. Además, incluso para mis hijos, yo era un fenómeno de circo. Ellos también me miraban como si no usara otra cosa que un ligero negro.

¿Y se sentirían orgullosos de mí, Margaret y los niños, cuando les contara que no había sido capaz de contestar más que una cuarta parte de las preguntas contenidas en el examen de admisión del posgrado de Física en el MIT?

¡Bienvenido a casa!

Cuando estaba por entrar en el restaurante chino, 2 hermosas muchachas salían de ese lugar. Ellas también mostraron desprecio por mi corte de pelo y mi uniforme. Entonces, les dije: «¿Qué pasa? ¿Nunca antes han visto a un hombre ataviado únicamente con un ligero negro?»

Supongo que la imagen de los ligeros negros rondaba mi cabeza, porque extrañaba mucho a Jack Patton. Yo había sobrevivido a la guerra, pero él no. El regalo que me envió unos cuantos días antes de morir, como ya lo dije, fue una revista pornográfica llamada *Ligero Negro*.

Así pues, nos hallábamos en aquel restaurante chino, donde ingería mi tercer Rob Roy. Margaret y su madre, quienes actuaban como si yo me encontrara a 2 metros bajo tierra en el Cementerio Nacional de Arlington, habían ordenado todos los platillos. Nadie me preguntó cómo me había ido en el examen. Nadie me preguntó qué se sentía estar en casa al cabo de la guerra.

Parloteaban entre sí sobre todas las visitas turísticas que habían efectuado durante el día. No habían venido a Cambridge para acompañarme y otorgarme apoyo moral. Lo habían hecho con objeto de conocer diversos monumentos históricos, incluyendo el campanario donde Paul Reveré agitó una linterna para avisar que los británicos se aproximaban.

Por cierto, hablando de campanarios, durante esa misma tarde encantadora, fui informado de que mi esposa, la madre de mis hijos, tenía un montón de parientes maternos con murciélagos en el campanario. Ese dato era nuevo para mí y también para Margaret. Sabíamos que Mildred había crecido en Perú, Indiana. Sin embargo, todo lo que nos había contado sobre ese lugar era que Cole Porter también había nacido ahí, y que estaba muy contenta de haberse marchado a otro lado.

En cierta ocasión Mildred nos señaló que su infancia había sido infeliz, pero eso estaba muy lejos de significar que ella, al igual que mi mujer y mis hijos,

provenía de una familia de lunáticos.

Sucedó que mi suegra se topó con un viajero amigo de su natal Perú, durante el recorrido turístico realizado esa mañana. Ahora, el viejo amigo y su esposa se encontraban en la mesa contigua a la nuestra. Cuando fui a orinar, el viejo amigo se dirigió también a los mingitorios, donde me contó la difícil experiencia vivida por Mildred en la escuela de segunda enseñanza, cuando su madre y su abuela estaban internadas en el Hospital Estatal para Enfermos Mentales de Indianápolis.

—El hermano de su madre, a quien Mildred quería mucho, también se volvió loco cuando ella cursaba el último año de la segunda enseñanza —me narró, mientras sacudía las últimas gotas de la punta de su pito—. Además, el tío prendió fuego a todo el pueblo. En el lugar de ella, yo también me habría largado como un gato escaldado a Wyoming.

Como ya lo mencioné, toda esa historia era nueva para mí.

—Es divertido... —continuó—. En apariencia, la locura se presentaba cuando llegaban a la edad madura.

—Si no me río, es porque hoy me levanté con el pie izquierdo —aclaré.

No acababa de regresar a mi mesa, cuando un hombre joven que pasaba detrás de mí no pudo resistir el impulso de tocar mi erizado pelo. ¡Perdí por completo los estribos! Era delgado, traía el cabello largo y utilizaba un símbolo pacifista alrededor del cuello. Se parecía al cantante Bob Dylan. No supe ni me importó si en realidad era Bob Dylan. Quienquiera que haya sido le di un puñetazo que lo hizo retroceder y chocar contra una mesera que traía una charola muy cargada.

¡La comida china voló por todas partes!

¡Pandemónium!

Salí corriendo. Todos, individuos y objetos, eran enemigos. ¡Había regresado a Vietnam!

Sin embargo, una figura, parecida a la de Cristo, surgió delante de mí. Vestía traje y corbata, llevaba una barba muy larga y sus ojos estaban llenos de amor y piedad. Parecía saber todo sobre mí, y en realidad lo sabía. Era Sam Wakefield,

quien había renunciado a su grado de General, se había unido al Movimiento Pacifista y se había convertido en Director del Colegio Tarkington.

Me dijo las mismas palabras que me había expresado mucho tiempo atrás en Cleveland, en la Feria de la Ciencia:

—¿Cuál es la prisa, Hijo?

El recordar mi regreso a casa al cabo de la Guerra de Vietnam siempre me trae a la memoria a Bruce Bergeron, uno de mis alumnos en el Tarkington. Ya he mencionado a Bruce. Se unió a Los Casquetes Polares, después de haber obtenido su Grado de Bachiller en Artes y Ciencias. Fue asesinado en Dubuque. Su padre era Presidente de la Federación de Rescate de la Vida Agreste.

Cuando Bruce asistía a mi clase de apreciación musical, hice que los estudiantes oyeran la *Obertura 1812* de Tchaikovski. Les expliqué que esa composición aludía a un suceso histórico real: la derrota de Napoleón en Rusia. Les pedí que pensaran en algún acontecimiento importante de su vida e imaginaran qué tipo de música lo describiría mejor. Iban a reflexionar al respecto durante una semana, sin contarle a nadie el suceso elegido ni la música seleccionada. Deseaba que sus cerebros cocinaran y cocinaran con música, teniendo bien tapada la olla.

El suceso musicalizado mentalmente por Bruce Bergeron fue aquél en que quedó atrapado dentro de un elevador. Tenía unos 6 años de edad y había ido con su nana haitiana a la venta posnavideña de blancos de la enorme tienda neoyorquina Bloomingdale's. Se suponía que iban a visitar el Museo de Historia Natural, pero la nana, sin el permiso de sus patrones, quería comprar primero ropa de cama, ofrecida a bajos precios, para enviarla a sus parientes de Haití.

El ascensor se quedó atascado justo debajo del piso donde tenía lugar la barata de blancos. Era un elevador automático, carente de operador. Se encontraba atestado. Cuando resultó obvio que el ascensor iba a permanecer en el entrepiso, alguien presionó el botón de alarma, que produjo un sonido metálico apenas perceptible para las personas atrapadas. Según Bruce, ésta fue la primera vez en su vida en que experimentó un problema que los adultos no pudieron solucionar de inmediato.

A través del interfono del elevador se escuchó una voz femenina que pedía a la gente que mantuviera la calma. En particular, Bruce recordaba la recomendación siguiente: «Que nadie intente salir por la puerta de ventilación que se halla en el

techo de la cabina. En caso contrario, Bloomingdale's no se hace responsable de lo que pueda sucederle a esa persona.»

El tiempo transcurrió. Más tiempo transcurrió. Al pequeño Bruce le parecía que habían estado atrapados durante un siglo. Quizá, sólo llevaban ahí dentro unos 20 minutos.

El pequeño Bruce pensaba que se encontraba en el centro de un evento importante de la historia estadounidense. Imaginaba que no sólo sus padres, sino también el Presidente de Estados Unidos, estaban siendo informados por la TV del magno acontecimiento. Suponía que al ser rescatados, habría bandas de música y multitudes dándoles la bienvenida.

El pequeño Bruce esperaba ser invitado a un banquete y recibir una medalla, por no haberse asustado y por no haber dicho que quería ir al baño.

De repente, el elevador se sacudió y subió unos cuantos centímetros. Se detuvo, volvió a sacudirse y subió un metro. Las puertas se abrieron. Al fondo, se apreciaba el ajetreo relacionado con la barata de blancos. En el primer plano, se hallaban los clientes que simplemente esperaban el arribo del siguiente ascensor, sin tener idea de que ése había estado descompuesto por un buen rato.

Lo único que querían esos clientes era que los recién llegados salieran, para poder entrar ellos.

Ni siquiera los aguardaba un representante de la tienda que les ofreciera una disculpa y se cerciorara de que todos estuviesen bien. Las acciones encaminadas a liberar a los cautivos habían tenido lugar muy lejos, dondequiera que se encontrara la maquinaria, el sonido metálico de la alarma, y la mujer que les había pedido que mantuvieran la calma y no treparan a la puerta de ventilación.

Así fue la cosa.

La nana compró algo de ropa de cama y, después, ella y el pequeño Bruce fueron al Museo de Historia Natural. La nana le hizo prometer que no contaría a sus padres que habían estado en Bloomingdale's, cosa que no hizo.

Aún no les había mencionado el incidente, cuando reveló el secreto en la clase de Apreciación Musical.

—¿Sabes qué acabas de describir con toda precisión? —le pregunté.

—No —respondió.

—Lo que se siente al regresar a casa al cabo de la Guerra de Vietnam —le expliqué.

Leí sobre la Segunda Guerra Mundial. Civiles y soldados por igual, e incluso los niños, estaban orgullosos de haber participado en ella. En apariencia, todo mundo sentía que había formado parte de esa guerra. Sí, y las dolencias y la muerte de soldados, marineros e Infantes de Marina fueron sentidas al menos un poco por la población en su conjunto.

Pero la Guerra de Vietnam pertenece exclusivamente a aquellos de nosotros que peleamos en ella. Supuestamente, nadie más tiene nada que ver con ella. Todos los otros son tan puros como la nieve. Sólo nosotros somos estúpidos y sucios, por haber luchado en dicha guerra. Cuando perdimos, lo tuvimos bien merecido por haberla iniciado. La tarde en que enloquecí temporalmente en un restaurante chino de la Plaza Harvard, todo el mundo era exitoso excepto yo.

Antes de que me encolerizara, el viejo amigo de Mildred, oriundo de Perú, Indiana, me habló como si yo hubiese sido un pedicuro o un contratista de láminas metálicas, y no como un individuo que había arriesgado su vida, y sacrificado el sentido común y la decencia en nombre de los demás.

Según decía, él participaba en el juego de la eliminación de los desechos médicos en Indianápolis. Ése es un agradable negocio sobre el cual charlar en un restaurante chino, en donde todo el mundo manipula palillos de los que cuelga vaya a saber qué.

Me contó que sus problemas cotidianos en materia laboral tenían mucho que ver tanto con la estética como con la toxicidad. Tales fueron sus palabras «estética» y «toxicidad».

—A nadie le gustaría encontrar un pie, un dedo o algo por el estilo en el recipiente donde se deposita la basura o en un muladar, a pesar de que dichos trozos de cadáveres no sean más peligrosos para la salud pública que los restos de una costilla asada —explicó.

Me preguntó si había algún platillo en su mesa que yo quisiera probar, puesto que había ordenado demasiado.

—No, gracias, señor —le contesté.

—En realidad, mi propuesta equivale a llevar hierro a Vizcaya —afirmó.

—¿Perdón? —indagué.

Intentaba no escucharle y dirigí la mirada al sitio menos indicado para distraerme, esto es, el rostro de mi suegra. En apariencia, esa lunática potencial no tenía ningún lugar adonde ir y se había convertido en miembro permanente de nuestro hogar. Se trataba de un hecho consumado.

—Bueno, usted ha participado en la guerra —me dijo, utilizando un tono tal que daba a entender que la guerra había sido exclusivamente mía—. Quiero decir que ustedes tuvieron que llevar a cabo cierta cantidad de limpieza a fondo.

Entonces fue cuando el muchacho acarició con palmaditas mis cabellos. Mi cerebro explotó como una cantimplora llena de nitroglicerina.

Mi abogado, mucho más animado por las 2 listas que estoy preparando, y por el hecho de que nunca me he masturbado y de que me gusta el quehacer doméstico, me preguntó ayer por qué nunca utilizo palabrotas. Me encontró lavando las ventanas de esta biblioteca, aunque nadie me había ordenado que lo hiciera.

De manera que le expliqué la idea de mi abuelo materno a ese respecto: que las obscenidades autorizan a la mayoría de los individuos a no escuchar respetuosamente cualquier cosa que se les diga.

Le narré una vieja historia que el Abuelo Wills me había contado y que versa sobre un pueblo donde todos los días se disparaba un cañonazo al mediodía. En cierta ocasión, el artillero se enfermó súbitamente y no pudo accionar el cañón.

En consecuencia, ese mediodía fue silencioso.

Cuando el sol llegó al cenit, todos los moradores del pueblo estaban intrigados. Entonces, se preguntaron entre sí con gran asombro: «¡Santo Cielo! ¿Qué fue eso?»

Mi abogado deseaba saber qué relación había entre esa historia y el hecho de que yo no dijera groserías.

Le contesté que en una era tan malhablada como la presente, la expresión «¡Santo Cielo!» tenía la misma capacidad de estremecer que un cañonazo.

Allí en la Plaza Harvard, cuando transcurría 1975, Sam Wakefield se convirtió de nueva cuenta en el timonel de mi destino. Me pidió que permaneciera en la acera, donde me sentiría a salvo. Temblaba como una hoja. Quería ladrar como un perro.

Entró en el restaurante, calmó a empleados y comensales, y ofreció pagar todos los daños en ese preciso instante. Tenía una esposa muy rica, Andrea, quien se convertiría en Decano de las Mujeres del Tarkington al cabo del suicidio de su marido. Andrea murió 2 años antes que se verificara la fuga de la prisión, motivo por el cual no fue sepultada al lado de muchos otros, junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Ella está enterrada junto a su esposo en Bryn Mawr, Pennsylvania. De cualquier forma, el glaciar podría arrastrarlos también hasta Virginia Occidental o hasta Maryland. *¡Bon Voyage!*

Andrea Wakefield fue la 2.^a persona con la que hablé después de haber sido despedido del Tarkington; Damon Stern fue la 1a. Estoy retomando los sucesos de 1991. Prácticamente todos los demás se encontraban comiendo langosta. Andrea llegó hasta mí después de haberse topado con Stern en otro punto del Paseo Principal.

—Pensé que te hallabas en el Pabellón comiendo langosta —me dijo.

—No tengo hambre —repuse.

—No tolero que tengan que hervirlas vivas. ¿Sabes qué me acaba de contar Damon Stern?

—Estoy seguro de que algo interesante.

—Que durante el reinado de Enrique 8.º de Inglaterra, los falsificadores eran hervidos vivos.

—La farándula. ¿Los hervían vivos en un sitio público?

—No me lo dijo. Y tú, ¿qué estás haciendo aquí?

—Tomando el sol.

Me creyó. Se sentó junto a mí. Ya traía puesta la toga para la procesión académica previa a la graduación. Su birrete la identificaba como una egresada de la Sorbona de París, Francia. Además de sus obligaciones de Decano, relacionadas con la solución de problemas tales como embarazos no deseados, drogadicción, etcétera, daba clases de francés, italiano y pintura al óleo. Provenía de una antigua familia auténticamente distinguida de Filadelfia, que había brindado a la civilización gran número de maestros, abogados, médicos y artistas. En realidad, ella pudo haber sido lo que Jason Wilder y varios Directivos del Tarkington se jactaban de ser: las criaturas más evolucionadas del planeta.

Ella era mucho más inteligente que su esposo.

Siempre quise preguntarle cómo fue que una cuáquera llegó a casarse con un soldado profesional, pero nunca lo hice.

Ahora es demasiado tarde.

A pesar de la edad que tenía en ese entonces, que era alrededor de 60, 10 años mayor que yo, Andrea era la mejor patinadora artística del cuerpo docente. Creo que el patinaje artístico, cuando Andrea Wakefield podía encontrar al compañero adecuado, era puro erotismo para ella. El General Wakefield no sabía ni siquiera patinar. La mejor pareja que ella encontró en la pista de hielo del Tarkington fue, quizá, Bruce Bergeron: el niño que se quedó atrapado en un elevador de Bloomingdale's; el joven que no pudo ingresar a ningún colegio salvo el Tarkington; el egresado que participó en un espectáculo sobre hielo; el hombre que fue asesinado por alguien que parecía odiar a los homosexuales, o que había amado demasiado a uno de ellos.

Andrea y yo nunca fuimos amantes. Estaba muy satisfecha y era demasiado vieja para mí.

—Quiero que sepas que creo que eres un Santo —me dijo Andrea.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Eres muy amable con tu esposa y tu suegra.

—Bueno, ser amable con ellas es más sencillo que lo que hice por los Presidentes, Generales y Henry Kissinger.

—Pero esto es voluntario.

—También aquello lo fue. Fui un soldado entusiasta y fervoroso.

—Cuando reflexiono sobre cuántos hombres deshacen hoy día su matrimonio a causa de la más mínima inconveniencia o incomodidad, todo lo que se me ocurre pensar es que tú eres un Santo.

—Ellas no querían venir acá, ¿sabes? Eran muy felices en Baltimore, donde Margaret se hubiera convertido en una fisioterapeuta.

—¿No es este valle lo que las enfermó, verdad? ¿No es este valle el que enfermó a mi marido?

—Es un reloj lo que las enfermó. Y ese reloj las habría alcanzado a ambas, no importa en donde hubieran estado.

—Lo mismo pienso de Sam. No puedo sentirme culpable.

—No deberías.

—Cuando renunció al Ejército y se unió al movimiento pacifista, creí que estaba intentando detener el reloj. No funcionó.

—Lo extraño.

—No dejes que la guerra también te mate a ti.

—No te preocupes.

—¿Aún no has encontrado el dinero? —me preguntó.

Se refería al dinero que Mildred había obtenido por la venta de la casa de Baltimore. Cuando Mildred todavía estaba perfectamente cuerda, lo depositó en la sucursal de Scipio del First National Bank de Rochester. Pero después lo retiró, cuando el banco fue adquirido por el Sultán de Brunei, sin decirnos nada ni a Margaret ni a mí. Escondió los billetes en algún lugar, pero no podía recordar dónde.

—Ya ni siquiera pienso en él —repuse—. Lo más probable es que alguien lo haya encontrado. Pudo haber sido una pandilla de muchachos. Pudo haber sido

alguien que trabajaba en la casa. Quienquiera que haya sido, no abrirá la boca.

Hablábamos de más de 45 000 dólares.

—Sé que me debería importar, pero sucede que no me importa en absoluto —comenté.

—La guerra te hizo eso —exclamó.

—¿Quién sabe? —concluí.

Mientras charlábamos bajo los rayos solares, el rugido de una poderosa motocicleta retumbó por todo el valle. Al parecer, el estruendo provenía de la zona donde se localizaba el Café del Gato Negro. Después, se escuchó otro rugido y, luego, otro más.

—¿Los Ángeles del Infierno? —preguntó—. ¿Quieres decir que en realidad va a suceder?

Andrea se refería a una anécdota relacionada con Tex Johnson, el Director del Colegio, quien había visto tantas películas de motocicletas, que había llegado a la conclusión de que el campus podría ser asaltado algún día por los Ángeles del Infierno. Como esa fantasía se volvió tan real para él, compró un rifle israelí de francotirador, equipado con mira telescópica y municiones, en una botica de Portland, Oregón. El y Zuzu habían ido a esa ciudad para visitar a la media hermana de Zuzu. El arma en cuestión fue el objeto que provocó la posterior crucifixión de Tex.

Sin embargo, en ese momento, el temor de Tex no parecía tan cómico. Un coro vigoroso y apocalíptico, integrado por bajos profundos o rugidos de vehículos de 2 ruedas, se hacía cada vez más sonoro y cercano. ¡No había duda de ello! ¡Quienquiera que fuese, su destino no podía ser otro que el Tarkington!

No fueron los Ángeles del Infierno.

No fueron individuos pertenecientes a la clase baja.

Se trataba de una caravana de automotores en poder de estadounidenses muy exitosos integrados en su mayoría por motocicletas, aunque también había limosinas. El desfile era encabezado por Arthur Clarke, el multimillonario amante de la diversión. Él mismo montaba una motocicleta, en cuyo sillín trasero viajaba, sujetándose para salvar la vida y con la falda encaramada hasta la entrepierna, Gloria White, ¡la vitalicia estrella del cine de 60 años de edad!

Cerraba la caravana un camión equipado con altoparlantes y un remolque, donde transportaba un globo aerostático desinflado. Cuando el globo fue hinchado con aire caliente en el centro del Patio, ¡resultó que tenía la forma del castillo irlandés poseído por Clarke!

Cof, cof. Silencio. Dos más: cof, cof. Sí, ya estoy bien. Cof. Eso es. De veras, ya estoy bien. Paz.

No se trataba de Arthur C. Clarke, el autor de ciencia ficción que escribió obras relacionadas con el destino de la humanidad en otras partes del Universo. Éste era Arthur K. Clarke, el multimillonario especulador y editor de publicaciones en materia de finanzas.

Cof. Perdón. Un poco de sangre brotó en esta ocasión. Para decirlo con las palabras inmortales del Bardo de Stratford-Upon-Avon:

«¡Lejos de mí esta horrible mancha!... Ya es la una... Las dos... Ya es hora... Qué triste está el infierno... ¡Vergüenza para ti, señor mío!... ¡Guerrero y cobarde!... ¿Y qué importa que se sepa, si nadie puede juzgarnos?... Pero, ¿cómo tenía aquel viejo tanta sangre?»

Amén. Y un agradecimiento especial a *Familiar Quotations* de Bartlett.

Cuando estuve en el Ejército, leí muchos libros de ciencia ficción, incluyendo *El fin de la infancia* de Arthur C. Clarke, que considero su obra maestra. Este autor era mejor conocido por la versión cinematográfica de su obra *2001: una odisea del espacio*. Por cierto, 2001 es el año en que me encuentro ahora escribiendo y tosiendo.

En Vietnam, tuve en 2 ocasiones la oportunidad de ver *2001*. Recuerdo a 2 soldados heridos, sentados en silla de ruedas, en la primera fila del auditorio donde proyectaron ese filme. De hecho, toda la primera fila estaba formada con sillas de ruedas. A los 2 soldados en cuestión les habían destrozado los pies, pero parecían estar bien de las rodillas para arriba y no sentir ningún dolor. Supongo que estaban esperando ser transportados de regreso a Estados Unidos, donde podrían someterlos a alguna prótesis. No creo que ninguno de los 2 fuera mayor de 18 años. Uno era negro y el otro blanco.

Cuando las luces se encendieron, intercambiaron impresiones.

—A ver, explícame: ¿qué fue todo eso? —preguntó el negro.

—No lo sé, no lo sé. Sería feliz con tan sólo poder regresar al Cairo, Illinois —respondió el blanco, pronunciando «queiro» en lugar de «cairo».

Mi suegra acostumbraba decir que había nacido en «Pirú», Indiana, en lugar de «Perú», Indiana.

En cuanto al nombre de otro pueblo de Indiana, Brasil, la vieja Mildred lo pronunciaba así: «bresil».

Arthur K. Clarke se dirigía al Tarkington, con objeto de recibir el título honorario de Gran Contribuyente al Bachillerato de Artes y Ciencias.

Por ley, el colegio no podía conferir ningún tipo de rango académico que se prestara a la interpretación de que el receptor había trabajado arduamente para obtenerlo. Recuerdo que Paul Slazinger, el ex-Escritor Residente, se oponía a que las verdaderas instituciones de educación superior otorgaran grados honorarios donde se hallara incluido el término «Doctor». Quería que en su lugar se utilizaran las palabras «Funcionario Engreído».

A pesar del matiz planteado por Slazinger, cuando se estaba desarrollando la Guerra de Vietnam, un muchacho pudo evitar el alistamiento matriculándose en el Tarkington. Para la Junta de Reclutamiento, el Tarkington era un verdadero

plantel de educación superior, como el mit. Esto muy bien pudo ser resultado de una maniobra política.

Tuvo que haber sido una maniobra política.

Todo el mundo estaba enterado de que Arthur Clarke iba a recibir un certificado carente de valor. Pero solamente Tex Johnson, los policías del campus y el Administrador sabían cuan espectacular sería su llegada al colegio. Se trataba de un operativo militar ordinario. Las motocicletas, alrededor de unas 30, y el globo habían sido apostados, desde el amanecer, en el establecimiento localizado a espaldas del Café del Gato Negro.

Clarke, Gloria White y todos los demás, incluyendo a Henry Kissinger, habían sido trasladados desde el aeropuerto de Rochester hasta ese sitio en limosinas, seguidas por el camión equipado con altoparlantes. Kissinger no conduciría una motocicleta. Ni tampoco lo harían algunos otros, quienes preferían efectuar el recorrido completo a bordo de limosinas.

Al igual que los motociclistas, los pasajeros de las limosinas lucían cascos protectores áureos, decorados con signos de dólares.

Afortunadamente, Tex Johnson sabía que Clarke arribaría en motocicleta; en caso contrario, hubiese sido capaz de dispararle con el rifle israelí que había comprado en Oregón.

La gran llegada de Clarke bien pudo constituir un ensayo general del Día del Juicio Final. Sólo San Juan Evangelista podría haber imaginado un espectáculo tan absolutamente apabullante, compuesto de ruido, humo, oro, leones, águilas, tronos, celebridades, maravillas ascendiendo al cielo, etcétera. Arthur K. Clarke creó un apocalipsis de verdad, echando mano de la tecnología moderna y de toneladas de billetes.

Los motociclistas de los cascos áureos se alinearon formando un cuadrado en el Patio; sus poderosos corceles daban hacia fuera del cuadrado y no se cansaban de rugir.

Los operarios ataviados con monos de trabajo blancos comenzaron a inflar el globo.

El camión equipado con altoparlantes desgarró el aire al reproducir el estruendo de una banda de gaitas.

Arthur Clarke, montando a horcajadas su moto, miraba en mi dirección. Eso se debía a que sus entrañables amigos de la Junta Directiva le saludaban desde el edificio ubicado justo detrás de mí. Me sentía profundamente ultrajado ante la demostración de que muchos billetes podían comprar mucha felicidad.

Me esmeré en bostezar. Le di la espalda a él y a su espectáculo. Me alejé del lugar como si hubiese tenido cosas mucho más interesantes por hacer que mirar boquiabierto a un imbécil.

En consecuencia, no me di cuenta de la rotura del cable del globo ni de que éste, libre como yo, flotaba sobre la prisión ubicada al otro lado del lago.

Todo lo que los prisioneros podían mirar del mundo exterior era el cielo. Algunos de ellos se hallaban en el patio de ejercicios y vieron, por unos instantes, un castillo que se deslizaba en las alturas. ¿Qué diantres podían explicar aquello?

«Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía»: *Familiar Quotations*, de Bartlett.

Ese castillo vacío y carente de amarras, un juguete a merced del viento, se parecía mucho a mí. De hecho, éramos tan parecidos que yo mismo realizaría una visita sorpresiva a la prisión antes de ponerse el Sol.

Si el globo hubiera estado tan cerca como yo del suelo, habría volado de un lugar a otro antes de alcanzar la altura suficiente para que el viento lo condujera a través del lago. Sin embargo, lo que provocó que yo cambiara el curso, no fueron las ráfagas azarosas, sino la posibilidad de toparme con ciertas personas que tenían el poder de hacerme sentir aún más incómodo. En particular, no deseaba encontrarme con Zuzu Johnson, ni con la Artista Residente, Pamela Ford Hall, que estaba a punto de partir.

Empero, siendo como es la vida, me topé desde luego con las 2.

En todo caso, hubiera preferido encontrarme con Zuzu y no con Pamela, porque ésta estaba desmoralizada por completo y aquélla no. Pero, como ya lo dije, me topé con ambas.

No fui yo quien empujó a Pamela al borde del precipicio, sino su exhibición individual en Búfalo, verificada un par de meses atrás. Lo que salió mal en la citada exposición le pareció divertido a todo el mundo salvo a ella, y apareció en los periódicos y en la TV. Durante un par de días, ella constituyó el lado amable de

las noticias, un aligeramiento cómico con respecto a los informes que versaban sobre el rápido crecimiento de los glaciares en los polos y la desertificación del área donde alguna vez había estado el bosque tropical de la Amazonia. Y estoy seguro de que había tenido lugar otro derrame de petróleo. Siempre había algún derrame de petróleo.

Si Denver, Santa Fe y El Havre, Francia, aún no habían sido evacuadas debido a la contaminación de sus suministros de agua con desechos atómicos, pronto tendrían que hacerlo.

Lo que sucedió en la exhibición individual de Pamela le dio a muchas personas la oportunidad de burlarse del arte moderno, el cual sólo gustaba, supuestamente, a la gente rica.

Ya mencioné que Pamela trabajaba con poliuretano, un material moldeable y ligero, y que huele a orines cuando está caliente. Sus esculturas eran de formato pequeño: mujeres ataviadas con faldas largas, sentadas y con el tronco encorvado de tal manera que no se les veía la cara. Una caja de zapatos podría haber contenido a 1 de ellas.

Las figuras fueron exhibidas en pedestales, pero cabe destacar que no estaban adheridas a ellos. No se consideró que el viento resultara problemático, puesto que mediaban 3 pares de puertas entre las esculturas y la entrada principal al museo, ubicada frente al Lago Erie.

El museo, el Centro Hanson para las Artes, era completamente nuevo, un regalo ofrecido a la ciudad por una heredera de Rockefeller, quien habitaba en Búfalo y había obtenido gran cantidad de dinero con la venta del Rockefeller Center de Manhattan a los japoneses. Se trataba de una anciana que se desplazaba en silla de ruedas. No había pisado una mina en Vietnam. En mi opinión, la edad avanzada le había inutilizado sus piernas, así como la prolongada espera a que se vendieran las propiedades de Rockefeller, lo cual finalmente le proporcionó un poco de plata para variar.

La prensa se encontraba presente, porque se trataba de la gran inauguración del Centro. La primera exhibición individual de Pamela Ford Hall, denominada «Mujeres Pepenadoras», era un acto secundario, excepto por el hecho de que se había montado en la galería, donde tocaba un cuarteto de cuerdas, y se servían canapés y champaña. Era una reunión de etiqueta.

La donante, la Srita. Hanson, fue la última en llegar. Ella y su silla de ruedas fueron depositadas a la entrada del vestíbulo. En ese momento, los 3 pares de puertas que se interponían entre las mujeres pepenadoras de Pam y el Polo Norte se abrieron de par en par. Todas las mujeres desamparadas se cayeron de su pedestal. Volaron por el piso, y se amontonaron en los frisos, los cuales ocultaban los ardientes tubos de la calefacción.

Las cámaras de TV captaron todo, salvo el olor del poliuretano caliente. ¡Qué alivio contra las preocupaciones mundanas! ¿Quién dice que las noticias siempre son desagradables?

Pamela estaba malhumorada cerca del establo. Éste no se hallaba aún bajo la sombra de la Montaña Mosquete: faltaban unas 7 horas para que el Sol se pusiera.

Esto ocurrió varios años antes de la fuga de la prisión, pero ya se habían sepultado 2 cadáveres y una cabeza humana en esa zona. Todo el mundo estaba al tanto del entierro de los 2 cuerpos, que habían sido inhumados con honores y cubiertos con una lápida. En cambio, la cabeza fue descubierta durante las labores llevadas a cabo con retroexcavadora, dirigidas a dar sepultura a los reos muertos como resultado de la huida carcelaria.

¿De quién era esa cabeza?

Los 2 cuerpos inhumados, de los que todo el mundo estaba al corriente, pertenecían al primer profesor de Botánica, Alemán y ejecución de flauta del Tarkington, el maestro cervecero Hermann Shultz, y a su esposa Sophia. Murieron con un día de diferencia, durante la epidemia de difteria verificada en 1893. Se encontraban descansando en tumbas prácticamente nuevas el día en que fui despedido, aunque su entierro había tenido lugar 98 años atrás. Sus restos y la lápida fueron cambiados de lugar, a fin de ganar espacio para la construcción del Pabellón Pahlavi.

El enterrador del pueblo que se encargó de trasladar los cadáveres en 1987, informó que estaban notablemente bien conservados. Me invitó a verlos, pero le respondí que estaba dispuesto a creer en su palabra.

¿Pueden imaginárselo? Después de todos los cadáveres que vi en Vietnam, muchos de los cuales eran obra mía, me aterrorizó la idea de tener que mirar otros 2, faltos de vinculación alguna conmigo. Carezco de una explicación al respecto. Quizá me había convertido de nuevo en un inocente muchachito.

He hojeado la Biblia Atea, las *Familiar Quotations* de Bartlett, en busca de alguna noción sobre el miedo súbito. Y no encontré algo mejor que el comentario de Lady Macbeth en relación con su pusilánime esposo:

«¡Vergüenza para ti, señor mío!... ¡Guerrero y cobarde!»

A propósito del Ateísmo, recuerdo la ocasión en que Jack Patton y yo escuchamos un sermón en Vietnam, pronunciado por el Capellán de más alto rango en el Ejército. Se trataba de un General.

El sermón se fundamentó en lo que él afirmaba que era un hecho bien conocido: la inexistencia de Ateos en las trincheras.

Más tarde, le pregunté a Jack su opinión sobre el sermón en cuestión.

—Es un Capellán que nunca ha visitado el frente —me respondió.

El enterrador, quien fuera sepultado en una zanja cercana al establo, era Norman Updike, un descendiente de los primeros colonos holandeses establecidos en el valle. En 1987, me contó con singular alegría que, en general, la gente está equivocada en materia de la rapidez con que las cosas se descomponen, convirtiéndose en tierra fértil, abono, polvo o lo que sea. Sostuvo que los científicos han descubierto carne y vegetales bien conservados en las partes más profundas de los muladares de las ciudades, a pesar de haber sido desechados muchos años atrás. Al igual que Hermann y Sophia Shultz, esas obras de la Naturaleza, supuestamente biodegradables, no se habían descompuesto por acción de la humedad, que constituye el caldo de cultivo ideal de gusanos, hongos y bacterias.

—Aun sin utilizar las modernas técnicas de embalsamamiento, el proceso consistente en que «polvo eres y en polvo te convertirás» implica mucho más tiempo de lo que las personas se imaginan —explicó.

—Me has animado —repuse.

No vi que Pamela Ford Hall se hallaba cerca del establo, sino después de que ya era muy tarde para cambiar de dirección. Mi decisión de no toparme con ella ni con Zuzu fue contrariada por la aparición de un padre de familia, quien había huido del estruendo de las gaitas. Este señor me dijo que me veía muy deprimido.

Aún no le contaba a nadie que había sido despedido y, desde luego, no deseaba compartir la noticia con un extraño. De modo que le argumenté que no podía sentirme feliz, debido a los mantos de hielo, la desertificación, la crisis económica, los disturbios raciales, etcétera.

Me dijo que me alegrara, que 1 000 000 000 de chinos estaban a punto de

deshacerse del yugo comunista y que, cuando lo lograran, todos desearían adquirir automóviles, neumáticos, gasolina y cosas por el estilo.

Le señalé que casi todas las industrias estadounidenses relacionadas con los coches habían sido compradas o quebradas por los japoneses.

—¿Y qué le impide hacer lo que yo he hecho? —preguntó—. Vivimos en un país libre.

Afirmó que su cartera estaba llena de acciones de empresas japonesas.

¿Puede imaginar lo que 1 000 000 000 de automovilistas chinos se harían entre sí, y lo que quedaría de la atmósfera?

Estaba tan interesado en alejarme de este típico estúpido de la Clase Gobernante que no vi a Pamela sino cuando ya había llegado justo a su lado. Estaba sentada en el suelo bebiendo licor de zarzamora, con la espalda apoyada en la lápida de los Shultz. Miraba en dirección a la Montaña Mosquete. Tenía un grave problema de alcoholismo. No me culpo por ello. El peor problema en la vida de un alcohólico es el alcohol.

El epitafio me quedaba enfrente.



La epidemia de difteria que mató a tantos habitantes de este valle tuvo lugar cuando casi todos los estudiantes del Tarkington estaban de vacaciones.

Desde luego, los estudiantes tuvieron muy buena suerte. Si hubieran asistido a clases durante la epidemia, muchos de ellos habrían sido enterrados junto con los Shultz, primero en el sitio donde ahora se levanta el Pabellón y, luego, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Dos años más tarde, el alumbrado tuvo otra vez muy buena suerte. Gozaba de un breve receso intersemestral, cuando los criminales empedernidos asaltaron este insignificante pueblecito campirano.

Milagros.

Busqué información sobre los Librepensadores. Pertenecían a una secta efímera, compuesta en su mayoría por descendientes de alemanes que creían, al igual que el Abuelo Wills, que ninguna otra cosa, excepto el sueño, les espera tanto a los individuos buenos como a los malos en el Más Allá; que la ciencia había probado que todas las religiones organizadas son puro cuento; que Dios es incognoscible, y que la mayor aportación del ser humano consiste en mejorar la calidad de vida de todos los miembros de su comunidad.

Hermann y Sophia Shultz no fueron las únicas víctimas de la epidemia de difteria. ¡Ni mucho menos! Pero fueron los únicos que pidieron ser enterrados en el campus, que constituía para ellos, según dijeron en su lecho de muerte, tierra sagrada.

Pamela no se sorprendió de verme. El alcohol la prevenía contra cualquier sorpresa. La primera cosa que me dijo fue: «No.» Yo todavía no le había hablado. Pensó que había ido a hacer el amor con ella. Pude entender por qué discurrió eso.

Yo mismo había empezado a considerar semejante opción.

—Sin duda, éste ha sido el mejor año de mi vida, y quiero agradecerte el hecho de que hayas formado parte de él —me dijo irónicamente. Estaba actuando con gran hipocresía.

—¿Cuándo te vas? —le pregunté.

—Nunca —contestó—. Mi caja de velocidades está descompuesta.

Se refería a su Buick de 4 puertas y 12 años de antigüedad, que había obtenido de acuerdo con el convenio de divorcio. Su exmarido acostumbraba burlarse de sus esfuerzos dirigidos a convertirse en una artista seria, incluso la había abofeteado y pateado en ciertas ocasiones. Así que seguramente él fue quien más se rió del resultado de su exhibición individual en Búfalo.

Me contó que una caja nueva de cambios le iba a costar 850 dólares en el pueblo; que el mecánico quería que le pagara en yenes, y que ese sujeto le había insinuado que la reparación le costaría mucho menos si accedía a ir a la cama con él.

—Supongo que nunca hallaste el sitio donde tu suegra escondió el dinero —aseveró.

—No —repuse.

—Tal vez debería ir a buscarlo.

—Estoy seguro de que alguien lo encontró y que nunca revelará el hallazgo.

—Jamás te pedí que me compraras nada. Pero, ahora, ¿qué tal si me regalas una caja de velocidades? Así, cuando alguien me pregunte: «¿Dónde conseguiste esa maravillosa caja de cambios?», yo le podré contestar: «Un antiguo amante me la obsequió. Es un héroe de guerra muy famoso, pero me es imposible dar a conocer su nombre.»

—¿Quién es el mecánico?

—El Príncipe de Gales. Si voy a la cama con él, no sólo arreglará mi caja de velocidades, sino que también me convertirá en la Reina de Inglaterra. Tú nunca me hiciste Reina de Inglaterra.

—¿No es Whitey VanArsdale?

Se trataba de un mecánico del pueblo que solía decir a todos los clientes que se había averiado la caja de cambios. Me lo hizo con el coche que tuve antes del Mercedes, a saber, una camioneta Chevy 1979. Busqué una segunda opinión, que me fue brindada por un estudiante. La caja de velocidades estaba bien. Todo lo que necesitaba era un trabajo de engrasado. En la actualidad, Whitey VanArsdale se

halla sepultado, también, junto al establo. Tendió una emboscada a algunos prófugos, pero fue él quien terminó emboscado. En todo caso, su victoria duró 10 minutos. Se escuchó un «pum» y luego, unos cuantos minutos más tarde, un «pum» «pum» a modo de respuesta.

Pamela, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la lápida no me hizo lo que Zuzu Johnson me haría poco tiempo después, a saber, identificarme como la causa principal de su desgracia. Lo más que se aproximó Pamela en esa dirección fue cuando me acusó de que yo nunca la había convertido en Reina de Inglaterra. La queja de Zuzu consistía en que yo jamás intenté seriamente casarme con ella, a pesar de todo lo que habíamos platicado en la cama acerca de escaparnos a Venecia, donde ninguno de los 2 habíamos estado. Le había prometido que ahí abriría una florería, puesto que ella estaba muy bien dotada para la jardinería. Le había dicho que yo enseñaría inglés, como segunda lengua, que ayudaría a los sopladores de vidrio locales a colocar sus mercancías en tiendas estadounidenses, etcétera.

Como Zuzu era también una excelente fotógrafa, le había asegurado que pronto rondaría por los embarcaderos de las góndolas, donde podría retratar a los turistas a bordo de tales barcos chatos y venderles las fotografías.

En esas ocasiones en que soñábamos e inventábamos un futuro para ambos, sepultábamos a GRIOT^{MR}.

Consideraba aquellos sueños venecianos como parte del acto amoroso, mi réplica erótica al perfume de Zuzu. Pero ella los tomó muy en serio. Estaba lista para partir. Yo no podía convertirlos en realidad, debido a mis responsabilidades familiares.

Pamela estaba al corriente de mi relación con Zuzu, así como de todas las palabras mágicas u *hocus pocus* sobre Venecia. Zuzu le había contado.

—¿Sabes qué deberías decirle a cualquier mujer lo suficientemente tonta para enamorarse de ti? —me preguntó Pamela, mirando en dirección a la Montaña Mosquete y no a mí.

—No —contesté.

—¡Bienvenida a Vietnam! —enfaticó.

Ella estaba sentada sobre los ataúdes de los Shultz. Yo me hallaba de pie

sobre una cabeza cercenada que sería desenterrada por una retroexcavadora 8 años más tarde. La cabeza había permanecido sepultada tanto tiempo que sólo quedaba de ella el cráneo.

Un especialista en Medicina Forense de la Policía del Estado se encontraba en el lugar de los hechos, cuando el cráneo apareció en la pala mecánica de la excavadora. El sujeto examinó el objeto desenterrado y nos dio su opinión. No creía que hubiese pertenecido a un indio, que fue lo primero que a mí se me ocurrió. Dijo que había pertenecido a una mujer blanca, de unos 20 años de edad. Como no había sido golpeada ni le habían disparado en la cabeza, tenía que ver el resto del esqueleto, a fin de plantear una hipótesis sobre la causa del deceso.

Sin embargo, la retroexcavadora nunca desenterró otro hueso.

Desde luego, la decapitación en sí misma pudo haber bastado.

No obstante, el especialista mostró poco interés al respecto. Llegó a la conclusión, con base en el estudio de la pátina del cráneo, que su dueña había muerto mucho antes de que nosotros nacióramos. Su labor consistía en examinar los cuerpos de las personas que habían sido asesinadas después de la fuga de la prisión, y en formular teorías sobre el modo en que habían sido aniquiladas, por la acción de armas de fuego o lo que haya sido.

En especial, centró su atención en el cadáver de Tex Johnson. Me contó que había visto de todo en su ocupación, pero nunca un hombre que hubiera sido crucificado, con clavos atravesados en manos y pies, y todo lo demás.

Yo deseaba que hablara más del cráneo, pero sólo charló sobre el tema de la crucifixión. Sin duda, tenía muchos conocimientos en la materia.

Me narró un episodio que jamás había considerado: que los judíos, y no exclusivamente los romanos, también crucificaban de vez en cuando a los que encajaban en su idea de criminales. ¡Vivir para ver!

¿Cómo es que nunca antes había escuchado nada al respecto?

Me contó que Darío, Rey de Persia, crucificó a 3 000 individuos considerados enemigos de Babilonia. Asimismo, me refirió que, cuando los romanos sofocaron la revuelta de los esclavos encabezada por Espartaco, ¡crucificaron a 6 000 rebeldes a ambos lados de la Vía Apia!

Afirmó que la crucifixión de Tex Johnson no había sido convencional por varias razones, además del hecho de que el sujeto en cuestión ya estaba muerto o agonizante cuando lo clavarón en las vigas dentro del establo. No lo azotaron. No le proporcionaron una cruz, con objeto de que la cargara hasta el lugar de su ejecución. No colocaron un letrero que indicara cuál había sido su crimen. Y no fijaron en el madero vertical un clavo cuya cabeza escoriara la entrepierna y el trasero del crucificado, cuando éste hubiese intentado moverse en búsqueda de una posición más cómoda.

Tal como lo mencioné al principio del libro, si yo hubiera sido un soldado profesional en épocas remotas, habría crucificado sin ningún problema a mucha gente, siempre que se me hubiese ordenado hacerlo.

O bien, les habría ordenado a mis subordinados que lo hicieran, y les habría explicado cómo hacerlo, en el caso de que hubiera sido un oficial de alto rango.

Les habría enseñado a los reclutas que no hubiesen sabido nada en materia de crucifixiones y que nunca hubieran presenciado alguna, un nuevo término del vocabulario de la ciencia militar de aquel tiempo. He aquí el vocablo: *crurifragium*. Yo lo aprendí del Médico Forense, y lo encontré tan interesante que corrí por papel y lápiz para anotarlo.

Es una voz latina que alude al acto de «romper las piernas del crucificado con una barra de hierro, a fin de abreviar su sufrimiento». Empero, ese gesto piadoso no convertía a la crucifixión en un club campestre.

¿Qué clase de animal habría sido capaz de ejecutar algo semejante? Mi antiguo yo, creo.

El ahora difunto profesor y moniciclista Damon Stern me preguntó, en cierta ocasión, si yo consideraba viable el establecimiento de un mercado donde se comerciara con figuras de Cristo montado en moniciclo, en lugar de clavado en la cruz. Se trataba de una broma. No pretendía que le contestara y no le respondí. Algún otro tema de conversación surgió en ese momento.

Pero, en la actualidad, le aclararía, si no lo hubieran asesinado porque intentó salvar a los caballos, que el mensaje más importante implícito en un crucifijo, al menos en mi opinión, consiste en la abominable crueldad con que pueden actuar los seres humanos supuestamente sensatos cuando se hallan bajo las órdenes de una autoridad superior.

Ahora, escuchen esto: cuando me encontraba hojeando ociosamente algunos diarios locales conservados en esta biblioteca, creo que descubrí a quién perteneció el cráneo que, según el especialista, correspondía a una mujer joven de raza caucásica. Quise salir corriendo al patio de la prisión, antiguamente el Patio del colegio, a gritar: ¡Eureka! ¡Eureka!

Mi hipótesis es que ese cráneo perteneció a Letitia Smiley, una estudiante que cursaba el último año de estudios en el Tarkington, supuestamente hermosa y disléxica, que desapareció del campus en 1922, después de haber ganado la tradicional Carrera de Mujeres Descalzas, cuyo recorrido era el siguiente: del campanario a la Casa del Director y de vuelta al punto de partida. Como premio, Letitia Smiley fue coronada Reina de las Lilas. Una vez coronada, se deshizo en lágrimas por razones que nadie pudo entender. Desde luego, algo le inquietaba. Supe por uno de los periódicos de la época, que la gente estaba de acuerdo en que el llanto de Letitia Smiley no era de felicidad.

Una de las sospechas existentes, aunque nadie autorizó su publicación, era que la Srita. Smiley estaba embarazada, como resultado de su relación con algún miembro del estudiantado o con alguno del cuerpo docente. Ahora le hago al detective, disponiendo tan sólo de un cráneo y algunos diarios amarillentos. Pero, al menos, he encontrado lo que la policía fue incapaz de descubrir en ese entonces: lo que pudo constituir una prueba convincente, en manos de un forense experto en cráneos, de que Letitia Smiley ya no se hallaba en el mundo de los vivos. La mañana posterior al día en que fue coronada Reina de las Lilas, apareció en su cama un muñeco hecho con toallas de baño enrolladas y cuya cabeza era un balón de fútbol. Se lo había regalado un admirador del Union College, sito en Schenectady. El muñeco tenía pintada la leyenda siguiente: «Union 31-Hobart 3.» Aparte de eso, sólo una espesa capa de humo.

Un dentista no habría sido útil en la identificación del cráneo, ya que quienquiera que haya sido su dueño nunca tuvo sino una simple cavidad para ser llenada. Quienquiera que haya sido disponía de una dentadura perfecta. ¿Quién podría decirnos en la actualidad, en el año 2001, si Letitia Smiley, que ahora tendría 100 años, contaba con una dentadura perfecta?

Ésa era la manera con base en la cual se identificaban muchos de los cadáveres más mutilados en Vietnam, a saber, por su dentadura imperfecta.

No existe una ley de prescripción en relación con el homicidio, el crimen más terrible de todos, según dicen. ¿Pero qué edad tendría ahora su asesino? Si fue

quien sospecho, habría cumplido 135 años. Me parece que no fue nadie más que Kensington Barber, el Administrador del Colegio Tarkington en esa época. Este sujeto pasó sus últimos días en el Hospital Estatal para Enfermos Mentales de Batavia. Estoy seguro de que fue él, habiendo estado autorizado para verificar las camas en los dormitorios de hombres y mujeres, quien confeccionó el muñeco cuya cabeza era un balón de fútbol.

Creo que Letitia Smiley ya había fallecido para entonces.

Y consta en los registros públicos que fue el Administrador quien encontró el muñeco.

El médico forense de la Policía Estatal mencionó que era extraño que no se hubiesen hallado cabellos unidos al cráneo. Opinaba que se había arrancado o hervido el cuero cabelludo antes del entierro, para dificultar la identificación de los restos. ¿Y qué descubrí? Que Letitia fue famosa en su corta vida por su larga cabellera dorada. La descripción periodística de la carrera en que participó y ganó alude repetidamente a su pelo rubio.

Sí, y el mismo artículo noticioso nos presenta a Kensington Barber como la única fuente de la afirmación siguiente: que Letitia estaba profundamente angustiada por su romance tormentoso con un hombre de Scipio mucho mayor que ella. El Administrador habría deseado que él o alguien de Scipio supiera el nombre del sujeto, a fin de que la policía lo interrogara.

En otra nota, Barber le dijo al reportero que había planeado llevar a su familia a Europa ese verano, pero que permanecería en Scipio con objeto de hacer todo lo posible por clarificar el misterio en que se había convertido Letitia Smiley. ¡Cuánta aplicación al deber!

Envió a su esposa y a sus 2 hijos a Europa. Como el campus se encontraba casi desierto durante el verano, salvo por la presencia del personal de mantenimiento, que por cierto trabajaba bajo sus órdenes, pudo haberse asegurado fácilmente su aislamiento mandando a los empleados a laborar en otra parte del campus mientras él enterraba pequeñas porciones de Letitia, utilizando quizá un azadón.

Asimismo, debo preguntarme, a la luz de mis propias experiencias en materia de relaciones públicas *hocus pocus* y de la historia reciente de mi Gobierno, si había en 1922 mucha gente que pudiera atar cabos tan fácilmente como yo lo

acabo de hacer. Si se considera cuál había llegado a ser el principal negocio de Scipio, el colegio, se puede concluir que hubo un encubrimiento masivo.

Kensington Barber sufrió un ataque nervioso al final del verano y fue enviado, como ya dije, a Batavia. El Director del Tarkington en ese entonces, Herbert VanArsdale, quien no tenía ninguna relación con Whitey VanArsdale, el mecánico deshonesto, atribuyó el colapso mental del Administrador al agotamiento resultante de sus incansables esfuerzos dirigidos a resolver el misterio de la desaparición de la Reina de las Lilas de rubios cabellos.

Mi abogado sólo encontró un aspecto realmente interesante en mi teoría sobre la Reina de las Lilas, a saber, los amplios listones púrpuras para sujetar el cabello utilizados por las muchachas que participaban cada año en la carrera, incluyendo aquélla celebrada antes de la fuga carcelaria. Los reos prófugos descubrieron carretes y carretes de ese listón en un armario de la oficina de la Decano de las Mujeres. Alton Darwin ordenó a sus hombres que se anudaran un trozo de listón alrededor del brazo. El listón se convirtió en una especie de uniforme, en un medio para diferenciar a los amigos de los enemigos. Por supuesto, el color de la piel ya constituía, por sí solo, un buen distintivo.

La importancia de los listones púrpuras, según mi abogado, reside en que yo nunca me puse 1. Esto contribuye a probar que yo siempre fui neutral.

Los condenados no fabricaron una nueva bandera. Ondearon aquélla de las Barras y las Estrellas desde lo alto del campanario. Alton Darwin no dijo que hubiesen estado en contra de Estados Unidos, sino: «Nosotros somos Estados Unidos.»

Así que me despedí de Pamela Ford Hall la tarde en que me echaron del Tarkington. Nunca más la volví a ver. Supongo que el único favor verdadero que le hice fue decirle que buscara una segunda opinión, antes de admitir que Whitey VanArsdale le vendiera una caja nueva de velocidades. Según supe, pidió esa segunda opinión y resultó que su antigua caja de cambios estaba en perfecto estado.

La caja de velocidades y el resto del coche la transportaron hasta Key West, donde el ex Escritor Residente Paul Slazinger se había establecido, gozando de bienestar con base en la Beca para Genios que le había otorgado la Fundación McArthur. Nunca me di cuenta de que él y ella habían congeniado durante su estancia en el Tarkington, pero supongo que lo hicieron. Desde luego, ella nunca me habló del asunto. En todo caso, cuando trabajaba en Athena, me enteré de su boda inminente, planeada desde su permanencia en Scipio.

No obstante, resultaba evidente que iban a fracasar. Me imagino a Pamela

bebiendo e insistiendo en seguir la carrera artística, aunque no fuera talentosa. Eso debió asustar al viejo novelista.

Claro que Slazinger tampoco constituía ningún galardón.

Después de la fuga penitenciaria, le conté a GRIOT^{MR} todo lo que sabía sobre Pamela y le pedí que adivinara qué sería de ella al cabo de su ruptura con Paul Slazinger. GRIOT^{MR} diagnosticó su fallecimiento por cirrosis hepática. Reintroduje en la máquina la misma información y, esta segunda ocasión, GRIOT^{MR} predijo que se moriría de frío en un portal de Chicago.

Los pronósticos no eran buenos.

Después de dejar a Pamela, cuyo problema básico no era yo sino el alcohol, comencé a escalar la Montaña Mosquete, intentando reflexionar un poco bajo el depósito de agua. Pero me topé con Zuzu Johnson, quien caminaba cuesta abajo. Me dijo que había permanecido durante varias horas en ese lugar, tratando de construir sueños que sustituyeran a aquéllos relacionados con nuestra huida a Venecia.

Sostuvo que tal vez se iría sola a Venecia, donde tomaría fotos de los turistas que suben y bajan de las góndolas.

El pronóstico para ella era mucho mejor que el de Pamela, por lo menos a corto plazo. Ella no era una adicta y no estaba completamente sola en el mundo, aunque todo lo que tuviera se redujera a Tex. Además, no había hecho el ridículo ante los telespectadores de todo el país.

Por otra parte, Zuzu podía ver la parte humorística de las cosas. Recuerdo que me dijo que la no realización del sueño veneciano la había convertido en un cadáver viviente, pero que una zombie era la compañera ideal del Director de un Colegio.

Continuó expresándose de esa forma durante un rato y, sin llorar, se alejó con gran rapidez. Lo último que me dijo fue que no me culpaba.

—Asumo toda la responsabilidad de haberme enamorado de semejante idiota —afirmó con vehemencia.

¡Harto legítimo!

Cambié de opinión: no trepé a la cima de la Montaña Mosquete. En su lugar, fui a casa, pues consideré que sería más sabio reflexionar en la cochera, donde era improbable que otras balas perdidas de mi pasado me interrumpieran. Cuando llegué, encontré a un empleado del Servicio Unido de Paquetería (SUP), quien tocaba a la puerta. No lo conocía. Era nuevo en el pueblo porque, en caso contrario, no habría preguntado el motivo por el cual estaban cerradas las persianas. Cualquiera que hubiese permanecido en Scipio durante cierto tiempo sabía la causa de que las persianas estuvieran siempre cerradas:

Ahí adentro habitaban personas dementes.

Le expliqué que había un enfermo en casa y le pregunté qué quería.

Me respondió que traía una enorme caja para mí, proveniente de Saint Louis. Missouri.

Le comenté que no conocía a nadie en Saint Louis, Missouri y que no esperaba recibir ninguna caja proveniente de ningún sitio. Pero, me mostró que yo era el destinatario del paquete, de modo que repuse: «Está bien, vamos a ver su contenido.» Resultó ser el pequeño baúl que se hallaba al pie de mi cama en Vietnam, el cual abandoné cuando el excremento llegó al aire acondicionado, esto es, cuando me ordenaron que me hiciera cargo de la evacuación desde la azotea de la embajada.

Su arribo no constituyó del todo una sorpresa. Varios meses antes, había sido informado de que el baúl se encontraba en un inmenso depósito del Ejército, situado en las afueras de Saint Louis, donde estaban almacenados los objetos personales de los soldados que nadie había reclamado, se trataba de pertenencias abandonadas en los campos de batalla o en otros lugares. Algún idiota debió colocar mi baúl en 1 de los últimos aviones estadounidenses que salieron de Vietnam, privando así al enemigo de mi rasuradora, mi cepillo de dientes, mis calcetines, mi ropa interior, y del último regalo de cumpleaños que me obsequió Jack Patton, a saber, un ejemplar de la revista *Liguero Negro*. Exactamente 14 años más tarde, el Ejército me notificó que tenía en su poder el baúl y me preguntó si quería recuperarlo. Contesté que sí. Y tuvieron que transcurrir otros 2 años para que, de repente, lo depositaran frente a mi puerta. Algunos glaciares se mueven más aprisa.

Le pedí al empleado del SUP que me ayudara a arrastrarlo hasta la cochera. No era muy pesado. Sólo voluminoso.

El Mercedes estaba estacionado enfrente. Aún no me había dado cuenta de que los muchachos del pueblo lo habían vuelto a descorchar. Los 4 neumáticos no tenían aire.

Cof. Cof.

El empleado del SUP era en realidad muy joven. Se veía tan niño y era tan novato en su trabajo, que me preguntó qué había dentro del baúl.

—Si la Guerra de Vietnam aún se estuviera escenificando, podrías ser tú su contenido —dije, dando a entender que quizá él habría regresado a casa dentro de un ataúd.

—No comprendo —señaló.

—¡Olvidalo! —repuse. Rompí el cerrojo con un martillo. Levanté la tapa de lo que de hecho era una especie de ataúd para mí, pues contenía los restos del soldado que alguna vez fui. Encima de todo, con la portada hacia arriba, se hallaba aquel ejemplar de *Liguero Negro*.

—¡Cáspita! —exclamó el muchacho. La mujer de la portada lo había asombrado. Parecía un Astronauta que realizaba su primer viaje al espacio.

—¿Has considerado alguna vez convertirte en soldado? —le pregunté—. Creo que serías bueno.

Nunca lo volví a ver. Quizá lo despidieron poco tiempo después y se marchó a buscar trabajo a otra parte. Sin duda, no iba a durar mucho como empleado del SUP, si persistía en la actitud de merodear, como un niño en la víspera de Navidad, hasta conocer el contenido de los distintos paquetes que entregaba.

Permanecí en la cochera. No quería entrar en la casa. Tampoco quería volver a salir. En consecuencia, me senté en el baúl y leí «Los Protocolos de los Sabios de Tralfamadore», artículo incluido en la revista *Liguero Negro*. Versaba sobre cierto tipo de rayos inteligentes de energía, ubicados a una distancia de billones de años luz. Estos seres buscaban formas de vida mortales y autorreproducibles, para poder expandirlas en el Universo. De modo que varios de ellos, los Sabios del título, se reunieron o cruzaron cerca de un planeta llamado Tralfamadore. El autor nunca menciona por qué los Sabios consideraban que la propagación de la vida es una buena idea. No lo culpo, pues es difícil encontrar un argumento sólido que

apoye dicho planteamiento. En mi opinión, querer que cada planeta habitable esté habitado es como querer que todo el mundo tenga pie de atleta.

Los Sabios llegaron a la conclusión de que la única opción práctica de que una forma de vida pudiera viajar grandes distancias a través del espacio, residía en la transportación de plantas y animales extremadamente pequeños y durables, a bordo de los meteoritos que rebotaban en los planetas.

Sin embargo, aún no había evolucionado ningún germen lo suficientemente resistente para sobrevivir a un viaje semejante. La vida era demasiado fácil para los gérmenes. No eran sino un puñado de bollos rellenos de crema. Cualquier criatura por ellos infectada, en términos químicos, se volvía tan desafiante como un caldo de pollo.

Cuando se verificó la reunión, ya había seres humanos en la Tierra, pero éstos no constituían sino un fango caliente donde nadaban los gérmenes. Ahora bien, los hombres tenían cerebros muy grandes y algunos de ellos sabían hablar. ¡Incluso, unos cuantos leían y escribían! Por tal motivo, los Sabios centraron su atención en ellos y se preguntaron si los cerebros de los humanos no podrían inventar pruebas de supervivencia verdaderamente horribles para los gérmenes.

Vieron en nosotros el potencial para convertirnos en químicos perversos a escala cósmica. Y no los desilusionamos.

¡Qué historia!

De acuerdo con el cuento, la leyenda de Adán y Eva apenas estaba siendo redactada. Una mujer llevaba a cabo la labor de escritura. Antes, esas encantadoras palabras insinceras habían pasado de generación a generación en forma oral.

Los Sabios permitieron que transcribiera la mayor parte del mito de la creación justo de la manera en que ella lo había escuchado, del modo en que todo el mundo lo narraba. Al aproximarse al final del texto, se apoderaron del cerebro de la mujer y le ordenaron que incluyera algo que nunca había formado parte del mito.

Supuestamente, se trataba del discurso que Dios había pronunciado ante Adán y Eva. A continuación, cito el discurso en cuestión, destacando que la vida se convirtió después en un infierno para los microorganismos: «Llenad la Tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la Tierra.»

Cof.

Así que los habitantes de la Tierra creyeron que tenían instrucciones directas del Creador del Universo. Aunque se pusieron a trabajar para satisfacer a los Sabios, lo hicieron tan lentamente que éstos introdujeron en la cabeza de los terrícolas la idea de que los humanos constituían la forma de vida que supuestamente debía expandirse por el Universo. Desde luego, éste era un planteamiento absurdo. Dicho sea con los propios términos empleados por el autor anónimo: «¿Cómo podría toda esa carne, dependiente de tanta comida, agua y oxígeno, y con evacuaciones de vientre tan abundantes, sobrevivir a un viaje a través del vacío ilimitado del espacio exterior? Era un milagro que esos gigantes voraces y pesados pudieran desplazarse a la tienda más cercana para comprar un paquete de 6 cervezas.»

Por cierto, los Sabios habían desistido de influir en los humanoides de Tralfamadore, quienes habitaban justo debajo del punto donde aquéllos celebraban su reunión. Los tralfamadorianos estaban siempre de buen humor y se reconocían a sí mismos como unos zoquetes, por no decir unos zoquetes lunáticos. Eran inmunes a los kilovoltios de orgullo con que los Ancianos les habían rellenado la cabeza. Se rieron cuando apareció inesperadamente en su mente la idea de que ellos eran la gloria del Universo y que se suponía que estaban destinados a colonizar otros planetas con su incomparable magnificencia. Sabían con exactitud cuan torpes y tontos eran, a pesar de que podían hablar y de que, incluso, algunos de ellos sabían leer y escribir un poco de matemáticas. Un autor elaboró una serie de sátiras para desternillarse de risa sobre la llegada de los tralfamadorianos a otros planetas con la intención de diseminar las luces.

En cambio, como los habitantes de la Tierra carecían del sentido del humor, les pareció que esa idea era bastante aceptable.

Los Sabios juzgaron que los seres humanos creerían cualquier cosa sobre sí mismos, sin importar cuan absurda resultara, siempre y cuando fuese halagadora. Para asegurarse de ello, llevaron a cabo un experimento. Introdujeron en la cabeza de los terrícolas la noción de que el Universo entero había sido creado por un enorme ser masculino muy parecido a ellos. Se hallaba sentado en un trono

espléndido y rodeado por muchos otros tronos menos elegantes. Cuando el humano moría, ocupaba para siempre uno de tales tronos, porque era un pariente muy cercano del Creador.

¡Y los terrícolas se tragarón ese cuento!

Otra característica de los humanos que agradaba a los Sabios era que temían y odiaban a los demás terrícolas que no tuvieran exactamente la misma apariencia o el mismo modo de hablar. Habían convertido la vida en un infierno no sólo para el prójimo, sino también para aquellos que consideraban «animales inferiores». En realidad, clasificaban a los extranjeros como animales inferiores. Por consiguiente, todo lo que los Sabios tenían que hacer para asegurarse de que los gérmenes pasaran un mal rato, era enseñarnos cómo fabricar armas más efectivas mediante el estudio de la Física y la Química. Los Sabios no perdieron el tiempo para consagrarse a dicha labor de enseñanza.

Provocaron que una manzana cayera sobre la cabeza de Isaac Newton.

Hicieron que el joven James Watt aguzara los oídos cuando silbaba la tetera de su madre.

Los Sabios nos hicieron pensar que el Creador entronizado odiaba a los extranjeros tanto como nosotros, y que le haríamos un gran favor si intentábamos exterminarlos por todos los medios posibles.

Ese ensayo se llevó a la práctica a gran escala aquí en la Tierra.

En consecuencia, no transcurrió mucho tiempo para que elaboráramos los venenos más mortíferos del Universo, y emponzoñáramos el aire, el agua y la tierra. En palabras del autor, cuyo nombre hubiese querido conocer: «Los gérmenes murieron por billones o no fueron capaces de reproducirse porque ya no pudieron seguir satisfaciendo las expectativas.»

No obstante, algunos sobrevivieron e incluso florecieron, a pesar de que casi todas las demás formas de vida sobre la Tierra perecieron. Y cuando todas las demás formas de vida desaparecieron y este planeta se volvió tan estéril como la Luna, invernaron como esporas prácticamente indestructibles, capaces de esperar de modo indefinido la siguiente colisión afortunada de un meteorito. Así, por fin, los viajes espaciales se hicieron en verdad factibles.

Si nos detenemos a reflexionar al respecto, descubriremos que los Sabios

echaron mano de una especie de teoría del escurrimiento. En general, la teoría del escurrimiento se relaciona con la economía. Supuestamente, cuanto más acaudalados sean los individuos que se hallan en la cima de la sociedad, mayor será la riqueza que se escurra hacia los sujetos en la base o parte inferior de ella. Desde luego, nunca ha sucedido eso en los hechos, porque hay 2 cosas que los de arriba no soportan, a saber, las fugas y los derrames.

No obstante, el esquema de los Sabios consistente en escurrir la miseria de los animales superiores hacia los microorganismos funcionó perfectamente.

El cuento contenía muchos más aspectos que aquéllos que he referido. Por ejemplo, el autor me enseñó un nuevo término: «Tormento Final.» En apariencia, esta expresión proviene del vocabulario de la pirotecnia, el arte de fabricar los fuegos artificiales, brillantes y estruendosos, pero inofensivos, que presenciamos en el momento culminante de los festejos patrióticos. El Tormento Final es una pieza de madera pulida que mide unos 3 metros de largo, 20 centímetros de ancho y 5 de grueso, a la que se clava toda clase de morteros y lanzacohetes, unidos en serie por una sola mecha.

Cuando el espectáculo de los fuegos artificiales parece haber terminado, el Maestro Pirotécnico enciende la mecha del Tormento Final.

De ese modo caracterizó el autor a la Segunda Guerra Mundial y al breve periodo subsecuente, a lo cual denominó «el Tormento Final del así llamado Progreso Humano».

Si el autor hubiese estado en lo correcto al plantear que todo el meollo de la vida en la Tierra se reducía a producir gérmenes que estuviesen preparados para viajar en el momento en que surgiese la posibilidad de hacerlo, entonces incluso los seres humanos más importantes de la historia, como Shakespeare, Mozart, Lincoln, Voltaire, etcétera, no habrían sido sino la cápsula de Petri, el caldo de cultivo de microorganismos con fines de investigación, en el Gran Esquema de las Cosas.

Según el cuento, los Sabios de Tralfamadore eran indiferentes con respecto al sufrimiento. En el año 71 a. C, cuando 6 000 esclavos rebeldes fueron crucificados a ambos lados de la Vía Apia, a los Ancianos les hubiera encantado que uno de los crucificados hubiese lanzado un escupitajo al rostro de un Centurión, contagiándolo de neumonía o TC.

Si tuviera que adivinar cuándo se escribió el cuento denominado «Los Protocolos de los Sabios de Tralfamadore», señalaría lo siguiente: «Hace mucho, mucho tiempo, después de la Segunda Guerra Mundial pero antes de la Guerra de Corea, la cual estalló en 1950, cuando yo tenía 10 años.» No se menciona a Corea como parte del Tormento Final. En cambio, se habla mucho de la posibilidad de convertir al planeta en un paraíso, mediante el aniquilamiento de todos los insectos y gérmenes; la generación de electricidad a base de energía atómica, que reduciría tan drásticamente las tarifas eléctricas que se volvería innecesaria la medición de su consumo; la factibilidad de que cualquier persona adquiriera un coche, acto que la volvería un ser más vigoroso que 200 caballos y 3 veces más veloz que un guepardo; y la incineración de la otra mitad del planeta, en el caso de que los terrícolas ahí residentes llegaran a considerar que su tipo de inteligencia era la adecuada para exportar al resto del Universo.

Como es muy probable que el cuento haya sido plagiado de alguna otra publicación, se omitió intencionalmente el nombre del autor. Después de todo, ¿qué clase de escritor presentaría un trabajo de ficción para su posible publicación en *Liguero Negro*?

En ese entonces, no tuve conciencia de cuan profundamente me había afectado ese cuento. Lo leí con el único objetivo de retrasar un poco mi búsqueda de otro empleo y de otro lugar donde vivir, búsqueda que debía llevar a cabo a la edad de 51 años y con 2 lunáticas auestas. Empero, de modo inadvertido para mí, el cuento había comenzado a funcionar como un analgésico. Representó un alivio el saber que alguien más coincidía con lo que yo había sospechado hacia el final de la Guerra de Vietnam y, en particular, después de haber visto la cabeza de un ser humano que descansaba sobre las vísceras de un carabao destripado en los alrededores de una aldea camboyana. He aquí la sospecha confirmada: que la afirmación de que la humanidad tiene un destino agradable constituye un mito para niños menores de 6 años, similar al del Ratoncito Pérez, los Reyes Magos y Santa Claus.

Cof.

Hago de su conocimiento que ya existe, en algún punto de la Tierra, un germen listo para viajar de inmediato hacia el cinturón de Orion, el carro de la Osa Mayor o hacia cualquier otro sitio, y que se trata del gonococo que pesqué en Tegucigalpa, Honduras, allá en 1967. Durante un tiempo, estuve seguro de que continuaría enfermo de gonorrea el resto de mi vida. A estas alturas, es probable que ese microorganismo pueda devorar vidrios rotos y navajas de rasurar.

Los gérmenes de la TC que tanto me hacen toser hoy día son, en comparación, unos mininos. Existen varios medicamentos en el mercado con los cuales nunca han aprendido a negociar los gatitos. Ordené el más potente de éstos hace unas semanas, y en cualquier momento me lo harán llegar desde Rochester. Si alguno de mis gérmenes está pensando en volverse un cadete del espacio, ya puede desechar esa opción. No va a llegar a ningún lado salvo al excusado.

¡Bon Voyage!

Ahora escuchen esto: ¿Se acuerdan de las 2 listas que estoy elaborando, la 1.^a con los nombres de las mujeres con las que hice el amor, y la 2.^a con los datos de los hombres, mujeres y niños que maté? ¡Cada vez se hace más evidente que la longitud de ambos catálogos será casi idéntica! ¡Qué coincidencia! Cuando comencé a preparar la lista de mis amantes, creí que el número de ellas podría convertirse en mi epitafio, formado de una sola cifra enigmática. ¡Pero apuesto a que el mismo número podría representar a la gente que aniquilé!

Se trata de otro milagro, como aquel relacionado con el hecho de que los estudiantes hayan estado de vacaciones durante la epidemia de difteria y, de nuevo, durante la fuga de la prisión. ¿Cuánto tiempo más seguiré siendo Ateo?

«Hay más cosas en el Cielo y en la Tierra...»

He aquí cómo conseguí empleo el mismo día en que fui despedido del Colegio Tarkington, en la prisión ubicada al otro lado del lago:

Abandoné la cochera cuando acabé de leer que los gérmenes y no los humanos eran los consentidos del Universo. Abordé mi Mercedes, con la intención de dirigirme al Café del Gato Negro, donde podría preguntar si alguien conocía a alguna persona que estuviera contratando gente para desempeñar cualquier tipo de trabajo en cualquier parte de este valle. Pero, los 4 neumáticos hicieron *blop, blop, blop*.

Los 4 habían sido descorchados por los lugareños la noche anterior. Bajé del Mercedes y me di cuenta de que tenía que orinar. Pero no quería hacerlo en mi propia casa. No deseaba charlar con las lunáticas que estaban dentro. ¿Qué les parece tanta agitación? ¿Qué germen ha experimentado una vida tan llena de retos y oportunidades?

Por lo menos, nadie me estaba disparando y no me perseguía la policía.

En consecuencia, me interné en la maleza de un lote baldío situado enfrente de mi casa, la cual estaba construida sobre una ladera. Saqué mi talán-talán y apunté en dirección a una hermosa bicicleta italiana de carreras abandonada en el suelo. Allí, escondida, la bicicleta estaba imbuida de magia e inocencia. Parecía un unicornio.

Después de haber orinado, con la puntería afinada en otra dirección, levanté a ese perfecto animal artificial.

Era nuevecito. Su sillín semejaba un plátano. ¿Por qué lo arrojaron en ese sitio? Nunca lo supe. A pesar de nuestros enormes cerebros y de nuestras atestadas bibliotecas nosotros —los posaderos de gérmenes— no podemos aspirar a comprender absolutamente nada de nada. Mi suposición era que algún joven perteneciente a una de las familias pobres del pueblo se lo había encontrado mientras vagaba por el campus. Pensó, como yo, que el dueño de la bicicleta era 1 de los estudiantes multimillonarios del Tarkington, quien probablemente poseía

un coche de lujo y muchas más prendas de vestir que aquéllas que tendría la oportunidad de lucir. Así que se la llevó, tal como yo lo haría después. Pero, transcurrido un rato, se amilanó, cosa que a mí no me ocurrió, y la escondió entre la maleza, para no sufrir un arresto por robo de gran cuantía. Tal como lo averiguaría rápida y penosamente, la bicicleta pertenecía en realidad a una persona pobre, a un adolescente que trabajaba en el establo al cabo de la jornada escolar, y que había ahorrado hasta el último centavo para poder comprar la mejor bicicleta que se haya visto en el campus del Tarkington.

Para jugar un poco con mi idea errónea de que la bicicleta pertenecía a un muchacho acaudalado: me parecía factible que algún niño rico fuese dueño de tantos juguetes caros que no se tomara la molestia de cuidar éste. Quizá, la bici no había cabido en la cajuela de su Ferrari Gran Turismo.

Es increíble la gran cantidad de tesoros, tales como aretes de diamantes, relojes Rolex, etcétera, que permanecían almacenados y sin ser reclamados en el Departamento de Objetos Perdidos del colegio.

¿Estoy resentido con las personas opulentas? No. Lo mejor o peor que puedo hacer es fijarme en ellas. Estoy de acuerdo con el gran escritor Socialista George Orwell, quien afirmaba que los ricos son pobres con dinero. Descubriría que ésta era también la opinión mayoritaria en la prisión ubicada al otro lado del lago, a pesar de que sus huéspedes nunca habían escuchado hablar de George Orwell. No eran pocos los reos que habían sido pobres con dinero antes de su captura; habían poseído los más lujosos automóviles, joyas, relojes muy caros y ropa elegante. Muchos de ellos, narcotraficantes adolescentes, habían sido dueños de bicicletas tan apetecibles como la que encontré escondida en la maleza en Scipio.

Cuando los reclusos se enteraron de que mi coche no era sino un Mercedes de 4 puertas y 6 cilindros, me miraron con desprecio y compasión. Me sucedió lo mismo con muchos estudiantes del Tarkington. ¡Como si hubiese sido el propietario de un abollado camión de reparto!

Así que saqué la bicicleta del lote baldío y la coloqué sobre el asfalto de la empinada pendiente de la Calle Clinton. No tendría que pedalear o doblar esquinas para llegar a la puerta principal del Café del Gato Negro. Sin embargo, como sí me vería precisado a utilizar los frenos, los probé. En el caso de que no funcionaran, seguiría derecho hasta el antiguo embarcadero de barcas y, sin escalas, al fondo del Lago Mohiga.

Me monté sobre el sillín en forma de plátano, que resultó ser sorprendentemente considerado con mi hiper-sensible entrepierna. Deslizarse cuesta abajo a bordo de esa bicicleta y bajo los rayos solares constituye una experiencia completamente diferente de aquélla de la crucifixión.

Dejé la bici completamente a la vista de todo el mundo, esto es, la aparqué enfrente del Café del Gato Negro. Noté que había varios corchos de botellas de champaña en la acera y la cuneta. En Vietnam, podrían haber sido cartuchos de balas. En este lugar, Arthur K. Clarke había organizado a su pandilla de motociclistas para tomar por asalto, sin encontrar ninguna oposición, el Tarkington. Antes que nada, los pandilleros y sus acompañantes femeninas bebieron champaña. Había también restos de bocadillos, uno de los cuales pisé y creo que estaba relleno de pepinos o de berros. Lo removí de mi zapato raspándolo contra el borde de la acera y abandonándolo a merced de los gérmenes. Sin embargo, les aclaro lo siguiente: ningún germen podrá salir del Sistema Solar con base en una alimentación tan poco viril.

¡Plutonio! Ése es el comestible que provoca el brote de pelo en el pecho de los microbios.

Entré en el Café del Gato Negro como si lo hubiera hecho por primera vez en mi vida. Ahora, éste era mi club, porque había sido degradado a la condición de lugareño. Después de ingerir algunos tragos, regresaría quizá a la colina, para sacar el aire de los neumáticos de algunas motocicletas y limosinas de Clarke.

Recargué mi vientre en la barra y dije: «Sírrame una bachicha.» Así llamaba la gente del pueblo a la cerveza Budweiser, desde que los italianos habían comprado la empresa Anheuser-Busch, la cual fabricaba la cerveza Budweiser. Los italianos adquirieron también, como parte del trato, a los Cardenales de Saint Louis.

«Sale una bachicha», gritó la cantinera. Era justo la clase de mujer que buscaría en la actualidad, si no tuviese TC. Había llegado al final de sus años 30s, y tenido tan mala suerte que ya no sabía hacia dónde voltear. Yo conocía su historia. Al igual que todos los habitantes del pueblo. Ella y su marido habían restaurado una fuente de sodas de antaño, ubicada 2 puertas más arriba del Café del Gato Negro, sobre la calle Clinton. Pero su esposo murió a causa de la prolongada inhalación del removedor de pintura. Los gérmenes que se hallaban dentro de él tampoco debieron pasarla bien.

Sin embargo, ¿quién sabe? Los Sabios de Tralfamadore pudieron haber provocado que su marido restaurara la antigua fuente de sodas, con el único objetivo de obtener una nueva especie de gérmenes, capaces de sobrevivir al viaje a través de una nube de removedor de pintura en el espacio exterior.

Se llamaba Muriel Peck. Su esposo, Jerry Peck, era un descendiente directo del primer Director del Colegio Tarkington. Su padre creció en este valle, pero Jerry se crió en San Diego, California, de donde salió para ir a trabajar a una compañía productora de helados. Esa empresa fue comprada más tarde por el Presidente Mobutu de Zaire, y Jerry fue despedido. Entonces, vino a Scipio con Muriel y sus 2 hijos a buscar sus raíces.

Puesto que conocía el negocio de los helados, se le hizo perfectamente sensato comprar la antigua fuente de sodas. Habría sido mejor para todos los involucrados que hubiese sabido un poco menos de helados y un poco más de removedores de pintura.

Más adelante, Muriel y yo nos convertiríamos en amantes, pero eso sucedió cuando yo había completado 2 semanas de prestación de servicios en la Prisión de Athena. Por fin, me atreví a preguntarle, puesto que ella y Jerry se habían especializado en Literatura en el Colegio Swarthmore, si alguno de los 2 se había tomado la molestia de leer la etiqueta adherida a las latas de removedor de pintura.

—No, hasta que ya fue demasiado tarde —me contestó.

En la prisión, me topé con una cantidad sorprendente de reclusos que habían resultado perjudicados, no por los removedores de pintura sino por la propia pintura. Durante su infancia, se habían llevado a la boca objetos cuya pintura estaba hecha a base de plomo. La intoxicación con plomo los había vuelto muy estúpidos. Se encontraban en la cárcel por haber cometido los delitos más tontos imaginables, y nunca logré que ninguno de ellos aprendiera a leer y escribir.

Gracias a ellos, ¿contamos con gérmenes que se alimentan de plomo?

Sé que tenemos gérmenes que ingieren petróleo; pero, desconozco su historia.

Quizá se trate de los gonococos hondureños.

Jerry Peck se desplazaba en silla de ruedas y cargaba un tanque de oxígeno en su regazo, cuando tuvo lugar la gran inauguración del Emporio de Helados de Mohiga. Él y Muriel experimentaron una pequeña pero agradable victoria. Tanto los tarkingtonianos como los lugareños estaban encantados con la decoración de la fuente de sodas y el delicioso sabor de los helados.

Sin embargo, cuando el establecimiento apenas llevaba 6 meses de haber abierto sus puertas, apareció un individuo que fotografió todo. Además desenrolló una cinta, hizo mediciones y anotó los datos en una libreta. Los Peck se sentían halagados y le preguntaron en qué revista de arquitectura se publicaría su artículo. Él les contestó que trabajaba para el arquitecto encargado de diseñar el nuevo centro de recreo estudiantil, el Pabellón Pahlavi, por edificarse en lo alto de la colina. Los Pahlavis deseaban que dicho centro incluyera una fuente de sodas idéntica, hasta el último detalle, a la suya.

En consecuencia, quizá no haya sido el removedor de pintura lo que mató a Jerry Peck.

Del mismo modo, el Pabellón sacó de la circulación al único boliche del valle. No pudo sobrevivir con base en los ingresos generados exclusivamente por los lugareños. De modo que cualquier habitante del área que quisiera jugar boliche y careciera de alguna relación con el Tarkington, se veía precisado a trasladarse 30 kilómetros, a fin de poder practicar su deporte favorito en 1 de los boliches situados junto al Complejo de Cines Meadowdale, localizado frente al Arsenal de la Guardia Nacional.

Era el momento del día en que había poco movimiento en el Café del Gato Negro. Es probable que algunas prostitutas hayan permanecido dentro de las camionetas estacionadas a espaldas del establecimiento, pero ninguna se hallaba en el interior del mismo.

El dueño, Lyle Hooper, quien era también Notario y Jefe del Departamento de Bomberos Voluntarios, se encontraba en 1 de los extremos de la barra, haciendo algún tipo de cuentas. Hasta el final de su vida, nunca admitiría que la

disponibilidad de prostitutas en el estacionamiento del café se relacionaba en gran medida con las ganancias provenientes de la venta de bebidas alcohólicas y alimentos, así como con aquéllas generadas por la máquina despachadora de condones ubicada en el baño de caballeros.

Para los Sabios de Tralfamadore esa máquina de condones representaría sin duda alguna una amenaza contra su programa espacial.

Desde luego, Lyle Hooper estaba al corriente de mis hazañas sexuales, ya que había certificado los testimonios que versaban sobre tales proezas. Pero nunca mencionó nada al respecto, ni a mí ni tampoco, que yo sepa, a nadie. Era la personificación de la discreción.

Quizá Lyle haya sido el hombre más querido de este valle. Los lugareños, hombres y mujeres por igual, le tenían tanto cariño que nunca llamaban prostíbulo al Café del Gato Negro. En cambio, allá arriba, en la colina, todos denominaban de esa forma al Café.

Los lugareños protegían la imagen que él tenía de sí mismo, a pesar de los allanamientos de la Policía del Estado y de las visitas del Departamento de Salud del Condado. Dicha imagen era la siguiente: la de un jefe de familia que manejaba un negocio cuyo éxito dependía enteramente de la calidad de las bebidas y los alimentos que ahí se servían. Esta amable conspiración protegía también al hijo de Lyle, Charlton. Este joven medía 2 metros de alto, era 1 de los ases del equipo de baloncesto de la escuela de segunda enseñanza del Estado de Nueva York, cursaba el último año de estudios en el colegio de Scipio, y todo lo que podía decir acerca de su padre era que administraba un restaurante.

Charlton era un jugador de baloncesto tan fenomenal que había sido invitado a formar parte de los Knicker-bockers de Nueva York, equipo que en ese entonces pertenecía todavía a los estadounidenses, y cuyo nombre designa a los descendientes de los primeros colonizadores holandeses del área. En lugar de eso, Charlton obtuvo una beca para estudiar en el MIT y se convirtió en un científico de altos vuelos, puesto que era el responsable del funcionamiento del enorme acelerador de partículas subatómicas llamado «Superhostigador», instalado en las afueras de Waxahachie, Texas.

Tal como yo entiendo las cosas, los científicos de allá del sur obligan a las partículas invisibles a revelar sus secretos *despachurrándolas* sobre placas fotográficas. No es un trato muy diferente de aquél que a veces otorgábamos en

Vietnam a los presuntos agentes del enemigo.

¿Ya comenté que en cierta ocasión lancé a 1 de ellos fuera de un helicóptero en vuelo?

Los lugareños no tenían que proteger la sensibilidad de la esposa de Lyle omitiendo la causa de la prosperidad del Café del Gato Negro. Ella lo había abandonado. A la mitad de su vida, descubrió que era lesbiana y huyó con la entrenadora de gimnasia femenil a las Bermudas, donde ofrecían, y quizá lo sigan haciendo, clases de navegación.

Una vez le hice proposiciones amorosas en la Reunión Anual de Gente del Pueblo y Miembros de la Universidad. Supe que era lesbiana antes de que *ella* lo supiera.

Hace 2 años, cuando se aproximaba al final de su vida, Lyle Hooper fue recluido en lo alto del campanario por los reos prófugos. En contraste con la actitud de los lugareños, ellos lo llamaban «Chulo». Le decían: «¡En!, Chulo, ¿te gusta la vista?», o bien «¿Qué crees que debemos hacer contigo, Chulo?», etcétera. Allá en la torre, había frío y humedad. La nieve y la lluvia se introducían al campanario a través de las innumerables perforaciones de bala producidas en el techo. Éstas eran resultado de los disparos hechos por los fugados, cuando se dieron cuenta de que un francotirador se hallaba arriba, esto es, entre las campanas.

No había electricidad. Los servicios eléctrico y telefónico habían sido cortados por completo. Cuando subí a visitar a Lyle, él ya sabía el origen de aquellas perforaciones, y que el francotirador había sido crucificado en el establo. Estaba al corriente de que los reos prófugos aún no habían decidido qué hacer con él. Estaba consciente de que había cometido lo que ellos consideraban un claro asesinato. El y Whitey VanArsdale habían emboscado y matado a 3 de los presos fugados que se encaminaban por el antiguo camino de sirga en dirección al nacimiento del lago, a fin de entablar negociaciones con los policías, políticos y soldados que se encontraban en la barricada. Estos reclusos ondeaban banderas de tregua, fundas blancas de almohada amarradas a palos de escoba, cuando Lyle Hooper y Whitey VanArsdale los aniquilaron.

Entonces Whitey recibió impactos de bala que provocaron su muerte casi instantánea, y Lyle fue hecho prisionero.

Con todo, lo que más le molestaba a Hooper, según me informó cuando hablé con él en el campanario, era que sus captores le llamaran Chulo.

En este punto, debo aclarar que, con fines de simplificación, del todo ajenos a consideraciones políticas, habré de referirme en adelante a los reos prófugos que se internaron en Scipio con la denominación que ellos mismos se autodesignaron: «Luchadores de la Libertad.»

En consecuencia, Lyle Hooper era, sin lugar a dudas, responsable de la muerte de 3 Luchadores de la Libertad que portaban banderas de tregua. Además, el Luchador de la Libertad que lo custodiaba en la torre era medio hermano y exsocio en el tráfico de crack, junto con la abuela de ambos, de 1 de los Luchadores de la Libertad que él o Whitey habían asesinado.

No obstante, lo único que preocupaba a Lyle era que le llamaran Chulo. Desde luego, para la mayoría, o quizá para la totalidad de los Luchadores de la Libertad, no constituía un insulto dirigirse a alguien con el término de Chulo.

Lyle me dijo que había sido criado por su abuela paterna, quien le hizo prometer que, una vez llegado el momento de abandonar el mundo, éste sería un sitio mejor que aquél con el cual se topó al nacer.

—¿Cumplí con mi promesa, Gene?

Le contesté que sí. Como se encontraba a punto de ser ejecutado, no le podía responder que, desde mi punto de vista, las emboscadas provocaban que el mundo aparentara ser un sitio peor que aquél de antaño.

—Manejé un negocio limpio y agradable, y crié a un hijo maravilloso —explicó—. Además, extinguí muchos incendios.

Fueron los Directivos quienes les dijeron a los Luchadores de la Libertad que Lyle administraba un prostíbulo. En caso contrario, habrían creído que sólo se trataba de un restaurantero y Jefe de Bomberos.

El estado de ánimo mostrado por Lyle Hooper durante su reclusión en el campanario me recordó la disposición exhibida por mi padre cuando lo despidió la Barrytron. Poco después de que perdió el empleo, viajó en crucero a lo largo de las aguas interiores de la Costa Oriental del país, desde City Island, Nueva York, hasta Palm Beach, Florida. Esta excursión turística la realizó a bordo de un yate de motor que pertenecía a un antiguo compañero de la Universidad, Fred Handy. Este

individuo estudió también ingeniería química, pero se dedicaba al negocio de la chatarra. Se había enterado de que Papá estaba profundamente deprimido, y consideró que el crucero podría animarlo.

Sin embargo, durante el trayecto a Palm Beach, donde Handy tenía un muelle propio, en todos los lugares por los cuales pasaban a lo largo del estrecho East River, en las Bahías Barnegat, Delaware y Chesapeake, a través del Canal Pantanoso de Dismal, etcétera, el yate tenía que abrirse paso en medio de una alfombra flotante de botellas de plástico, la cual abarcaba de orilla a orilla y de horizonte a horizonte. Habían contenido en alguna ocasión líquido para frenos, blanqueadores de ropa y demás fluidos por el estilo.

Papá había tenido mucho que ver con el desarrollo de aquellas botellas. Además, sabía que podrían mantenerse a flote durante unos 1 000 años. No eran objetos de los cuales se pudiera estar orgulloso.

En cierto sentido, aquellas botellas otorgaban a Papá el mismo título que los Luchadores de la Libertad conferían a Hooper.

Las desesperanzadas últimas palabras de Lyle, pronunciadas cuando era conducido fuera del campanario, a fin de ser ejecutado frente al Salón Samoza, bien podrían servir como epitafio para la tumba de mi padre:



Con base en la perspectiva que el año 2001 ofrece de los acontecimientos del pasado reciente, sostengo que estas últimas palabras de Lyle Hooper podrían servir también como epitafio para la tumba de la mayoría de los trabajadores de las naciones industrializadas que prestaron sus servicios en el Siglo 20. ¿Y cómo podrían haberlo remediado cuando gran parte de los empleos que ellos o sus compañeros podían conseguir se relacionaban con decepciones a gran escala, robos legales de los tesoros públicos o la destrucción de la cadena alimenticia, el suelo, el agua y la atmósfera?

Después de que Lyle Hooper fue ejecutado, introduciéndole una bala detrás de la oreja, visité a los Directivos, quienes se hallaban cautivos en el establo. Ted Johnson aún se encontraba clavado en los 2 maderos del desván, y ellos lo sabían.

Pero antes de narrar ese episodio, debo terminar la descripción de cómo obtuve el empleo en Athena.

Es menester ubicarnos de nuevo en 1991, en el momento en que acariciaba una Budweiser o «bachicha», en la barra del Café del Gato Negro. Muriel Peck me estaba contando cuán emocionante había sido el arribo de todas aquellas motocicletas, limosinas y celebridades al estacionamiento del negocio. No podía creer que hubiera estado tan cerca de Gloria White y de Henry Kissinger.

Varios de los alegres juerguistas habían entrado en la cafetería, para utilizar el baño o beber un vaso con agua. Arthur K. Clarke les había proporcionado todo, salvo agua y baños. Muriel aprovechó la oportunidad para preguntarles a algunos de ellos quiénes eran y a qué se dedicaban. Tres de los personajes célebres eran Negros. Uno de ellos era una anciana que acababa de ganar 57 000 000 de dólares en la Lotería del Estado de Nueva York y los otros 2 eran jugadores de béisbol que obtenían un sueldo anual de 3 000 000 de dólares.

Un hombre blanco, que se mantuvo apartado de los demás y que, según Muriel, parecía no saber qué hacer consigo mismo, era un reseñista de libros de *The New York Times*. Había elaborado un confuso análisis de la autobiografía de Clarke, denominada *No Se Avergüencen del Dinero*.

Me comentó que otro de los individuos que usaron el baño era un famoso autor de cuentos de terror, varios de los cuales habían sido llevados a la pantalla grande, convirtiéndose en algunas de las películas más populares de todos los tiempos. De hecho, yo había leído un par de ellos en Vietnam; versan sobre personas inocentes que son asesinadas por cadáveres vivientes armados con hachas, cuchillos, etcétera.

Recuerdo que le presté uno de los cuentos a Jack Patton y que luego le pedí su opinión. Empero, lo interrumpí y no lo dejé que me contestara.

—No tienes que decirme, Jack. Ya lo sé. Provocó tu deseo de reírte como loco —me adelanté.

—No sólo, eso, Mayor Hartke —repuso—. Me hizo pensar en el tema del siguiente cuento.

—¿Y cuál será?

—La historia de un bombardero B-52: sangre y tripas por doquier.

Otro más de los usuarios del baño, quien le confesó a Muriel que tenía diarrea y le pidió un medicamento que la contrarrestara, era un Astronauta retirado a quien ella recordaba pero cuyo nombre no podía revelar. Lo había visto una y otra vez en comerciales, anunciando pildoras contra el dolor de cabeza y un centro para jubilados localizado en Cocoa Beach, Florida, cerca de Cabo Kennedy.

Así que Arthur K. Clarke, además de sus otras actividades, era un coleccionista extravagante de personas. Invitaba a sus fiestas a individuos que en realidad no conocía, pero que por algún motivo habían llamado su atención. De acuerdo con la versión de Muriel, aún otro más de los convidados era un sujeto que había heredado de su padre una pintura de Mark Rothko, la cual acababa de vender al Museo Getty de Malibú, California, en 37 000 000 de dólares, un nuevo récord para una obra creada por un estadounidense.

Rothko se había suicidado hacía ya mucho tiempo.

Se había hartado.

Se había autoexcluido.

—¡Es tan bajita! —exclamó Muriel—. Me sorprendió ver cuan bajita es.

—¿Quién es bajita? —indagué.

—Gloria White —aclaró.

Le pregunté qué impresión le produjo Henry Kissinger. Me contestó que le había encantado su voz.

Yo mismo lo vi allá arriba, en el Patio. Aunque había sido un instrumento de su geopolítica, no sentí que hubiera ningún vínculo entre él y yo. Claro que su cara me era conocida. Pudo haber sido, como Gloria White, un rostro que había aparecido en muchas películas.

Sin embargo, aquí en la prisión, soñé con él en cierta ocasión. Era una mujer. Una Gitana adivina que miraba en su bola de cristal, pero no decía nada.

—Me preocupas —le dije a Muriel.

—No te entiendo —repuso.

—Te ves cansada. ¿Duermes lo suficiente?

—Sí, gracias.

—Discúlpame. Sé que no debo entrometerme. Pero te veías tan animada mientras hablabas de los motociclistas. Y, al concluir tu narración, pareciera que te hubieses despojado de una máscara, que hubieras perdido de repente todas las ganas de vivir.

Muriel tenía una idea vaga de mi persona. Había visto que al menos 2 veces por semana, llevaba a cuestras a Margaret y a Mildred a la fuente de sodas de efímera existencia. En consecuencia, no tuve necesidad de decirle que yo también me encontraba, desde el punto de vista práctico, sin pareja. Y a ella le constaba cuan paciente y amable era con mis parientes buenas para nada.

Por tal motivo, estaba favorablemente predispuesta para conmigo. Confiaba en mí y respondió con franca gratitud a mis expresiones de inquietud por su felicidad.

—En realidad, apenas duermo, porque me preocupan mucho mis 2 hijos —me confesó—. Tal como se están desarrollando las cosas, no tendré los recursos necesarios para enviarlos a la universidad. Todos los miembros de mi familia han

sido universitarios. Pero, con mis hijos, llegará a su fin esa tradición. Ni siquiera serán atletas.

Creo que esa misma noche pudimos convertirnos en amantes sin haber tenido necesidad de esperar 2 semanas, pero en ese momento nos interrumpió una horrible montaña humana que señalaba hacia afuera y exigía información.

—Muy bien, ¿dónde está? ¿Dónde está ese muchacho?

Preguntaba por el adolescente que trabajaba en el establo del Tarkington al cabo de la jornada escolar, y cuya bicicleta yo había robado. Tal como lo mencioné, aparqué la bici en un sitio muy visible, esto es, frente al Café. Todos los demás negocios de la Calle Clinton, desde el embarcadero hasta medio camino colina arriba, estaban sellados con tablas. De modo que el único lugar donde el muchacho podía estar era en el interior del Café del Gato Negro o, lo que resultaba peor, dentro de una de las camionetas estacionadas a espaldas del negocio.

Me hice el tonto.

Salimos con él para averiguar de qué bicicleta estaba hablando. Le ofrecí la teoría de que su joven dueño era un buen chico y que no se encontraba en las cercanías del Café del Gato Negro; agregué que tal vez una mala persona había tomado prestada la bicicleta y la había abandonado en ese sitio. Al cabo de unos minutos, el individuo decidió colocar la bici en la parte trasera de su abollada camioneta, pues señaló que se le hacía tarde para llegar a una entrevista de trabajo en la prisión ubicada al otro lado del lago.

—¿Qué clase de trabajo? —le pregunté.

—Están contratando maestros —respondió.

—¿Puedo acompañarlo?

—No, si tienes la intención de enseñar lo mismo que yo. ¿Qué quieres enseñar?

—Cualquier asignatura que tú no quieras enseñar.

—Quiero dar clases de actividades tecnológicas. ¿Tú quieres dar clases de actividades tecnológicas?

—No.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Está bien, súbete, vámonos.

Para comprender lo que sentían en aquellos días los guardias de rango inferior de Athena con respecto a los Blancos, y su desinterés por los Negros, se debe tener en cuenta que la mayoría de ellos eran reclutados en Hokkaido, la isla japonesa más septentrional. En Hokkaido, los aborígenes primitivos, los ainos, se consideraban muy feos debido a su palidez y abundancia de pelo. En términos genéticos, son tan blancos como Nancy Reagan. Hace mucho tiempo, sus antepasados cometieron el error, cuando fueron sometidos por las civilizaciones asiáticas superiores, de emigrar hacia el norte en lugar de hacerlo hacia el oeste, en dirección a Europa y, por supuesto, al Hemisferio Occidental.

Sin duda, los Blancos de Hokkaido se habían equivocado mucho. Se hallaban atrás de casi todo mundo. Cuando el hombre que quería enseñar actividades tecnológicas y yo nos presentamos en la puerta del camino que conduce a través del Bosque Nacional, a la prisión, nos topamos con 2 guardias que acababan de llegar de Hokkaido. En virtud del respeto que les inspiró el hecho de que fuéramos blancos, nos trataron como un par de indios Arapaho borrachos y escandalosos.

El individuo que quería enseñar actividades tecnológicas dijo que su nombre era John Donner. En el trayecto me preguntó si lo había visto en el programa de TV de Phil Donahue. Éste era un programa de 1 hora de duración transmitido todas las tardes de lunes a viernes, donde se presentaba un pequeño grupo de personas reales, no de actores, a quienes les había sucedido la misma clase de experiencia negativa, y la habían superado, sobrellevado con dificultad, etcétera. Existían otros 2 programas muy parecidos que competían con *Donahue*, y el viejo escritor Paul Slazinger acostumbraba ver los 3 de manera simultánea, cambiando de canal continuamente.

Le pregunté por qué lo hacía. Me contestó que no quería perderse el momento exacto en que, de repente, ya no hubiera nada de que hablar.

Le conté a John Donner que, desgraciadamente, yo no podía ver ninguno de esos programas, porque en las tardes daba clases de Apreciación Musical y Artes

Marciales. Le pregunté en cuál de los programas de *Donahue* había participado.

—En el de los huérfanos adoptados a los que se maltrataba todo el tiempo — me informo.

Vería muchos programas diferidos de *Donahue* en la prisión, pero no aquél donde apareció Donner. Dicho programa habría encarnado el refrán de llevar hierro a Vizcaya, puesto que todos los huéspedes de Athena habían sido golpeados regularmente y, algunos de ellos, lo habían sido desde su más tierna edad.

No vi a Donner en la TV, pero sí me vi a mí mismo un par de veces, o a alguien que de lejos se parecía mucho a mí, en un viejo documental sobre la Guerra de Vietnam.

—¡Ahí estoy! ¡Ahí estoy! —grité en una de tales ocasiones.

Los reos se amontonaron detrás de mí.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? —preguntaron, sin dejar de ver la pantalla. Pero llegaron demasiado tarde. Ya me había ido.

¿Adonde fui?

Aquí estoy.

John Donner pudo haber sido un mentiroso compulsivo. Quizá haya inventado aquello de que apareció en *Donahue*. Había en él algo de gato encerrado. En consecuencia, pudo haberse tratado de un individuo amparado por el Programa Federal de Protección a Testigos, que utilizaba un nombre falso y una biografía elaborada para él por GRIOT^{MR}. En términos estadísticos, es probable que GRIOT^{MR} haya incluido con bastante frecuencia el episodio de que el sujeto ficticio había participado en *Donahue*.

Afirmaba que el adolescente que vivía con él era su hijo. Pero quizá haya secuestrado al muchacho cuya bicicleta robé. Habían llegado al pueblo hacía sólo 18 meses, y vivían completamente apartados.

Estoy seguro de que su apellido no era Donner. He conocido a varios Donner. Uno de ellos cursaba el año escolar previo al mío en la Academia. Otros 2 eran tarkingtonianos, pero no estaban emparentados entre sí. Otro más era un Sargento en Vietnam, a quien un niño le había volado el brazo con una granada de mano de fabricación casera. Todos esos Donner conocían la historia de la tristemente célebre Caravana Donner, que quedó atrapada por una ventisca en 1846, cuando sus miembros intentaban atravesar la Sierra Nevada para llegar a California. Es muy probable que sus carromatos hayan sido fabricados aquí en Scipio.

Acabo de enterarme de todos los detalles a ese respecto en la *Encyclopaedia Britannica*, publicada en Chicago y cuyos derechos pertenecen a un misterioso egipcio traficante de armas que reside en Suiza. ¡El predominio innegable de Gran Bretaña!

Aquéllos que sobrevivieron a la ventisca, lo lograron convirtiéndose en caníbales. El cómputo final, descontando a las mujeres y niños que sirvieron de alimento, fue de 47 sobrevivientes, frente a las 87 personas que habían comenzado el viaje.

He aquí un tema para *Donahue*: humanos que han comido humanos. Los antropófagos son los individuos más afortunados del mundo.

Cuando le pregunté al sujeto que afirmaba apellidarse Donner si tenía alguna relación con el líder de la Caravana Donner, no supo de qué le estaba hablando.

Quienquiera que haya sido, ocupamos la misma banca incómoda en la sala de espera de la oficina del Director de Athena, Hiroshi Matsumoto.

Por cierto, mientras estábamos ahí sentados, alguno de los proveedores de la penitenciería robó la bicicleta que se hallaba en la parte trasera de la camioneta de Donner.

¡Qué detalle!

Por lo menos, Donner no me mintió en un asunto, a saber, que el Director iba a entrevistar a los aspirantes a ocupar un puesto magisterial. Pero nosotros éramos los únicos 2 aspirantes. Donner comentó que se había enterado de la solicitud de empleados en la estación Radio Pública Nacional de Rochester. Ésa no es emisora que suele oír la gente que busca empleo. Es demasiado sofisticada.

Dicho sea de paso, ésa fue la única radiodifusora del área que calificó como trágica, y no como divertida, la exhibición individual de Pamela Hall Ford en Búfalo.

Había un televisor japonés frente a nosotros. En realidad, había televisores japoneses por toda la prisión. Eran como las portillas de un trasatlántico. Los pasajeros permanecen en un estado aparente de animación hasta que el enorme barco arriba a su destino. Sin embargo, en todo momento, pueden mirar a través de la portilla y ver el mundo real.

Por supuesto, la vida constituye también una especie de trasatlántico para un montón de personas que no se encuentran en prisión. Sus televisores son las portillas a través de las cuales pueden ver, cuando no están haciendo nada, todo lo que sucede en el Mundo sin la ayuda de ellos.

¡Mírenlo pasar de largo!

Empero, en Athena, los televisores no transmitían sino programas viejos, los cuales eran seleccionados entre gran variedad de cartuchos almacenados 2 puertas más allá de la oficina del Director Matsumoto.

Los videocasetes no se reproducían con ningún orden preestablecido. Un

guardia que ni siquiera entendía inglés abastecía la videograbadora (VCR) central con lo que tuviera a mano, como si hubiese estado en Hokkaido, introduciendo briquetas (cartuchos) al Hibachi o brasero nipón (la VCR).

Pero todo este esquema penitenciario era un invento estadounidense adoptado por los japoneses, al menos en lo que toca a la VCR y los televisores. En el pasado, cuando aún se mezclaban las distintas razas en las cárceles, el hijo adoptivo de 1 de los miembros de la Junta Directiva del Museo de la Radio y la Televisión fue enviado a Alhena por haber estrangulado a una amiguita a espaldas del Museo Metropolitano de Arte. Entonces, el padre duplicó cientos de cartuchos con programas de TV los cuales formaban parte del acervo del Museo de la Radio y la Televisión, y los donó a la prisión. En apariencia, su sueño era el establecimiento, basado en los videocasetes obsequiados, de un curso de Radio y Televisión en Athena, industrias en las que podrían participar algunos de los internos que salieran de la cárcel, si alguna vez lograban salir de ella.

Pero el curso de Radio y Televisión nunca se materializó. Y los cartuchos se reprodujeron una y otra vez, para mantener entretenidos a los reos mientras purgaban sus condenas.

El caso del hijo adoptivo del donante de los videocassetes se convirtió en noticia poco antes de que las poblaciones de las cárceles fueran separadas por razas. Se hablaba de que a él y a muchos otros se les concedería la libertad condicional, en lugar de transferirlos a otras prisiones.

Sin embargo, los padres de la muchacha que él había asesinado atrás del museo, quienes disponían de buenos contactos sociales, exigieron que pagara la condena completa que, según recuerdo, era de 99 años. Como ya lo mencioné, se trataba de un hijo adoptivo; pues bien, resultó que su padre biológico había sido igualmente un homicida. De modo que ahora debe estar a bordo de alguno de los portaaviones o de los buques antes equipados con misiles que se hallan en la Bahía de Nueva York y que fueron convertidos en barcos-prisión.

Mientras Donner y yo esperábamos ser recibidos por el Director, vimos el asesinato del Presidente John F. Kennedy. ¡Lotería! La parte posterior de la cabeza del mandatario se desprendió. Su esposa, que llevaba un sombrero redondo y sin alas, se arrastró sobre la cajuela de la limosina convertible.

Luego, apareció la imagen de la estación de policía de Dallas en el momento en que Lee Harvey Oswald, el ex-Infante de Marina que supuestamente le disparó

al Presidente con un fusil italiano pedido por correo, recibía en el vientre los disparos lanzados por el dueño de un antro local de *strip-tease*. Oswald dijo: «¡jay!» He ahí, de nuevo, ese «¡jay!» que se escuchó en todo el mundo.

¿Quién dice que la historia es aburrida?

Mientras tanto, afuera, en el estacionamiento de la prisión, alguien que había llevado alimentos u otras mercancías a la cárcel hurtaba la bicicleta depositada en la parte posterior de la camioneta de Donner, colocándola en la suya propia y marchándose enseguida. Al igual que el asesinato de la Reina de las Lilas, ocurrido allá en 1922, fue un crimen perfecto.

Cof.

Hoy día, se especula sobre la posibilidad de convertir los submarinos nucleares en cárceles para las personas que, como yo, esperan la verificación del juicio procesal. Desde luego, no habría necesidad de sumergirlos, y los tubos lanzacohetes y lanzatorpedos, así como todo el equipo electrónico, podrían venderse en calidad de chatarra, a fin de obtener más espacio para las celdas.

Según escuché, si la flota completa de submarinos fuera convertida en cárceles, las celdas se llenarían de inmediato. Cuando esta institución dejó de ser un colegio para volverse una prisión, se colmó hasta el tope en un 2 por 3.

Fui el primero en ser llamado a la Oficina del Director. Al salir *de* ella, no sólo con un empleo sino también con una casa donde vivir, el televisor estaba transmitiendo un programa que yo había visto durante la adolescencia *Howdy Doody*. Buffalo Bob, el protagonista, estaba a punto de ser rociado con agua mineral por Clarabell el Payaso. Era un programa en blanco y negro, lo cual confirma su antigüedad.

Le dije a Donner que el Director deseaba verlo, pero no parecía reconocerme. Me sentí como si hubiera intentado despertar a un miserable borracho. Tuve que hacer eso muchas veces en Vietnam. En un par de ocasiones, los dipsómanos perdidos eran Generales. El peor fue un Congresista que se hallaba de visita.

Pensé que tendría que discutir con Donner, con objeto de que tomara conciencia de que *Howdy Doody* no era el principal suceso que se estaba llevando a cabo.

El Director Hiroshi Matsumoto era un sobreviviente del bombardeo atómico

de Hiroshima, que se verificó cuando yo tenía 5 y él 8 años de edad. En el momento en que la bomba fue arrojada, Matsumoto jugaba fútbol, pues era la hora del recreo escolar. Había ido a recuperar el balón, atrapado en una zanja de 1 de los extremos de la cancha. Se agachó para recogerlo. Hubo un resplandor y viento. Al enderezarse, su ciudad había desaparecido. Se encontró solo en un desierto, rodeado de pequeñas y danzantes espirales de polvo. Sin embargo, tuvo que transcurrir un periodo de 2 años, para que se animara a contarme lo anterior.

Sus profesores y compañeros de escuela fueron ejecutados sin que mediara ningún juicio por el crimen de Rendir Culto al Emperador. Como Juana de Arco, fueron quemados vivos.

La crucifixión, en tanto procedimiento de ejecución de los peores criminales, fue prohibida por el primer Emperador Romano Cristiano, Constantino el Grande.

El de quemar y hervir sigue siendo un método aceptable.

Si hubiera tenido un poco más de tiempo para reflexionar, quizá no me habría presentado a solicitar empleo en Athena. Ante todo, yo había participado en la Guerra de Vietnam, donde me dediqué a aniquilar orientales. Y existía una gran probabilidad de que el entrevistador fuera oriental.

En efecto, tan pronto como el Director Matsumoto escuchó que yo había estudiado en West Point, formuló una insinuación.

—Entonces, sin ninguna duda, usted pasó un tiempo en Vietnam —comentó.

Pensé: «¡Oh!, ¡oh! Empieza el juego de pelota.»

Sin embargo, lo había malinterpretado completamente, pues en ese entonces no sabía que los japoneses se consideraban a sí mismos tan diferentes genéticamente de los demás orientales, como de mí, Donner, de Nancy Reagan o de los pálidos y velludos ainos, por citar sólo algunos ejemplos.

—Un soldado cumple órdenes —repuse—. Nunca me sentí bien por las cosas que me ordenaron hacer.

Eso no era del todo cierto. De vez en cuando, creía volar tan alto como una cometa, por las satisfacciones experimentadas en la lucha. De hecho, en una ocasión maté a un hombre con mis propias manos. Él había intentado asesinarme.

Aullé como un perro y solté carcajadas; luego, vomité.

Me quedé estupefacto al advertir que mi aceptación de haber peleado en Vietnam, ¡provocó que el Director Matsumoto me considerara casi un hermano! Abandonó su escritorio para estrechar mi mano y mirarme a los ojos. Fue una experiencia extraña para mí, desde el punto de vista físico, porque él usaba tapabocas y guantes de látex.

—¡Ambos sabemos qué se siente el ser enviado a una tierra extraña en una misión peligrosa de demencia jactanciosa! —exclamó.

¡Qué día!

Apenas habían transcurrido 3 horas entre el momento en que disfrutaba de gran tranquilidad en el campanario, y aquél en que me hallaba dentro de una prisión de máxima seguridad, charlando con un nativo del Japón, enmascarado y enguantado, que insistía en que ¡Estados Unidos era su Vietnam!

Además, él había estado en medio de las protestas estudiantiles pacifistas, realizadas aquí en el país, contra la guerra en Vietnam. Su empresa lo había enviado a la Escuela de Comercio de Harvard, con objeto de que estudiara la forma de pensar de los instigadores y agitadores que estaban exprimiendo nuestra economía en su propio e inmediato beneficio, desviando los recursos destinados a la investigación, el desarrollo, etcétera, hacia planes monumentales de retiro, bonos de fin de año y demás prestaciones.

Durante nuestra entrevista, echó mano de toda la retórica pacifista que había escuchado en Harvard durante la década de los 60, para denunciar el desastre que estaba experimentando su propio país en el extranjero. Estábamos en un atolladero. No había ninguna luz al final del túnel, y cosas así por el estilo.

Hasta ese momento, no me había detenido a pensar en la idiosincrasia de los miembros del siempre creciente ejército de ciudadanos japoneses residentes en este país, quienes debían otorgar una viabilidad financiera a todas las propiedades que sus corporaciones nos habían comprado. Y, en realidad, para muchos de ellos, esa obligación se asemejaba a aquélla de pelear en ultramar por razones que sólo Dios sabe; en especial, debido a que como fue mi caso en Vietnam, eran de un color que contrastaba con el de la mayoría de la población aborígen.

A propósito de la cuestión del color de la piel: era de esperarse que muchos Negros recibieran impactos de bala al cabo de la fuga de la prisión, aunque no hayan sido reos prófugos. Sin duda, la idea generalizada de los Blancos de este valle era que cualquier hombre Negro debía ser 1 de los fugitivos.

Dispare ahora y averigüe después. Desde luego, yo solía actuar de ese

modo.

Sin embargo, el único individuo que no había huido y al que le dispararon por el solo hecho de ser Negro fue un sobrino del Alcalde de Troy. Y nada más resultó herido. Perdió temporalmente el movimiento de la mano derecha, puesto que logró recuperarlo gracias al milagro de la microcirugía.

De todos modos, era zurdo.

Fue herido cuando se encontraba en un sitio donde se suponía que no debería haber estado, en un lugar donde se suponía que nadie, sin distinción de raza, debería haber estado. Había acampado en el Bosque Nacional, lo cual estaba prohibido. Ni siquiera supo que había ocurrido una fuga penitenciaria. Y entonces: «¡Pum!»

Y aquí me tienen escribiendo en ocasiones con mayúsculas los términos «Negro» y «Blanco» y, en otras, con minúsculas, pero no considero que se vean bien en ninguna de las 2 formas. Esto puede ser resultado de que, a veces, la raza parece ser un asunto muy importante y, en otras, parece no serlo tanto. Siempre estoy queriendo decir: «el así llamado Negro» o «el llamado Negro». En mi opinión, más de la mitad de internos de Athena, y de los presos de esta nueva cárcel, tienen antepasados blancos o Blancos. Muchos aparentan ser casi blancos, pero no son reconocidos como tales.

Imagínese cómo se deben sentir por ello.

Yo mismo sostuve que tenía un antepasado negro, ya que ésta es una prisión exclusiva para Negros y no quiero que me transfieran a otro lado. Necesito esta biblioteca. Ya sospecho qué clase de bibliotecas debe haber en los portaaviones y buques antes equipados con misiles convertidos en cárceles.

Éste es mi hogar.

Mi abogado dice que es una decisión inteligente el no querer ser transferido, pero por razones diferentes de aquélla que he manifestado. El traslado podría divulgarse en los noticieros y despertar el clamor popular exigiendo que sea castigado.

Tal como están las cosas en la actualidad, he sido olvidado por la opinión pública, y lo mismo ha sucedido con la fuga de la prisión. Esta última constituyó una gran noticia en la TV sólo por 10 días.

Después, fue desplazada por el caso de una muchacha Blanca. Se trataba de la hija de un sujeto aficionado a las armas que habitaba en un pueblo del norte de California. La joven aniquiló al Comité de Graduación de su escuela de segunda enseñanza con una granada de mano de fabricación china y que databa de la Segunda Guerra Mundial.

Su padre poseía una de las colecciones más completas del Mundo en materia de granadas de mano.

Hoy día, su colección ya no es tan completa como solía serlo, a menos de que, por supuesto, haya tenido más de una granada de mano de fabricación china del Tormento Final.

El Director Matsumoto se volvió cada vez más parlanchín durante la entrevista de trabajo. Me dijo que antes de ser enviado a Athena, administraba con fines lucrativos un hospital que su empresa había comprado en Louisville. Le encantaba el Derby de Kentucky. Pero odiaba su trabajo.

Le conté que acostumbraba asistir, cuando tenía la oportunidad de hacerlo, a las carreras de caballos verificadas en Saigón.

—Me hubiera gustado que el Presidente de la Junta de mi corporación, quien habitaba en Tokyo, me hubiese acompañado tan sólo una hora en la sala de emergencias, donde estaba obligado a prohibir la entrada de los moribundos carentes de recursos para pagar nuestros servicios —señaló.

—En Vietnam, ¿llegaron a contar los cadáveres? —me preguntó.

—Sin duda alguna. Se nos ordenó hacerlo, con objeto de que nuestras altas autoridades, una vez trasladadas a Washington, D. C. pudieran estimar con la mayor precisión posible cuan cerca estuvimos de la victoria. Y no había ninguna otra manera de efectuar esa estimación.

—Pues ahora nosotros contamos dólares del mismo modo en que ustedes contaban cadáveres —agregó—. ¿A qué nos acerca esa cifra? ¿Qué significa? Podríamos hacer con esos dólares lo mismo que ustedes hicieron con los cadáveres: ¡enterrarlos y olvidarlos! ¡Ustedes tuvieron más suerte con sus cadáveres que nosotros con nuestros dólares!

—¿Por qué? —indagué.

—Lo único que se puede hacer con los cadáveres es incinerarlos o sepultarlos. No generan ninguna pesadilla, porque no es necesario invertirlos ni incrementarlos —repuso.

—¡Qué trampa tan ingeniosa nos tendió su Clase Gobernante! Primero la bomba atómica; después, esto —explicó.

—¿Trampa? —repetí sorprendido.

—Ella saqueó sus tesoros públicos y corporativos, cedió el control de sus industrias a unos ineptos —respondió—. Más adelante, hizo que su Gobierno nos pidiera prestado tanto dinero que no nos quedó otra opción que enviarles un Ejército de Ocupación compuesto de ejecutivos. ¡Nunca antes la Clase Gobernante de un país pudo descubrir la forma de trasladar a otras naciones todas las responsabilidades resultantes de su riqueza y, simultáneamente, de continuar siendo acaudalada más allá de todos los límites de la avaricia! ¡No importa el que hayan considerado al comatoso Ronald Reagan un gran Presidente!

Me pareció que su posición estaba bien fundamentada.

Cuando Jason Wilder y los demás Directivos permanecían en calidad de rehenes en el establo, fui a visitarlos. Me dio la impresión de que veían a los estadounidenses como extranjeros. Es difícil adivinar qué nacionalidad creían tener.

Todos eran Blancos y Hombres, puesto que la única mujer integrante de la Junta, la madre de Lowell Chung, había muerto de tétanos. Falleció antes de que los médicos pudieran diagnosticar el mal que la aquejaba. Ninguno de ellos había atendido a un solo enfermo de tétanos porque, en este país, se solía inmunizar en el pasado a prácticamente todos los ciudadanos.

Sin embargo, ahora que los programas de salud pública se han caído en pedazos, y ante la inexistencia de extranjeros interesados en administrarlos, lo cual resulta sin duda comprensible, han surgido numerosos casos de tétanos, especialmente entre los niños.

En consecuencia, la mayoría de los médicos están aprendiendo apenas a identificar los síntomas de la enfermedad. La Sra. Chung tuvo la desgracia de ser una pionera en ese sentido.

Los rehenes me contaron lo anterior, puesto que una de mis primeras preguntas fue: «¿Dónde está Madame Chung?»

Pensé que debería tranquilizar a los Directivos con respecto a la ejecución de Lyle Hooper. Les habían mostrado su cadáver como una advertencia, supongo, contra todo aquél que estuviera elaborando planes para llevar a cabo alguna proeza. Desde luego, ese cadáver constituía la capa azucarada que cubría un pastel relleno de terror, por así decirlo. De todos modos, el Director del Colegio permanecía clavado en los maderos de la parte más alta del pajar.

Después de ser liberado, 1 de los rehenes dijo en una entrevista de TV que nunca olvidaría el sonido producido por la cabeza de *Tex* Johnson cuando era arrastrado cuesta arriba, en dirección al desván del pajar. Trató de imitar el sonido: «*Blup, blup, blup.*» En efecto, se trataba del mismo sonido emitido por un neumático desinflado. ¡Qué planeta!

Los rehenes se compadecieron de Tex, pero ninguno de ellos mostró el más mínimo pesar por Lyle Hooper, ni por todos los demás miembros del cuerpo docente y los lugareños que también habían sido asesinados. Los habitantes del pueblo eran tan insignificantes para la gente de su nivel social que no valía la pena pensar en ellos. Y no los culpo: actuaban como seres humanos.

La Guerra de Vietnam no se habría prolongado tanto, si no fuera característico de la naturaleza humana el clasificar a las personas desconocidas y que no nos interesa conocer, aunque estén agonizando, como insignificantes. Pocos seres humanos han luchado contra esta tendencia del todo natural y se han apiadado de los extranjeros infelices. Pero, tal como la Historia lo muestra, tal como la propia Historia lo proclama: «¡Nunca han sido sino unos cuantos!»

Otro defecto de la naturaleza humana es que todo el mundo quiere construir y nadie desea realizar las labores de mantenimiento.

Y su peor defecto es la completa estupidez. ¡Hay que admitirlo! ¿O acaso lo de Auschwitz fue muy inteligente?

Cuando intenté explicar a los rehenes quiénes eran sus captores, cuál había sido su infancia, qué enfermedad mental padecían, la poca importancia que conferían al hecho de estar vivos o muertos, las condiciones de vida en la cárcel, etcétera, Jason Wilder cerró los ojos y se cubrió las orejas. Su gesto fue más teatral que práctico, pues no se tapó tan bien los oídos como para no escucharme.

Los demás sacudían la cabeza o indicaban de otra manera que tal información no sólo era agobiante, sino también ofensiva. Parecía que nos

encontrábamos bajo una tronada, en medio de la cual yo dictaba una conferencia sobre la circulación de las cargas eléctricas en las nubes, la formación de las gotas de lluvia, la trayectoria seguida por los relámpagos, la naturaleza de los truenos, etcétera. Todo lo que deseaban saber era cuándo iba a terminar la tormenta, con objeto de poder atender sus negocios.

Lo que el Director Matsumoto había opinado sobre los individuos de su calaña era preciso. Se las habían arreglado para convertir su riqueza, en cuyo origen tenía la forma de fábricas, tiendas u otras empresas productoras de mercancías de gran demanda, en algo tan líquido y abstracto, en meros documentos negociables, que quedaban eximidos de cualquier responsabilidad con respecto a todos aquellos que no estuvieran incluidos en su propio círculo de amigos y parientes.

No estaban enojados con los reos. Más bien, su cólera la dirigían contra el Gobierno, porque éste no había tomado las medidas necesarias para imposibilitar las fugas de los penales. Cuanto más hablaban sobre este tema, más se evidenciaba que se referían a su gobierno, no al mío, al de los reclusos o al de los lugareños. La principal obligación de ese Gobierno era protegerlos contra las clases inferiores, no sólo en este país sino también en cualquier punto del orbe.

¿Acaso alguna vez los Ricos han pensado de otro modo?

Es menester recordar la crucifixión de Jesús y de los 2 ladrones, así como aquélla de los 6 000 esclavos que siguieron al gladiador Espartaco.

Cof.

Tal como veo las cosas, mi cuerpo intenta confinar a los gérmenes de TC dentro de pequeñas cápsulas que construye alrededor de ellos. Las cápsulas son de calcio, el elemento más común en las paredes de muchas cárceles, incluyendo la de Athena. Este lugar está circundado con alambre de púas. Igual que Auschwitz.

Si muero de TC, será consecuencia de que mi cuerpo no pudo construir cárceles con suficiente rapidez y solidez.

¿Se puede extraer una lección de lo anterior? Quizá. Una muy poco agradable.

Si los directivos eran malos, los reos eran peores. Sería la última persona en afirmar lo contrario. Devastaban sus propias comunidades mediante peleas a

mano armada, asaltos, violaciones, ventas de sustancias químicas que hacen estallar el cerebro, etcétera.

No obstante, ellos al menos presenciaban lo que hacían mientras que los sujetos como los Directivos tenían mucho en común con los bombarderos B-52 situados en la estratosfera. En raras ocasiones atestiguaban la devastación por ellos provocada al trasladar de un lugar a otro la enorme porción de la riqueza nacional bajo su control.

A diferencia de mi abuelo Socialista Ben Wills, quien era un don nadie, yo no tengo reformas por proponer. En mi opinión, cualquier Sistema, no sólo el Capitalista, se reduce a las decisiones tomadas por los individuos, ebrios o sobrios, cuerdos o locos, que tienen en su poder nuestro dinero.

El Director Matsumoto era un tipo extraño. Sin duda, muchas de sus rarezas eran resultado de su experiencia infantil con la bomba atómica. Los edificios, árboles, puentes y todas las demás cosas que parecían del todo firmes, se esfumaron cual fantasías.

Como ya lo mencioné, Hiroshima se convirtió de repente en una meseta poblada por unos cuantos remolinos de polvo.

Después del destello, el pequeño Hiroshi Matsumoto se volvió la única cosa real sobre la planicie. Comenzó una prolongada caminata en busca de cualquier otra cosa que también fuera real. Cuando llegó a las afueras de la ciudad, se topó con estructuras y criaturas que eran al mismo tiempo reales y fantásticas, seres vivos cuya piel colgaba y dejaba al descubierto músculos y huesos.

A propósito, todo este escenario posterior a la explosión fue descrito por él, cuando yo ya tenía 2 largos años de impartir clases en la prisión y de habitar en la casa contigua a la suya.

A pesar de todos los trastornos sufridos por la bomba atómica, ésta no pudo destruir su conciencia. Odiaba el haber tenido que rechazar a la gente pobre de la sala de emergencias del hospital que administraba con fines lucrativos en Louisville. Después de que asumió la dirección del penal de Athena, con fines igualmente lucrativos, decidió que era necesario establecer una especie de programa educativo, a pesar de que el contrato suscrito por su empresa y el Estado de Nueva York sólo exigía el impedimento de fugas de los internos.

Él trabajaba para la Sony. Nunca trabajó para ninguna otra firma que no

fuera la Sony.

—El Estado de Nueva York no considera que la educación pueda rehabilitar al tipo de criminal que llega a Athena, Attica o Sing Sing —me explicó.

Attica y Sing Sing eran cárceles para Hispanos y Blancos, respectivamente. Esos reos, al igual que los internos de Athena, habían cometido al menos un asesinato y otros 2 crímenes violentos. En general, los otros 2 delitos perpetrados solían ser también homicidios.

—Yo tampoco lo creo. Sin embargo, estoy seguro de que 10% de los confinados a estos muros aún tienen cerebro y que no hay nada en qué entretenerlos. En consecuencia, este lugar es 2 veces más deplorable para ellos que para los demás. Un buen maestro debe ser capaz de ofrecerles juguetes nuevos, Matemáticas, Astronomía, Historia o qué sé yo, con base en los cuales el paso del tiempo se vuelva un poco más soportable. ¿Qué opina?

—Usted es el jefe —le respondí.

Y, en realidad, él era el jefe. Había convertido a Athena en una empresa tan exitosa en términos financieros, que el alto mando de su corporación le permitió desenvolverse con total autonomía.

El acuerdo establecido con el Estado consistía en hacerse cargo de los presos cobrando por cada uno de ellos sólo 2 terceras partes de los recursos que el Gobierno solía gastar cuando manejaba la institución. Esa cifra equivalía más o menos a la misma cantidad necesaria para enviar al recluso a una escuela de medicina o al Tarkington. Ahora bien, con base en importación de mano de obra barata, joven, temporal y no sindicalizada, así como en la contratación del mejor postor en materia de proveedores no pertenecientes a la Mafia, Hiroshi Matsumoto había reducido el costo per cápita a menos de la mitad del gasto habitual.

No se le escapaba nada. Cuando llegué a trabajar al penal, acababa de comprar el horno crematorio más moderno disponible en el mercado. En el pasado, el crematorio de la Mafia, localizado en las afueras de Rochester, a espaldas del Complejo de Cines Meadowdale, frente al Arsenal de la Guardia Nacional, monopolizaba la incineración de los cadáveres no reclamados de Athena.

Empero, después de que los japoneses compraron la penitenciaría, la Pandilla duplicó sus precios, utilizando la epidemia del SIDA como pretexto.

Alegaba que debía tomar precauciones adicionales.

Insistía en cobrar tarifas muy elevadas, aunque la prisión le proporcionara un certificado médico garantizando que el cadáver estaba libre del sida, y que la causa del deceso había sido, como cualquiera podía constatarlo, las heridas producidas con un cuchillo, un garrote o un instrumento punzocortante.

Como no existían fabricantes japoneses de hornos crematorios, el Director Matsumoto compró uno a A. J. Topf und Sohn, de Essen, Alemania. Se trataba de la misma corporación que, en su mejor época, había construido los hornos utilizados en Auschwitz.

Los modelos de Topf fabricados durante la posguerra disponían de chimeneas equipadas con depuradores de humo, de modo que los habitantes de Scipio, a diferencia de los que residían cerca de Auschwitz, nunca supieron del congestionado funcionamiento de un incinerador de cadáveres en su localidad.

Pudimos haber aniquilado con gas e incinerado presos durante las 24 horas del día, y ¿quién se habría dado cuenta?

¿A quién le habría importado?

Hace poco mencioné que la madre de Lowell Chung murió de tétanos. Antes de que se me olvide, debo señalar que el bacilo causante de esa enfermedad podría tener gran futuro en la astronáutica, puesto que se convierte en una espora extremadamente resistente cuando la vida se vuelve intolerable.

No he propuesto a los virus del SIDA como prometedores jinetes intergalácticos, debido a que, en su estado actual de desarrollo, no pueden sobrevivir mucho tiempo fuera del cuerpo humano vivo.

Sin embargo, los esfuerzos concertados para eliminarlos echando mano de nuevos venenos, aunque sólo tengan un éxito parcial, podrían cambiar todo el panorama.

El crematorio de la Mafia, localizado a espaldas del Complejo de Cines Meadowdale, ha recuperado el negocio de la incineración de los reos del valle. Al cabo de la gran fuga, algunos de los condenados que se quedaron en Athena o en sus inmediaciones, en lugar de deslizarse en el hielo para Scipio, consideraron que por lo menos podían hacer estallar el horno crematorio de la A. J. Topf und Sohn.

El propio Complejo de Cines Meadowdale enfrenta tiempos difíciles, pues pocas personas pueden darse el lujo de adquirir un automóvil.

Lo mismo sucede con los centros comerciales.

Un dato que me parece interesante, pero cuya utilidad desconozco, es que la Mafia nunca le vende nada a los extranjeros. Mientras que los individuos que han heredado o construido un negocio rentable suelen venderlo cuanto antes para poder retirarse tempranamente, la Mafia se aferra a todo. Así pues, el negocio del pavimentado, por ejemplo, sigue siendo una empresa estrictamente estadounidense.

Y lo mismo es aplicable a la venta al mayoreo de carne, servilletas y manteles a los restaurantes.

Sin rodeos, le señalé al Director que me habían despedido del Tarkington. Le expliqué que los cargos formulados en mi contra, relacionados con supuestas irregularidades sexuales, constituían una táctica dirigida a desviar la atención y provocar una imagen falsa. En realidad, los miembros de la Junta estaban furiosos porque yo había cuestionado la fe que los estudiantes tenían en la inteligencia y decencia de los líderes de su país, diciéndoles la verdad sobre la Guerra de Vietnam.

—Nadie que habite en este lado del lago considera que exista algo semejante en este miserable país —afirmó.

—¿A qué se refiere, señor? —le pregunté.

—Al liderazgo —repuso.

Con respecto a mis irregularidades sexuales, comentó que parecían ser consistentemente heterosexuales y que no había ninguna mujer en esta parte del lago. Que él mismo era soltero y que estaba prohibido que los miembros de su personal trajeran a sus esposas.

—Así pues —agregó—, aquí encarnaría usted a Don Juan en el Infierno. ¿Cree que podrá soportarlo?

Le respondí que sí. Entonces, me ofreció un empleo a prueba. Debería comenzar a trabajar lo más pronto posible, impartiendo clases de educación en general al nivel de la escuela de primera enseñanza, algo no muy distinto de mi

labor desempeñada en el Tarkington. El problema inmediato por resolver era el de mi alojamiento. Los empleados del penal habitaban en las barracas localizadas bajo la sombra de los muros de la prisión y él residía en una casa restaurada y ubicada cerca de las aguas del lago. El Director era el único morador del pueblo fantasma o, más bien, del villorrio fantasma, cuyo nombre había sido tomado para intitular la cárcel: Athena.

Me aclaró que en el caso de que, por alguna razón, no cumpliera con las expectativas del puesto, necesitaba de todas formas contar con un profesor dentro de sus dominios, quien sin duda alguna no estaría dispuesto a vivir en las barracas. Por tal motivo, había ordenado que rehabilitaran otra de las casas abandonadas del pueblo fantasma, aquella situada justo al lado de la suya. Pero, las obras de reacondicionamiento no concluirían antes de agosto.

—¿Cree que le permitirán permanecer en la casa de Scipio hasta entonces? Mientras tanto, ¿no le será problemático el traslado desde allá? ¿Tiene automóvil? —preguntó.

—Un Mercedes —repuse.

—¡Excelente! —comentó—. Eso le hará tener algo en común con los internos.

—¿Por qué?

—Porque casi todos ellos son expropietarios de Mercedes —aclaró, exagerando apenas la situación—. Tenemos un recluso que compró su primer Mercedes cuando tenía 15 años —dijo, refiriéndose a Alton Darwin, cuyas últimas palabras, expresadas en la pista de patinaje al cabo de la fuga penitenciaria, fueron: «Vean al Negro que pilotea un aeroplano.»

Pues bien, el colegio nos permitió quedarnos en la casa de Scipio durante el Verano. No había cursos de verano en el Tarkington. ¿Quién habría asistido a alguno de ellos? Y yo me trasladaba a la cárcel todos los días.

En los viejos tiempos, antes de que los japoneses se hicieran cargo de Athena, todo el personal se trasladaba desde Scipio y Rochester. Estaba sindicalizado. Sus constantes demandas de mejoras salariales y de mayores prestaciones, incluyendo una compensación por el traslado hacia y desde la fuente de trabajo, provocaron que el Estado tomara la decisión de vender la institución a los japoneses.

Me pagaban el mismo salario que devengaba en el Tarkington. Podía conservar nuestro Seguro Médico, porque la empresa que era dueña de la prisión también lo era del Sistema de Seguro Médico. ¡No había problema!

Cof.

Esa es otra de las consecuencias de la fuga de la penitenciería: La pérdida del Seguro Médico.

Todo resultaría a pedir de boca. Cuando mudé a Margaret y a Mildred a nuestro hogar del pueblo fantasma y cerré las persianas de la casa, ellas experimentaron la sensación de nunca haber salido de Scipio. Había un regalo sorpresa para mí en nuestro recién plantado césped: un bote de remos. El Director encontró ese barquito entre las hierbas de un lote baldío localizado a espaldas de la otrora Oficina de Correos de Athena. Es muy probable que el bote haya sido abandonado en ese lugar antes de que yo naciera. El Director ordenó a algunos de los guardias que lo forraran con fibra de vidrio, con objeto de poder utilizarlo de nueva cuenta no obstante todos los años transcurridos.

Se parecía mucho al umiak esquimal, cubierto de pieles, que solía estar en la rotonda situada fuera de la oficina de la Decano de las Mujeres del Tarkington; el armazón de madera de mi bote podía distinguirse a través de la fibra de vidrio.

Estoy al corriente del destino sufrido por muchos de los objetos pertenecientes al colegio después de la fuga de la prisión, por ejemplo del GRIOT^{MR}, pero nunca supe lo que le sucedió a aquel umiak.

Si no hubiera estado depositado en la rotonda, muchos de los maestros, estudiantes y padres de familia del Tarkington habríamos recorrido todo el camino de la vida sin haber visto un genuino umiak esquimal.

Le hice el amor a Muriel Peck en ese bote. Yo me tendí en el fondo y ella se sentó encima, sosteniendo la caña de pescar de mi suegra y fingiendo ser una dama intachable.

Fue idea mía. ¡Qué buen juguete era ella!

No sé qué sucedió con el individuo que afirmaba llamarse John Donner, y que quiso enseñar actividades tecnológicas en Athena, 8 años antes de que ocurriera la fuga de la prisión. Me enteré de que el Director concluyó precipitadamente la entrevista de trabajos, porque lo que menos necesitaba dentro de los muros del penal eran escoplos, destornilladores, sierras, serruchos, martillos, etcétera.

Tuve que esperar a Donner afuera de la Oficina del Director. Constituía mi boleto de regreso a la civilización: a mi casa, a mi familia y a mi ejemplar de *Liguero Negro*. No vi el programa *Howdy Doody* en el pequeño televisor. Centré la atención en un sujeto que aguardaba a ser recibido por el Director. El color de su piel bastaba para adivinar que se trataba de un reo; pero, además, los grilletes y las esposas que lo inmovilizaban eran un indicio nítido de su identidad. Permanecía sentado en una banca, escoltado a ambos lados por guardias ataviadas con tapabocas y guantes de látex.

Se entretenía con la lectura de un folleto. Como sabía leer, pensé que sería una de las personas a las que tendría que distraer con el conocimiento. Tuve razón. Su nombre era Abdullah Akbahr. Con mi estímulo, llegaría a escribir varios cuentos interesantes. Recuerdo que 1 de ellos versaba sobre la supuesta autobiografía de un venado parlante que habitaba en el Bosque Nacional y se la pasaba sufriendo: en invierno, no encontraba nada para comer; en verano, se enredaba en los alambres de púas siempre que intentaba acercarse a la deliciosa comida de las granjas. Por último, un cazador le disparó. Durante la agonía, se preguntó por qué había nacido. La frase final del cuento recogía las últimas palabras expresadas por el venado en la Tierra. Por cierto, el cazador, quien se encontraba lo suficientemente cerca del animal, se sorprendió al escucharlas. Tales palabras fueron: «¿De qué se supone que se trató toda esta maldita historia?»

Los 3 crímenes violentos que habían llevado a Abdullah a Athena eran homicidios cometidos en el contexto de la guerra de las drogas. Después de la fuga del penal, él mismo sería asesinado, mientras ondeaba una bandera de tregua, por los disparos de postas y balines que lanzaran Whitey VanArsdale, el mecánico, y Lyle Hooper, el Jefe de Bomberos.

—Perdone, ¿qué está usted leyendo? —le pregunté.

Me mostró la portada del opúsculo, a fin de que yo pudiera leer el título, el cual era *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.

Cof.

A propósito, Abdullah había sido conducido a la Oficina del Director debido a que era 1 de los diversos individuos, incluyendo a reos y guardias por igual, que afirmaban haber visto un castillo que flotaba sobre la prisión. El Director deseaba averiguar si había sido introducida de contrabando una nueva droga alucinógena, si todo el mundo había enloquecido o qué diablos estaba sucediendo.

Los Protocolos de los Sabios de Sión constituía una obra antisemita que fue publicada por primera vez en Rusia hace aproximadamente 100 años. En apariencia, este trabajo transcribe las actas de una reunión secreta sostenida por judíos de muchos países, quienes planeaban cooperar internacionalmente para ocasionar guerras, revoluciones, crisis financieras, etcétera, que los conducirían a apoderarse de todo. El título del libro fue parodiado por el autor del cuento publicado en *Liguero Negro*, quien tampoco olvidó reproducir el espíritu paranoico de la obra en cuestión.

El gran inventor e industrial estadounidense Henry Ford consideró que se trataba de un documento genuino. Lo publicó en este país cuando mi padre era adolescente. Ahora, aquí, me topaba con un recluso negro encadenado, poseedor del don de la lectura y que tomaba muy en serio ese texto. Más adelante, me daría cuenta de que había centenares de copias del opúsculo circulando en la prisión, impresas en Libia e introducidas por la pandilla hegemónica de Athena, a saber, los Hermanos Negros del Islam.

Ese verano inicié un programa de alfabetización en la cárcel. Abdullah Akbahr fue uno de los agentes proselitistas en la campaña de lectura y escritura; asigné a estos individuos la tarea de visitar cada celda, para impartir lecciones. Gracias a mí, 1 000es de exanalfabetos fueron capaces de leer *Los Protocolos de los Sabios de Sión* hacia la época en que tuvo lugar la fuga de la prisión.

Había denunciado la existencia de ese opúsculo dentro de los muros del penal, pero no pude evitar que siguiera circulando. Quién era yo para oponerme a los Hermanos Negros, quienes aplicaban con regularidad una medida que el Estado no empleaba, esto es, la pena de muerte.

—¿Es ésta la forma adecuada de tratar a un veterano? —preguntó Abdullah Akbahr, haciendo cascabelear y tintinear sus grilletas.

En virtud de que él había sido Infante de Marina en Vietnam, nunca tuvo que escuchar ninguno de mis alentadores discursos. Yo pertenecía estrictamente al Ejército. Le pregunté si había tenido noticias de un oficial del Ejército al que denominaban «El Predicador» que, por supuesto, era yo. Deseaba saber cuánto se había extendido mi fama.

Me contestó que no. Pero, tal como yo lo he mencionado, había otros veteranos encarcelados que habían oído hablar de mí y que sabían, entre otras cosas, que en cierta ocasión arrojé una granada en la boca de un túnel, aniquilando

a una mujer, a su madre y a su bebé, quienes se protegían en ese lugar contra el fuego de los helicópteros que acababan de bombardear su aldea.

Inolvidable.

¿Sabe quién encarnó a la Clase Gobernante en ese momento? Eugene Debs Hartke lo hizo.

¡Abajo la Clase Gobernante!

John Donner mostró tristeza durante el trayecto desde la prisión hasta Scipio. Yo había conseguido empleo y él no. Además, habían robado la bicicleta de su hijo en el estacionamiento del penal.

Los mexicanos tienen una especialidad gastronómica llamada «frijoles refritos». Gracias a mí, aunque Donner nunca se enteraría de ello, ese biciclo se había convertido en una bicicleta rehurtada. Una semana más tarde, Donner y el muchacho se desmaterializaron del valle tan misteriosamente como se habían materializado antes. No informaron a nadie del sitio al que irían.

Alguien o algo debió haber estado a punto de atraparlos.

Me daba lástima ese muchacho. No obstante, si aún vive, ya es, al igual que yo, un adulto.

Alguien me perseguía a mí también, pero con gran lentitud. Me refiero a mi hijo ilegítimo, quien habitaba en Dubuque, Iowa. En ese entonces, tenía sólo 15 años. Ni siquiera sabía mi nombre. Aún debía llevar a cabo una ardua labor de investigación, para conocer el nombre y la localización de su padre, tal como yo tuve que hacerla para identificar al asesino de Letitia Smiley, la Reina de las Lilas 1922 del Colegio Tarkington.

Conocí a su madre en un bar de Manila, poco después de que el excremento hubiera llegado al aire acondicionado. No tenía ganas de hablar con ningún ser de ningún sexo. Estaba harto de la raza humana. No quería otra cosa sino que me dejaran estrictamente solo con mis pensamientos.

Agreguen eso a la colección creciente de Ultimas Palabras Famosas.

Esta mujer razonablemente bonita, aunque algo deteriorada, se sentó en el banco contiguo de la barra.

—Perdona la intrusión, pero alguien me dijo que tú eres el hombre al que denominan «El Predicador» —comentó, señalando a un Sargento Mayor que se encontraba en una mesa acompañado por 2 prostitutas que no rebasaban los 15 años de edad.

—No lo conozco —repuse.

—Él no dijo que te conociera —aclaró—. Sino que ha escuchado tus discursos. Al igual que un montón de soldados con los que he charlado.

—Alguien debía pronunciar discursos; en caso contrario, no habríamos tenido una guerra.

—¿Por eso te llaman «El Predicador»?

—¿Quién sabe? Vivimos en un mundo lleno de mentiras.

Me habían conferido ese sobrenombre desde los viejos tiempos de West Point, porque nunca decía groserías.

Durante los 2 primeros años que pasé en Vietnam, cuando las únicas tropas que escuchaban mis palabras alentadoras eran las que estaban bajo mi mando, me asignaron el mismo apodo, pero por un motivo diferente. El mote en cuestión aludía a una naturaleza siniestra, como si yo hubiera sido un ángel puritano de la muerte. Lo que en realidad fui.

—¿Preferirías que te dejara a solas? —indagó.

—No —le contesté—, porque tengo confianza en que esta noche podamos ir juntos a la cama. Pareces inteligente, de modo que debes estar tan triste como yo por la gran derrota que ha sufrido nuestra nación. Estoy preocupado por ti. Me gustaría animarte.

¡Qué diablos!

Funcionó.

Si no está inservible, no lo repares.

Me agradaba mi empleo. Logré elevar en aproximadamente 20% el nivel de alfabetización de los reclusos. Cada preso que aprendía a leer y escribir se convertía en profesor de los aún iletrados. Ahora bien, no siempre me complacían las lecturas elegidas por los recién alfabetizados.

Un individuo me dijo que la lectura hacía mucho más divertida la masturbación.

No me entregué a la holganza. Me gusta enseñar.

Pedí a algunos de los internos más inteligentes que me demostraran la redondez del Mundo, que me dijeran cuál es la diferencia entre el ruido y la música, que me explicaran cómo se heredan los caracteres anatómicos, que me expusieran la forma en que se determina la altura de una torre de vigilancia sin trepar a ella, que me aclararan qué hay de ridículo en la leyenda griega según la cual el joven que conduce a un becerro alrededor del granero todos los días muy pronto se convierte en el hombre que conduce a un toro alrededor del granero todos los días, etcétera.

Les mostré el cuadro que un predicador fundamentalista de Scipio había distribuido entre los estudiantes del Tarkington que se hallaban cierta tarde en el Pabellón. Les sugerí que lo examinaran con objeto de buscar ejemplos que pudieran ajustarse a la tesis en cuestión.

En la parte superior del esquema aparecían los nombres de los líderes de las naciones beligerantes durante el Tormento Final, la Segunda Guerra Mundial. Luego, bajo cada nombre se incluía la fecha de nacimiento del líder, cuántos años vivió, cuándo llegó al poder y cuántos años se mantuvo en él. Por último, se consignaba la suma total de todas esas cifras, que en cada caso resultó ser 3 888.

A continuación, reproduzco el cuadro tal como lo recuerdo:

Churchill Hitler Roosevelt Il Duce Stalin Tojo Nacimiento 1874 1889 1882
 1883 1879 1884 Años vividos 70 55 62 61 65 60 Año en que llegó al poder 1940 1943
 1933 1922 1924 1941 Años en el poder 4 11 11 22 20 3 Quiero repetir que si sumamos
 las cantidades contenidas en cada columna, obtenemos el mismo resultado, a
 saber, 3 888.

Quienquiera que haya sido el inventor del esquema destacó que la mitad de
 dicho número es 1944, el año en que terminó la guerra. Asimismo, enfatizó que la
 unión de la primera letra del apellido de esos líderes forma el nombre del Soberano
 Supremo del Universo: *CHRIST* o *CRISTO*.

Los estúpidos, como aquéllos del Tarkington, me utilizaban como una
 especie de *Libro Guinness de Réconds* ambulante, puesto que me preguntaban quién
 era la persona más vieja el mundo, la más rica, la que había tenido el mayor
 número de hijos, etcétera. Hacia la época en que tuvo lugar la fuga de la prisión,
 98% de los internos de Athena sabían que la edad más avanzada alcanzada por un
 ser humano, cuya fecha de nacimiento estaba bien documentada, era de casi 121
 años y que ese sobreviviente sin rival, al igual que el Director y los guardias, había
 sido japonés. En realidad, el longevo en cuestión falleció 128 días antes de cumplir
 los 121 años. Este récord constituía una fuente natural de toda suerte de bromas en
 Athena, en virtud de que muchos de los reclusos estaban condenados a cadena
 perpetua o, incluso, a 2 o 3 cadenas perpetuas, ya sea sobrepuestas o consecutivas.

Asimismo, estaban enterados de que el hombre más rico del mundo era
 también japonés y de que, aproximadamente un siglo antes de que el colegio y el
 penal hubieran sido contruidos uno enfrente del otro a ambos lados del lago, una
 mujer rusa dio a luz al último de sus 69 hijos.

La mujer más prolífica de todos los tiempos, de nacionalidad rusa, parió 16
 pares de gemelos, 7 tríos de trillizos y 4 cuartetos de cuatrillizos. Todos
 sobrevivieron, a diferencia de los integrantes de la Caravana Donner.

Hiroshi Matsumoto era el único miembro del personal de la penitenciaría
 que tenía una educación universitaria. No hacía ninguna vida social. Comía solo,
 paseaba solo, pescaba solo y navegaba solo. No pertenecía a ninguno de los clubes
 japoneses de Rochester y Búfalo, ni utilizaba las lujosas instalaciones de descanso y
 recuperación localizadas en Manhattan y sostenidas por el Ejército Japonés de
 Ocupación compuesto de ejecutivos. Había logrado que su empresa ganara tanto
 dinero en Louisville y en Athena, y era un conocedor tan brillante de la psicología
 mercantil estadounidense, que habría obtenido sin ningún problema un puesto de

ejecutivo en la sede central de la corporación, situada en su país de origen. Cabe destacar que, gracias a Athena, disponía de mayor información que cualquier individuo residente en Japón sobre la población negra estadounidense, y que los negocios adquiridos por su empresa en territorio estadounidense dependían cada vez más de la fuerza de trabajo negra, o, al menos, de la buena voluntad de los barrios negros. Además, de nueva cuenta gracias a Athena, quizá sabía más que cualquier otro japonés acerca de la principal industria de este país: la obtención y distribución de sustancias químicas que, al ser introducidas de 1 u otro modo al torrente sanguíneo, otorgan al usuario la sensación de determinación y logro.

Por supuesto, sólo una de tales sustancias químicas era legal, la cual constituyó la base de la fortuna de la familia que donó al Tarkington los uniformes para su banda musical, el depósito de agua localizado en la cima de la Montaña Mosquete, una cátedra sobre leyes comerciales e ignoro qué otras cosas.

Ese deformador mental es el alcohol.

Durante los 8 años que habité en la casa contigua a la suya, dentro del pueblo fantasma, a la orilla del lago, nunca mostró señales de que añorara regresar a su tierra natal. Lo más cerca que estuvo de hacerlo fue cuando me dijo, cierta noche, que las ruinas de las esclusas situadas en el nacimiento del lago integradas por enormes rocas y troncos depositados azarosamente, podrían haber constituido la obra de un gran jardinero japonés.

Dentro del Ejército Japonés de Ocupación, él era un oficial de rango superior, tal vez el equivalente a un General de Brigada o a un General de División. Pero me recordaba más bien a varios Sargentos Mayores que había conocido en Vietnam. Éstos expresaban los peores comentarios sobre el Ejército, la guerra y los vietnamitas.

No obstante, cuando regresé, al cabo de un par de años de ausencia, aún se encontraban ahí, censurando todo lo que veían. No abandonaron el escenario en cuestión hasta que los vietnamitas los mataron o los echaron a patadas.

Cómo odiaban su casa. Le tenían mucho más miedo a ésta que al enemigo.

Hiroshi Matsumoto afirmaba que este valle era un «sitio repugnante» y «el ano del Universo». Pero no se marchó hasta que lo echaron a patadas.

Me pregunto si el Valle de Mohiga no se convirtió en el único hogar que haya conocido desde el bombardeo a Hiroshima. En la actualidad, vive retirado en

su reconstruida ciudad natal, después de haber perdido ambos pies por congelación como resultado de la fuga de la prisión. Es posible que ahora esté reflexionando sobre aquello en lo que yo he pensado muy a menudo: «¿Qué es este lugar, quiénes son estas personas y qué hago aquí?»

La última vez que lo vi fue aquella noche en que tuvo lugar la fuga del penal. Nos había despertado el alboroto de los jamaquinos que asaltaban la prisión. Ambos salimos corriendo a la calle, descalzos y en pijama, a pesar de que la temperatura debió haber sido de unos 10 grados centígrados bajo 0.

El nombre de la avenida principal del pueblo fantasma era Calle Clinton, el mismo nombre de la avenida principal de Scipio. ¿Es posible imaginar que dos comunidades tan cercanas geográficamente, aunque muy alejadas en los viejos tiempos en términos sociales y económicos, hayan elegido entre todos los nombres existentes aquél de Calle Clinton para denominar a su avenida principal?

El Director intentó comunicarse con la penitenciaría mediante un teléfono inalámbrico, pero no obtuvo respuesta. Sus 3 empleados domésticos nos miraban desde las ventanas de la planta alta de la casa. Eran reos de aproximadamente 70 años de edad, quienes estaban condenados a cadena perpetua sin esperanza de obtener la libertad condicional, habían sido olvidados desde mucho tiempo atrás por el mundo exterior y consumían habitualmente Toracina.

Mi suegra salió a la terraza y desde ahí me gritó: «¡Cuéntale sobre el enorme pez que atrapé! ¡Cuéntale sobre ese enorme pez que atrapé!»

El Director me comentó que quizá había explotado la caldera de la cárcel o el horno crematorio. En mi opinión, se trataba de armamento militar, cuyo sonido él nunca había escuchado. Ni siquiera había oído la detonación de la bomba atómica. Sólo sintió el vapor caliente posterior al estallido.

Y, entonces, se apagaron todas las luces del lado del lago en que nos encontrábamos. Y los acordes de «La Bandera de las Barras y las Estrellas» flotaron hacia nosotros desde la oscuridad penitenciaría.

No había manera de que el Director y yo, ni con base en la ingestión de una dosis masiva de LSD, hubiésemos podido imaginar qué sucedía allá arriba. Más tarde nos culparían por no haber alertado a Scipio. Sin embargo, tal como se estaban desarrollando los acontecimientos, dimos por sentado que los habitantes de Scipio, al escuchar la detonación, la tonada de «La Bandera de las Barras y las

Estrellas» y los demás ruidos generados al otro lado del lago congelado, tomarían medidas defensivas. Pero no lo hicieron.

Los sobrevivientes de Scipio con los que charlé después de los acontecimientos me dijeron que se habían limitado a cubrirse la cabeza con los cobertores y vuelto a dormir. ¿Qué otra acción podría haber sido más humana?

Lo que estaba sucediendo allá arriba, tal como ya lo mencioné, era un ataque asombrosamente exitoso contra la prisión, conducido por unos jamaquinos que lucían uniforme de la Guardia Nacional y ondeaban banderas estadounidenses. Tenían montado un sistema megafónico en el techo de un autobús blindado que reproducía las notas del Himno Nacional. ¡Es probable que la mayoría de los asaltantes ni siquiera hayan sido ciudadanos estadounidenses!

¿Qué joven de la campaña japonesa, durante su trabajo semestral en un continente sombrío, habría sido lo suficientemente loco para disparar a individuos que parecían nativos, estaban ataviados con uniformes de combate, ondeaban banderas y hacían sonar a todo volumen esa música infernal?

No hubo ningún joven que lo haya sido. No esa noche.

Si los japoneses hubieran empezado a disparar, habrían perdido la vida como los paladines de El Álamo. ¿Y para defender qué?

¿A la Sony?

¡Hiroshi Matsumoto se cubrió con alguna prenda! ¡Condujo cuesta arriba su jeep Isuzu!

¡Los jamaquinos le dispararon!

¡Se arrastró fuera de su Isuzu! ¡Corrió hacia el Bosque Nacional!

Se perdió en la negrura de la noche. Sólo llevaba sandalias, sin calcetines.

Tardó 2 días en salir del bosque, el cual era casi tan oscuro de día como de noche.

Sí. Y la gangrena se dio un festín con sus pies congelados.

Yo permanecí abajo, junto al lago.

Envié a Mildred y a Margaret de regreso a la cama.

Escuché lo que debieron ser los disparos de los ja ú-quinos contra el Isuzu. Se trataba de disparos de despedida. Después, reinó el silencio.

En mi mente se formó el escenario siguiente: se había frustrado la fuga con la posible pérdida de algunas vidas. La detonación inicial correspondía al estallido de una bomba hecha por los presos con recortes de uñas, con naipes o con quién sabe qué cosas.

Los reclusos podían elaborar bombas y alcohol a base de cualquier cosa y, en general, dentro de un baño.

Malinterpreté el silencio. Lo consideré un buen augurio.

Temí la reanudación de los disparos, lo cual habría significado, según yo, que los jóvenes de la campaña japonesa habían desarrollado el gusto por asesinar con pistola, acción que puede volverse repentinamente, para el no iniciado, fácil y divertida.

Tuve la visión de que los presos, dentro o fuera de sus celdas, se convertían en los patos de una galería de tiro.

Imaginé, cuando reinaba el silencio, que el orden se había restablecido, y que un japonés angloparlante estaba notificando al Departamento de Policía de Scipio, a la Policía Estatal y al Alguacil de Policía del Condado sobre el conato de fuga, y solicitando quizá el envío de médicos y ambulancias.

En realidad, los japoneses habían sido embaucados y sometidos tan rápidamente que sus líneas telefónicas fueron cortadas y sus radios inutilizados antes de que pudieran comunicarse con nadie.

A pesar de que había Luna llena esa noche, sus rayos no llegaban al suelo del Bosque Nacional.

Los japoneses no resultaron heridos. Los jamaquinos se limitaron a desarmarlos y enviarlos al camino, iluminado por la Luna, que va hacia el nacimiento del lago. Les ordenaron que no dejaran de correr hasta que hubieran recorrido todo el trayecto de regreso a Tokio.

La mayoría de ellos no conocían Tokio.

Y no llegaron al nacimiento del lago pidiendo auxilio e intentando detener a los coches que pasaban. En su lugar, se escondieron. Si el gobierno de Estados Unidos estaba en contra de ellos, ¿quién estaría en su favor?

Yo no tenía armas.

Pensé que si algunos reclusos habían logrado escapar, aún estaban libres y bajaban al pueblo fantasma, me reconocerían y no desconfiarían de mí. Les daría todo lo que me pidieran: comida, dinero, vendas, ropa, el Mercedes.

Consideré que, sin importar lo que yo les ofreciera, el color de su piel impediría que abandonaran el valle, este callejón sin salida tan blanco como la nieve.

No había sino Blancos en todo el camino comprendido hasta las señales delimitadoras de la ciudad de Rochester.

Caminé en dirección a mi bote de remos, el cual permanecía de cabeza mientras transcurría el invierno. Me senté a horcajadas sobre su proa suave y lisa, orientada hacia el viejo embarcadero de Scipio.

Aún había luz en Scipio, lo que incrementaba mi sensación de tranquilidad.

No se apreciaba allá ningún movimiento, a pesar del ruido producido en la prisión. Las luces de varias casas se apagaron. Nadie salió. Sólo circulaba un automóvil. Se deslizaba lentamente por la Calle Clinton. Se detuvo y apagó sus luces en el estacionamiento trasero del Café del Gato Negro.

La pequeña luz roja localizada sobre el depósito de agua en la cima de la Montaña Mosquete se encendía y apagaba, se encendía y apagaba. Se convirtió en una especie de versículo místico que me condujo a hundirme en una divagación aún más profunda, como una escafandra que se sumerge en un caldo tibio.

Esa lucecita intermitente: se encendía y apagaba, se encendía y apagaba, se encendía y apagaba.

¿Cuánto tiempo me mantuvo embelesado? ¿Tres minutos? ¿Diez minutos? Es difícil saberlo.

Una extraña transformación de la superficie congelada del lago me devolvió a la realidad. Parecía que el hielo había cobrado vida, aunque silenciosamente.

Y entonces me di cuenta de que estaba observando a los dos de hombres comprometidos en una especie de proyecto que yo muchas veces había planeado y dirigido en Vietnam, a saber, un ataque sorpresa.

Fui yo quien rompió el silencio. Un nombre brotó de mis labios antes de que pudiera evitarlo.

¿El nombre? «¡Muriel!»

Muriel Peck ya no era cantinera, sino Profesora de Tiempo Completo de Inglés en el Tarkington, empleo para cuyo desempeño echaba mano de la sólida formación educativa que obtuvo en el Swarthmore. Cuando ocurrió el ataque sorpresa, se hallaba dormida y completamente sola en el alojamiento del cuerpo docente, una casa de campo cubierta de enredaderas y localizada en la cúspide de la Calle Clinton, al igual que yo, había enviado a sus 2 hijos a internados muy caros.

En cierta ocasión, le pregunté si alguna vez había pensado en volverse a casar.

—¿No te has dado cuenta? Me casé contigo —repuso.

Ella no habría conseguido empleo en el Tarkington, si los Directivos no me hubiesen despedido. El profesor de Inglés, Dwight Casey, odiaba tanto al jefe de su departamento que solicitó mi antiguo puesto sólo para dejar de ver a ese individuo. Así fue como surgió la vacante que ocupó Muriel.

Si no me hubiesen despedido, ella habría abandonado el valle y estaría viva en la actualidad.

Si no me hubiesen despedido, yo habría sido sepultado, y no ella, junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Dwight Casey aún está vivo, creo. Su esposa recibió gran cantidad de dinero poco después de que él me hubo reemplazado. Renunció al final del año académico y se mudaron al sur de Francia.

La familia de su esposa pertenecía a la Mafia. Ella pudo haber impartido clases, pero no lo hizo. Había obtenido la Maestría en Ciencias Políticas en la Universidad Rutgers. Él sólo había logrado la Licenciatura en administración Hotelera en la de Cornell.

La Batalla de Scipio duró 5 días. Resultó 2 días más prolongada que la

Batalla de Gettysburg, en la cual Elias Tarkington fue herido por un soldado Confederado que lo confundió con Abraham Lincoln.

Cuando se inició el ataque contra Scipio, fui un observador tan impotente como Robert E. Lee en Gettysburg o como Napoleón Bonaparte en Waterloo.

Alguien disparó un solo tiro desde Scipio. Nunca supe quién lo hizo. Fue una lechuza nocturna que tenía una pistola cargada al alcance de la mano. Quienquiera que haya disparado, debió haber sido asesinado poco después; en caso contrario, habría hecho alarde de su temprana intervención en el juego.

Aquéllos que cruzaron el hielo eran buenos soldados. Varios de ellos habían estado en Vietnam y, tal como fue mi caso, habían sido aleccionados en la Ciencia Militar gracias a las becas de tiempo completo otorgadas por el Gobierno. Otros poseían una larga experiencia, a menudo adquirida desde su niñez, en lanzar y recibir disparos, motivo por el cual no hallaban nada extraordinario en oír un tiro. Ahorraron sus municiones hasta que pudieron ver claramente a qué le estaban disparando.

Cuando aquellas tropas bien templadas alcanzaron la orilla del lago, abrieron fuego. Mostraron tacañería con las balas. Por ejemplo, se escuchaba un *bang* y, a continuación, un silencio que se prolongaba por varios minutos. Luego, al aparecer otro blanco, quizá un morador con los ojos todavía hinchados por el sueño que abría la puerta de su casa o atisbaba por alguna ventana, con o sin armas, se oía otro *bang*, o 2 o 3 *bangs*, y de nuevo el silencio. Los reos prófugos, o los Luchadores de la Libertad como pronto se autodenominarían, debían suponer, después de todo, que muchos o la mayoría de los habitantes de Scipio poseían armas de fuego, y que sus dueños habían soñado desde hacía mucho tiempo utilizarlas con un efecto mortal cuando sucediera precisamente lo que estaba sucediendo. Los Luchadores de la Libertad no tenían otra opción. Yo habría actuado del mismo modo, si hubiera estado en su situación.

Bang. Sin duda, alguna otra persona trastabillaba de un lado a otro, como un actor profesional en un programa de TV.

La ráfaga más abundante de tiros se generó, según mis cálculos, en el estacionamiento ubicado a espaldas del Café del Gato Negro, donde las prostitutas solían aparcar sus camionetas. Los hombres que acudían a las camionetas a horas avanzadas de la noche llevaban consigo pistolas, por si acaso. Más vale prevenir que lamentar.

Más tarde, con base en los disparos esporádicos, resultaba factible conjeturar que los Luchadores de la Libertad habían comenzado a avanzar cuesta arriba en dirección a este colegio, que se hallaba profusamente iluminado, como todas las noches, para desanimar a cualquiera que tuviera la intención de cometer fechorías acá en las alturas. Desde mi punto de observación, ubicado al otro lado del lago, el Tarkington podía haber sido confundido con Oz, la Tierra de las Esmeraldas, o con Camelot, el legendario poblado hermoso y apacible, donde residía la corte del Rey Arturo.

Pueden estar seguros de que ya no dormí esa noche. Estuve atento al menor ruido. Esperaba escuchar sirenas, el zumbido de los helicópteros, el retumbo de los vehículos blindados y demás evidencias de que las fuerzas de la ley y el orden pondrían fin a la violencia desatada en el valle echando mano de una violencia aún mayor. Sin embargo, al amanecer, el valle estaba tan tranquilo como siempre, y la luz roja localizada sobre el depósito de agua en la cima de la Montaña Mosquete, como si nada extraordinario hubiese sucedido, se encendía y apagaba, se encendía y apagaba.

Me dirigí a la puerta contigua, aquélla de la casa del Director. Desperté a los 3 sirvientes. Ellos se habían vuelto a acostar después de que el Director condujo cuesta arriba su Isuzu. Se trataba de hombres muy viejos, pero muy viejos: habían sido condenados a cadeja perpetua, sin esperanza de obtener la libertad condicional, cuando yo era un niño que jugaba en Midland City. Ni siquiera había aprendido a leer y escribir, cuando ellos ya habían arruinado algunas vidas, o habían sido acusados de hacerlo, y fueron forzados como consecuencia de ello a llevar una existencia inútil.

Sin duda, eso constituía una lección.

Por lo menos, no habían sido depositados en ese gran invento de un dentista: la silla eléctrica.

«Mientras haya vida, hay esperanza.» Así lo dijo John Gay en la Biblia del Ateo. ¡Qué soñador tan optimista!

Los 3 ancianos no habían recibido ninguna visita, llamada telefónica o carta durante décadas. En tales circunstancias, carecían de ideas claras con respecto a lo que debían hacer; por ese motivo, les encantaba recibir órdenes casi de cualquiera. Las ideas de los demás referidas a lo que debía hacerse eran como trasplantes cerebrales. Súbitamente, se hallaban llenos de bríos.

Así que les permití que bebieran mucho café. Como yo estaba preocupado por la suerte del Director, ellos también mostraban preocupación. De otra forma, no lo hubieran hecho. Ignoraban que había tenido lugar una fuga masiva de la cárcel y que Scipio había sido invadido por criminales. En todo caso, esa información no les hubiera resultado de utilidad; para ellos, habría sido equivalente a un programa más de TV. Se suponía que debían permanecer donde se les había depositado, sin importar lo que ocurriera en el mundo real.

Aquellos 3 eran un ejemplo de lo que los psicólogos llaman «individuos dirigidos por otros».

Me los llevé a mi casa, y les ordené que mantuvieran vivo el fuego de la chimenea y que dieran de comer a Mildred y a Margaret. Había muchos alimentos enlatados. No tenía que preocuparme de los víveres perecederos, puesto que la temperatura de la cocina era muy baja. La estufa trabajaba a base de propano embotellado y había reservas para todo el mes de ese milagro digno de la ciencia ficción.

Ver para creer: ¡energía envasada!

Gracias a Dios, Margaret y Mildred se mostraron indiferentes con los zombies del Director, del mismo modo que lo hacían conmigo. No les gustaban, pero tampoco les disgustaban. En consecuencia, todo estaba encajando bien. Ellas dispondrían de un sistema que las mantuviera vivas, aunque yo me ausentara por varios días, resultara herido o me asesinaran.

No esperaba que me hirieran o aniquilaran, salvo accidentalmente. Ninguno de los bandos beligerantes de Scipio me vería como una amenaza. Con los Blancos compartía el color de la piel, y los Negros me conocían y les simpatizaba.

El asunto estaba claro. Era Negro y Blanco.

Todos los Amarillos habían huido.

De acuerdo con lo planeado, salí de la casa cuando Margaret y Mildred se encontraban completamente dormidas. Sin embargo, al pasar junto al bote, en el trayecto hacia el lago congelado, se abrió una de las ventanas del piso superior. Ahí estaba mi pobre y vieja esposa, una bruja huesuda y tonta. Creo que ella percibía que algo importante estaba sucediendo. En caso contrario, no se habría expuesto al frío y a la luz del día. Además su voz, que durante años había sido áspera y vulgar, sonó suave y dulce, como aquélla de nuestra Luna de Miel. Y me

llamó por mi nombre. Eso era otra cosa que no había hecho durante mucho, mucho tiempo. Me desorientó.

—Gene...

—Sí, Margaret.

—¿A dónde vas, Gene?

—Voy a dar un paseo, Margaret, a respirar un poco de aire fresco.

—Vas a ver a otra mujer, ¿no es verdad?

—No, Margaret. Palabra de honor que no.

—Está bien. Comprendo.

¡Fue una situación tan patética! Me abrumó por completo aquella hermosa voz que hacía tanto tiempo que no escuchaba, así como ¡la joven Margaret que había dentro de la bruja!

—¡Oh, Margaret, te amo, te amo! —grité, con gran sinceridad.

Ésas fueron las últimas palabras que me escuchó pronunciar, porque nunca regresé a casa.

No me contestó. Cerró la ventana y desenrolló la oscura persiana.

No la he vuelto a ver.

Después de que el 82.º Destacamento Aerotransportado recapturó ese lado del lago, ella y su madre fueron depositadas dentro de una caja de acero colocada en la parte trasera de uno de los camiones de la prisión, y enviadas al manicomio de Batavia. Ahí estarán bien en mutua compañía. Incluso podrían estarlo, aunque no fuera en mutua compañía. ¿Quién sabe? Nadie ha llevado a cabo el experimento de separarlas.

Desde aquella mañana, no he vuelto a pisar esa parte del lago, y, tal vez, nunca lo haga de nuevo, a pesar de su cercanía. Por consiguiente, es probable que jamás llegue a saber qué fue de mi viejo baúl, el ataúd que contenía los restos del soldado que alguna vez fui y mi extraño ejemplar de *Liguero Negro*.

Aquella mañana, crucé el lago a fin de entablar contacto con los reos fugados. Mi propósito era salvar vidas y propiedades. Sabía que los estudiantes estaban de vacaciones. Eso delineaba un escenario integrado exclusivamente por seres carentes de relevancia social, en cuya categoría incluía al cuerpo docente del colegio, cuyos miembros pertenecían a la Clase Servicial.

Para mí, esta mezcla social de baja categoría era de mal agüero. En Vietnam, y más tarde en los ataques espectaculares contra Trípoli, Panamá, etcétera, resultaba del todo normal para nuestra Fuerza Aérea despachar a poblados compuestos de seres carentes de relevancia social, sin importar en qué bando se hallaran, hacia el otro Mundo.

Me parecía probable que, en caso de que el Gobierno decidiera bombardear Scipio, también consideraría razonable el atacar la cárcel.

Se harían cargo de todo, sin duda alguna.

¿Problema siguiente?

De cualquier manera, ¿cuántos estadounidenses saben o les importa dónde está o qué es el Valle de Mohiga, Laos, Camboya o Trípoli? Gracias a nuestro gran sistema educativo y a la TV, la mitad de ellos ni siquiera serían capaces de localizar a su propio país en un mapamundi.

Tres cuartos de ellos no podrían volver a colocar el tapón de una botella de whisky sin atorarse en la rosca.

Tal como lo suponía, los conquistadores de Scipio vieron en mí a un viejo sabio pero inofensivo. Los criminales me llamaban «El Predicador» o «El Profesor», del mismo modo en que solían hacerlo al otro lado del lago.

Advertí que muchos de ellos llevaban un listón atado alrededor del brazo, a manera de uniforme. Así que cuando me topé con 1 que no lo usaba, tuve que indagar.

—¿Dónde está su uniforme, Soldado? —le pregunté en son de broma.

—Predicador, yo nací con el uniforme puesto —respondió, refiriéndose al color de su piel.

Alton Darwin se había establecido en la oficina de Tex Johnson, ubicada en

el Salón Samoza, en su calidad de Presidente de la Nueva Nación. Había estado ingiriendo alcohol. No tengo la intención de presentar a ninguno de los fugados como un sujeto racional o capaz de redención.

No les importaba el estar vivos o muertos. Alton Darwin se alegró de verme. Todo le alegraba.

Sin embargo, le advertí sobre la posibilidad de que los bombardearan, a menos de que él y los demás se fueran del pueblo inmediatamente. Le señalé que su mejor opción para sobrevivir consistía en regresar a la cárcel y ondear un montón de banderas blancas. Si hacían eso cuanto antes, podían afirmar que no habían tenido nada que ver con la masacre perpetrada aquí. Por cierto, el número de personas que los fugados asesinaron en Scipio fue de 5 menos que aquéllas que yo había matado, sin ayuda de nadie, en la Guerra de Vietnam.

En consecuencia, la batalla de Scipio no fue sino una «tempestad en un vaso de agua», expresión proverbial según la Biblia del Ateo.

Le expliqué a Alton Darwin que si él y su gente no querían ser bombardeados ni regresar a la prisión, entonces debían reunir la mayor cantidad posible de víveres y dispersarse hacia el norte o al oeste. Le dije algo que él ya conocía, a saber: que el suelo del Bosque Nacional, localizado hacia el sur y el este, era tan oscuro e inerte que cualquiera que se internara en él se moriría de hambre o enloquecería antes de que pudiera encontrar el camino que lo sacara de allí. Le comenté otra cosa de la que también estaba al corriente, esto es, que pronto llegarían muchos blancos por el oeste y el norte, para cazar reos prófugos en lugar de venados.

Este segundo comentario era algo que, de hecho, los mismos reclusos me habían enseñado. Todos ellos estaban convencidos de que los Blancos, quienes insistían en el derecho Constitucional de conservar armamento militar en su casa, esperaban el día en que pudieran disparar a los estadounidenses que no tuvieran lo que ellos tenían y que no se parecieran a sus amigos o parientes, en una especie de galería de tiro al aire libre, a la cual solíamos llamar en Vietnam «Zona de Libre Disparo». Uno podía dispararle a cualquier cosa que se moviera, por el bien de la sociedad, en su conjunto, que siempre se encontraba en algún lugar muy alejado, como el Paraíso.

Alton Darwin me escuchó. Luego afirmó que yo estaba en lo correcto, es decir, que quizá bombardearían la prisión. Empero, no consideraba factible que

arrojaran bombas sobre Scipio, ni que atacaran el pueblo por tierra. Según él, el Gobierno tendría que guardar las distancias y respetar las demandas que iba a formular.

—¿Qué te hace pensar así? —le pregunté.

—Tenemos cautiva a una celebridad de la IV —me contestó—. No permitirán que nada le suceda. Mucha gente estará al acecho.

—¿Quién es?

—Jason Wilder.

En esa entrevista me enteré de que habían tomado como rehenes no sólo a Wilder, sino también a la Junta Directiva del Colegio Tarkington. Ahora me doy cuenta de que Alton Darwin no habría sabido que Wilder era una celebridad de la TV si no hubieran reproducido una y otra vez los cartuchos del programa de debates conducido por Wilder en los televisores del penal ubicado al otro lado del lago. En el mundo exterior, la gente pobre de cualquier raza veía en 2 o 3 ocasiones el programa en cuestión y no volvía a hacerlo, porque su mensaje básico consistía en que los pobres convertían la vida del resto de los mortales en algo aterrador.

La Guerra de las Galaxias —dijo Alton Darwin.

Se refería al sueño de Ronald Reagan, de acuerdo con el cual los científicos construirían una bóveda invisible sobre este país, equipada con sistemas electrónicos, láser, etcétera, impenetrable para cualquier avión o proyectil del enemigo. Darwin creía que la posición social de los rehenes constituía una bóveda invisible sobre Scipio.

Me parece que tenía razón, aunque nunca supe si el Gobierno consideró seriamente la opción de bombardear el valle en su conjunto hasta devolverlo a la Edad de Piedra. Hace años, habría sido capaz de averiguarlo con base en la Ley de la Libertad de Información. Pero la Suprema Corte clausuró esa mirilla.

Darwin y sus tropas sabían que el Gobierno valoraba en alto grado la vida de los rehenes. Ignoraban la causa de ello, y creo que yo también. En mi opinión el número de individuos acaudalados y poderosos se ha reducido hasta el punto en que se sienten miembros de una sola familia. Con base en lo que los reos prófugos sabían de ellos, muy bien podrían haber sido cerdos hormigueros u otra especie animal que nunca antes habían visto.

Darwin lamentaba que yo también debiera permanecer en Scipio. Dijo que no podía permitir que me fuera, porque yo sabía demasiado de su despliegue defensivo. Hasta donde podía darme cuenta, dicho despliegue era inexistente, pero él hablaba como si hubieran trincheras, trampas para tanques y campos minados alrededor de nosotros.

No obstante, su visión del futuro era todavía más irreal. Pretendía restaurar la otrora vitalidad económica del valle. Lo convertiría en una Utopía para Negros. A todos los Blancos se les reubicaría en otra parte.

Iba a colocar de nuevo cristales en las ventanas de las fábricas, y hacer que sus techos volvieran a ser resistentes contra la intemperie. Conseguiría el dinero para llevar a cabo esto y tantas otras obras maravillosas vendiendo las maderas preciosas del Bosque Nacional a los japoneses.

Hoy día, gran parte de su sueño se ha convertido en realidad. El Bosque Nacional está siendo talado por trabajadores mexicanos que utilizan herramientas japonesas y son supervisados por suecos. Se espera que los ingresos generados por este concepto sirvan para pagar la mitad de los intereses causados el día de anteayer por la Deuda Pública.

Lo último es una broma mía. Ni siquiera sé si una parte de las utilidades resultantes de la tala del bosque serán destinadas al pago de la Deuda Pública que, según escuché, rebasa el valor de todas las propiedades localizadas en el Hemisferio Occidental, gracias al interés compuesto.

Alton Darwin me miró de arriba abajo y se expresó con la típica impulsividad sociopática.

—Profesor, no puedo permitir que te vayas porque te necesito.

—¿Para qué? —le pregunté aterrorizado, puesto que temía que quisiera convertirme en General.

—Para que nos ayudes con los planes.

—¿Qué planes?

—Los del futuro glorioso.

Me pidió que me dirigiera a la biblioteca y elaborara planes detallados para hacer de este valle la envidia del Mundo.

Y eso fue lo que hice principalmente durante la Batalla de Scipio.

Además, resultaba muy peligroso salir de este recinto, en virtud de las abundantes balas que surcaban el aire.

Mi mayor proposición utópica en relación con la República Negra ideal fue la «Cerveza del Luchador de la Libertad». De acuerdo con dicha propuesta, se reacondicionaría la vieja cervecería, a fin de producir una cerveza muy parecida a las demás, con la sola excepción de que ésta se llamaría Cerveza del Luchador de la Libertad, es decir, tendría un nombre mágico. Imaginé una época durante la cual, en todo el mundo, los aburridos, los oprimidos y los fatigados se animarían un poco tomando Cerveza del Luchador de la Libertad.

Desde luego, la cerveza es en realidad un sedante. Pero la gente pobre nunca dejará de desear otra cosa.

Alton Darwin murió antes de que yo pudiera concluir los planes de gran alcance. Como ya lo he mencionado, sus últimas palabras fueron: «Vean al Negro que pilotea un aeroplano.»

Ahora bien, decidí mostrar los planes a los rehenes.

—¿Qué se supone que significa todo esto? —preguntó Jason Wilder.

—Quiero que vean el trabajo que me ordenaron hacer —contesté—. Ustedes creen que yo tengo autoridad aquí para exigir su liberación. Falso. Estoy tan cautivo como ustedes.

—¿Esperan en realidad tener éxito con esto? —preguntó, después de haber estudiado el borrador.

—No —respondí—. Ellos saben que éste es su Álamo. Arqueó sus famosas cejas, expresando un escepticismo bufonesco. Siempre he considerado que Wilder se parece mucho al incomparable comediante Stanley Laurel.

—Nunca se me hubiera ocurrido comparar a los rabiosos chimpancés que nos mantienen en vil cautiverio con Davy Crockett, James Bowie y el tatarabuelo de Tex Johnson —comentó.

—Sólo me refería a situaciones desesperadas —aclaré.

—Así lo espero —repuso.

Debí haber agregado, pero no lo hice, que los mártires de El Álamo murieron luchando por el derecho de poseer esclavos Negros. Ya no querían pertenecer a México, porque en ese país estaba prohibida toda clase de esclavitud.

No creo que Wilder haya sabido eso. Ni tampoco muchos estadounidenses. Sin duda, nunca escuché ese planteamiento en la Academia. Jamás me habría enterado de que la esclavitud constituyó el motivo principal de disputa en El Álamo, si el Profesor Stern, el monociclista, no me lo hubiera dicho.

¡No es de extrañar la poca afluencia de turistas Negros a El Álamo!

Para ese entonces, algunas unidades del 82.º Destacamento Aerotransportado, recién desempacado del Sur de Bronx, habían recuperado el control del otro lado del lago y vuelto a apiñar a los reos tras las rejas.

Uno de los grandes problemas que enfrentaron allá fue que casi la totalidad de los retretes del penal habían sido destrozados. ¿Quién sabe por qué?

¿Qué se iba a hacer con la enorme cantidad de excremento producida hora tras hora y día tras día por todas aquellas lacras de la Sociedad?

En virtud de la abundancia de excusados en este lado del lago se decidió prácticamente de inmediato convertir a este lugar en una prisión auxiliar. El tiempo es esencial, como dicen los abogados.

¿Qué sucedería si una situación similar se presentara a bordo de una nave espacial dirigida a la estrella de Betelgeuse?

Durante la última tarde del sitio, unidades de la Guardia Nacional relevaron a las tropas Aerotransportadas. Esa noche, sin ser detectados, los paracaidistas se apostaron detrás de la Montaña Mosquete. Dos horas antes del amanecer siguiente, rodearon silenciosamente la montaña, capturaron el establo, liberaron a los rehenes y tomaron el control de todo Scipio. Sólo tuvieron que asesinar a un individuo, el guardia que dormitaba fuera del establo. Lo estrangularon con una pieza regular del equipo. Yo había utilizado una similar en Vietnam. Se trataba de una cuerda para piano, de un metro de largo y con mangos de madera en los extremos.

Así se desarrollaron los acontecimientos.

Los defensores carecían de municiones. En todo caso, apenas quedaban unos cuantos defensores. Quizá 10.

De nuevo, estoy convencido de que no habrían aplicado una microcirugía tan precisa, con base en el trabajo de las mejores tropas disponibles, si no hubiera sido por la prominencia social de los Directivos.

Éstos fueron transportados en helicóptero a Rochester, donde comparecieron ante las cámaras de la TV. Expresaron su agradecimiento a Dios y al Ejército. Dijeron que nunca habían perdido la esperanza. Señalaron que estaban cansados pero felices, y que sólo querían bañarse y dormir en una cama limpia.

Todos los efectivos de la Guardia Nacional que habían permanecido al sur del Complejo de Cines de Meadowdale durante el sitio, recibieron la Medalla de la Infantería por Méritos en el Combate. ¡Estaban tan contentos!

Los paracaidistas ya tenían la suya. Cuando se alistaban para participar en el desfile de la victoria, no olvidaron utilizar las cintas de condecoración por servicio en las campañas de Costa Rica, Bimini, El Paso, etcétera y, por supuesto, en la Batalla del Sur del Bronx. Esa batalla se habría prolongado, si no hubiera sido por su oportuna intervención.

Varios seres carentes de relevancia social intentaron abordar el helicóptero

destinado al traslado de los Directivos. Aunque había espacio suficiente, los nombres de personas autorizadas a nacerlo se encontraban en una lista enviada desde la Casa Blanca. Yo vi dicha lista. Tex y Zuzu Johnson eran los únicos habitantes locales incluidos.

Presencí el despegue de los helicópteros, el final feliz. Me hallaba en el campanario, verificando los daños. Durante el sitio, no me atreví a subir. Quizá alguien me habría disparado y, tal vez, habría sido un precioso tiro.

En cuanto los helicópteros se convirtieron en manchitas dirigidas hacia el norte, me sobresaltó el sonido de una voz femenina. Aquella mujer se encontraba justo detrás de mí. Era bajita, calzaba unos zapatos blancos de lona y había trepado sin hacer el menor ruido. Yo no esperaba ninguna compañía.

—Me preguntaba qué se siente estar aquí arriba. Desde luego, se trata de un acto irracional, pero la vista es agradable, siempre que a 1 le agrada el agua y los soldados —dijo en un tono que manifestaba cansancio. Todos estábamos cansados.

Me volví para mirarla. Era Negra. No quiero decir que haya sido una así llamada Negra, sino una verdadera Negra. Su piel era muy oscura. Quizá no haya tenido ni una gota de sangre blanca. Si hubiera sido un hombre y estado en Alhena, el color de su piel la habría colocado en la casta social más baja.

Era tan bajita y se veía tan joven que la confundí con una de las estudiantes del Tarkington, tal vez con la hija disléxica de algún dictador derrocado del Caribe o de África que se había refugiado en los EUA trayendo consigo el tesoro de su nación muerta de hambre.

¡Me volví a equivocar!

Si el GRIOT^{MR} del colegio aún funcionara, sería incapaz de adivinar quién era ella y qué estaba haciendo ahí. Ella se mantenía al margen de todas las estadísticas con base en las cuales GRIOT^{MR} elaboraba sus tétricas y astutas predicciones. Cuando GRIOT^{MR} era retado por alguien que se apartaba tanto de las expectativas estadísticas como era el caso de esta mujer, sólo emitía sonidos inarticulados. Luego encendía una luz roja.

Nombre: Helen *Dole*; edad: 26 años; estado civil: soltera. Había nacido en Corea del Sur y crecido en lo que alguna vez fue Berlín Oeste. Obtuvo el Doctorado en Física en la Universidad de Berlín. Su padre había sido Sargento Mayor del Servicio de Intendencia del Ejército Regular, habiéndose desempeñado en Corea y,

más tarde, en nuestro Ejército de Ocupación en Berlín. Al cabo de 30 años de servicio, su padre se retiró para vivir en una casita lo suficientemente agradable dentro de un pequeño barrio lo suficientemente agradable, localizado en Cincinnati. Entonces ella se dio cuenta de la terrible escualidez y desesperanza en que nace la mayoría de la gente negra de ese lugar. Decidió regresar a lo que ahora es Berlín a secas y consiguió su Doctorado.

Muchas personas la trataban allá tan mal como la habrían tratado aquí, pero al menos no tenía que pensar todos los días en algún ghetto negro cercano, donde la esperanza de vida era menor que en lo que se supone que era el país más pobre del planeta, a saber, Bangladesh.

Esta Dra. Helen Dole había llegado a Scipio el día anterior a la fuga penitenciaria con el objeto de ser entrevistada por Tex y los Directivos, quienes debían considerar si reunía los requisitos indispensables para ocupar mi antiguo puesto de profesor de Física. Ella había visto la convocatoria respectiva en *The New York Times*. Antes de venir, había hablado por teléfono con Tex. Le había aclarado que era Negra. Tex le explicó que estaba bien, que no había ningún problema. Él subrayó que el hecho de que fuera mujer y negra, además de poseedora de un grado de Doctorado, era algo absolutamente hermoso.

Si ella hubiera obtenido el empleo y firmado contrato antes de que el Tarkington dejara de existir, habría sido la última profesora dentro de una larga sucesión de maestros de Física del Tarkington, en la cual estoy incluido.

Sin embargo, la Dra. Dole se encolerizó con la Junta Directiva. Sus miembros le pidieron que, ni dentro del aula ni fuera de ella, jamás analizara cuestiones políticas, históricas, económicas o sociológicas con los estudiantes. Debía dejar el examen de esos asuntos a los expertos en la materia contratados por el colegio.

—Simplemente, ¡estallé! —me comentó.

—Lo que me pedían significaba que no actuara como ser humano.

—Supongo que les expusiste claramente esa idea.

—Sí, lo hice. Les dije que eran un puñado de hacendados europeos.

De hecho, como la madre de Lowell Chung ya no estaba en la Junta, todas las caras que la Dra. vio eran características de descendientes de europeos.

Ella sostenía que ese tipo de europeos son ladrones armados que recorren todo el mundo robando tierras, las que pasan a ser sus plantaciones. Y que los individuos despojados son convertidos en sus esclavos. Desde luego, la Dra. Dole estaba empleando el tiempo verbal denominado presente histórico. Sin duda, los Directivos del Tarkington no habían viajado por el mundo a bordo de barcos, ni lo habían hecho armados hasta los dientes y en búsqueda de bienes vulnerables. Más bien, se refería a que ellos eran los herederos del modo de pensar de tales ladrones, aunque hubieran nacido pobres y sólo recientemente hubiesen desmantelado una industria esencial, vaciado una institución de ahorros u obtenido grandes comisiones al facilitar la venta de entrañables instituciones o propiedades estadounidenses a los extranjeros.

Les habló a los Directivos, quienes seguramente habían realizado una excursión turística por el Mar de las Antillas, sobre el jefe indígena de los caribes que fue quemado vivo por los españoles. Su crimen había sido el no haber descubierto la belleza implícita en el acto de ver a su gente convertida en esclava dentro de su propio territorio.

A este jefe se le ofreció una cruz para que la besara, antes de que un soldado profesional o quizá un sacerdote prendiera fuego a la leña apilada hasta sus rodillas. Les preguntó por qué debía besarla y le respondieron que ese beso podría conducirlo al Paraíso, donde encontraría a Dios.

Les preguntó si en ese sitio había otros individuos parecidos a los españoles.

Le contestaron afirmativamente.

Entonces, el dirigente aborigen explicó que no besaría la cruz, porque no quería ir a un lugar donde las personas fueran tan crueles.

Les narró el caso de las nativas de Indonesia, quienes arrojaron sus joyas a los marineros holandeses que se acercaban a la playa portando armas de fuego, con la esperanza de que se sintieran satisfechos con esa riqueza tan fácilmente obtenida y se marcharan.

Pero los holandeses anhelaban también la tierra y la fuerza de trabajo.

Y las consiguieron. Las denominaron plantaciones.

Yo había sido informado de ello por Damon Stern.

—Ahora, ustedes están vendiendo esta plantación —afirmó la Dra. Dole ante los Directivos—, porque el suelo se ha agotado y los aborígenes están cada vez más hambrientos y enfermos, implorando alimentos, medicinas y vivienda. Todo lo cual cuesta muy caro. Los mantos acuíferos se han secado. Los puentes se están cayendo. En consecuencia, están reuniendo dinero para largarse de aquí.

Uno de los miembros de la Junta, cuyo nombre ella ignora pero que no era el de Jason Wilder, señaló que planeaba vivir el resto de su vida en Estados Unidos.

—Aunque se quede usted, su dinero y su alma ya se habrán largado de aquí —le respondió.

De modo que ella y yo, por vías diferentes, habíamos advertido el mismo fenómeno, a saber, que incluso nuestros nativos, ya sea que hubieran alcanzado la cima o nacido en ella, concebían a los estadounidenses como extranjeros. Eso parece ser válido también para las personas ubicadas en la cumbre de lo que alguna vez fue la Unión Soviética: para ellas, sus propios y humildes paisanos no eran individuos de su agrado.

—¿Qué opinó Jason Wilder al respecto? —le pregunté. En la TV, siempre mostraba gran agilidad para capturar cualquier planteamiento que le pareciera inconveniente, cubrirlo con un escupitajo, por así decirlo y contrarrestarlo con una fuerza tan contundente que lo volvía irrecuperable.

—Guardó silencio durante un rato —me contestó.

Sin duda, lo desconcertó esta pequeña mujer negra que hablaba muchos más idiomas que él, que tenía 1 000 veces más conocimientos científicos que él y que al menos sabía tanto como él de historia, literatura, música y arte. Él nunca había invitado a alguien como ella a sus programas de debate. Tal vez, jamás había discutido con una persona cuyo destino GRIOT^{MR} hubiera descrito como impredecible.

Al cabo de unos minutos, Wilder destacó que él era estadounidense y no europeo.

—Entonces, ¿por qué no actúa como tal? —le replicó ella.

Sí, y ahora los japoneses se están marchando. El Ejército de Ocupación compuesto de ejecutivos ha iniciado el regreso a su tierra natal. En mi opinión, la fuga del penal de Athena fue la gota que colmó el vaso, porque ya habían comenzado a deshacerse de algunas propiedades, las cuales simplemente abandonaban, antes de que ocurriera la costosa catástrofe.

La causa de que hayan querido adueñarse de un país que se hallaba en un estado avanzado de ruina física, espiritual e intelectual constituye un misterio. Quizá, consideraron que así podrían vengarse del lanzamiento no de una sino de 2 bombas atómicas en el territorio nipón.

Lo anterior nos proporciona un total de 2 grupos que han renunciado por libre albedrío a adueñarse de este país. Creo que el motivo de ello reside en que muchas personas pobres, infelices y cada vez más revoltosas, pertenecientes a todas las razas, están incluidas dentro del inventario de las propiedades.

En apariencia, se quedarán con Oahu, a modo de recordatorio del alto nivel del agua alcanzado por su imperio, tal como actuaron los británicos al conservar las Bermudas.

En relación con la gente pobre y desdichada de todas las razas, me he preguntado a menudo cómo habría sido tratada la Junta Directiva del Tarkington, si Alhena hubiera sido una prisión para Blancos en lugar de una para Negros. Supongo que los reos Hispanos le habrían otorgado un trato similar al de los Negros, es decir, habrían visto a sus miembros como cerdos hormigueros, como criaturas exóticas que no tenían nada que ver con la clase de vida experimentada por los reclusos.

Sin embargo, estoy seguro de que los presos Blancos habrían deseado matarlos o al menos golpearlos, por no haberles conferido una mayor importancia a ellos que a los Negros y los Hispanos.

La Dra. Dole regresó a Berlín. Por lo menos, eso dijo que haría.

Le pregunté dónde se había escondido durante el sitio. Me respondió que se había arrastrado hasta el interior de la caja de fuego de una vieja caldera localizada en el sótano de esta biblioteca. Desde antes de que yo enseñara aquí, ya no se utilizaba esa caldera. Empero, nunca fue retirada, debido al alto costo implicado en su traslado. Al Colegio no le gustaba gastar el dinero en mejoras no susceptibles de ostentación.

Así, durante el sitio, ella permaneció a unos cuantos metros de mí, porque yo estuve aquí sentado entreteniéndome con la maravillosa ciencia de la Futurología.

Sin duda la Dra. Dole no tenía en buen concepto a su propio país. Despotricaba sobre los elevados índices de homicidio y suicidio, drogadicción y mortalidad infantil; el bajo nivel de alfabetización; el alto porcentaje de presidiarios, mayor que el de cualquier otro país con excepción de Haití y Sudáfrica; la deficiente manufactura; la mínima asignación de recursos a la investigación y la escuela de primera enseñanza, en comparación con Japón, Corea o cualquier nación del Este o el Oeste de Europa; etcétera.

—Al menos, aún tenemos libertad de expresión —le comenté.

—Eso no es algo que alguien pueda darte, sino algo que uno mismo debe darse —repuso.

Antes de que se me olvide, debo mencionar que, durante su entrevista laboral, ella le preguntó a Jason Wilder en qué universidad había estudiado.

—En la de Yale.

—¿Sabes cómo deberían llamar a ese centro educativo?

—No.

—Tecnológico para los Dueños de Plantaciones.

Me contó que cuando vivía en Berlín, le horrorizaba la gran ignorancia de muchos turistas y soldados estadounidenses en materia de geografía e historia, así como de lenguas y costumbres de otros países.

—¿Qué hace que muchos estadounidenses estén orgullosos de su ignorancia? Actúan como si ésta los convirtiera en seres encantadores.

Alton Darwin me había formulado la misma pregunta cuando trabajaba en Athena. Estaban transmitiendo una película sobre la Segunda Guerra Mundial en todos los televisores del penal. En ella, Frank Sinatra era capturado por los alemanes. Lo interrogaba un Comandante Nazi que hablaba un Inglés tan bueno como el de Sinatra, y que tocaba el chelo y pintaba acuarelas en su tiempo libre. El militar expresaba a Sinatra su enorme deseo por regresar, una vez concluida la guerra, a su primer amor: la lepidopterología.

Sinatra no sabía qué es la lepidopterología. Se trata del estudio de las polillas y las mariposas. Eso tuvieron que explicárselo.

—En todas esas cintas cinematográficas, los alemanes y los japoneses aparecen siempre como individuos inteligentes, mientras que los estadounidenses son presentados como tontos. Entonces, ¿de qué modo ganaron la guerra? —me preguntó Alton Darwin.

Darwin no se sentía personalmente aludido. Los soldados estadounidenses que aparecían en la película eran todos Blancos. No sólo se trataba de propaganda Blanca, sino también de un dato históricamente exacto. Durante el Tormento Final, las unidades militares estadounidenses fueron separadas por razas. En ese entonces, se creía que a los Blancos les causaba malestar el tener que compartir cuarteles y comedores con los Negros. Eso era aplicable también a la vida civil. Los Negros asistían a sus propias escuelas, y eran excluidos de la mayor parte de los hoteles, restaurantes y lugares de recreo, con excepción de los escenarios y las casetas electorales.

De vez en cuando, eran ahorcados, quemados vivos o castigados ejemplarmente, para recordarles que ocupaban el estrato más bajo de la Sociedad. Cuando se les entregaba el uniforme militar, se partía del supuesto de que carecían de la determinación y la iniciativa necesarias en las batallas. Por consiguiente, la mayoría de ellos desempeñaban labores ordinarias o conducían camiones, siempre a la sombra de los Duke Wayne y los Frank Sinatra, quienes llevaban a cabo el trabajo temerario.

Sólo hubo un escuadrón de combate cuyos integrantes fueron exclusivamente Negros. Para sorpresa de muchos, lo hicieron bastante bien.

¿Ven al Negro que pilotea un aeroplano?

Ahora bien, regresemos a la pregunta de Alton Darwin, referida a la causa

por la cual Frank Sinatra merecía ganar, aunque haya sido un ignorante.

—Creo que era digno de la victoria por su parecido con Davy Crockett, el de El Álamo —le contesté. La cinta de Walt Disney sobre Davy Crockett había sido transmitida una y otra vez en el penal; por tal motivo, todos los presos sabían quién era Davy Crockett. Y algo que sería útil sacar a colación en mi juicio es que nunca les dije a los reos que el General mexicano que sitió El Álamo intentó llevar a cabo lo mismo que Abraham Lincoln haría más adelante, a saber, unificar a su país y prohibir la esclavitud.

—¿En qué sentido se parece Sinatra a Davy Crockett? —indagó.

—En que tiene un buen corazón —repuse.

Sí, y todavía queda algo por narrar de mi historia. Empero, el abogado acaba de darme una noticia que me ha dejado pasmado. Creí que, después de lo de Vietnam, ya no habría nada que pudiera sacudirme tan violentamente. Consideré que me había acostumbrado a los cadáveres, sin importar de quién se tratara.

Me volví a equivocar.

¡Ay de mí!

Si revelo ahora quién falleció y cómo falleció, apenas ayer, surgiría la impresión de que mi historia ha concluido. Desde el punto de vista del lector, ya no habría nada más que agregar, salvo lo siguiente:

FIN

No obstante, aún restan algunos asuntos por aclarar. En consecuencia continuaré mi narración como si no me hubiese enterado de esa noticia.

Resulta que el Teniente Coronel que dirigió el ataque contra Scipio y que más tarde impidió que los habitantes locales abordaran los helicópteros era también egresado de la Academia, aunque unos 7 años más joven que yo. Cuando le dije mi nombre y vio mi anillo de graduación, se dio cuenta de quién era y de cuál había sido mi papel. Exclamó: «¡Dios mío, es El Predicador!»

Si no hubiese sido por él, ignoro qué habría sido de mí. Creo que hubiera hecho lo mismo que la mayoría de la gente del valle, a saber, largarse a Rochester, Búfalo o a otro lugar más lejano en busca de cualquier tipo de trabajo, remunerado sin duda con un salario mínimo. Toda el área localizada al sur del Complejo de Cines Meadowdale se encontraba y todavía se halla bajo Ley Marcial.

Su nombre era Harley Wheelock III. Me dijo que él y su esposa eran estériles, motivo por el cual adoptaron a 2 gemelas huérfanas de Perú, América del Sur, y no de Perú, Indiana. Se trataba de un par de encantadoras niñas incas. Pero él casi nunca las veía, porque su División tenía muchos quehaceres. Ya estaba listo para partir a casa, una vez que le otorgaran el permiso de abandonar temporalmente el Sur del Bronx, cuando se le ordenó venir aquí con objeto de poner fin a la fuga de la cárcel y rescatar a los rehenes.

Su padre, Harley Wheelock II, también egresado de la Academia y miembro de 3 generaciones anteriores a la mía, había muerto, cosa que yo ya sabía, en algún tipo de accidente en Alemania y, por tanto, no participó en Vietnam. Le pedí a Harley III que me describiera con precisión la forma en que había fallecido Harley II. Me contó que su padre se ahogó cuando intentaba rescatar a una mujer sueca que había decidido suicidarse conduciendo su Volvo, con las ventanas abiertas, hacia el fondo de las aguas del río Ruhr, en Essen, ciudad natal de aquel pionero en la fabricación de crematorios, A. J. Topf und Sohn. Cuan pequeño es el mundo.

—¿Sabes algo de este poblacho inmundo? —me preguntó. Por supuesto, no dijo «inmundo». Antes de que se le ordenara trasladarse a este sitio, nunca había oído hablar del Valle de Mohiga. Como la mayoría de la gente, tenía ciertas referencias de Athena y el Tarkington, pero carecía de una idea clara del lugar donde se encontraban.

Le contesté que este poblacho inmundo era mi hogar, aunque había nacido en Delaware y crecido en Ohio, y que esperaba que algún día me enterraran aquí.

—¿Dónde está el Director del penal? —indagó.

—Muerto, al igual que todos los policías, incluyendo a los del campus —respondí—. Y también al Jefe de Bomberos.

—¿Entonces no existe aquí ningún representante del Gobierno?

—Yo diría que tú lo eres.

—¡Válgame Dios! A dondequiera que voy, me convierto de repente en personificación del Gobierno. Ya encarno al Gobierno en el Sur del Bronx y debo regresar a ese lugar lo más pronto posible. Así que te declaro en el acto Alcalde de este poblacho inmundo —exclamó, utilizando en esta ocasión la expresión de «poblacho inmundo»—. Ve hasta el Ayuntamiento, dondequiera que se halle, y comienza a gobernar.

Hablaba con tanta determinación. ¡Su voz era tan estentórea!

Como si la conversación no hubiese sido lo suficientemente rara, lucía uno de esos cascos muy parecidos a los cubos para carbón que el Ejército había comenzado a repartir al cabo de la derrota en la Guerra de Vietnam, con el objetivo quizá de cambiar nuestra suerte.

Si se logra que los Negros, los judíos y todos los demás parezcan nazis, tal vez los resultados serían mejores.

—No puedo gobernar —protesté—. Nadie me haría caso. Se burlarían de mí.

—¡Buena observación! —gritó.

Se comunicó por radio a la Oficina del Gobernador, localizada en Albany. El Gobernador, a bordo de un helicóptero, se dirigía a Rochester, a fin de aparecer en la TV con los rehenes liberados. La Oficina del Gobernador tomó las medidas necesarias para transmitir la llamada de Harley III al Gobernador, quien se hallaba en las alturas. Aquél le dijo a éste quién era yo y qué situación reinaba en Scipio.

No se demoró.

Al final, Harley III se volvió hacia mí.

—¡Felicidades! ¡Ahora ya eres General de Brigada de la Guardia Nacional! —me informó.

—Mi esposa y mi suegra permanecen al otro lado del lago —le aclaré—. Necesito ir a ver cómo están.

Él era capaz de decirme cómo estaban. El día anterior, había visto con sus propios ojos la forma en que Margaret y Mildred eran introducidas a una caja de acero, depositada en la parte trasera de un camión de la prisión, y enviadas hacia la Academia de la Risa de Batavia.

—¡Están bien! —señaló—. En este momento, tu país te necesita más que ellas. En consecuencia, General Hartke, ¡cumple con tu deber!

¡Estaba tan lleno de energía! En apariencia, su casco en forma de cubo para carbón contenía una tronada.

¡Ningún instante desperdiciado! Apenas hubo convencido al Gobernador de que me convirtiera en General de Brigada cuando ya se había dirigido hacia el establo, donde los Luchadores de la Libertad estaban siendo obligados a cavar tumbas para todos los cadáveres. Los fatigados excavadores tenían razón al considerar que estaban abriendo zanjas para albergar sus propios restos. Habían visto montones de películas sobre el Tormento Final, en las que los soldados ataviados con cascos en forma de cubo para carbón vigilaban a los andrajosos que cavaban sus últimas moradas.

Escuché cómo Harley III vociferaba órdenes a los cavadores, con objeto de que hicieran los hoyos más profundos, más rectos sus lados, etcétera. Yo había presenciado un liderazgo semejante en Vietnam, y yo mismo lo había ejercitado de vez en cuando, por tal motivo estoy completamente seguro de que Harley III había ingerido alguna especie de anfetamina.

Al principio, no había gran cosa por gobernar. Este lugar, que había sido el único negocio perdurable del valle, estaba desierto y era muy probable que así permaneciera. La mayoría de los habitantes de Scipio se las habían arreglado para huir al cabo de la fuga del penal. Empero, cuando regresaron, no había forma de ganarse la vida. Aquéllos que poseían casas o pequeños comercios no encontraron a nadie que quisiera comprárselos. Estaban aniquilados.

Así que la mayoría de los civiles a los que pude haber gobernado habían depositado velozmente sus mejores pertenencias en coches y remolques, y pagado pequeñas fortunas a tratantes del mercado negro de la gasolina, a fin de poder largarse.

Carecía de tropas propias. Aquéllas localizadas en esta parte del lago habían sido prestadas por el comandante de una División de la Guardia Nacional, la 42.^a división, la «División Arco Iris», Lucas Florio. El estableció su cuartel general en la oficina que Hiroshi Matsumoto había instalado en la prisión. No era egresado de West Point, no había participado en Vietnam y su ciudad natal era Schenectady, debido a lo anterior, nunca antes nos habíamos visto. Sus tropas estaban compuestas exclusivamente de Blancos, con Orientales clasificados como Blancos

Honorarios. Lo mismo era válido para el 82.º Destacamento Aerotransportado. Había también, en otros puntos, unidades integradas por Negros e Hispanos. En teoría, aplicable por igual al caso de las penitenciarías, los individuos se sienten más cómodos en compañía de miembros de su misma raza.

Esta resegregación, aunque nunca escuché que ninguna figura pública se manifestara al respecto, provoca también que las Fuerzas Armadas se parezcan cada vez más a palos de golf. Se utiliza este o aquel batallón, dependiendo del color de la gente contra la cual se vaya a combatir.

Por supuesto, la Unión Soviética, dada su ciudadanía, que incluye a todas las clases de seres humanos, salvo a los Negros y los Hispanos, tuvo problemas para comprender que los soldados no se esmeran en la lucha si deben pelear contra individuos que se parezcan, piensen y hablen como ellos.

La propia División Arco Iris fue establecida durante la Primera Guerra Mundial como un experimento de integración de estadounidenses desemejantes no pertenecientes al Ejército Permanente. Las Divisiones de Reservistas activadas en aquella época se identificaban con partes específicas del país. Entonces, a alguien se le ocurrió la idea de integrar una División compuesta por reclutas y voluntarios provenientes de distintos puntos de la nación para demostrar que podía tener éxito.

La armonía entre los Blancos, aunque no simpatizaran del todo entre sí, quedó plasmada en el arco iris. De hecho, la División Arco Iris combatió tan bien como cualquier otra durante la Guerra para Acabar con las Guerras, el preludio al Tormento Final.

Después, una vez concluido el experimento, la 42.^a División se convirtió en una unidad más de la Guardia Nacional, cedida arbitrariamente, con todo y sus galones, al Estado de Nueva York.

Sin embargo, el símbolo del arco iris sobrevive en el parche que destaca en el hombro del uniforme.

Antes de ser arrestado por insurrección, yo mismo era portador de ese arco iris, ¡junto con la insignia de Brigadier!

Durante las 2 primeras semanas en que me desempeñé como Comandante Militar del Distrito de Scipio, que comprendía el terreno localizado entre el nacimiento del lago y el Bosque Nacional, creo que mi mejor decisión fue la de convertir a algunos soldados en bomberos. Como estos individuos habían ayudado a combatir incendios antes de seguir la carrera de las armas, hice que se familiarizaran con los extintores del pueblo, los cuales no habían sido dañados durante el sitio. Un verdadero golpe de suerte: todos los camiones de bomberos tenían lleno el tanque de la gasolina. En una sociedad cuya inmensa mayoría de miembros, desde los más ricos hasta los más pobres, suelen robar todo aquello que no esté asegurado con clavos, resulta inconcebible admitir que nadie se haya apoderado de ese valioso combustible.

Muy a menudo, en medio del caos, se topa con un ejemplo asombroso e inexplicable de respeto cívico. Quizá, la última pizca de fe en poder de la gente se deposite en los bomberos.

Asimismo, supervisé la exhumación de los restos enterrados junto al establo. Habían sido sepultados unos cuantos días atrás; empero, el Gobierno, personificado por un Pesquisidor y un Médico Forense de la Policía del Estado, un verdadero erudito en materia de crucifixiones, nos ordenó que los desenterráramos. El Gobierno quería obtener huellas digitales, fotografías, datos sobre posibles curaciones odontológicas e información acerca de heridas visibles de los cadáveres. No tuvimos que exhumar a los Shultz, porque ya habían sido desenterrados en una ocasión, para aumentar la superficie destinada al Pabellón.

Y aún no habíamos encontrado el cráneo de la mujer joven. La excavación no había avanzado todavía lo suficiente para dejar al descubierto lo que alguna vez fue la cabeza de la Reina de las Lilas.

El Gobierno, compuesto solamente de esos 2 forasteros, dijo que debíamos sepultar a mayor profundidad los restos mortales en cuestión, una vez concluido su análisis. Así lo estipulaba la ley.

—No pretendo violar la ley —le aclaré.

El Pesquisidor era negro. No me habría dado cuenta de que era Negro, si él no me lo hubiese dicho.

Le pregunté cuan factible era que el Condado o el estado se hicieran cargo de los cadáveres hasta que los parientes más cercanos, en el caso de que los hubiera, decidiesen qué hacer con ellos. Tenía la esperanza de que los llevaran a Rochester, donde podían ser embalsamados, congelados, incinerados o, al menos, enterrados dentro de recipientes adecuados. Aquí habían sido sepultados sin más acompañamiento que sus prendas de vestir.

Respondió que llevaría a cabo la indagación correspondiente, pero que no me hiciera muchas ilusiones, explicó que el Condado estaba en bancarrota, que el Estado estaba en bancarrota, que el País estaba en bancarrota y que él estaba en bancarrota. Había perdido lo poco que tenía en la Microsecond Arbitrage.

Después de la partida de los representantes del Gobierno, me entregué a la búsqueda del mejor procedimiento para abrir zanjas más profundas. No estaba dispuesto a ordenar a los efectivos de la Guardia Nacional que llevaran a cabo el trabajo echando mano de palas. Se habían ofendido cuando les pedí que desenterraran los cadáveres y, en todo caso, su descontento iba en aumento conforme se volvía cada vez más claro, incluso en una etapa tan temprana del juego, que tal vez nunca se les permitiera reintegrarse a la vida civil. El encanto de sus Medallas de la Infantería por Méritos en el Combate se estaba esfumando.

No podía utilizar la fuerza de trabajo de los reclusos residentes en el otro lado del lago. Eso lo estipulaba, también, la ley. Fue entonces cuando recordé que el colegio contaba con una retroexcavadora que funcionaba a base de diesel, un producto que podría comprarse a buen precio en el mercado negro. Ahora bien, si alguien podía encontrar la retroexcavadora, cabía la esperanza de que tuviese almacenado un poco de combustible.

Un soldado dio con ella y ¡el tanque estaba lleno!

¡Milagro!

Vuelvo a formular la misma pregunta: «¿Durante cuánto tiempo seguiré siendo Ateo?»

El tanque estaba lleno, porque en Scipio sólo había un automóvil que funcionaba a base de diesel cuando comenzó la diáspora. Se trataba de un Cadillac de la General Motors que salió al mercado hacia la época que fuimos echados a

patadas de Vietnam. Ese coche aún está aquí. Era un verdadero cacharro. Habría sido más fácil llevar a cabo un paseo dominical en una pirámide egipcia.

Pertenecía a un padre de familia del Tarkington. Este individuo venía a la graduación de su hija, cuando el automóvil se descompuso frente al Café del Gato Negro. Ya se había detenido espontáneamente en numerosas ocasiones en el trayecto comprendido entre este lugar y la Ciudad de Nueva York. Así pues, su dueño se dirigió a la ferretería más cercana, compró pintura amarilla y una brocha y lo pintó; después, se lo vendió a Lyle Hooper en un dólar.

¡Este sujeto pertenecía a la Junta Directiva de la General Motors!

Durante el breve lapso en que los cadáveres permanecieron desenterrados, se apareció una persona acompañada de una carroza mortuoria Toyota y de un agente de una funeraria de Rochester, para reclamar 1 de ellos. Se trataba del Dr. Charlton Hooper, quien había sido invitado a jugar baloncesto con los Knickerbockers de Nueva York pero había preferido estudiar Física. Como ya lo he mencionado, él medía 2 metros de alto.

¡Vaya estatura!

Le pregunté al de la funeraria dónde había conseguido el combustible para realizar el viaje.

Al principio, no quiso revelarme el dato, pero le insistí.

—Búsquelo en el crematorio que se halla a espaldas del Complejo de Cines Meadowdale. Pregunte por Guido.

Le pregunté a Charlton si se había trasladado desde Waxahachie, Texas. Le comenté que me había enterado de que habitaba en esa ciudad, donde efectuaba experimentos con el enorme desintegrador de átomos, el Supercolisionador. Me respondió que el presupuesto para llevar a cabo dichos experimentos se había acabado, y que por tal motivo se vio precisado a mudarse a Ginebra, Nueva York. Ahí impartía cátedra de Física a los alumnos de primer año del Colegio Hobart.

Le pregunté si era factible convertir el Supercolisionador en una cárcel.

Me contestó que se podía introducir a un puñado de chicos malos dentro del desintegrador y conectar la corriente eléctrica. Como resultado de ello, se les pondrían los pelos de punta y aumentaría su temperatura corporal un par de

grados centígrados.

Casi una semana después de que Charlton se hubiese llevado los restos mortales de su padre y de que nosotros hubiésemos reinhumado todos los demás cadáveres, echando mano de la retroexcavadora, a la profundidad dispuesta por la ley, me despertó cierta tarde un gran alboroto en lo que alguna vez había sido un pueblo apacible. En ese entonces, residía en el Ayuntamiento, donde solía dormir la siesta.

El ruido provenía de acá arriba. Se oía el gruñido de las sierras de cadena, así como un continuo martilleo. Parecía tratarse del estruendo de un ejército. Según la información de que disponía, sólo había en ese lugar 4 centinelas.

El soldado que estaba apostado en el vestíbulo, cuya misión consistía en despertarme si sucedía algo importante, había desaparecido. Seguramente, salió a investigar qué demonios estaba pasando, porque no habíamos sido notificados de la realización de alguna actividad especial.

En consecuencia, tuve que trepar yo solo a la colina. Llevaba puestos zapatos de civil y un traje camuflado que el General Florio me había regalado, junto con una de sus insignias en cada hombro. A eso se reducía mi uniforme.

Cuando llegué a la cima de la Calle Clinton, descubrí al General Florio vociferando órdenes a los soldados trasladados a este lado del lago. Algunos estaban convirtiendo el Patio en una ciudad de tiendas de campaña. Otros levantaban una cerca de alambre de púas alrededor del campamento.

No tuve que preguntar el significado de todo aquello, resultaba obvio que el Colegio Tarkington, que se había mantenido de tamaño reducido mientras crecía y crecía la prisión localizada al otro lado del lago, acababa de convertirse en una penitenciaría.

—Hola, Alcaide Hartke —me dijo el General Florio, obsequiándome su mejor sonrisa.

Una vez que las tiendas de campaña, con capacidad para albergar cada una a 10 hombres y trasladadas desde el Arsenal ubicado frente al Complejo de Cines Meadowdale, quedaron montadas en el Patio a manera de un tablero de ajedrez, todo parecía muy lógico. Los edificios circundantes, el Salón Samoja, esta biblioteca, la librería, el Pabellón, etcétera, equipados con ametralladoras en varias de sus ventanas y portales, y con el alambre de púas colocado entre ellos y las

tiendas, hacían las veces de muros de la prisión.

—Están por llegar los huéspedes —señaló el General Florio.

Recuerdo una conferencia dictada por Damon Stern sobre la visita que efectuó, en compañía de varios alumnos del Tarkington, a Auschwitz, el infame campo de exterminio nazi establecido en Polonia durante el Tormento Final. Stern acostumbraba obtener ingresos adicionales llevando a Europa a los estudiantes cuyos padres o tutores no deseaban verlos en Navidad o a lo largo de las vacaciones veraniegas. Tuvo consecuencias nefastas el haber visitado Auschwitz junto con algunos de ellos. Tomó la decisión de realizar una excursión de manera impulsiva y sin haber solicitado el permiso de nadie. Ese lugar histórico no estaba incluido dentro del itinerario y algunos de los jóvenes se trastornaron al conocerlo.

En la conferencia sostuvo que si las cercas, los cadalsos y las cámaras de gases fueron retirados del metódico tablero de ajedrez compuesto por las calles y las garitas de estuco de 2 plantas, se obtendría un agradable plantel para los estudiantes de bajo rendimiento o de pocos recursos del área. Señaló que las garitas habían sido edificadas antes de la Primera Guerra Mundial, a modo de puestos de avanzada confortables para los soldados del Imperio Austro Húngaro. Afirmó que 1 de los muchos títulos de nobleza reunidos por ese emperador era el de Duque de Auschwitz.

Lo que buscaba el General Florio en nuestro lado del lago eran las instalaciones sanitarias. Los reos iban a utilizar cubetas como retretes; pero, más tarde, el contenido de esas cubetas podría ser vaciado en los excusados de los edificios circundantes, desde donde viajaría hasta la moderna planta de tratamiento de aguas residuales de Scipio. Del otro lado del lago, era menester enterrar todo.

Y no había regaderas.

En cambio, nosotros teníamos gran cantidad de regaderas.

Sin duda, uno de los aspectos más conmovedores del sitio fue el poco daño que los reclusos prófugos propinaron al campus. Pareciera que en realidad hubiesen estado convencidos de que iba a ser suyo a lo largo de varias generaciones.

Lo anterior me trae a la memoria otra de las conferencias dictadas por Damon Stern, la cual versó sobre la forma en que se comportó la gente hambrienta

y embrutecida de Petrogrado, en Rusia, cuando se introdujo al palacio de los zares, lo cual tuvo lugar en 1917. Por vez primera, vieron todos los tesoros conservados dentro del palacio; se sintieron tan ultrajados que desearon despedazarlos.

Sin embargo, en ese momento, un hombre acaparó su atención al disparar una bala en dirección al techo. Ese individuo gritó: «¡Camaradas! ¡Camaradas! ¡Todo esto es ahora nuestro! ¡No estropeen nada!»

Dieron a Petrogrado el nombre de «Leningrado». Hoy día, se llama de nuevo Petrogrado.

En cierto sentido, los reos prófugos se parecían a la bomba de neutrones. No mostraban compasión alguna para con los seres vivos, pero apenas dañaron las propiedades.

En cambio, Damon Stern, el monociclista, dio la vida por unos seres vivos. Éstos ni siquiera eran humanos. Eran caballos, que ni siquiera eran suyos.

Su esposa e hijos se marcharon y, según supe, residen en Lackawanna, donde cuentan con parientes. Es agradable que la gente tenga familiares con los cuales se pueda refugiar.

Damon Stern está enterrado profunda y cercanamente al sitio en que cayó, junto al establo, a la sombra de la Montaña Mosquete, al ponerse el Sol.

Su esposa, Wanda June, regresó después del sitio en un camión que, según dijo, pertenecía a su medio hermano. Le costó una fortuna la gasolina necesaria para realizar el trayecto desde Lackawanna. Le pregunté cómo estaba consiguiendo dinero, y me contestó que ella y Damon habían escondido un montón de yenes en el congelador, dentro de una caja cuya etiqueta decía «coles de Bruselas». Damon la despertó a medianoche, y le dijo que se introdujera al Volkswagen junto con los niños y que condujera hasta Rochester con las luces apagadas. Había escuchado la explosión ocurrida al otro lado del lago y visto al silencioso ejército que cruzaba el hielo con dirección a Scipio. Lo último que hizo con Wanda June fue entregarle la caja cuya etiqueta decía «coles de Bruselas».

El propio Damon, pese a las objeciones de su esposa, permaneció en el campus para dar la alarma. Le explicó que la alcanzaría más tarde. Que se haría llevar en el coche de alguien o que caminaría hasta Rochester, siguiendo vías vecinales por él conocidas, en caso necesario. No queda del todo claro qué sucedió después de eso. Quizá llamó a la policía local, aunque ninguno de sus miembros

sobrevivió para confirmar dicha hipótesis. Lo que sí hizo fue despertar a muchos de sus vecinos.

La conjetura más viable es la de que Damon escuchó balazos dentro del establo y que acudió, imprudentemente, a investigar. Un Luchador de la Libertad armado con una AK-47 estaba disparándoles a los caballos por pura diversión, porque no apuntaba hacia la cabeza de los animales.

Damon debió pedirle que se detuviera, y el Luchador de la Libertad le disparó también a él.

Su esposa no reclamó el cadáver. Dijo que su esposo había pasado los años más felices de su vida en Scipio, motivo por el cual debía permanecer enterrado aquí.

Encontró los 4 monociclos de la familia. No fue una búsqueda difícil. Los soldados hacían cola para intentar montarlos. Antes que ellos, varios de los reos también habían tratado de hacerlo sin lograr, que yo sepa, éxito en la empresa.

Recorrí la Calle Clinton de regreso al Ayuntamiento, con objeto de considerar mi reciente cambio de ocupación: ahora me desenvolvería como Alcaide.

Había un Rolls-Royce Corniche, un cupé convertible, estacionado enfrente. Quienquiera que fuera dueño de un coche como ése, tendría suficientes yenes, marcos u otras unidades monetarias estables para comprar en el mercado negro el combustible indispensable en cualquier tipo de recorrido, sin importar su extensión.

Supuse que pertenecía a algún estudiante o padre de familia del Tarkington, quien deseaba recuperar alguna pertenencia olvidada en los dormitorios al principio del periodo vacacional, el cual se había prolongado, dadas las circunstancias, indefinidamente.

El soldado que debía desempeñar las funciones de recepcionista se encontraba de nuevo en su puesto. Decidió regresar cuando el General Florio le dijo que dejara de vagar por los alrededores con el pulgar metido en el ano y que ayudara a levantar la cerca de alambre o las tiendas de campaña. Me estaba esperando en la puerta principal, para informarme que alguien deseaba verme.

—¿Quién es el visitante?

—Su hijo, señor.

—¿Está aquí Eugene? —pregunté estupefacto. Eugene Jr. me había dicho que no quería volver a verme nunca más en su vida. ¿Qué les parece esa cadena perpetua? ¿Y manejaba ahora un Rolls-Royce? ¿Eugene?

—No, señor. No se trata de Eugene.

—Eugene es el único hijo que tengo. ¿Cómo dijo que se llama?

—Me dijo, señor, que su nombre es Rob Roy.

Ésa era toda la prueba que necesitaba para estar seguro de que 1 de mis hijos me esperaba en la oficina. Al escuchar las palabras «Rob Roy», me remonté de inmediato a las Filipinas, durante la etapa en que nos acababan de echar a patadas de Vietnam. Me veía en la cama, acompañado de una voluptuosa corresponsal de guerra de *The Des Moines Register*, cuyos labios parecían cojines de sofá. Le explicaba que si yo hubiera sido un avión de combate, me habría cubierto totalmente de retratos de personas.

Calculé su edad. Debía tener unos 23 años, lo cual lo convertía en el más joven de mis hijos. Era el bebé de la familia.

Se hallaba en la sala de espera localizada fuera de mi oficina. Se levantó cuando entré. Era exactamente de mi estatura. Su cabello tenía el mismo color y textura que el mío. Observé que debía afeitarse; pero que su barba incipiente era tan negra y gruesa como la mía. Sus ojos tenían el mismo color que los míos, caracterizándose los 4 por una tonalidad de ámbar verdoso. Ambos habíamos heredado la nariz prominente de mi padre. Era un sujeto nervioso y cortés. Lucía costosas prendas de vestir informales. Si hubiera sido un joven de lento aprendizaje o un mero estúpido, que no lo era, habría podido pasar 4 felices años en el Tarkington, en especial con ese coche suyo.

Me sentía aturdido. Me había despojado del abrigo, con objeto de que viera mis insignias de General. Algo es algo. ¿Cuántos jóvenes pueden jactarse de que su padre sea un General?

—¿En qué puedo ayudarte? —le pregunté.

—No sé cómo empezar —me contestó.

—Pues ya lo hiciste, diciéndole al guardia que eres hijo mío. ¿Se trata acaso de una broma?

—¿Crees que se trata de una broma?

—No pretendo afirmar que haya sido un Santo durante mis años mozos. Pero nunca hice el amor utilizando un alias. Cualquiera que me hubiera buscado, me habría encontrado. Así pues, me sorprende enterarme de que engendré un hijo fuera del matrimonio en algún momento de mi vida. Considero que la madre, en cuanto hubiese descubierto que estaba embarazada, se habría puesto en contacto conmigo.

—Conozco una madre que no lo hizo —dijo y, antes de que pudiera replicarle, soltó abruptamente una serie de palabras que debió haber ensayado en el camino—: Ésta va a ser una visita muy breve. Sólo distraeré tu atención unos cuantos minutos. Estoy por partir a Italia. No regresaré a este país, y mucho menos a Dubuque.

Resultó que había estado sometido a una prueba severa, la cual había durado mucho más que el sitio de Scipio y que quizá le había afectado mucho más que lo que me afectó a mí la experiencia de Vietnam. Se le había acusado de abusar sexualmente de varios niños en Dubuque, Iowa, donde había establecido y administrado una guardería gratuita, cuyos gastos corrían por su cuenta.

No estaba casado, un punto menos a su favor desde la perspectiva de la mayoría del jurado, una falta similar a la de haber luchado en la Guerra de Vietnam.

—Crecí en Dubuque. Y la fortuna que heredé provenía de una empacadora de carne que floreció en Dubuque. Deseaba darle algo en retribución a Dubuque. Habiendo tantas madres solteras que debían mantener a sus hijos con base en un salario mínimo, y tantas familias donde el padre y la madre tenían que trabajar para poder sustentar y vestir a sus vastagos, consideré que lo que más necesitaba Dubuque era una guardería agradable y gratuita.

Dos semanas después de que la guardería abrió sus puertas, fue arrestado. Varios de los niños que asistían a ese centro infantil, regresaron a su casa con los genitales inflamados.

Más tarde se demostró en la corte, una vez concluido el análisis de las lesiones de los niños, que el culpable de la inflamación era un hongo. Dicho hongo

estaba estrechamente emparentado con aquél que provoca el pie de atleta. De hecho, quizá se haya tratado de un nuevo tipo de hongo causante del pie de atleta, el cual pudo haber aprendido a sobrevivir no obstante todos los remedios que suelen emplearse para combatirlo.

Sin embargo, hacia la fecha en que se diagnosticó el origen del padecimiento infantil, él ya había permanecido 3 meses en la cárcel, y había tenido que ser protegido por la Guardia Nacional contra la muchedumbre que quería lincharlo. Afortunadamente para él, Dubuque, como muchas otras comunidades, había reforzado a su policía con Vehículos Blindados y Tropas de Infantería.

Después de que fue absuelto, hubo de ser transportado a un sitio muy distante de Dubuque y a bordo de un tanque equipado con silenciador; en caso contrario, lo habrían asesinado.

Por cierto, el juez que lo absolvió fue asesinado. Sus antepasados eran italianos. Alguien le envió una bomba escondida dentro de un enorme embutido de carne de vaca y de cerdo.

Sin embargo, ese hijo mío no me contó de inmediato todo lo anterior.

—Espero que me comprendas. Lo último que me gustaría hacer es apelar a tus sentimientos —me aclaró, antes de comenzar a narrar la historia de sus sufrimientos.

—Adelante, te escucho —repuse.

Hoy día, al recordar nuestro encuentro, me invade una sensación de dulzura. Le agradé, me consideró un individuo cordial. Se comportó como si en realidad se hubiera encontrado frente a un buen padre, aunque sólo haya sido por un breve lapso.

Al principio, cuando apenas estábamos sondeando cautelosamente el terreno y yo aún no había admitido que él era mi hijo, le pregunté si «Rob Roy» era el nombre que aparecía en su acta de nacimiento o si se trataba de un apodo que su madre le había puesto.

Me dijo que ése era el nombre que aparecía en su acta de nacimiento.

—¿Y quién figura como tu padre en ese documento?

—Un soldado que murió en Vietnam.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

En esto sí me sorprendió. Se trataba del nombre de mi cuñado, Jack Patton, a quien la madre de este joven nunca conoció. Sin duda, durante nuestro encuentro en Manila debí haberle hablado sobre Jack, refiriéndole el hecho de que había sido soltero y de que había dado la vida por su país.

Pensé para mis adentros: «Querido Jack, dondequiera que estés, ha llegado la hora de que te vuelvas a reír como loco.»

—¿Y qué te hace pensar que yo soy tu padre y no él? ¿Acaso tu madre te lo dijo?

—Me escribió una carta.

—¿No te lo dijo frente a frente?

—No pudo. Murió de cáncer en el páncreas cuando yo tenía 4 años.

Esa noticia me causó una violenta conmoción. Ella no sobrevivió mucho tiempo después de aquella noche en que le hice el amor. Siempre me gustó pensar que las mujeres a las que he amado serían longevas. Había imaginado que su madre, animosa e inteligente, alegre y ocurrente, cuyos labios parecían cojines de sofá, viviría muchos años.

—Me escribió una carta cuando se hallaba en su lecho de muerte. Dicha carta fue depositada en un despacho de abogados de Dubuque, con la instrucción de que no debía ser abierta sino después del fallecimiento del buen hombre que se había casado con ella y me había adoptado. Él murió hace solamente un año.

—¿Aclara en esa carta el motivo por el cual te llamó Rob Roy?

—No. Supongo que me puso dicho nombre porque le gustaba la novela homónima de Walter Scott.

—Es probable —le comenté. ¿En qué le habría beneficiado saber que se le había asignado ese nombre en virtud de 2 partes de whisky escocés, 1 de vermut dulce, hielo picado y una cascarita de limón?

—¿Cómo me encontraste? —le pregunté.

—Al principio, no estaba seguro de querer dar contigo —respondió—. Sin embargo, hace un par de semanas pensé que teníamos el derecho de conocernos. Así que llamé a West Point.

—Desde hace muchos años no he tenido ningún contacto con ellos.

—Eso fue lo que me dijeron. Empero, justo antes de que yo me hubiese comunicado con ellos, habían recibido una llamada del Gobernador de Nueva York, quien señaló que te acababa de nombrar General de Brigada. Quería asegurarse de que no había cometido una torpeza. Necesitaba cerciorarse de que tú eras lo que afirmabas ser.

—¡Bueno! —exclamé, mientras aún permanecíamos de pie en la sala de espera—. No creo que sea menester someternos a análisis sanguíneos para averiguar si de verdad eres hijo mío, porque me doy cuenta de que eres mi vivo retrato. Ahora bien, debes saber que en realidad amé a tu madre.

—Lo sé. En su carta habla sobre cuánto se amaban.

—Si yo hubiera sabido que ella estaba embarazada, me habría comportado honorablemente. No estoy muy seguro de qué habríamos hecho. Pero lo habríamos resuelto de buen modo. Pasa —le dije, adelantándome al interior de la oficina—. Aquí adentro hay un par de sillones. Además, podemos cerrar la puerta.

—No, no, no. Ya me voy. Sólo creí que debíamos conocernos. Ya lo hemos hecho. Eso es todo.

—Me gusta la sencillez; no obstante, si te marchas sin agregar nada más, las cosas resultarían demasiado sencillas para mí, y también para ti, espero.

En consecuencia, entró en mi oficina, cerré la puerta y nos sentamos uno frente al otro en los sillones. No nos habíamos tocado. Nunca llegaríamos a hacerlo.

—Te ofrecería una taza de café, pero en este valle nadie vende café.

—Tengo un poco en mi coche.

—Gracias. De todos modos, es mejor que no vayas por él. ¡Olvidalo!

¡Olvidalo! —repuse, aprovechando el momento para aclararme la garganta—. Perdona que me entrometa, pero pareces ser el tipo de individuo al que suele clasificarse como «fabulosamente próspero».

Me contestó que sí, que era muy afortunado financieramente. El empacador de carne de Dubuque que se había casado con su madre vendió su negocio, poco antes de morir, al Sha de Bratpuhr. Con motivo de dicha transacción, recibió lingotes de oro, los cuales se hallaban depositados en un banco de Suiza.

El nombre del empacador de carne era Lowell Fenstermaker, de modo que el nombre completo de mi hijo era Rob Roy Fenstermaker. Rob Roy me dijo que no tenía intención de adoptar el apellido Hartke, porque se sentía más un Fenstermaker que un Hartke.

Su padrastro había sido muy bueno con él. Rob Roy me contó que lo único que no le gustaba de ese individuo era la manera en que criaba al ganado para convertirlo en chuletas. Las crías, apenas salidas del vientre de la madre, eran colocadas en jaulas muy angostas, a fin de que casi no pudieran moverse y su tejido muscular se conservase suave. Una vez que crecían lo suficiente, se les cortaba la garganta. Nunca tenían la oportunidad de correr, de saltar, de hacer amigos o de llevar a cabo cualquier cosa que hiciera de la vida una experiencia valiosa.

¿Qué delito cometieron?

Rob Roy me explicó que, al principio, la riqueza que había heredado constituía para él una molestia. Sólo recientemente había considerado la opción de comprar un coche como el que estaba estacionado afuera, o de usar un saco de casimir y zapatos de piel de cocodrilo hechos en Italia. Ese atuendo era el que lucía en mi oficina.

—Debido a que ningún habitante de Dubuque se podía dar el lujo de conseguir café y gasolina en el mercado negro, yo me abstenía de comprar tales productos. Solía caminar a todos lados.

—¿Qué pasó recientemente?

—Fui arrestado por abusar sexualmente de niños pequeños.

En ese momento, comencé a sentir comezón por todo el cuerpo, en un repentino ataque de urticaria psicósomática.

Me narró la historia completa.

—Te agradezco que hayas compartido eso conmigo —le comenté.

La urticaria desapareció súbitamente.

Me sentí de maravilla, muy feliz de que me examinara y pensara lo que quisiera. En raras ocasiones, me alegró que mis hijos legítimos me examinaran y pensarán lo que quisieran.

¿Cuál era la diferencia? Odio formularme esa pregunta, porque la respuesta es completamente vil: siempre quise ser General y ahí estaba alardeando mis insignias de General.

Qué vergonzoso resulta el ser humano.

Además, mi esposa y mi suegra ya no me obstaculizaban. ¿Por qué las mantuve en casa tanto tiempo, a pesar de que era evidente que hacían insoportable la vida a mis hijos?

Supongo que actué de ese modo, porque en lo más profundo de mi ser había la convicción de la posible existencia de un gran libro en el cual quedaban registrados todos los actos, y yo quería contar con una prueba concluyente de mi conducta misericordiosa.

Le pregunté a Rob Roy en qué universidad había estudiado.

—En la de Yale.

Le conté lo que Helen Dole me había dicho sobre Yale, a saber; que debería llamarse «Tecnológico para los Dueños de Plantaciones». Y Rob Roy me manifestó su desconcierto.

—Tuve que pedirle que me lo explicara —le aclaré—. Me dijo que Yale era el lugar donde los dueños de las plantaciones aprendían la forma de conseguir que los nativos se mataran unos a otros, en lugar de matarlos ellos.

—Se trata de un juicio un poco duro —me dijo y, luego, me preguntó si mi primera esposa todavía vivía.

—Solamente tuve una, que aún vive.

—Hay muchas referencias a ella en la carta de mi madre.

—¿En serio? ¿Como cuáles?

—Por ejemplo, que fue atropellada por un coche el día antes de que la llevaras a su baile de graduación. Que quedó paralítica de la cintura hacia abajo y que de todos modos te casaste con ella, no obstante que estaba condenada a pasar el resto de sus días en una silla de ruedas.

Si eso decía la carta, no hay duda de que yo le hube narrado esa historia descabellada a su madre.

—¿Y tu padre no ha fallecido?

—Él murió hace muchos años. Le cayó encima el techo de una tienda de regalos en las Cataratas del Niágara.

—¿Nunca recuperó la vista?

—¿Nunca recuperó qué? —pregunté, y entonces me di cuenta de que su duda se basaba en otra mentira que le conté a su madre.

—La vista.

—No. Jamás lo hizo.

—Me parece tan hermoso el hecho de que cuando regresó ciego de la guerra, tú acostumbraras leerle obras de Shakespeare.

—Él amaba a Shakespeare.

—Así que soy descendiente no de 1 sino de 2 héroes de guerra.

—¿Héroes de guerra?

—Sé que tú no te considerarías jamás 1 de ellos. Pero mi madre afirma que sí lo eres. Y sin duda, así puede denominarse también a tu padre. ¿Cuántos estadounidenses derribaron 28 aviones alemanes durante la 2.^a Guerra Mundial?

—Podemos subir a la biblioteca para averiguarlo. Aquí disponemos de una biblioteca muy completa. Se puede encontrar cualquier información.

—¿En dónde está enterrado mi tío Bob? —me preguntó.

—¿Tu qué? —respondí con otra pregunta.

—Tu hermano Bob, mi tío Bob.

Yo nunca tuve hermanas. Me aventuré a responder al azar.

—Arrojamos sus cenizas desde un aeroplano.

—De veras que has tenido mala suerte. Tu padre regresa de la guerra ciego. Tu novia es atropellada por un coche el día anterior a su baile de graduación. Tu hermano muere de meningitis espinal justo después de haber sido invitado a jugar con los *Yankees* de Nueva York.

—Es cierto; pero todo lo que puedes hacer es jugar con las cartas que te tocan.

—¿Conservas todavía su guante? —indagó.

—No —le contesté. ¿De qué clase de guante le pude haber hablado a su madre aquella noche en que nos emborrachamos en Manila, hace ya 24 años?

—¿Cargaste con él a lo largo de toda la guerra y ahora lo has perdido?

Sin duda, se refería al inexistente guante de béisbol de mi inexistente hermano.

—Alguien me lo robó después de que hube regresado a casa. Es probable que el ladrón haya pensado que se trataba de un guante de béisbol cualquiera. Quienquiera que lo haya hurtado, no tenía idea de lo mucho que ese guante significaba para mí.

—De verdad, ya debo marcharme —dijo, poniéndose de pie. Yo también me levanté.

—No te va a resultar tan fácil renunciar al país donde naciste —afirmé, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Eso es algo que me importa tanto como mi signo astrológico.

—¿A qué te refieres con eso?

—A mi país natal.

—Te podrías sorprender.

—Bueno, papá, no sería la primera ocasión que me sucediera.

—¿Sabes si en este valle puedo conseguir gasolina? preguntó—. Pagaría cualquier suma para obtenerla.

—¿Tienes suficiente gasolina para regresar a Rochester?

—Sí.

—Bueno. Sigue el camino por el que llegaste. Es el único por el cual puedes regresar, así que es imposible que te pierdas. Justo en los límites de la ciudad de Rochester, te toparás con el Complejo de Cines Meadowdale. A espaldas de éste, se halla un crematorio. No esperes ver humo desprendiéndose de la chimenea, porque no produce humo.

—¿Un crematorio?

—En efecto, un crematorio. Toca el timbre y pregunta por Guido. Que yo sepa, si tienes dinero, él tendrá gasolina.

—¿También vende barras de chocolate?

—No lo sé. Pero nada pierdes con preguntar.

En este feliz planeta no ha habido una disminución real de individuos que abusan sexualmente de los niños, que les disparan, que los matan de hambre, que los bombardean, que los ahogan, que los azotan, que los queman o que los arrojan por las ventanas. Enciendan su televisor. Sin embargo, por pura suerte, mi hijo Rob Roy Fenstermaker no resultó ser 1 de ellos.

Está bien. Mi historia casi ha concluido.

He aquí las noticias que me sacudieron hace tan poco tiempo. Cuando las escuché de boca de mi abogado, exclamé: «¡Uf!»

¡Hiroshi Matsumoto se había quitado la vida en su ciudad natal, Hiroshima! Pero, ¿por qué me importaba tanto eso?

Se suicidó al amanecer, de acuerdo con la hora local de Japón, por supuesto. Se hallaba sentado en su silla de ruedas motorizada, frente al monumento que señala el punto de impacto de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima cuando él y yo éramos niños.

No utilizó un arma de fuego ni veneno. Llevó a cabo el harakiri con un cuchillo, destripándose en el contexto de un ritual de autoabhorrecimiento practicado en alguna época por los miembros humillados de una antigua casta de soldados profesionales; los samurai.

Y sin embargo, que yo sepa, nunca eludió sus deberes, nunca robó nada y nunca mató o hirió a nadie.

Del agua mansa líbreme Dios que de la brava me libro yo. RIP.

Si realmente existe un gran libro donde estén registradas todas las acciones humanas, que supuestamente habrá de leerse renglón por renglón, sin omitir nada, el Día del Juicio Final, anotemos en él que, siendo Alcaide de este penal, saqué a los criminales de las tiendas de campaña del Patio para depositarlos en los edificios circundantes. Ya no estaban obligados a defecar en cubetas ni a experimentar, a

medianoche, cómo derribaba el viento su casa improvisada. Los edificios, salvo éste, fueron divididos en celdas con muros de cemento, destinadas a albergar a 2 hombres, aunque la mayoría alojaba a 5. La Guerra de las Drogas aún continúa. Hice que se levantaran 2 cercas más, una dentro de la otra, para proteger la parte trasera de los edificios interiores, y que se sembraran minas antipersonales entre ellas. Los nichos contenedores de las ametralladoras se reinstalaron en las ventanas y zaguanes del siguiente anillo de edificios: el Salón Norman Rockwell, el Pabellón Pahlavi, etcétera.

Durante mi administración, las tropas fueron federalizadas, decisión que yo había recomendado. Esto significaba que ya no habría civiles enfundados en uniforme militar, sino soldados de tiempo completo, quienes prestarían sus servicios a voluntad del Presidente. Nadie podía predecir por cuánto tiempo se prolongaría la Guerra de las Drogas. Nadie podía predecir la fecha en que esos soldados regresarían a su casa.

El mismo General Florio, acompañado de 6 policías militares armados con porras y pistolas, me felicitó por todo lo que había logrado. Luego, me quitó las 2 insignias que me había regalado y me dijo que estaba arrestado por insurrección. Creo que había llegado a simpatizarle y él a mí. Simplemente, cumplía órdenes.

—¿Tiene esto algún sentido para ti? ¿Qué está sucediendo? —le pregunté de camarada a camarada.

Se trata de una pregunta que desde entonces me he formulado muchas veces, quizá 5 veces por día, entre angustiosos accesos de tos.

La respuesta que él me ofreció, la primera que me hayan dado, tal vez sea la que mejor conteste ese interrogante.

—Algún joven y ambicioso fiscal considera que lucirías bien ante las cámaras de la TV.

Creo que el suicidio de Hiroshi Matsumoto me conmovió en sumo grado porque él era inocente de hasta la más mínima infracción. Incluso dudo de que en alguna ocasión se haya estacionado en doble fila o no haya respetado la luz roja del semáforo. ¡Y sin embargo se arrancó la vida echando mano de un procedimiento que no merece ni el más terrible criminal!

Sin duda, lo deprimió la pérdida de ambos pies. Sin embargo, la carencia de pies no constituye una suficiente razón para que un hombre se abra el vientre.

Tuvo que haber sido el bombardeo atómico que presencié durante su niñez, y no la falta de pies, lo que lo hizo considerar que la vida era deleznable.

Como ya lo he mencionado, él no me contó su experiencia en Hiroshima sino después de haber entablado una prolongada relación laboral conmigo. En mi opinión, quizá nunca me la habría narrado, si no hubiesen transmitido por TV, el día anterior, un documental denominado «El Ataque Japonés a Nanquín». Se trataba de un cartucho escogido al azar entre los muchos almacenados en la biblioteca de la cárcel. El guardia que hizo la elección no sabía inglés y, por tal motivo, no supo qué material visual se proyectaría a los reos. En consecuencia, no se ejerció censura alguna.

El Director tenía un pequeño televisor sobre su escritorio. En ocasiones, lo encendía y me hacía notar la inanidad de tal o cual programa, en especial de *Yo amo a Lucy*.

«El Ataque Japonés a Nanquín» sólo constituye un ejemplo más de soldados que masacran a prisioneros y civiles desarmados, pero se volvió famoso debido a su alta calidad fotográfica. Sin duda, se habían colocado cámaras de cine en todos lados, accionadas por sepa Dios quién. Y el material obtenido nunca fue confiscado.

Había visto algunas de sus imágenes cuando era cadete, pero no como parte de un documental bien editado, acompañado con la voz de barítono de un narrador y adecuada música de fondo.

La orgía de sangre tuvo lugar al cabo del ataque perpetrado por el ejército japonés contra la ciudad china de Nanquín en 1937, mucho antes de que los nipones participaran en el Tormento Final. Hiroshi Matsumoto acababa de nacer. Los prisioneros fueron atados a estacas, para practicar con ellos el tiro de bayoneta. Varias personas fueron enterradas vivas en un foso. Se podía apreciar sus gestos, conforme la tierra les caía en la cara.

Sus rostros desaparecieron, pero la tierra continuaba moviéndose, como si hubiese cubierto a un animal amadrigarado, tal vez a una marmota.

¡Una imagen inolvidable!

¿Qué les parece ese racismo?

El documental alcanzó gran éxito en la cárcel.

—Si alguien lo va a hacer, yo voy a verlo —me dijo Alton Darwin.

Esto sucedió 7 años antes de que ocurriera la fuga del penal.

No supe si Hiroshi había visto el programa en su televisor. No se lo iba a preguntar. No éramos amigos.

Estaba dispuesto a ser su amigo, si eso formaba parte del trabajo. Creo que me invitó a vivir a la casa contigua a la suya, porque consideró que ya había llegado la hora de tener un amigo. Supongo que nunca antes tuvo 1. Sin embargo, apenas me hube convertido en su vecino, tal vez haya decidido que no deseaba tener un amigo. Que no tenía nada en común conmigo. Quizá, para él, un amigo era algo que se parecía a una mercancía muy publicitada en Navidad. ¿Para qué echarse a perder la vida con un artefacto tan engorroso, sólo en virtud de la agresiva campaña publicitaria?

En consecuencia, continuó comiendo, saliendo a caminar y paseando en bote en completa soledad. Eso a mí no me afectaba, porque tenía una intensa vida social al otro lado del lago.

No obstante, al día siguiente de que transmitieron el documental, ocurrió un incidente interesante. Comenzaba a oscurecer, ya casi había llegado la hora de cenar, y yo me encontraba remando, a bordo de mi umiak de fibra de vidrio, en dirección a la playa localizada frente a las 2 únicas casas habitadas del pueblo fantasma. Había salido a pescar. No había ido a Scipio. Mis 2 grandes amigos que residían ahí Muriel Peck y Damon Stern, se hallaban de vacaciones. No regresarían antes de la Semana de Orientación a los Alumnos de Nuevo Ingreso, por verificarse al inicio del otoño.

El Director me esperaba en la playa; me miraba de un modo similar al de la angustiada madre que ignora a dónde fue a jugar su hijito. ¿Acaso había olvidado acudir a una cita con él? No. Nunca concertamos una cita. Más bien, pensé en la posibilidad de que Mildred y Margaret hubieran intentado prender fuego a la casa.

—Hay algo que debes saber acerca de mí —me dijo, apenas hube desembarcado.

No existía ninguna razón por la cual yo hubiese debido saber algo de él. No trabajábamos en equipo allá en el penal. A él no le importaba qué enseñara ni cómo lo hiciera.

—Estuve en Hiroshima el día que arrojaron la bomba —agregó.

Estoy seguro de que en esa afirmación había una ecuación implícita: el bombardeo de Hiroshima era tan inolvidable y típicamente humano como el Ataque a Nanquín.

Así que escuché la narración de cómo se había introducido en una zanja para recoger la pelota, de cómo descubrió que todos habían muerto, salvo él.

Etcétera.

—Creí que deberías saberlo —me dijo, una vez que hubo concluido la narración.

Hace poco comenté que había sufrido un ataque repentino de urticaria psicosomática cuando Rob Roy Fenstermakr me contó que había sido arrestado por abusar sexualmente de niños. Pues bien, ese no fue mi primer ataque. Éste tuvo lugar cuando Hiroshi me refirió que había sido víctima de la bomba atómica. De pronto, sentí comezón por todo el cuerpo y no me sirvió de nada el rascarme.

En aquel momento, le expresé a Hiroshi las mismas palabras que más tarde le manifestaría a Rob Roy: «Le agradezco que haya compartido eso conmigo.»

Dicha expresión se originó, si no me equivoco, en California.

Por un momento, quise mostrarle a Hiroshi «Los Protocolos de los Sabios de Tralfamadore». Ahora me alegro de no haberlo hecho, porque me habría sentido un poco responsable de su suicidio. No hubiese sido remoto que hubiera dejado la nota siguiente: «Los Sabios de Tralfamadore volvieron a salirse con la suya.»

En ese caso hipotético, sólo yo y el autor del cuento, si aún vive, habríamos sabido el significado de la nota.

El pasaje más perturbador de la narración de Hiroshi, a saber, el referido a la vaporización de todo lo que conocía y amaba, se relacionaba con los contornos del área de la explosión. Ahí se hallaba toda esa gente agonizante. Y él sólo era un niño.

Para él, esa experiencia habría sido similar a la de recorrer la Vía Apia, en el año 71 a. C, cuando 6 000 sujetos carentes de relevancia social acababan de ser crucificados en ese lugar. Quizá algún crío o un grupo de infantes hayan transitado

por esa ruta en aquel entonces. ¿Qué diría un niño en semejante contexto? ¿Acaso le avisaría a su papá que tiene ganas de ir al baño?

Resultó que mi abogado tiene contacto con nuestro Embajador en Japón, el ex-Senador por California, Randolph Nakayama. Aunque pertenecen a distintas generaciones, mi abogado fue compañero de cuarto del hijo del Senador en el Reed College, localizado en Portland, Oregón, la ciudad donde Tex compró su fusil infalible.

Mi abogado me contó que los abuelos tanto paternos como maternos del Senador eran de origen japonés. En el primer caso, se trataba de inmigrantes; en el segundo, de nativos californianos. Pues bien, ambas parejas fueron recluidas en un campo de concentración cuando este país pasó a formar parte del Tormento Final. Por cierto, dicho campo se localizaba unos cuantos kilómetros al oeste del Paso Donner, llamado así en honor a los caníbales Blancos. En ese entonces se creía que cualquiera que tuviera genes japoneses y se encontrara dentro de nuestras fronteras, sería menos leal a la Constitución de Estados Unidos que a Hirohito, el Emperador de Japón.

No obstante, el padre del Senador participó en un batallón de infantería compuesto exclusivamente de jóvenes norteamericanos de extracción japonesa, que se convirtió en nuestra unidad más condecorada en la Campaña de Italia, en el marco del Tormento Final.

Así pues, le pedí a mi abogado que averiguara con el Embajador si Hiroshi había dejado una nota y si se le había practicado la autopsia para poder descartar que hubiese ingerido alguna sustancia extraña facilitadora del harakiri. No sé cómo llamar a esto: ¿amistad o curiosidad morbosa?

He aquí la respuesta: no dejó ninguna nota y no se le practicó la autopsia, porque la causa del deceso era horriblemente obvia. Sin embargo, se incluyó un detalle interesante: una niña pequeña que no lo conocía fue la que descubrió lo que él había decidido hacer consigo mismo.

Y corrió a contárselo a mamá.

En cierta ocasión, cuando éramos vecinos, le pregunté al Director por qué no había abandonado el valle, por qué no huía de la prisión, de mí, de los jóvenes e ignorantes guardias, de las campanas ubicadas al otro lado del lago y de todo lo demás. Durante años, había tenido la oportunidad de marcharse y nunca la había

aprovechado.

—Sólo me toparía con más gente —me contestó.

—¿No le simpatiza ningún tipo de gente? —indagué. Como estábamos bromeando, me atreví a formularle esa pregunta.

—Hubiera preferido ser un pájaro —repuso—. Que todos hubiésemos sido pájaros.

Nunca asesinó a nadie y tuvo una vida sexual parecida a la de un ternero.

Yo viví más intensamente y prometí revelar al final del presente libro el número que me gustaría que apareciera en mi lápida sepulcral, el cual haría referencia tanto a los asesinatos legales que cometí en mi calidad de militar como a mis adulterios.

Ahora bien, si los lectores se enteran de que ese número de doble significado aparecerá al final, algunos de ellos habrán de buscarlo de inmediato a fin de saber cuan pequeño o grande es, cuan verdadero o falso resulta, etcétera, sin haber leído el resto del libro. Pero he ideado un dispositivo para frustrarlos. Decidí ocultar la cifra enigmática y, en su lugar, plantear un problema que sólo aquellos que hayan leído el libro completo podrán resolver sin ninguna dificultad.

Comencemos:

Es menester partir del año en que Eugene Debs murió.

A la cifra anterior, réstese el número que aparece en el título de la película de ciencia ficción, basada en una novela de Arthur C. Clarke, que vi 2 veces en Vietnam. No caigan presa del pánico. En efecto, se trata de una cantidad negativa; pero los árabes de los viejos tiempos nos enseñaron cómo arreglárnoslas con ellas.

Añádase el año del nacimiento de Hitler. Ahora todo ha vuelto a ser agradable y positivo. Si se han efectuado las operaciones correctas, habremos obtenido el año en que Napoleón fue desterrado a la isla de Elba y en que se inventó el metrónomo. Sin embargo, cabe señalar que ninguno de estos sucesos se analiza en el presente libro.

Agregúese ahora el periodo de gestación de una zarigüeya expresado en días. Como esto tampoco se comenta en el libro, les ofreceré un regalo. Se trata del

número 12. Esa suma los llevará al año en que murió Thomas Jefferson, el antiguo propietario de esclavos, y en que James Fenimore Cooper publicó *El último mohicano*, historia que no se desarrolla en este valle, pero que muy bien pudo haber ocurrido aquí.

Divídase esa cantidad entre la raíz cuadrada de 4.

Réstese 100 veces 9.

Agregúese el número de hijos que fueron traídos al mundo por la mujer más prolífica de que se tenga noticia, y habrán dado con la cifra en cuestión.



El que algunos de nosotros sepamos leer y escribir y un poco de matemáticas, no significa que merezcamos conquistar el universo.

FIN

Nota

^[1] De similar manera, los separadores de miles se han reemplazado por espacios en blanco. Así, mil aparecerá como 1 000 y no como 1.000 o 1,000. Decidí respetar ese criterio. (*Nota del Editor Digital*) <<